

todo lo que
sé sobre
~~fiestas~~, ~~citas~~,
~~amigos~~,
~~trabajo~~,
~~vida~~, el amor
dolly
alderton
se

Tan salvajemente divertido y conmovedor como la vida de cualquier veinteañero que crece navegando entre desengaños amorosos y relaciones desastrosas.

La periodista Dolly Alderton se propuso dar cuenta de sus locos veinte años en este divertido libro trufado de amores y desamores, relaciones intensas por Messenger que fracasan en el cara a cara, trabajos precarios y amigos que siempre están ahí. Un novio que acaba saliendo del armario, borracheras que te llevan a cruzar el país en taxis que no puedes pagar, chicos sin redes sociales que se creen Sartre..., escenas todas ellas de nuestra lucha por entender que el amor más intenso e importante es el que sentimos por nuestros amigos y nosotros mismos.

«Casi todo lo que sé sobre el amor lo he aprendido charlando con mis amigas de toda la vida. He aprendido que el amor es júbilo desenfrenado, bailar borracha sobre el fango de un festival de música, los cruces de miradas en un autobús nocturno, los polvos de una noche. Pero también he aprendido que el amor no son las relaciones tediosas, ni las horas de obsesivo seguimiento en Instagram al chico que te gusta, ni los orgasmos fingidos».

«No quería que acabara nunca», Marian Keyes.

N.º 1 en Reino Unido. Medio millón de ejemplares vendidos.

La Bridget Jones de la era milenial.

Dolly Alderton

Todo lo que sé sobre el amor

ePub r1.0

Titivillus 23.03.2021

Título original: *Everything I Know About Love*
Dolly Alderton, 2018
Traducción: Anna Valor Blanquer
Diseño de la portada: Helen Crawford White

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

TODO LO QUE SABÍA SOBRE EL AMOR CUANDO ERA ADOLESCENTE

El amor romántico es lo más importante y emocionante del mundo entero.

Si no lo tienes cuando eres adulta, es que eres una fracasada, como una de esas profesoras de dibujo que insisten en que las llamen «señoritas» en lugar de «señoras» y llevan el pelo encrespado y joyas étnicas.

Es importante acostarse muchas veces con mucha gente, pero seguramente no con más de diez personas.

Cuando viva en Londres y sea soltera, seré extremadamente elegante y estaré delgada y llevaré vestidos negros y beberé martinis y solo conoceré a hombres en presentaciones de libros e inauguraciones de exposiciones.

La mayor muestra de amor verdadero es que dos chicos se peguen por ti. La situación ideal es que haya sangre, pero que nadie tenga que ir a urgencias. Un día me pasará algo así, si tengo suerte.

Es importante perder la virginidad después de cumplir los diecisiete, pero antes de los dieciocho. Literalmente, si es el día antes de cumplirlos, todo bien, pero si entras en el decimoctavo año siendo virgen todavía, nunca te acostarás con nadie.

Puedes enrollarte con tanta gente como quieras y no pasa nada, no significa nada, solo es para practicar.

Los chicos más guais siempre son altos y judíos y tienen coche.

Los chicos mayores son los mejores porque son más sofisticados y han visto más mundo y, además, no tienen el listón tan alto.

Cuando tus amigas tienen novio, se vuelven aburridas. Tener una amiga con novio solo es divertido si tú también tienes novio.

Si no les preguntas nada de nada sobre sus novios a tus amigas, al final pillarán que te aburre el tema y dejarán de hablar de ellos.

Es buena idea casarse un poco tarde, después de haber vivido un poco; por ejemplo, a los veintisiete.

A Farly y a mí nunca nos gustará el mismo chico porque a ella le gustan bajitos y descarados como Nigel Harman, de *EastEnders*, y a mí me gustan chulos y misteriosos como Charlie Simpson, de Busted. Por eso nuestra amistad será para siempre.

Nunca viviré un momento tan romántico como cuando yo y Lauren estábamos en un bolo el día de San Valentín en ese *pub* tan raro de Saint Albans y canté *Lover, You Should've Come Over* y Joe Sawyer estaba sentado en primera fila con los ojos cerrados porque antes habíamos hablado de Jeff Buckley y, básicamente, él es el único chico que conozco que me entiende del todo y entiende por qué soy como soy.

Nunca pasaré tanta vergüenza como cuando intenté besar a Sam Leeman y él se apartó y yo caí al suelo.

Nunca tendré el corazón tan roto como cuando Will Young salió del armario y yo tuve que fingir que no me importaba, pero lloré mientras quemaba la libreta con tapas de piel que me regalaron para la confirmación en la que había escrito sobre nuestra futura vida juntos.

A los chicos les gusta mucho que les digas cosas desagradables y creen que es infantil y cutre que seas demasiado amable con ellos.

Cuando por fin tenga novio, casi nada más tendrá importancia.

CHICOS

Para algunas personas, el sonido que definió su adolescencia fueron los gritos de sus hermanos jugando en el jardín. Para otras, fue el traqueteo de la cadena de su queridísima bici cuando iban dando tumbos por colinas y valles. Algunas recordarán el canto de los pájaros de camino al colegio o las risas y las patadas a los balones del patio. Para mí, fue el sonido del módem conectándose a internet.

Todavía me acuerdo de cada una de las notas. Los pitiditos telefónicos iniciales, los chirridos finos y entrecortados que indicaban que estabas a media conexión, la nota aguda que te decía que la cosa progresaba seguida de dos timbres graves y ásperos, un poco de ruido blanco... Y, entonces, el silencio indicaba que habías pasado lo peor. «Conectado a internet», decía en la pantalla. Y a continuación: «Tiene mensajes de correo electrónico». Yo bailaba por la habitación con los sonidos del módem para que la angustiada espera pasara más deprisa. Elaboré una coreografía con las cosas que aprendía en *ballet*: un *plié* en los pitidos, un *pas de chat* en los timbres graves. Lo hacía cada tarde después de clase. Esa era la banda sonora de mi vida, porque me pasé la adolescencia en internet.

Una breve explicación: crecí en una de las urbanizaciones de las afueras. Eso es todo, esa es la explicación. Cuando yo tenía ocho años, mis padres tomaron la cruel decisión de mudarnos de un piso en un sótano de Islington a una casa más grande en Stanmore, en la última parada de la línea Jubilee, en la periferia más lejana del norte de Londres. Era como el margen que dejas en blanco al escribir en un folio. Si hubiera sido una persona, sería de las que miran de lejos cómo se divierten las demás en lugar de ser el alma de la fiesta.

Cuando creces en Stanmore, no eres ni de campo ni de ciudad. Estaba demasiado lejos de Londres como para ser de los guais que salían a bailar a la Ministry of Sound, tenían acento londinense y llevaban ropa *vintage* que

habían comprado en tiendas de segunda mano sorprendentemente buenas en Peckham Rye. Sin embargo, también estaba demasiado lejos de Chilterns para ser uno de esos adolescentes asilvestrados de mejillas rojas que llevaban jerséis viejos de lana gruesa y aprendían a conducir los Citroën de sus padres a los trece años y hacían excursiones y tomaban LSD en un bosque con sus primos. Las afueras del norte de Londres eran un vacío identitario. Eran tan sosas como el beis de las moquetas que cubrían el suelo de todas sus casas. No había arte, ni cultura, ni edificios históricos, ni parques, ni pequeños comercios, ni restaurantes. Había clubes de golf, restaurantes de la cadena Prezzo, colegios privados, entradas a las casas para coches, rotondas, centros comerciales de una planta al aire libre y centros comerciales de varias plantas con el techo de cristal. Las mujeres parecían todas iguales, las casas estaban construidas iguales, todos los coches eran iguales. La única forma de expresión era gastar dinero en bienes homogeneizados: terrazas, ampliaciones de cocina, coches con GPS integrado, vacaciones con todo incluido a Mallorca... Si no querías jugar al golf, ponerte reflejos en el pelo o pasear por un concesionario Volkswagen, no había absolutamente nada que hacer.

Esto era especialmente cierto si eras un adolescente que dependía de que su madre lo llevara por ahí en su ya mencionado Volkswagen Golf GTI. Por suerte, yo tenía a mi mejor amiga, Farly, a un paseo en bici de cinco kilómetros y medio de la calle sin salida en la que yo vivía.

Farly era, y sigue siendo, diferente de cualquier persona de mi vida. Nos conocimos en el colegio cuando teníamos once años. Ella era, y sigue siendo, mi polo opuesto. Ella es morena, yo soy pálida. Ella es algo baja, yo soy algo alta. Ella lo planifica todo, yo lo dejo todo para el último momento. A ella le encanta el orden, yo tiendo al desorden. Ella adora las normas, yo las odio. Ella no tiene ego, yo creo que la tostada de mi desayuno es lo suficientemente importante como para difundirla por las redes sociales (por tres diferentes). Ella vive el presente y se concentra en las tareas que está haciendo, yo siempre estoy con un pie en la realidad y otro en una versión fantástica de esta que tengo en la mente. No obstante, de alguna manera, cuadramos. No he tenido una suerte mayor en la vida que que Farly se sentara a mi lado en clase de Mates ese día de 1999.

La rutina diaria con Farly era siempre exactamente la misma: nos sentábamos delante de la tele comiendo montones de *bagels* y patatas fritas (aunque solo cuando nuestros padres habían salido, porque otra característica de las clases medias de las afueras es que son muy quisquillosos con sus sofás y siempre está estrictamente prohibido comer en la sala de estar) y veíamos series estadounidenses de adolescentes en Nickelodeon. Cuando se nos acababan los capítulos de *Cosas de hermanas* y *Cosas de gemelas* y *Sabrina, cosas de brujas*, pasábamos a los canales de música y mirábamos boquiabiertas la pantalla de la tele pasando de la MTV a la MTV Base y a la VH1 cada diez segundos buscando un videoclip de Usher en concreto. Cuando nos aburríamos de eso, volvíamos a Nickelodeon+1 y veíamos otra vez todos los capítulos de las series estadounidenses de adolescentes que habíamos visto una hora antes.

Morrissey describió una vez su vida adolescente como «esperar un bus que nunca llegaba»; ese sentimiento no hace más que exagerarse cuando creces en un sitio que parece una sala de espera beis. Yo me aburría y estaba triste y esperaba con ansia que aquellas horas de mi infancia pasaran. Y, entonces, como un gentil caballero de armadura resplandeciente, llegó internet a través del módem al enorme ordenador de sobremesa de mi familia. Y, luego, llegó el MSN Messenger.

Cuando me descargué el MSN Messenger y empecé a agregar las direcciones de correo electrónico —de amigas del colegio, amigas de amigas, amigas de colegios que había cerca a las que no conocía—, fue como golpear la pared de una celda y oír a alguien devolver los golpes. Fue como encontrar brotes de hierba en Marte. Fue como girar la ruedecita de una radio y oír, por fin, que los crujidos se convierten en una voz humana. Fue una fuga de la indolencia de las afueras y una llegada de abundancia de vida humana.

El Messenger era más que una forma de estar en contacto con mis amigas cuando era adolescente, era un lugar. Así es como lo recuerdo, como una habitación en la que estaba sentada durante horas y horas cada tarde y cada fin de semana hasta que los ojos se me ponían rojos de mirar la

pantalla. Hasta cuando nos alejábamos de nuestra urbanización y mis padres, generosamente, nos llevaban a mi hermano y a mí de vacaciones a Francia, esa era la habitación que ocupaba cada día. Lo primero que hacía cuando llegábamos a un hotel era preguntar si tenían ordenador con internet —normalmente era uno viejo de sobremesa en un sótano oscuro—, conectarme al Messenger y sentarme a chatear durante horas descaradamente mientras un adolescente francés malhumorado esperaba sentado en un sillón detrás de mí a que le tocara el turno. Fuera, el sol provenzal caía y el resto de la familia estaba tumbada leyendo al lado de la piscina, pero mis padres sabían que conmigo no se podía hablar cuando se trataba del Messenger. Era el núcleo de todas mis amistades. Era mi espacio privado. Era lo único que poseía. Como digo, era un lugar.

Mi primera dirección de correo fue `munchkin_1_4@hotmail.com` y la creé en el aula de informática del colegio a los doce años. Elegí el número 14 porque supuse que solo mandaría correos un par de años más y luego sería algo infantil; me di tiempo para disfrutar esa nueva moda y sus varias excentricidades hasta que la dirección caducara en mi decimocuarto cumpleaños. No empecé a usar el Messenger hasta los catorce y, en ese periodo de tiempo, también usé `willyyoungisyum@hotmail.com` para expresar mi nueva pasión por el ganador de *Pop Idol* de 2002, Willy Young, y `thespian_me@hotmail.com` tras mi apoteósica actuación como Mister Snow en la representación de *Carousel* de mi colegio.

Volví a `munchkin_1_4` cuando me bajé el MSN Messenger y pude disfrutar de la llenísima agenda de contactos de amigas del colegio que había acumulado desde que había creado la cuenta de correo. Sin embargo, algo crucial fue la aparición de los chicos. Yo no conocía a ningún chico hasta ese momento. Aparte de con mi hermano, mi primo pequeño, mi padre y un par de amigos de críquet de mi padre, no había pasado tiempo realmente con ningún chico en toda mi vida. Pero el MSN me trajo las direcciones y las fotos de perfil de esos nuevos chicos fantasma que me habían proporcionado generosamente varias de las chicas del colegio —las que quedaban con chicos los fines de semana y luego magnánimamente pasaban sus direcciones de correo al cuerpo estudiantil—. Esos chicos se recorrían todo el MSN; todas las chicas de mi colegio los añadíamos a

nuestros contactos y, luego, teníamos nuestros quince minutos de fama hablando con ellos.

Los chicos solían salir de una de tres categorías. La primera era la de los ahijados de las madres o los amigos lejanos de la familia con quienes se habían criado las chicas. Normalmente, eran un año o dos mayores que nosotras, eran muy altos y desgarbados y tenían la voz grave. En esta categoría también entraban los vecinos. La siguiente categoría era la de los primos hermanos y primos segundos de alguien. Finalmente, y con el toque más exótico, estaba el chico que alguien había conocido cuando se había ido de vacaciones con su familia. Este era realmente el santo grial, porque podía ser de cualquier lugar, de tan lejos como Bromley o Maidenhead, y, no obstante, allí estabas tú, hablando con él por MSN Messenger como si estuvierais en la misma habitación. Qué locura, qué aventura.

Rápidamente, creé una carpeta con todos estos contactos sueltos de mi lista y le puse un nombre diferente: *Chicos*. Me pasaba semanas hablando con ellos sobre qué optativas escoger en secundaria, sobre nuestros grupos preferidos, sobre cuánto habíamos fumado y bebido y lo *lejos* que habíamos *llegado* con el sexo opuesto (siempre una obra de ficción tremendamente elaborada). Por supuesto, no teníamos prácticamente ni idea de cómo eran los demás físicamente. Esto era antes de tener teléfonos con cámara o perfiles de redes sociales, así que, por lo único por lo que te podías guiar era por su diminuta foto de perfil del MSN y la descripción que hacían de sí mismos. A veces, yo me lo curraba y usaba el escáner de mi madre para subir una foto mía en la que salía bien en una comida familiar o de vacaciones y de la que había borrado a mi tía o a mi abuelo con la función de cortar del Paint, pero, normalmente, me parecía demasiado trabajo.

La llegada de los chicos virtuales al mundo de nuestras amigas del colegio trajo consigo un montón de nuevos conflictos y dramas. Había una rueda de rumores que no dejaba de girar sobre quién hablaba con quién. Las chicas declaraban su amor a chicos que no habían visto nunca poniendo el nombre del chico en su *nick* con estrellas y corazones y *barrabajas* a los dos lados. Algunas chicas pensaban que tenían exclusividad en las conversaciones electrónicas con un chico, pero las apariciones de esos *nicks* decían otra cosa. A veces, las chicas de los colegios de alrededor a las que

no conocías de nada te agregaban para preguntarte directamente si estabas hablando con el mismo chico que ellas. En ocasiones —y esto siempre se contaba después, en la sala común, como un cuento con moraleja—, revelabas accidentalmente una relación de MSN con un chico escribiéndole un mensaje en la ventana equivocada y mandándoselo a una amiga. La tragedia que venía a continuación alcanzaba niveles shakespearianos.

El MSN tenía unas normas de protocolo complicadas. Si tanto tú como un chico que te gustaba estabais conectados, pero él no te hablaba, una forma infalible de llamar su atención era desconectarte y volverte a conectar, porque recibiría la notificación de que habías entrado, y eso le recordaría tu presencia, lo que, con algo de suerte, resultaría en una conversación. También estaba el truco de esconder tu estado de conexión si querías evitar hablar con todo el mundo excepto con un contacto en concreto, de modo que podías hacerlo furtivamente. Era un complejo baile de cortejo eduardiano y yo estaba deseosa de participar en él.

Estas largas correspondencias pocas veces acababan en una quedada en la vida real y, cuando lo hacían, solían ser casi siempre devastadoramente decepcionantes. Por ejemplo, estaba Max, de apellido compuesto, un conocido casanova del MSN famoso por mandarles relojes Casio Baby G a las chicas por correo. Farly accedió a quedar con él delante de una papelería en Bushey un sábado por la tarde después de haberse pasado meses chateando con él. Farly llegó allí, lo vio, se asustó y se escondió detrás de un contenedor. Lo observó que la llamaba al móvil una y otra vez desde una cabina, pero no fue capaz de reunir el ánimo suficiente para conocerlo en persona, así que se largó y volvió a casa. Siguieron hablando durante horas cada noche por MSN.

Yo quedé dos veces con chicos del Messenger. La primera fue una cita a ciegas desastrosa en un centro comercial que duró menos de quince minutos. La segunda fue con un chico de un internado que había cerca, con quien hablé durante casi un año antes de quedar por primera vez delante de un Pizza Express en Stanmore. Durante el año siguiente, tuvimos una especie de relación intermitente, un *que sí, que no* que sobre todo fue *que no*, porque él siempre estaba encerrado en el internado. Yo, a veces, iba a visitarlo y me ponía pintalabios y llevaba el bolso lleno de cigarros que

había comprado para él, como Bob Hope, el cómico, cuando iba a divertir a los soldados durante la Segunda Guerra Mundial. Él no tenía conexión a internet en su cuarto, por lo que el MSN no era una opción, pero lo arreglamos con cartas semanales y largas llamadas que hacían desesperar a mi padre cuando se encontraba con facturas telefónicas de tres cifras.

A los quince, empecé un romance más acaparador que cualquiera de los que habían tenido lugar en las ventanas del MSN Messenger cuando me hice amiga de una chica con el pelo alborotado, pecas y unos ojos de color avellana siempre bordeados con lápiz de ojos. Se llamaba Lauren. Nos habíamos visto desde que éramos pequeñas en algunas fiestas de cumpleaños en la bolera Hollywood Bowl, pero, finalmente, nos presentó nuestra amiga Jess en una cena en una de las numerosas cadenas de restaurantes italianos de Stanmore. La conexión fue como todo lo que había visto siempre en las películas románticas de la ITV2. Hablamos hasta que se nos secó la boca, acabamos las frases de la otra, nos reímos como locas... Jess se fue a casa y nosotras nos sentamos en un banco pasando frío cuando nos echaron del restaurante para poder seguir hablando.

Ella era una guitarrista que buscaba cantante para crear un grupo, yo había cantado una noche en un micro abierto poco concurrido en Hoxton y necesitaba guitarrista. Empezamos a ensayar versiones de *bossa nova* de canciones de los Dead Kennedys al día siguiente en la caseta del jardín de su madre. La primera idea para el nombre del grupo era Raging Pankhurst («Pankhurst furiosa», en honor a la sufragista). Más tarde lo cambiamos a algo que tenía aún menos sentido: Sophie Can't Fly («Sophie no puede volar»). Nuestro primer concierto fue en un restaurante turco en Pinner, con solo un cliente en el abarrotado establecimiento que no fuera un familiar nuestro o una amiga del colegio. Seguimos con la gira por grandes locales: tocamos en el vestíbulo de un teatro en Rockmansworth, en el cobertizo ruinoso de la terraza de un *pub* de Mill Hill y en un campo de críquet a la salida de Cheltenham. Nos poníamos a tocar en cualquier calle en la que no hubiera un policía. Tocábamos en el banquete de cualquier *bar mitzvá* en el que nos quisieran.

Además, también compartíamos la afición por el método innovador de convertir las conversaciones del MSN en un contenido multiplataforma. Cuando empezábamos a hacernos amigas, descubrimos que, desde que teníamos Messenger, las dos habíamos estado copiando las conversaciones con chicos y pegándolas en un documento de Microsoft Word, imprimiéndolas y guardándolas en un archivador de anillas para leerlas antes de dormir como una novela erótica. Nos considerábamos una especie de círculo de Bloomsbury de dos personas centrado en las conversaciones pícaras del MSN Messenger.

Pero justo cuando me estaba haciendo amiga de Lauren, me fui de las afueras a vivir a ciento veinte kilómetros al norte de Stanmore, a un internado mixto. El MSN ya no me valía para saciar la curiosidad por el sexo opuesto, necesitaba saber cómo era en la vida real. El olor cada vez más débil de Ralph Lauren Polo Blue en una carta ya no me satisfacía, como tampoco lo hacían los timbres que indicaban que tenía mensajes nuevos del MSN. Fui al internado para intentar acostumbrarme a los chicos.

(Aparte: y doy gracias a Dios. Farly se quedó a hacer el bachillerato en nuestro colegio femenino y, cuando llegó a la universidad sin haberse relacionado en absoluto con chicos, era como un elefante en una cacharrería. La primera noche de la semana de presentación había una *fiesta semáforo*, en la que se recomendaba a las personas solteras que llevaran algo verde, y a las personas que tenían una relación, algo rojo. La mayoría de nosotros entendimos que tenía que ser una camiseta verde, pero Farly llegó al bar de nuestra residencia con medias verdes, zapatos verdes, un vestido verde y un lazo verde gigante en el pelo, además del pelo rociado de laca verde. Era como si llevara «Fui a un colegio de chicas» tatuado en la frente. Estaré eternamente agradecida de haber tenido dos años para ir en andador en lo referente a hablar con chicos en el internado, si no, me temo que yo también hubiera sido víctima de la laca verde en la semana de presentación de la universidad).

Resultó que descubrí que no tenía nada en común con la mayoría de los chicos y no me interesaban a no ser que quisiera besarlos. Y ninguno de los chicos a los que yo quería besar quería besarme a mí, por lo que hubiera

podido quedarme en Stanmore y haber seguido disfrutando de las relaciones fantásticas que tenían lugar en las fecundas tierras de mi imaginación.

Culpo a dos cosas de mis altas expectativas respecto al amor: la primera es que soy hija de unos padres que están locamente enamorados el uno del otro, casi hasta el punto de ser vergonzoso; la segunda son las películas que vi durante mis años formativos. Cuando era niña, tenía una obsesión bastante inusual por los viejos musicales y, como crecí absolutamente enganchada a las películas de Gene Kelly y Rock Hudson, siempre había esperado que los chicos se comportaran con una elegancia y un encanto similares. Sin embargo, el internado mixto mató esas esperanzas muy deprisa. Por ejemplo, en mi primera clase de Política, yo era una de las dos únicas chicas de una clase de doce y nunca había estado en una habitación con tantos chicos en mi vida. El chico más guapo, del que ya me habían dicho que era un rompecorazones (su hermano mayor, que había acabado de estudiar allí el año anterior, tenía el apodo de *Zeus*), me pasó una notita mientras nuestro profesor explicaba qué era la representación proporcional. La nota estaba doblada y tenía un corazón dibujado en la parte de delante, lo que me llevó a pensar que era una carta de amor. La abrí con una sonrisa coqueta. Sin embargo, cuando la desdoblé, vi que tenía el dibujo de una criatura y una útil anotación que me informaba que era un orco de *El señor de los anillos*, con «Esta eres tú» escrito debajo.

Farly venía a visitarme los fines de semana y se comía con los ojos a los cientos de chicos diferentes que andaban por la calle y llevaban bolsas de deporte y *sticks* de *hockey* al hombro. Le parecía que tenía una suerte increíble de poder sentarme en los bancos de la iglesia cada mañana tan cerca de ellos, pero a mí me parecía que los chicos de verdad eran bastante decepcionantes. No eran tan divertidos como las chicas que había conocido allí, ni tan interesantes ni buenos. Y, por algún motivo, nunca podía llegar a relajarme cuando estaban cerca.

Cuando salí del colegio, había dejado de usar MSN Messenger tan religiosamente como antes. Llegó el primer trimestre en la Universidad de Exeter y, con él, llegó Facebook. Facebook era un cofre del tesoro de chicos

en internet y, esta vez, era aún mejor, porque teníamos toda su información vital recopilada en una página. Yo solía navegar por las fotos de mis amigas de la universidad y le pedía amistad a cualquiera que me gustara físicamente. Eso derivaba rápidamente en mensajes y encuentros en una de las muchas noches temáticas del vodka con Red Bull o fiestas de la espuma que tenían lugar esa semana. Yo estaba en el campus de una ciudad catedralicia de Devon, por lo que encontrarnos no resultaba difícil. Si el MSN había sido un lienzo en blanco en el que había podido dibujar vívidas fantasías, los mensajes de Facebook eran una herramienta puramente funcional para quedar. Era la forma que tenían los estudiantes de identificar su próxima conquista y de tener algo que hacer la noche del jueves.

Cuando salí de la universidad y volví a Londres, había abandonado por completo el hábito de ir abordando en Facebook a mis posibles intereses románticos como si fuera una representante de Avon, pero estaba formando un nuevo patrón de comportamiento. Conocía a un hombre a través de una amiga o en una fiesta o en una discoteca, conseguía su nombre y su teléfono y forjaba una relación epistolar con él por mensajes o por correo electrónico durante semanas antes de acceder a volver a verlo. Puede que esta fuera la única manera que había aprendido de conocer a alguien, con distancia entre nosotros, con el espacio suficiente para cuidar y filtrar la mejor versión de mí misma posible: todas las bromas buenas, las mejores frases, las canciones que sabía que lo impresionarían y que normalmente me mandaba Lauren. Para devolverle el favor, yo le mandaba canciones para que se las enviara al chico con el que hablaba. Una vez me dijo que nos pasábamos buena música nueva la una a la otra a un precio de venta al por mayor y luego se la mandábamos a nuestros intereses románticos como si fuera nuestra, con un margen de beneficio emocional.

Esta forma de correspondencia casi siempre terminaba en decepción. Poco a poco, me empecé a dar cuenta de que es mejor que esas primeras citas pasen en la vida real y no por escrito, porque, si no, la disparidad entre quien te imaginas que es la otra persona y quien es en realidad se vuelve más y más grande. Muchas veces, me inventaba una persona y creaba una química entre nosotros como quien escribe un guion y, cuando nos volvíamos a encontrar en la vida real, me decepcionaba terriblemente. Era

como si, cuando las cosas no iban como yo me las había imaginado, yo pensara que había una copia del guion que había escrito y me frustraba que su agente, por supuesto, se hubiera olvidado de mandárselo para que lo memorizara.

Cualquier mujer que haya pasado sus años formativos rodeada solamente de otras chicas dirá lo mismo: nunca te acabas de desprender de la idea de que los chicos son las criaturas más fascinantes, encantadoras, repulsivas y raras de la Tierra, tan peligrosos y mitológicos como un *bigfoot*. A menudo, eso también supone que seas una fantasiosa empedernida toda la vida. Porque ¿cómo no ibas a serlo? Durante años y años no había hecho otra cosa que sentarme sobre un muro con Farly dándole golpes a los ladrillos con las gruesas suelas de goma de las zapatillas y mirar el cielo intentando soñar lo suficiente como para distraernos de las infinitas vistas de cientos de chicas a nuestro alrededor con el mismo uniforme que nosotras. Tu imaginación entrena como un atleta olímpico cuando vas a un colegio solo de chicas. Es increíble cómo te acostumbras al intenso calor de las fantasías cuando te escapas a ellas tan a menudo.

Siempre pensé que mi fascinación y obsesión por el sexo opuesto se enfriarían cuando terminara de estudiar y empezara a vivir, y no sabía que tendría la misma poca idea de cómo estar con él a los veintitantos como cuando me conecté por primera vez al MSN Messenger.

Los chicos eran un problema, uno que me costaría quince años arreglar.

CRÓNICAS DE LAS MALAS CITAS: DOCE MINUTOS

Es el año 2002. Tengo catorce años. Llevo una falda escocesa de Miss Selfridge, unas Dr. Martens negras y un *crop top* naranja fluorescente.

El chico es Betzalel, un amigo de Natalie, mi compañera del colegio. Se conocieron en un campamento de verano para judíos y, desde entonces, han estado hablando por MSN y dándose consejos sobre relaciones y sobre la vida. Natalie va a la busca y captura de nuevas amigas porque acaba de perder a las suyas tras haber sembrado el rumor de que una chica de nuestro curso se corta las venas, cuando, en realidad, solo tiene eccemas en los brazos, y yo soy uno de sus objetivos.

Sabe que quiero tener novio, así que me propone juntarnos a Betz y a mí por Messenger. Yo estoy más que contenta con nuestro acuerdo tácito por el que ella me da un nuevo chico con el que hablar y yo le devuelvo el favor sentándome con ella a comer de vez en cuando.

Básicamente, Betz y yo vamos a quedar tras un mes de hablar todos los días después del colegio por el Messenger. Él piensa que todas las personas de su edad son inmaduras y yo también lo pienso, y también es alto para su edad, como yo. Hablamos de estas experiencias compartidas constantemente.

Quedamos en el Costa del centro comercial de Brent Cross. Le pido a Farly que venga, para no estar sola.

Betz llega y no se parece en nada a la foto que me ha mandado: se ha cortado el pelo rizado y ha ganado mucho peso desde el campamento. Nos damos la mano sin abandonar nuestro respectivo lado de la mesa. Betz no pide nada.

Farly es la única que habla, mientras Betz y yo miramos el suelo, avergonzados, en silencio. Él lleva una bolsa de la compra; nos dice que

acaba de comprar *Toy Story 2* en vídeo. Yo le digo que eso es infantil. Él dice que esta falda me hace parecer un señor escocés.

Le digo que tenemos que irnos porque tenemos que coger el 142 para volver a Stanmore. La cita dura doce minutos.

Cuando llego a casa y me conecto al Messenger, Betz me manda inmediatamente un mensaje largo que sé que ha escrito antes en el Word y que ha copiado y pegado en la ventana del chat con la Comic Sans morada que suele usar. Dice que cree que soy una buena chica, pero que no siente nada por mí. Yo le digo que no está bien que me escriba un discurso y se siente en su casa a esperar a que me conecte cuando él vive tan cerca de Brent Cross y yo tengo que ir veinticinco minutos en bus para llegar a casa solo porque sabe que a mí me gustaba menos que yo a él y no quería que yo lo dijera antes.

Betz me bloquea durante un mes, pero, al final, me perdona. No volvemos a quedar nunca, pero nos contamos cosas de nuestras relaciones hasta que cumpla los diecisiete.

Como me libero de mi obligación contractual, Natalie y yo no volvemos a comer juntas nunca más.

CRÓNICAS DE LAS MALAS FIESTAS: RESIDENCIA DEL UNIVERSITY COLLEGE DE LONDRES, NOCHEVIEJA, 2006

Son las primeras vacaciones que paso en casa después del primer trimestre en la universidad. Lauren, que también ha vuelto a casa por Navidad, me propone que vayamos a una fiesta de Nochevieja que dan en la residencia del University College de Londres. La ha invitado Hayley, una chica con la que iba al colegio y a la que no ha visto desde la graduación.

Llegamos a un piso compartido en un edificio destartalado que hay en un callejón entre Euston y Warren Street. Los asistentes a la fiesta son una mezcla de fumetas del UCL, amigas del colegio de Lauren y gente que pasa por ahí, ve la puerta abierta y se queda a escuchar *Ignition*, de R. Kelly, en bucle durante la mayor parte de la noche. Lauren y yo traemos una botella de vino tinto cada una (Jacob's Creek Shiraz, porque es una ocasión especial), que nos bebemos en dos vasos de plástico (no de la botella, porque es una ocasión especial).

Repaso la habitación con los ojos en busca de chicos con las extremidades funcionales y un pulso detectable. En este momento, tengo dieciocho años. Hace seis meses que soy sexualmente activa y mi sexualidad está en un punto particularmente intenso. Fue un periodo efímero en el que el sexo era mi mayor aventura y descubrimiento; un momento en el que el sexo era como las patatas y el tabaco y yo uno de los primeros colonos de América. No entendía por qué la gente no estaba haciéndolo constantemente. Todos los libros y películas y canciones que se habían escrito sobre el tema no eran suficientes para cubrir toda la extensión de razones por las cuales era genial. ¿Cómo podía la gente pensar en hacer otras cosas cada noche que no fuera acostarse con alguien o buscar

a ese alguien para acostarse con él? (Ese sentimiento se había evaporado a traición cuando llegué a los diecinueve).

Encuentro una cara amiga sobre un cuerpo alto con hombros anchos y lo identifico rápidamente como el chico de los recados de una serie en la que hice prácticas al terminar la secundaria. Habíamos tonteado y criticado a los miembros del reparto que iban de divas mientras fumábamos furtivamente detrás del estudio. Ahora nos acercamos el uno al otro con los brazos abiertos para abrazarnos y casi inmediatamente empezamos a enrollarnos. Así es como yo me las gastaba cuando tantas hormonas viajaban por mi corriente sanguínea a toda velocidad; un apretón de manos se convertía en un morreo; un abrazo, en un refregón. Los marcadores sociales de intimidad habían subido unos cuantos peldaños.

Después de un par de horas de compartir la botella de Shiraz y frotarnos el uno contra el otro, nos encerramos en el baño para rematar la faena. Empezamos a forcejear, yo con sus pantalones y él con mi falda (dos adolescentes borrachos intentando arreglar una caja de fusibles), y oímos que llaman a la puerta.

—¡El váter no funciona! —grito yo mientras el chico de los recados me muerde el cuello.

—Doll —susurra Lauren—, soy yo, déjame entrar.

Yo me abrocho la falda, voy hasta la puerta y abro una rendija.

—¿Qué? —digo sacando la cabeza. Ella se cuelga por la rendija arrastrando los pies.

—Me he estado liando con Finn... —Repara en mi amigo en un rincón del baño, que ahora se sube tímidamente la cremallera de los vaqueros—. Ah, hola —le dice despreocupadamente—. Bueno, que me he estado liando con Finn, pero tengo miedo de que note las bragas que llevo.

—¿Por?

—Es una braga-faja —dice levantándose el vestido para mostrarme una faja de color carne—, para que no se me note la grasa de la barriga ni de la espalda.

—Pues quítatela y ya está. Haz como si no llevaras nada —le digo empujándola hacia la puerta.

—¿Y dónde la pongo? Hay gente en todas las habitaciones. He entrado en todas y siempre hay grupos de gente.

—Déjala aquí —le digo señalando detrás de la cisterna mugrienta del váter—. Nadie la encontrará. —La ayudo a bajarse las bragas, las metemos detrás del váter y la empujo fuera del baño.

Por desgracia, debido a las grandes cantidades de alcohol que hemos ingerido y al porro que hemos compartido, el chico de los recados no puede rendir. Hacemos varios intentos de remediar la situación, uno de los cuales es tan frenético que arrancamos la mampara de la ducha de la pared, pero todos son en vano. Finalmente, nos resignamos y, amistosamente, nos vamos cada uno por su lado: él se va a otra fiesta y nos damos un abrazo de despedida. Acaba de pasar la medianoche.

Lauren y yo nos reunimos en la habitación en la que se está fumando más marihuana para ponernos al día de nuestras respectivas cacerías. Finn también se ha ido tras la promesa de una fiesta mejor en las primeras horas de este nuevo año, negras como el carbón. Brindamos por lo buenas que son las amistades y lo decepcionantes que son los chicos y luego vemos a un grupo de *emos* que conocimos en el circuito de micros abiertos de Whetstone del que rápidamente nos hacemos amigas. Ella se queda con el cantante con el pelo a lo Robert Smith de The Cure, y yo, con el bajista con los mofletes a lo Muñeca Repollo. Nos apoyamos contra un armario, pasamos cigarros Silk Cut y porros por nuestra cadena de montaje de cuatro personas y nos turnamos para conectar los iPods a los altavoces para poner una mezcla justa de John Mayer y Panic! At The Disco. La música se para de golpe.

—Alguien ha roto la ducha —anuncia Hayley imperiosamente—. Tenemos que encontrar a quien haya sido para que pague, porque, si no, nos meteremos en un buen lío con el encargado.

—Sí, tenemos que encontrarle —salto yo arrastrando las palabras—. Creo que ha sido un chico bajito con el pelo largo.

—¿Quién?

—Estaba aquí hace un momento —digo—. Seguro que ha sido él. Ha salido del baño con una chica y se estaban riendo. Ha salido fuera a fumar, creo.

Llevo a la partida de caza de brujas de la residencia a la calle para encontrar al chico que me he inventado, pero pronto pierdo el interés en la presa al ver a Joel, que viene buscando la fiesta. Joel es un famoso rompecorazones del norte de Londres, un Warren Beatty judío con pelo pincho y cicatrices del acné, un Danny Zuko de las urbanizaciones de las afueras. Le ofrezco un cigarro y nos enrollamos inmediatamente como quien habla del tiempo. Entramos al piso, donde yo disfruto de morrearme con Joel en público, que está unos peldaños por encima del chico de los recados de antes. Me da pena no poder volver a ocupar el baño, que ahora llenan Hayley y su equipo forense de CSI aguafiestas medio fumados intentando deducir quién ha roto la ducha y cómo. Estoy buscando un escondite nuevo cuando Christine, una rubia muy guapa (la Sandy para el Danny que es Joel), me pregunta si puede hablar un momento con él. Yo me aparto amablemente porque, como dice el viejo proverbio, quien bien se quiere acostar contigo te dejará libre.

Lauren y yo nos reencontramos para fumar, esta vez, marca Mayfair.

—Salían cuando estábamos en el colegio —me dice—. Cortaban y volvían, era muy intenso.

—Vaya —digo yo.

Miro al otro lado de la habitación y veo que Christine y Joel salen del piso de la mano. Él se despide con un gesto como pidiéndome disculpas mientras se va. Veo que mueve los labios diciéndome «adiós».

Lauren está absorta con el cantante *emo* y hablan de progresiones de acordes; es una señal clarísima de que está decidida a acostarse con él. Son casi las cuatro de la madrugada y yo me tengo que levantar dentro de dos horas para ir a trabajar de vendedora en una zapatería cara de Bond Street en la que me gano una comisión del uno por ciento que no me puedo permitir perder. Voy en busca de un trozo de moqueta en una habitación oscura en el que dormir y, con gran satisfacción, encuentro una cama individual libre y me pongo la alarma a las seis.

Dos horas más tarde, me levanto con la peor resaca de mi vida. Siento como si me hubieran puesto el cerebro del revés, tengo los párpados pegados por el rímel y el aliento me huele como si una rata borracha de *sauvignon* se me hubiera metido en la boca por la noche, hubiera muerto y

se hubiera descompuesto. Me miro la minifalda marrón de Topshop, las piernas al aire y las botas de pirata y me acuerdo de que no he traído el uniforme de trabajo.

—Hayley —susurro mientras sacudo con el dedo gordo del pie su cuerpo dormido sobre una pila de jerséis que hay en el suelo—. Hayley, necesito que me prestes un vestido. Uno negro. Luego vengo a devolvértelo.

—Estás en mi cama —me dice, seca—. Anoche no querías bajarte de ahí.

—Perdona —le respondo.

—Y Lauren me dijo que fuiste tú la que rompió la ducha —murmura con la cara enterrada en los jerséis. Yo no digo nada, me voy en silencio y me arrepiento del altruismo que he demostrado unas pocas horas antes cuando he encontrado una libreta con los poemitas de Hayley debajo de la almohada y no los he leído todos.

—Pareces una vagabunda —me dice con un gruñido Mary, mi jefa con cara de bruja, cuando entro a trabajar—, y también hueles como una vagabunda. Baja al almacén —dice gesticulando con la mano hacia mí con desdén como si estuviera espantando una mosca—. Hoy no puedes estar de cara al público.

Cuando llego a casa esa noche después de la jornada laboral más larga de mi vida, me conecto a Facebook para evaluar los daños fotográficos de la noche anterior. Allí, en la parte de arriba de la página principal, veo una foto en primerísimo plano de las bragas de Lauren que ha subido Hayley a un álbum llamado *Objetos perdidos*. Todos los asistentes a la fiesta están etiquetados. Como comentario solo ha escrito: «¿DE QUIÉN SON ESTAS BRAGAS?».

LA JUERGUISTA SE VA A LEAMINGTON SPA

La primera vez que me emborraché tenía diez años. Estaba invitada al *bat mitzvá* de Natasha Bratt junto con otras cuatro afortunadas niñas de mi curso. En la carpa inundada por el sol del jardín de detrás de su casa de Mill Hill, fluía el vino y corría el salmón ahumado; las mujeres se habían peinado, secador en mano, en trayectorias agresivamente ondulantes, y todas llevaban un brillo beis en los labios. Y, por razones que nunca comprenderé, a todas las niñas —que éramos claramente preadolescentes, con nuestros vestiditos sin tirantes de Tammy Girl y nuestros pasadores con mariposas en el pelo— los camareros del catering nos daban copa tras copa de champán.

Primero, solo sentí una ola de rubor cálido por todo el cuerpo y la sangre me corría deprisa por las venas y sentía un hormigueo en la piel. Luego sentí como si me hubieran aflojado todos los tornillos de las articulaciones y me hubieran dejado elástica y ligera como una masa de pan que ha fermentado y se ha hinchado. Más tarde vino la charlatanería: las historias divertidas, las imitaciones teatrales de profesores y padres, las bromas groseras, las mejores palabrotas... (Hasta la actualidad, este proceso de tres pasos es el que experimento al principio de las borracheras).

El baile entre padre e hija con la música de *Brown Eyed Girl* de Van Morrison fue abrupta y prematuramente interrumpido cuando una de las chicas, que iba un poco peor que las demás, se lanzó de barriga a la pista de baile y se puso a revolverse como una loca por debajo de las piernas de padre e hija como un pez fuera del agua. Rápidamente, yo me uní a ella antes de que un tío de la niña nos sacara de allí y nos riñera, ofendido, pero la noche acababa de empezar.

Invasada por aquella nueva seguridad, decidí que había llegado el momento de mi primer beso, seguido del segundo (con su mejor amigo) y del tercero (con el hermano del primero). Todo el mundo se unió e íbamos

probando y cambiando de compañero de besos como si compartiéramos postre en una mesa. Finalmente, los adultos terminaron con aquella orgía de niños de las afueras y nos llevaron a la sala de estar, donde nos dieron café solo a todos. Cerraron la puerta y llamaron a nuestros padres para que vinieran a recogernos. Aquel era un mal comportamiento sin precedentes, hasta el punto de que la directora del colegio nos volvió a reñir el lunes por «dejar al colegio en un mal lugar» (esa era una acusación que a menudo me lanzaron durante mis años como estudiante y siempre me pareció un argumento de poco peso, especialmente porque yo nunca había querido representar al colegio, sino que mis padres habían escogido que ese colegio me representara a mí).

Nada volvió a ser igual después de aquella noche, los acontecimientos de la cual me proporcionaron el material suficiente como para llenar las páginas de mis diarios hasta bien entrada la adolescencia. A una edad demasiado temprana, había descubierto el alcohol. Suplicaba que me dieran vasitos de vino diluido en agua en todas las reuniones familiares. En Navidad, sorbía el líquido dulce de dentro de los bombones de licor que hacía que te ardiera la garganta, deseando que me afectara. A los catorce, por fin encontré el lugar donde mi madre y mi padre guardaban la llave del mueble bar y me bebía chupitos de *brandy* francés barato con el tapón de la botella cuando no estaban en casa; disfrutaba de la neblina cálida y mareante que le aportaba el *brandy* a la tarea de hacer los deberes. A veces metía a Farly en mis borracheras de niña de zona residencial: nos bebíamos la botella de Beefeater de mis padres y la rellenábamos de agua y, luego, nos sentábamos con las piernas cruzadas en la moqueta afelpada mirando *¿Quién quiere ser millonario?* y peleándonos medio borrachas por cuál era la respuesta correcta.

En mi vida no ha habido nada que haya odiado más que ser adolescente. Mi carácter no podría ser menos compatible con la adolescencia. Estaba desesperada por ser adulta, desesperada por que me tomaran en serio. No soportaba depender de alguien para hacer algo. Hubiera preferido fregar suelos a que me dieran una paga mis padres, y caminar cinco kilómetros hasta casa bajo la lluvia a que vinieran a buscarme en coche. A los quince años, ya estaba mirando cuánto costaban los pisos de un solo dormitorio en

Camden para empezar a ahorrar con el dinero que ganaba como canguro. A esa misma edad, usaba las recetas de mi madre y la mesa del comedor para invitar a mis amigas a cenar en casa. Las obligaba a sentarse y comer tallarines con pollo al horno y romero y *pavlovas* de frambuesa mientras sonaba Frank Sinatra, cuando lo que querían hacer era comer hamburguesas y jugar a los bolos. Quería tener mis propias amigas, mis propios horarios, mi propia casa, mi propio dinero y mi propia vida. Me parecía que ser adolescente era una gran vergüenza frustrante y mortificadora que te desnudaba frente a los demás, te hacía ser dependiente y que ya estaba tardando en terminar.

Creo que el alcohol era mi pequeño acto de independencia. Era la única manera que tenía de sentirme adulta. Todos los efectos secundarios de beber que les encantaban a mis amigas —los morreos, los gritos, los intercambios de secretos, los cigarrillos y los bailes— estaban bien, pero lo que más me gustaba era la madurez que acompañaba al alcohol. Yo representaba escenas de la vida cotidiana de los adultos. Entraba con seguridad a las licorerías de la zona e iba leyendo las etiquetas del reverso de las botellas mientras hacía como si hablara por mi Nokia 3310 de quedar «para tomar una copa el sábado» o de haber tenido «un día horroroso en la oficina» o de dónde habría dejado el coche. Con una copia de *La mujer eunuco* llena de páginas con las esquinas dobladas (que, irónicamente, era sobre todo decorativa), me colocaba en medio del pasillo del colegio lo suficientemente cerca de las profesoras a las cuatro de la tarde de un viernes, cuando todo el mundo se daba prisa por salir de allí, y le gritaba a Farly:

—Sigue en pie lo de la cena, ¿verdad? ¡Me apetece una botella de tinto con mucho cuerpo!

Disfrutaba con la expresión algo perpleja en las caras de las profesoras cuando pasaban por mi lado. «Que os den —pensaba—, hago lo mismo que vosotras. Bebo. Soy adulta. Tomadme en serio, joder».

Al irme al internado a los dieciséis, fue cuando empecé a cultivar realmente el hábito de beber en grandes cantidades. Mi colegio mixto fue el último de los internados ingleses que tuvo un bar en el campus para los estudiantes de bachillerato. Los jueves y los sábados, gracias a un sistema de premios, cientos de jóvenes de dieciséis a dieciocho años bajaban a un

pequeño sótano, reclamaban sus dos latas de cerveza y se rozaban los unos con los otros en una pista de baile oscura y sudorosa al ritmo de «Benie Man y otras leyendas del *dancehall*». Por suerte, nuestros dormitorios estaban delante del bar, lo que suponía que la vuelta tambaleante a casa era rápida cuando daban las once y nuestra supervisora ponía cajas de pizza sobre la mesa para que engulléramos, juntas y borrachas. Otra consecuencia de la situación del edificio era que el jardín de nuestra casa se usara como un patio de juegos hedonistas nocturnos, y, media hora después del toque de queda, la jefa de la casa se ponía un casco de minero y salía a rebuscar torpes alumnos semidesnudos entre los arbustos. Después de que mandara a la cama sin comer pizza a la chica que encontraba y le dijera al chico que se fuera a su residencia, siempre había un momento maravilloso en el que escuchábamos cómo llamaba por teléfono al supervisor de la residencia del chico desde su despacho.

—Detrás del rododendro, he encontrado a tu James con los pantalones bajados; estaba con mi Emily —decía con su marcado acento de Yorkshire—. Lo he mandado hacia allí, debería llegar en diez minutos.

Todos los profesores sabían que bebíamos antes de ir al bar. Colábamos botellas de vodka en las maletas, escondidas dentro de botellas de champú vacías y limpias, y teníamos un alijo inagotable de Marlboro Light debajo del colchón. Cubríamos nuestros rastros con perfume barato y chicles de menta, y cuando me fumaba un porro y se me ponían los ojos rojos, me mojaba el pelo como si acabara de salir de la ducha y le echaba la culpa al champú. La norma tácita era: «Confiamos en que vosotros sepáis dónde está el límite, así que no la lieis. Fumad y bebed, pero no os portéis mal y que no sea muy evidente». En general, el sistema funcionaba. Siempre estaba el que se pasaba y rompía una silla o intentaba frotarse contra una profesora joven de Mates mientras esta daba clase, pero el resto conseguimos controlarlo bien. Normalmente, los profesores eran muy respetuosos con los estudiantes; nos trataban como adultos jóvenes más que como niños. Los únicos dos años de mi adolescencia que disfruté fueron esos dos últimos que pasé en el internado.

La universidad nunca será un lugar ideal para alguien que tiene una relación enfermiza con el alcohol, pero, Dios, yo elegí la peor de todas cuando presenté la solicitud para que me admitieran en Exeter. Arropada por las verdes colinas de Devon, Exeter es conocida desde hace mucho por ser una universidad para señoritos medio arruinados y medio analfabetos. Si alguna vez os encontráis con un británico de mediana edad que sigue jugando al *lacrosse*, que se sabe todas las normas de los juegos de beber y que canta mejor en latín que en inglés cuando está borracho, es muy probable que haya estudiado en la Universidad de Exeter —o la Universidad de los Pijos, como la llamaban en los ochenta—. Yo hice la solicitud solo porque Farly lo hizo. Y ella lo hizo solo porque las Clásicas estaban bien y le gustaba la costa. Terminé yendo solo porque no entré en la carrera que realmente quería en Bristol y mis padres me dijeron que tenía que ir a la universidad sí o sí.

Hoy todavía sigo convencida de que los tres años que pasé en Exeter me dejaron más tonta que cuando llegué. Hice entre poco y nada, pasé de ser una lectora empedernida a no leer ni una sola página de un libro que no fuera obligatorio (y ni siquiera creo que llegara a terminar uno solo de esos). De septiembre de 2006 a julio de 2009, lo único que hice fue beber y follar. Lo único que hacía todo el mundo era beber y follar, con breves pausas para comerse un *kebab*, ver algún concurso de la tele o comprarse un vestido elegante para una fiesta de las que vas de bar en bar con la temática «Lo que el vino se llevó». En vez de ser el epicentro de pensamiento radical y activismo apasionado que había esperado que fuera, era el lugar más políticamente apático en el que había estado. Durante el tiempo que viví allí, solo me enteré de dos protestas: la primera fue un levantamiento del cuerpo estudiantil contra la retirada de las patatas fritas onduladas del menú del *pub* del sindicato de estudiantes; la segunda fue la petición de una joven de que se hiciera un camino de herradura por el campus para que ella pudiera ir a clase y volver en poni.

Los años de mi vida que perdí en Exeter me amargarían la vida si no fuera por lo único que hizo que aquella lamentable experiencia mereciera la pena: las mujeres que conocí. En la primera semana, Farly y yo encontramos un grupo de chicas que se convertirían en nuestras mejores

amigas. Estaba Lacey, una estudiante de arte dramático con el pelo dorado y muy habladora; AJ, una morena brillante que venía de un colegio de chicas estricto y que cantaba himnos religiosos cuando se emborrachaba; Sabrina, la rubia encantadora, llena de vida y de un entusiasmo casi infantil. Estaba Sophie, la chica del sur de Londres, pelirroja, graciosa y masculina, que siempre venía a arreglarnos cosas en casa. Y también estaba Hicks.

Hicks era nuestra cabecilla. Era una chica asalvajada nacida en Suffolk, con el pelo rubio decolorado y cortado a la altura de las orejas, los ojos feroces con una capa de sombra turquesa brillante, piernas largas y juguetonas de adolescente y unas tetas que yo podría identificar hasta en una rueda de reconocimiento, porque las enseñaba a todas horas. Nunca había conocido a alguien como ella; era atrevida y peligrosa, espabilada y temeraria. Parecía que nada tenía consecuencias cuando estabas a su lado. Actuaba como una emperatriz en su reino, que tenía sus propias normas; un reino en el que la noche terminaba a la una del mediodía y la siguiente empezaba esa misma tarde; en el que un viejo al que conocías en un *pub* terminaba como inquilino temporal en tu casa. Vivía en el presente completa, plena y enteramente. Era glamurosa y envidiablemente rockera. Su apetito insensato e ilimitado por pasarlo bien marcó aquellos tres años.

El ambiente de Exeter era tan masculino que yo a menudo me pregunto si eso explica por qué nos comportábamos así cuando éramos estudiantes, si mi grupo de amigas intentaba igualar esa energía agresiva con su comportamiento. Era una perpetuación de la cultura de las fraternidades estadounidenses de las películas con las que habíamos crecido que se entrecruzaba con el sistema jerárquico y lleno de malcriados de las escuelas privadas británicas. Nos gustaba orinar en cuclillas en grupo detrás de contenedores (a Farly y a mí nos pillaron una vez y nos riñeron por hacerlo en las afueras de un cementerio, con el culo al aire a la vista de los coches que pasaban por allí, uno de los cuales, por desgracia, fue un coche de policía). Robábamos conos de tráfico que se acumulaban en nuestra sala de estar. Nos cogíamos unas a otras en brazos y nos lanzábamos por los aires en las pistas de baile de las discotecas. Hablábamos del sexo como si fuera un deporte en equipo. Teníamos los humos muy subidos y actuábamos con una sinceridad brutal y sin ninguna envidia entre nosotras: a menudo,

matábamos de aburrimiento a las posibles conquistas de las demás con largas lecciones ebrias sobre lo fantástica que era nuestra amiga.

En la casa destartalada con la puerta roja en la que vivía con AJ, Farly y Lacey, teníamos un *libro de visitas* para que lo firmaran antes de irse a la mañana siguiente los que *se quedaban a dormir*. Había un televisor roto de los ochenta en el jardín trasero que se quedaba ahí, lloviera o hiciera sol. Se nos llenó el pasillo de babosas y yo las salvé una a una y las puse en un rinconcito con hierba (Lacey me confesó más adelante que les pusieron veneno sin decírmelo). Fue una época de desenfreno intenso y excéntrico; un mundo en el que dos de mis amigas se quedaban despiertas toda la noche bailando y luego iban a la catedral de Exeter a la misa del domingo a cantar himnos a gritos vestidas de licra dorada; un mundo en el que Farly se levantó un día a las nueve para ir a clase y me encontró con Hicks aún en el piso de abajo bebiendo Baileys con un taxista de mediana edad al que habíamos invitado a entrar en casa la noche anterior. Éramos el peor tipo de estudiantes que alguien se pueda imaginar. Éramos temerarias y egoístas e infantiles y violentamente pasotas. Éramos la Broken Britain, esa sociedad británica en ruinas de la que hablaban los periódicos conservadores; de hecho, solíamos entrar a los *pubs* gritándolo. Ahora, me cambio de acera o me bajo una parada antes del metro para evitar estar cerca del tipo exacto de personas exhibicionistas, ruidosas, tontas y engreídas que éramos nosotras.

Si, en algún momento, quería calcular hasta qué punto llegaba el alcoholismo de mi grupo de amigas de la universidad, solo tenía que buscar en los ojos de la gente que venía de visita. Mi hermano pequeño, Ben, vino a verme un par de días cuando tenía diecisiete años y se quedó *horrorizado* por las apariciones medio desnudas y apenas conscientes que se encontró en las discotecas a las que lo llevé. Se le quedó especialmente grabada la zona de un bar llamada *el rincón de las leyendas* porque solo los miembros del club de *rugby* podían sentarse allí. Más adelante, les dijo a mis padres que esa visita de tres días a Exeter fue una de las razones principales por las que decidió no ir a la universidad y matricularse en una academia de interpretación.

Lauren se fue a estudiar Filología Inglesa a Oxford y, alguna vez, llevamos a cabo nuestro propio programa de intercambio. Ella cogía el

Megabus para venir a Exeter y pasar unos días matando neuronas conmigo y, después, yo iba a Oxford con ella y paseaba por el parque con ciervos de Magdalen imaginándome una vida alternativa en la que leía libros, escribía una redacción cada dos semanas y vivía sin televisor(es) en una casa que tenía una torre de aguja.

La primera vez que vino Lauren fue como si yo estuviera enseñándole a ser una estudiante. Una noche que salimos, me pedí una botella de vino rosado de cinco libras en la barra.

—Vale —dijo—. ¿Es solo para nosotras dos?

—No, es solo para mí —le contesté mientras ella miraba a mis amigas, que cogían una botella de vino cada una y vasos de plástico de la barra—. Nos pillamos una cada una.

Al día siguiente, tirada en el sofá comiendo pizza excesivamente cara, dulce y de masa gruesa, vio su primer capítulo de *America's Next Top Model*. Esa tarde conoció al jugador de *lacrosse* que, según decían, había empezado a escribir su trabajo de Geografía Humana en el *pub* a las dos de la tarde del día que se tenía que entregar. Lauren decía que siempre volvía a Oxford relajada y revitalizada después de un necesitado descanso de su agotadora experiencia universitaria llena de fanfarronería intelectual. Tras pasar unos días en Oxford, yo siempre volvía a Exeter algo baja de ánimos y pensando en marcharme.

Cuando hablo de la burbuja de mal comportamiento sin consecuencias que fue mi experiencia universitaria, siempre vuelvo a una anécdota en concreto que incumbe a Sophie, que ahora es una periodista respetada y de éxito que escribe sobre temas cruciales relativos a las personas LGTBQ y a las mujeres, para recordar lo mucho que hemos cambiado. Una noche, después de salir de una fiesta tailandesa de la luna llena en un *pub* cerca del muelle y pensando que iba a vomitar por culpa de los ocho chupitos de vodka con Red Bull que acababa de pedir y tragarse, Sophie, disfrazada de pescador tailandés, se tumbó en el suelo cerca del agua al lado de un amigo suyo que estaba meando. A su otro lado y medio comatosa, estaba la amiga de una amiga, tumbada bocarriba como una estrella de mar. Sophie vio la doble oportunidad de poner a salvo a una mujer y de echar un polvo, pero, una vez que llegó a la residencia de la chica, quedó claro que eso no entraba

en sus planes, así que cogió otro taxi para volver a la discoteca, donde pidió otros ocho chupitos de vodka con Red Bull. Entonces conoció a un chico que le dijo que iba a un bar que abría hasta tarde donde hacían *curry* e iba a pedirlo para llevar. Sophie se fue con él y gritaron «¡Curry, curry!» golpeando la barra del bar. Pidieron la comida, se fueron a casa de él y comieron muchísimo *curry*. Sophie vomitó en un cuenco de metacrilato en la habitación del chico, lo dejó a un lado y se quedó dormida en la cama. Se despertó a la mañana siguiente disfrazada de pescador, miró el cuenco lleno de vómito, pero no hizo nada con él, cogió el patinete del chico y volvió contenta a casa.

—Solo queríamos tener historias que contarnos las unas a las otras — me dice ahora cuando me pregunto cómo podíamos tener un apetito tan infantil por la temeridad y ser tan inconscientes—. Eso era lo que nos intercambiábamos. No era para hacernos las chulas delante de nadie más, sino entre nosotras.

Era evidente que, aunque a todo el mundo le gustaba beber, a mí me encantaba. Me lo bebía todo a una velocidad vertiginosa. En gran parte era por el sabor y la sensación que me provocaba la bebida, pero, cuando era universitaria, también bebía por la misma razón que bebía sola a los catorce: echarle alcohol a mi cerebro era como echarle agua al zumo de limón. Todo se diluía y se suavizaba. La chica sobria estaba llena de ansiedad, convencida de que todos a los que quería iban a morir, temerosa de lo que todo el mundo iba a pensar de ella. La chica borracha fumaba con los dedos de los pies para echarse unas risas y hacía la voltereta lateral en las pistas de baile.

Me gradué en Exeter un mes antes de cumplir los veintiuno y, cuando llegó septiembre, estaba matriculada en un máster de Periodismo en Londres. Lo creáis o no, ese fue el año en el que más salí de fiesta. Me habían dejado brutal y bruscamente, así que me lancé a perder peso para olvidarme de la tristeza y bebía y fumaba para distraerme.

Todavía no le había perdido el gusto. Me parecía tan fascinante a los veintiuno como me lo había parecido en el *bat mitzvá* de Natasha Bratt a los

once años. Me acuerdo de estar sentada en el metro una de tantas noches de sábado de ese año, mirando las luces brillantes de la ciudad yendo de las afueras al centro de Londres en la línea Metropolitana, que galopaba como un caballo por las vías. «Todo Londres es mío —pensaba—, todo es posible».

Ese año, mi hedonismo llegó a su punto álgido de una manera especialmente *rockanrolera*: un viaje largo en taxi. En mi defensa, Hicks lo empezó todo. Durante nuestro tercer año de carrera, su nombre estuvo en boca de todo el cuerpo estudiantil de Exeter cuando, una noche de fiesta, se fue del bar en el que estaba en High Street, se subió a un taxi y le pidió al conductor que la llevara a Brighton. Se gastó hasta el último centavo que tenía para llegar allí y pasó la noche en el suelo de la *suite* de un hotel con unos amigos suyos que estaban casados y habían hecho una escapada romántica allí. Volvió a Exeter la semana siguiente y contó la historia.

La noche comenzó cuando mi nueva amiga Helen, una chica inteligente con el pelo rizado que había conocido en el máster de Periodismo, y yo fuimos a casa de nuestra amiga Moya para tomar una copa de vino y repasar para un examen importante que teníamos. Helen y yo procedimos a bebernos una botella de vino mientras tomábamos el sol; nos pusimos bien cocidas con el vino y, a medianoche, nos fuimos de casa de Moya.

Yo decidí que la noche no había terminado y que quería salir de fiesta, así que nos subimos a un bus en West Hampstead hacia Oxford Circus. Sin embargo, a mí me subió el pedo de repente en el momento en el que empezó el trayecto en autobús —que, además, fue increíblemente largo por un accidente de tráfico—, de modo que, en un momento dado, conseguí convencerme a mí misma de que no estábamos yendo en autobús a Oxford Circus, sino que, en realidad, íbamos en autocar al centro de Oxford, la ciudad. Helen, cuyo estado era muy similar al mío, se convenció de mi persuasiva teoría. Lauren se había graduado el año anterior, así que no la llamé a ella, pero sí que envié mensajes de texto a unas cuantas de sus amigas que había conocido cuando había ido a visitarla y que sabía que estaban en el último curso. Los mensajes apenas eran inteligibles, pero más o menos decían: «Mi amiga Helen y yo hemos subido sin querer a un

autocar que va a Oxford. Ya casi llegamos. ¿Qué sitio está bien para salir de fiesta? ¿Queréis venir?».

Nos bajamos cerca del Topshop, que, según le comenté a Helen, era más grande de lo que recordaba de la última vez que había ido a Oxford. Nos quedamos a la puerta de la tienda mientras yo llamaba incesantemente a todo el mundo que había conocido en la Universidad de Oxford —aún sin asimilar que estaba en Londres—, pero no hubo suerte. Helen y yo coincidimos en que lo de salir de fiesta era una causa perdida, pero era demasiado tarde para coger el último metro que iba a las afueras, a casa de mis padres. Decidimos coger otro autobús para volver al piso de Finsbury Park que Helen compartía con su novio y me dijo que yo podía dormir en el sofá.

Resistiéndome a abandonar mi ebria alucinación, cuando entramos en el piso concluí que estábamos en la residencia de estudiantes de la Universidad de Oxford; quizá una amiga de Helen seguía estudiando allí. Helen se fue a la cama y yo me puse a mirar la agenda del móvil para ver si alguien a quien conocía tenía ganas de fiesta. Llamé a mi amigo Will, un canadiense alto, de aspecto asilvestrado, flaco, con el pelo largo y rizado y unos ojos pálidos como ópalos. Siempre me había gustado mucho.

—Hola, guapa —murmuró con la voz empapada de vodka.

—Tengo ganas de fiesta —le dije.

—Pues vente.

—¿Dónde estás? —le pregunté—. ¿Aún estás en la uni en Birmingham?

—Warwick. Vivo en Leamington Spa —dijo—, te mando un mensaje con la dirección.

Salí del piso de Helen y fui a buscar un taxi de los que viajan entre ciudades. Después de diez minutos paseando por las calles —yo iba metabolizando el alcohol, y, por fin, me di cuenta de que estaba en Londres y no en Oxford—, encontré una empresa de taxis pequeña con un escaparate de madera. Anuncié que quería un coche que me llevara a Leamington Spa y que el dinero no era un problema en absoluto, excepto porque tenían que ser cien libras o menos, porque eso era todo lo que me quedaba en la cuenta y estaba al límite de quedarme al descubierto. Uno de los tres hombres perplejos pasó detrás de la mampara de cristal para coger

un mapa polvoriento y lo abrió teatralmente encima de dos mesas que estaban juntas, cosa que divirtió a sus colegas. Todos se apiñaron alrededor de las mesas mientras uno planeaba el trayecto haciendo rayas con un boli rojo como si fuera el capitán de un barco que planeaba un ataque contra los piratas. Hasta en mi estado de embriaguez lo encontré algo exagerado.

—Doscientas cincuenta libras —declaró finalmente.

—¡Qué barbaridad! —dije con un enfado digno de una clienta de clase media que se pone la mano sobre el collar de perlas, como si, de los dos, él fuera el que hacía la propuesta más absurda.

—Señora, si quiere ir a tres condados de aquí a las tres de la mañana, doscientas cincuenta libras es un precio muy razonable.

Conseguí que bajara el precio a doscientas libras. Will me dijo que él pagaría las cien que me faltaban.

Empezó a bajarme el alcohol cuando iba por la autopista M1 hacia las cuatro de la madrugada (espero que nunca tengáis que decir o escribir esta frase en lo que os queda de vida), pero era demasiado tarde para echarse atrás. Así es como me sentía a menudo en mitad de mis aventuras a altas horas de la madrugada y me autoconvencía de que estaba sacándole el mayor partido a mi juventud. Una cita de Margaret Atwood pendía sobre este periodo de mi vida como una lámpara del techo:

Quando estás dentro de una historia, cuando la vives, no es una historia, sino una confusión; un oscuro rugido, una ceguera, un montón de vidrios rotos y madera astillada; como una casa en medio de un vendaval o un barco aplastado por los icebergs o empujado hacia unos rápidos sin que los que van a bordo puedan hacer nada por impedirlo. Solo después se convierte en algo parecido a una narración. Cuando lo estás contando, a ti misma o a otra persona^[1].

«Al final valdrá la pena», pensé mientras sacaba la cabeza por la ventana en la autopista y el cielo se convertía en amanecer. «Las anécdotas no se me acabarán nunca».

Llegué a las cinco y media de la mañana. Will me dio la bienvenida en la puerta con cinco billetes de veinte libras. El viaje y el destino eran la historia, lo que ocurrió luego fue casi irrelevante. Nos quedamos despiertos bebiendo, hablando, y nos tumbamos en la cama medio desnudos fumando porros y escuchando discos de los Smiths, parando solo brevemente para medio enrollarnos. Nos dormimos a las once de la mañana.

Me desperté a las tres de la tarde con un dolor de cabeza horroroso y la terrible sensación de que el chiste no era tan gracioso como me había parecido la noche anterior. Miré la cuenta del banco: cero. Miré el móvil: decenas de mensajes preocupados de mis amigas. Me había olvidado de que le había mandado a Farly una foto mía sonriendo muy contenta en la parte de atrás del taxi que corría por la autopista a las cuatro de la mañana con el mensaje: «¡Una escapadita a las Tierras Medias!».

Elaboré un plan. Mi novio de la adolescencia, con el que había mantenido una vaga relación, estudiaba para ser médico en la Universidad de Warwick. Podía quedarme con él unos días hasta que me pagaran algo de dinero que me debían de mi trabajo de fin de semana repartiendo *flyers* y coger un tren para volver a casa a tiempo para el examen del máster de Periodismo que tenía el jueves. Sin embargo, cuando le mandé un mensaje, me dijo que se había ido de vacaciones.

Me sonó el teléfono. Era Sophie.

—¿Es verdad que estás en Leamington Spa? —me preguntó cuando contesté.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque quería seguir de fiesta y mi amigo Will estaba de fiesta y vive en Leamington Spa. —Will, aún medio dormido, sonrió con los ojos cerrados y levantó el pulgar cargado de culpa.

—Vale, eso no tiene ningún sentido —me dijo—. ¿Cómo vas a volver?

—No lo sé. Iba a quedarme con un exnovio, pero no está aquí y no tengo dinero para el tren.

Hubo una larga pausa y pude sentir cómo la preocupación de Sophie por mí se convertía en enfado.

—Ya, bueno, pues te compro un billete de autobús para que vuelvas —dijo—. ¿Tienes batería en el móvil?

—Sí.

—Te mandaré la información cuando lo compre.

—Gracias, gracias, gracias —le dije—. Te devolveré el dinero.

Sophie me compró un billete para el viaje en autocar más largo que encontré, con la idea de que necesitaba algo de tiempo para calmarme, sola

con mis pensamientos, para reflexionar sobre las consecuencias de mis actos. Por desgracia para ella, terminé en el mismo autocar en el que viajaba una despedida de soltera muy ruidosa a Londres. Tomamos chupitos de tequila durante el viaje y me dieron un sombrero mexicano. Al día siguiente, cuando llamé a Sophie para darle las gracias por rescatarme, le pregunté si estaba molesta conmigo.

—Dolly —me dijo—, no estoy molesta contigo, estoy preocupada por ti.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque estabas tan borracha que pensabas que estabas en el centro de Oxford cuando estabas en el Topshop de Oxford Circus. ¿Sabes lo vulnerable que te hace eso, ir por Londres tan borracha?

—Lo siento —dije malhumorada—, solo me estaba divirtiendo.

—¿Cuántas amigas más tienen que arruinarse por ir en taxi a la otra punta de la isla para que se acabe esta locura?

(Solo una, Farly, que, unos meses después, fue del sureste de Londres a Exeter. Volvía a casa en taxi de una discoteca cuando un chico que le gustaba y que aún iba a la universidad le escribió y ella le pidió al taxista que diera la vuelta y fuera a Devon. Hasta el día de hoy, ella se encoge de hombros cuando la acusan de derrochadora y dice que el viaje solo costó «noventa libras y un paquete de tabaco». La cifra ha ido aumentando a medida que la hemos ido pinchando para que nos dijera la verdad).

Eran buenas historias y eso era lo que importaba. Era la *raison d'être* de mis veintipocos. Era una máquina humana detectora de fragmentos de posibles anécdotas y rastreaba la tierra de la vida con la nariz apretada contra la hierba con la esperanza de encontrar algo que desenterrar.

Otra noche en la que, entre las dos, teníamos veinte libras, Hicks y yo fuimos a un hotel pijo de Londres que, según me había prometido ella, era un hervidero de «millonarios aburridos con un montón de bebida que buscaban la compañía de gente joven y divertida». En efecto, encontramos a dos hombres de mediana edad de Dubái, uno de los cuales era dueño de un restaurante de *curry* en Edgware Road, y el otro, de una de esas academias de inglés que hay encima de los locutorios de Tottenham Court Road. Hicks y yo hicimos nuestro numerito de contar ostentadamente el

cuento bien ensayado de cómo nos conocimos en un crucero. Yo cantaba con la banda y su marido se había tirado por la borda. Un día, cuando las dos estábamos solas, sentadas en la cubierta superior, fumando y mirando al mar, empezamos a hablar.

Nos preguntaron si nos apetecía ir a casa de su amigo Rodney, que, según nos aseguraron, era *un juerguista*, el eufemismo universal de *generoso con el alcohol y las drogas*. Nos amontonamos todos en su coche, que estaba fuera esperándonos, y el chófer nos llevó a una torre de Edgware Road, que estaba lejos de la promesa de exceso y *glamour* al estilo Studio 45 que nos habían vendido. Hicks y yo nos cogimos de la mano para entrar por la puerta y, en el ascensor, le mandé a Farly un mensaje con la dirección del edificio por si me pasaba algo aquella noche, un ritual más bien macabro al que ella ya estaba bastante acostumbrada.

Un hombre chipriota de unos setenta y cinco años con un pijama a rayas abrió la puerta.

—¡Ay, Dios! —gritó mirándonos de arriba abajo—. ¡Es *demaseado* tarde! —Levantó las manos desesperado—. ¡Soy *demaseado* viejo para esto!

Nuestros dos nuevos amigos le prometieron que la fiesta no duraría mucho y que solo queríamos unas copas. Rodney nos invitó generosamente a pasar y nos preguntó qué queríamos beber. Dijo que los cócteles eran su especialidad, mientras señalaba su bien abastecido mueble bar de los setenta. Yo pedí un martini seco.

Rodney me fascinaba, especialmente por las decenas de fotografías enmarcadas de sus nietos que tenía esparcidas por todas las superficies posibles. Anduvimos por la casa con nuestros martinis —él aún en pijama— y me iba dando los nombres, edades y una descripción del carácter de todos ellos. Mientras tanto, Hicks hacía lo que siempre hacía en noches como esa: hablar seriamente sobre filosofía con uno de los millonarios de Dubái, gesticulando dramáticamente mientras soltaba un monólogo sobre los existencialistas franceses con los ojos saliéndosele de las cuencas como nomeolvides brotando de las grietas de las aceras.

Rodney y yo nos sentamos en el sofá y me contó su pasado legendario: los negocios fallidos, el bar del que era dueño que ahora era un

supermercado, las modelos que le rompieron el corazón... En un momento dado, detuvo su narración y enrolló un billete de cinco para las rayas de coca que había pintado en la mesita de café. Se apoyó en el respaldo del sofá y me miró.

—Sabes, es *cureoso*, me recuerdas mucho a una mujer con la que me encontré varias veces en los setenta, con el pelo largo y rubio y unos ojos como los tuyos. Salió un tiempo con un amigo mío.

—Ah, ¿sí? —le pregunté encendiéndome un cigarro—. ¿Quién era?

—Barby, creo que se llamaba Barby. —Yo tragué con dificultad, acordándome de una anécdota que me había contado una vez mi madre sobre un apodo gracioso, pero también odioso, que le habían puesto cuando tenía veintipocos.

—Barbara —respondí—, Barbara Levey.

—¡Sí! —gritó—. ¿Conoces a esa mujer?

—Es mi madre —contesté.

Pensé en ella, durmiendo en las afueras, y me imaginé qué pensaría de que su hija estuviera colocándose con un chipriota de setenta y cinco años que ella había conocido en los setenta. Me fui a la otra habitación, interrumpí la conferencia literaria de Hicks a su público simultáneamente embelesado e indiferente y le dije que tenía que irme inmediatamente. Ella me dijo que después habría un *after* en el restaurante que uno de los dos hombres tenía en Edgware Road. Yo le dije que ya estábamos de *after*. Me pregunté si había caído sin querer en el terreno pantanoso de lo que va después del *after* y me había quedado ahí atrapada para siempre. Me pregunté si necesitaba que me echaran una cuerda para poder salir.

No obstante, no puedo decir que todo fuera trágico, porque no lo era. Mis amigas y yo seguíamos pensando que lo que hacíamos era un gran acto de empoderamiento y emancipación. Mi madre a menudo me decía que esa actitud que creíamos que era feminista no lo era, que imitar el comportamiento más incívico de los hombres no era una muestra de igualdad. («Esa Zoë Ball fue muy perjudicial para la causa», dijo una vez). Yo, sin embargo, aún creo que hubo momentos en los que aquellos años de fiesta fueron un acto desafiante y poderoso de celebración, un rechazo a usar mi cuerpo de la forma que se esperaba de mí. Una gran parte fue

simplemente pasármelo bien siguiendo nuestras propias reglas; muchos de los recuerdos que tengo son de mí y una de las chicas alejándonos de una situación que nos aburría o no nos gustaba para pasar tiempo la una con la otra. Yo estaba hambrienta de experiencias y satisfacía esas ansias con compañeras que pensaban como yo.

Algunos de los recuerdos que tengo son alegres, otros son tristes, y esa era la realidad. A veces, bailaba con una sonrisa en la cara hasta el amanecer rodeada de mis mejores amigas; a veces, me caía en la acera corriendo detrás del autobús nocturno mientras llovía y me quedaba tirada sobre el suelo mojado más de lo que debía. A veces, me daba contra una farola andando por la calle y se me quedaba la barbilla amoratada durante días, pero, a veces, me despertaba con dos chicas que estaban de resaca como yo y las tres nos dábamos cariño y nos apoyábamos y pasábamos la resaca con alegría. Ahora, de vez en cuando, me encuentro con personas de esa época, algo borrosa, que dicen que pasaron una noche bebiendo conmigo en un rincón de una fiesta en casa de alguien, y yo entro en pánico inmediatamente porque no me acuerdo de nada. Hace cosa de un año, me encogí de hombros avergonzada cuando un taxista negro me preguntó si me llamaba Donny, porque estaba casi seguro de que me había parado cuando iba descalza y *bastante perjudicada* por una calle de Londres en 2009.

Sin embargo, una gran parte de esos años fue diversión fantástica y despreocupada; una aventura por ciudades, condados, historias y personas con una pandilla de exploradoras con mallas de colores fosforescentes y demasiada raya de ojos a mi lado.

Y, por lo menos, pensaba yo, por fin le había demostrado a todo el mundo que era adulta. Por lo menos, por fin me podían tomar en serio.

RECETA: MACARRONES CON QUESO PARA LA RESACA

(para cuatro personas)

Para vivir la experiencia de inmersión completa, cómetelos en pijama viendo *Sucedió en Manhattan* o el documental de un asesino en serie.

- 350 g de pasta (pueden ser macarrones o plumas)
- 35 g de mantequilla
- 35 g de harina
- 500 ml de leche entera
- 200 g de queso *cheddar* rallado
- 100 g de queso *red leicester* rallado
- 100 g de queso parmesano rallado
- 1 cucharada de mostaza inglesa
- Unas cuantas cebolletas picadas
- 1 chorrito de salsa Worcestershire
- 1 bola pequeña de *mozzarella* en trocitos
- Sal y pimienta negra al gusto
- Aceite de oliva

Hierve los macarrones en una olla grande con agua; tienen que quedar ligeramente crudos, porque seguirán cociéndose en el horno. Cuélalos y resérvalos. Échales aceite de oliva para que no se peguen.

Derrite la mantequilla en una sartén. Añade la harina y cocina la mezcla durante unos minutos, dándole vueltas constantemente, hasta que se convierta en una pasta espesa y homogénea. Incorpora la leche poco a poco mientras remueves. Cocina a fuego lento entre diez y quince minutos, sin

dejar de remover, hasta que tengas una salsa sin grumos y brillante que se habrá ido espesando poco a poco.

Apaga el fuego y añade tres cuartas partes del *cheddar*, del *red leicester* y del parmesano a la salsa, junto con la mostaza, un poco de sal y pimienta, las cebolletas picadas y un chorrito de salsa Worcestershire. Sigue removiendo hasta que esté todo derretido.

Precalienta el *grill* a la máxima temperatura. Vierte la pasta y la salsa en una fuente para el horno y mézclalas. Añade la *mozzarella* y remueve. Espolvorea por encima el *cheddar*, el *red leicester* y el parmesano que te quedan. Mete la fuente en el *grill* hasta que la mezcla esté dorada, burbujeante y gratinada (o en un horno a 200 °C durante quince minutos).

CRÓNICAS DE LAS MALAS CITAS: UN HOTEL EN UNA CALLE PRINCIPAL DE EALING

Es mi primera Navidad en casa desde que voy a la universidad y tengo un trabajo a tiempo completo de vendedora en L. K. Bennett en Bond Street. Debbie, la estudiante de moda glamurosa que siempre se lleva más comisiones que las demás, me pinta los labios de rojo a lo Vivien Leigh en el vestuario porque tengo una cita.

Él se llama Graysen y lo conocí en la uni de York cuando fui a ver a una amiga del colegio hace un mes. Yo estaba haciendo cola en el bar del sindicato de estudiantes para pedir dos vodkas con Coca-Cola Light y alguien me cogió la mano. Graysen —larguirucho, pálido, interesante, con unos ojos de Elvis enmarcados por una gran cantidad de raya de ojos— me puso la palma de la mano mirando hacia arriba.

—Tres hijos. Morirás a los noventa. —Me miró—. Ya habías estado aquí antes —susurró teatralmente.

Es la primera persona de mi edad que conozco que ha decidido no tener Facebook. Me parece que es Sartre.

Nos encontramos debajo de un árbol de Navidad gigante y me lleva a un bar de martinis porque se acuerda de que le dije que era mi bebida favorita (en este momento sigo en mi etapa de entrenarme para que me guste el martini, de modo que me preocupa que me vea hacer una mueca al dar el primer trago, pero consigo no hacerlo). Luego nos vamos al *pub* más antiguo de Londres, donde me tomo una cerveza de fresa. Él me enseña unas llaves; su jefe le ha dado una habitación de hotel para pasar la noche. No me explica por qué.

Después de tres trayectos en autobús, el tiempo que le lleva explicarme por qué, para él, Londres ha sido un padre, más aún que sus propios padres,

llegamos a una casa de las afueras convertida en un hotel destartalado en una de las calles principales de Ealing.

No quiero acostarme con él porque quiero conocerlo mejor, así que nos pasamos la noche tumbados en la cama, mirando el techo de color blanco roto y hablando de los dieciocho años que habíamos vivido hasta ese momento. Su padre es un hombre muy mayor, muy elegante y muy rico que fue «el último de los colonos» y descubrió una especie de pez poco común en sus viajes, escribió un libro sobre ello y ha vivido de ese dinero desde entonces. Yo estoy llena de curiosidad. Nos dormimos a las cinco.

Temprano por la mañana, Graysen tiene que irse a trabajar. Me da un beso, me dice adiós y deja un pastelito de albaricoque en la mesita de noche. Es la última vez que nos vemos.

Me pasaré los cinco años siguientes preguntándome sin cesar si Graysen era un actor que buscaba un público crédulo y evadirse de sí mismo una noche, si había sido todo mentira: la lectura de mano, el hotel, el pez, la raya de ojos...

Diez años después, me enamoraré de un chico que se está sacando el doctorado en Biología y que se convertirá en el gran amor de mi vida. Un domingo por la noche, estaré tumbada en su cama con su jersey puesto y él sacará un libro para leer antes de dormir sobre un hombre que descubrió un pez. Yo se lo cogeré de las manos, miraré en el interior de la tapa y veré la fotografía de un hombre con la misma cara y el mismo apellido que Graysen. Mi novio me preguntará por qué me río.

—Porque todo fue real —diré—, y fue muy loco.

CRÓNICAS DE LAS MALAS FIESTAS: COBHAM, NOCHEVIEJA, 2007

—Tiene que haber algo que hacer —le digo a Farly cuando vamos por el decimotercer capítulo de *Friends*, tiradas en el sofá en casa de mi madre a las cinco de la tarde del día de Nochevieja—. Tenemos diecinueve años, tenemos que ser capaces de encontrar una fiesta en algún sitio.

Le mando un mensaje aparentemente personal a todos mis contactos. Nuestro amigo Dan nos propone ir a una *rave* en un almacén de Hackney, pero a Farly le dan miedo las aglomeraciones de personas drogadas y nunca ha ido más allá de Liverpool Street.

Justo cuando estamos a punto de perder la esperanza, alguien pica: Felix, un amigo del internado que iba un curso por debajo de mí y que siempre me ha gustado muchísimo. Me habla de «una *rave* enorme en Cobham» y me dice que no me la puedo perder. Me pide que lleve amigas. Farly accede a ir porque es nuestra única opción y sabe lo mucho que me gusta Felix. Se sacrifica por el equipo, es mi mujer de confianza y va a la fiesta por el bien de mi vagina. Es un sistema recíproco, justo y eficaz que usamos desde hace mucho, ya que las dos hemos estado siempre solteras: yo sacrifico mi noche para ayudarla a ligarse a un chico, me apunto ese acto de caridad y puedo usar el vale cuando quiera para que ella haga lo mismo por mí. Es la democracia del follar. Es el hoy por ti, mañana por mí.

Llegamos al chalet de Surrey, en la zona donde están las casas de los futbolistas, y nos encontramos algo que no es para nada una *rave*, sino más bien una especie de fiesta sedentaria en la que están haciendo pizza en el horno y cuyos asistentes son diez parejas acarameladas y un tío fornido que lleva una camiseta de *rugby* y juega con el labrador de la familia.

—¡Hola! —digo vacilante—. ¿Está Felix?

—Se ha ido a la tienda a por vodka —me contesta monótono el jugador de *rugby* sin levantar la vista del perro.

—¿Tú no ibas un curso por delante de nosotros en el cole? —pregunta una chica con cara de caballo y el pelo rizado.

—Sí —le digo mientras cojo cautelosamente un trozo de pizza con *pepperoni*.

—¿Tus amigas no podían quedar hoy?

Aparece Felix con una bolsa de la compra tintineante.

—¡Eh! —grita alargando los brazos para abrazarme.

—¡Hola! —Lo abrazo también—. Esta es Farly. ¿Aquí todo el mundo está emparejado? —le digo entre dientes.

—Sí —dice Felix—, esperábamos tener algo más de diversidad entre los asistentes, pero mucha de la gente que había dicho que vendría no ha venido.

—Ya.

—¡Pero nos lo pasaremos bien! —dice rodeándonos con los brazos—. Los tres mosqueteros.

Las horas siguientes pasan sin que nos demos cuenta por el buen rollo y la bebida; es suficiente para hacerme pensar que, quizá, el largo trayecto hasta Cobham ha valido la pena. Felix, Farly y yo nos vamos a la sala de estar y jugamos a juegos de beber y hablamos y nos reímos. En un momento dado, él me rodea con los brazos y Farly y yo intercambiamos media sonrisa y un contacto visual de lo más fugaces. Es suficiente para que ella se vaya a contestar a una llamada falsa en la planta de arriba y nos deje solos. No puedo quererla más.

—¿Nos vamos a un lugar más tranquilo? —pregunta.

—Vale —le digo sonriendo.

Me coge de la mano y me saca al jardín.

—Esto es un poco raro —me dice cuando me siento en una silla de plástico mientras él cambia el peso de un pie al otro.

—¿Por? Venga, dilo.

—Me gusta mucho tu amiga Farly —me dice—. ¿Está soltera?

En un nanosegundo, sopeso lo buena persona que soy.

—No —le contesto tras decidir que tengo mucho tiempo en la vida para mejorar—. No está soltera.

—Joder —dice—. ¿Está con alguien?

—Sí, tiene una relación muy seria —le digo asintiendo con gravedad—, con un chico que se llama Dave.

—Pero hablaba como si no tuviera novio.

—Bueno, es que oficialmente ya no están juntos —improvisó—, pero, en realidad, siguen estándolo. Van muy en serio. Ahora está hablando con él por teléfono, de hecho. Ya sabes lo que pasa en Nochevieja. Piensas en todas las cosas de las que te arrepientes y en las cosas que no has dicho y todo eso. En fin, lo que está claro es que no está lista para irse con nadie.

Farly vuelve alegremente con una botella de vino en la mano. Felix, desilusionado, se excusa diciendo que va al baño.

—¿Os habéis liado? —dice ella emocionada—. ¿Os he interrumpido?

—No, le gustas tú y me ha preguntado si estás soltera y le he dicho que no, porque soy mala persona y no quiero que te vayas con él, por eso le he dicho que tienes una relación complicada con un chico que se llama Dave y que todo es muy reciente y que no estás lista para pasar página e irte con nadie.

—Vale —contesta.

—¿Te parece bien?

—Claro que sí —me dice—. De todas formas, no es mi tipo.

Oímos los pasos de Felix.

—Le he dicho que estabas hablando con Dave —le digo en un murmullo.

—Sí —dice ella levantando la voz mientras Felix se sienta—. Bueno, pues sí, era Dave. —Lo dice robótica, con la sutileza y los matices de un actor malo de telenovela—. ¡Otra vez!

—¿Qué te ha dicho?

—Pues lo de siempre: quiere que volvamos, cree que puede funcionar. Y yo, en plan: «Dave, ya hemos pasado por esto». Pero he sentido algo, aunque no estemos juntos. Eso me deja claro que no estoy preparada en absoluto para pasar página —repite como un loro.

Felix se muerde el labio inferior agresivamente y se bebe de un trago todo el vino que le queda.

—Es casi medianoche —dice, y se levanta de la mesa para volver a la casa.

Contamos en voz alta los segundos que faltan para el año nuevo, y yo, de pie en la sala de estar de una casa de las afueras sosa, beis, de la familia de un chico al que no conozco, juro que nunca jamás volveré a planear una noche pensando en una posible conquista. Miramos la BBC en la tele de pantalla plana, donde salen personas borrachas con bufanda, con las mejillas sonrojadas, que están de fiesta en el South Bank, el barrio de la orilla sur del Támesis, y yo deseo estar allí. El Big Ben da las doce. Suena *Auld Lang Syne*. Entonces, por un motivo que nunca podré comprender, todo el mundo se pone a bailar agarrado como si fuera la última canción de la noche en la discoteca. Todo el mundo menos Felix, que está al otro lado de la sala jugando malhumorado a un juego en el móvil. Giro la manilla de latón del mueble bar de caoba de época para hacerme con una botella de *whisky*. Miro a Farly, que tiene al labrador negro de la familia cogido de las patas delanteras para mantenerlo de pie sobre las traseras. Ellos también bailan agarrados al ritmo funerario de *Auld Lang Syne*.

Hemos perdido el último tren que volvía a Londres, de modo que voy fuera y llamo a algunas empresas locales de taxis para preguntar cuánto cuesta que nos lleven a casa, pero todas son demasiado caras. Estamos atrapadas en Surrey durante, al menos, ocho horas en una casa llena de parejas y un chico que me gusta, pero al que yo no le gusto, y todos iban un curso por debajo de mí en el colegio. Vuelvo a entrar al séptimo círculo de las afueras y veo a Farly y al jugador de *rugby* que antes andaba por allí besuqueándose contra la nevera antes de meterse en el armario de la caldera. Salgo al jardín a fumarme sola todos los cigarros que me quedan uno detrás de otro.

—¿Y Farly? —me pregunta Felix, que ha tenido la misma idea que yo.

A mí ya me la suda todo el cuento de antes.

—Está en el armario de la caldera con el tío ese del *rugby* —le digo impasible antes de beber un trago de la botella de *whisky*.

—¿Qué? ¿Y qué pasa con Dave?

—No sé —le digo mientras enciendo el cigarro y exhalo humo al aire frío y sereno de la noche—. Lo suyo con Dave es muy complicado, Felix. Cuanto antes te des cuenta, mejor. A veces están bien, a veces están mal, a veces están juntos y a veces no.

—Pero hace una hora había dicho que sí que estaban juntos —contesta indignado.

—Ya, bueno, supongo que él habrá vuelto a llamar y habrán vuelto a discutir y ella se habrá dado cuenta de que, en realidad, se acabó.

—Genial —dice sentándose a mi lado en las sillas de jardín y cogiendo un cigarro—. Es la peor Nochevieja de la historia.

—Sí. —Miramos en silencio los fuegos artificiales de Surrey—. Sí que lo es.

10 de noviembre

Querido todo el mundo que conozco y unas pocas personas que no conozco:

Disculpad este correo masivo del que no me arrepiento en absoluto.

Siento esta autopromoción tan vergonzosa de la que no me avergüenzo en absoluto. Os escribo porque hay un proyecto narcisista al que le he dedicado dos semanas enteras y siento que le debéis vuestro tiempo, dinero y atención.

Presentaré una velada de música, poesía y cine en un evento llamado el Salón Literario de Lana que tendrá lugar en un parking abandonado de Leytonstone. La idea es que la noche evoque las estimulantes tradiciones informales de la Oxford Union con la atmósfera de un programa televisivo de variedades.

Para empezar, habrá algo de *spoken word*^[2] escrita por India Towler-Baggs, que tratará temas como el reciente corte de pelo que le ha cambiado la vida, la difícil decisión de elegir la configuración por defecto de su navegador web y la búsqueda de sí misma que ha llevado a cabo mediante una mezcla de ceremonias de ayahuasca y clases de zumba. Enunciará todo su trabajo con un ligero acento jamaicano a pesar de haber sido alumna del Cheltenham Ladies' College.

Como la mayoría sabéis por el torrente continuo de *spam* en Facebook, Ollie ha fundado su propio partido político, Jóvenes Liberales en la Inopia, así que leerá su manifiesto y, después, tendrá una charla con el periodista Foxy James (T4, MTV News) sobre los tres intereses principales del partido: la compra de la primera residencia, las tasas universitarias y la reapertura de la discoteca Fabric. Podréis apuntaros al partido en el mismo evento.

A continuación, el acto principal: la proyección de mi corto. *A nadie le importa que Ulrika Jonsson sea inmigrante* explora los temas de la identidad cultural, la ciudadanía y la soberanía, y está ambientado en un futuro distópico. Cuando termine el corto de tres minutos, Foxy me entrevistará en el escenario durante dos horas. Hablaremos de la película y del equipo de rodaje (básicamente, mi familia) como si se tratara de una obra universalmente reconocida y hablaremos con una camaradería llena de bromas privadas, ojos en blanco y vocabulario del mundo del espectáculo sobre anécdotas del rodaje como si yo fuera Martin Scorsese grabando los comentarios del director de *Uno de los nuestros*.

Habrá cerveza artesana, fabricada por mi compañero de piso en la terraza de la moderna casa que tenemos en Penge. La cerveza Death of Hackney^[3] es un poco como el Marmite, pero con gas, huele como una infección de orina y puede ser vuestra por 13 libras la botella. A disfrutar.

También habrá un cubo circulando en el que podréis donar caritativamente tanto o tan poco como queráis para una causa que merece la pena: yo. La secuela de *Ulrika* está en preproducción en estos momentos y quiero terminar lo antes posible, pero tampoco me pondré a trabajar en algo aburrido como el resto de la gente (como Kerouac, yo por las mañanas no rindo).

Muchísimas gracias por vuestro apoyo. Querré muchísimo a todo el mundo que aparezca, literalmente; excepto a la gente a la que no conozco tanto. A esos los saludaré de forma escueta y, luego, les diré a mis amigas: «Dios, ¿por qué ha venido? No lo veo, literalmente, desde primaria. Creo que está obsesionado conmigo».

Que el arte os acompañe.

Besos,

Lana

ESTAR UN POCO GORDA, ESTAR UN POCO DELGADA

—¿Me sigues queriendo? —pregunté.

—No —respondió él—. No, creo que ya no te quiero.

—¿Te gusto por lo menos? —pregunté. Hubo un silencio.

—Creo que no.

Colgué.

(Desde entonces, le he aconsejado a la gente que es mejor que mientan sobre esto si van a romper con alguien. Lo de dejar de estar enamorado es bastante malo. Lo de que deje de gustarte alguien es horrible).

Yo tenía solo veintiún años, hacía un mes que había terminado la universidad y mi primer novio serio me acababa de dejar por teléfono.

Harry y yo habíamos estado juntos algo más de un año a pesar de no hacer buena pareja ni por asomo. Él era conservador, estaba obsesionado con los deportes, hacía cien flexiones antes de irse a dormir cada noche, era el secretario social del Club de Lacrosse de la Universidad de Exeter y tenía una camiseta que decía *Flash Gordo* y que le gustaba de verdad, no en plan irónico. No le gustaban nada las muestras de emoción excesivas, las mujeres altas que llevaban tacones ni la gente que gritaba demasiado, básicamente, todo lo que conformaba mi personalidad en ese momento. Él pensaba que yo era un desastre, y yo, que él era muy cuadriculado.

Nos pasamos todo lo que duró la relación discutiendo, en gran parte, porque no nos separábamos ni un momento. Prácticamente había vivido en el piso que yo compartía con Lacey, AJ y Farly durante el último curso y se había mudado a casa de mis padres para pasar el verano mientras hacía prácticas.

Uno de nuestros peores momentos fue al final de ese largo y agitado agosto, cuando cogimos un tren para ir a Oxford, a la fiesta del vigésimo primer cumpleaños de Lacey. Yo me levanté de la mesa después del primer

plato y me encontré con una piscina que me llamaba. Me quité toda la ropa y me metí y, cuando algunas amigas vinieron a buscarme, animé a todo el mundo a hacer lo mismo. La noche degeneró en una fiesta masiva en la piscina y yo me convertí en una especie de maestra de ceremonias desnuda. Harry se puso furioso. A la mañana siguiente, Farly y AJ se escondieron detrás de un árbol con una risa incontrolable mientras lo observaban gritándome: «¡No volverás a avergonzarme así nunca más!». La enorme vergüenza que yo tenía era aún más visible porque la piscina estaba hiperclorada y mi pelo, decolorado, se había vuelto de un verde botella muy chillón.

No teníamos absolutamente nada en común, pero él quiso ser mi primer novio serio y, cuando yo tenía diecinueve años, esa era razón suficiente para salir con alguien.

Yo vivía en un piso del este de Londres cuando me llamó. Me quedaba en casa de una amiga de forma indefinida mientras empezaba el máster para evitar el largo viaje desde Stanmore. Farly apareció una hora después, a la una de la madrugada. Venía en coche desde casa de su madre y me dijo que iba a llevarme a la mía.

Yo estaba desconsolada de camino a casa, intentando contarle la conversación, pero sin apenas poder recordar los detalles. Me sonó el teléfono: era él. Le dije a Farly que no podía hablarle. Ella sacó el coche de la carretera, descolgó y se puso el móvil en la oreja.

—Harry, ¿por qué lo has hecho? —rugió. Yo no podía oír lo que él decía al otro lado de la línea—. Vale, ¿pero por qué se lo has dicho por teléfono? ¿Por qué no has ido a verla y se lo has dicho en persona? —volvió a gritar. Hubo más palabras indescifrables por parte de él. Farly lo escuchó—. ¿Sí? Pues puedes irte a la puta mierda —le gritó, colgó el teléfono y tiró el móvil al asiento de atrás.

—¿Qué te ha dicho?

—La verdad es que nada —respondió.

Farly durmió en mi cama esa noche. Y la siguiente. Acabó por quedarse quince días y yo no volví al piso de mi amiga. Era la primera vez que me rompían el corazón y no me esperaba que la arrolladora sensación fuera una confusión tan grande, como si no hubiera motivos para confiar en nadie

nunca más. No llegaba a hacerme a la idea de lo que había pasado ni del porqué. Solo sabía que no había sido lo bastante buena.

Tampoco podía comer. Había oído hablar de ese efecto secundario de las rupturas, pero no me había imaginado que me afectaría a mí. Yo era entonces —y había sido siempre— una chica hambrienta, quizá la que más. Nunca había empezado una dieta que hubiera durado más de dos días. A toda mi familia le encantaba comer, igual que a Farly y a mí. Mi madre, una cocinera nata que se había criado con sus abuelos italianos, empezó a enseñarme a cocinar cuando tenía cinco años. Me ponía de pie sobre una silla a su lado para que pudiera ayudarla a amasar o a batir huevos en la encimera. Cociné para mí misma cuando era adolescente y para los demás en la universidad. La primera entrada que hice en un diario, cuando tenía seis años, fue un registro entusiasta de lo que había comido ese día. Me acuerdo de las diferentes fases de mi vida por lo que había para comer: las patatas crujientes al horno de las vacaciones en la playa de Devon, las tartas de mermelada de colores vivos de mi décimo cumpleaños, el pollo asado de todos los domingos por la noche, cuya salsa hacía más llevaderos los días de colegio por venir. No importaba lo terrible que se volviera la vida, yo siempre estaba segura de que iba a poder repetir el plato.

Nunca sentí que tuviera sobrepeso, pero a menudo describían imprecisamente mi cuerpo como el de «una chica grande». Vengo de un largo linaje de gigantes. Mi hermano, el pobre, era un adolescente de dos metros que tenía que comprarse ropa en tiendas que se llamaban Magnus y High and Mighty («alto y fuerte»). A los catorce años, yo medía un metro ochenta, pero no era una de esas adolescentes altas y desgarbadas tan monas que son medio humanas, medio potrillas. Era ancha y tenía las tetas y las caderas grandes. Era lo contrario de las chicas cuyas fotos aparecían en las páginas de la revista *Bliss* y que describían en la serie de libros de *El club de las canguro*. Además de no estar hecha mentalmente para ser adolescente, mi físico tampoco era el ideal para serlo.

Ser una adolescente tan alta me resultó difícil. No sabía nunca lo que se suponía que tenía que pesar, porque todas las chicas eran la mitad de altas que yo y siempre decían que estaban gordas cuando pesaban lo que yo cuando era niña, lo cual me generaba mucha vergüenza. Eso, ligado a

comer por aburrimiento y a la grasa infantil, me hacía tener que comprarme ropa de la talla 44. Sabía que era más grande que mis amigas y a veces me llamaban *gorda*, pero yo siempre tenía la esperanza de que mi figura empezara a tener más sentido cuando no fuera una niña. El único momento verdaderamente vergonzoso fue cuando tenía quince años y, en una barbacoa, Tilly, una amiga de mis padres, borrachísima y con un sobrepeso espectacular, me cogió de la grasa de las caderas como si estuviera girando el timón de un barco y gritó que «las chicas gorditas tenemos que estar unidas». Me dijo sin tapujos que «a los hombres les gusta que las chicas tengan algo de carne» y, a continuación, recibí un guiño conspiratorio de su marido, quien, por cierto, también era más ancho que un Opel Zafira.

Empecé a perder algo de peso cuando me fui al internado y, cuando llegué a la universidad, estaba en una cómoda talla 42, pero no me importaba demasiado ponerme muy delgada. Seguía besando a los chicos que quería besar. Podía comprar en Topshop. Y me encantaba cocinar y la comida. Entendía que ese era el precio que tenía que pagar.

Y, no obstante, allí estaba yo. Incapaz, por fin, de comer nada. De la cabeza a los pies me invadía una sensación de angustia y mi apetito —mi mejor activo— se había esfumado. Tenía los intestinos inquietos y un nudo constante en la garganta. Mi madre me daba cuencos de sopa por la noche y me decía que era fácil de tragar, pero yo solo conseguía tomar un par de cucharadas y tiraba el resto por el fregadero cuando se iba.

Después de quince días, me pesé. Había perdido más de seis kilos. Me puse delante del espejo desnuda y vi, por primera vez en la vida, el principio de lo que me habían hecho creer que eran los verdaderos requisitos de la feminidad. Una cintura pequeña y los huesos de las caderas, la clavícula y los omóplatos marcados. En aquel nuevo panorama que no entendía —donde el chico con el que había compartido casa y vida durante más de un año de repente me rechazaba—, sentí, finalmente, una chispa. Algo, por fin, tenía sentido. Había dejado de comer y, por lo tanto, mi cuerpo había empezado a cambiar. Funcionaba. Ahí, en ese caos, encontré una fórmula simple de la cual yo era la dueña. Había algo que podía controlar y que me ayudaría a cambiar las cosas, a ser otra persona. La respuesta estaba en el espejo: no comas más.

Convertí mi nuevo objetivo en un proyecto. Me pesaba cada día, contaba los pasos que daba, contaba las calorías, apuntaba mis medidas cada semana. Vivía de Coca-Cola Light y zanahorias. Si tenía ganas de comer algo, me iba a la cama o me daba un baño caliente. Perdí más peso. Iba cayendo día a día, kilo a kilo. No parecía estancarse nunca. Esto me llenó de una energía que, al principio, sustituyó a la comida. Me sentía como un tren de alta velocidad que funcionaba sin combustible, por arte de magia. Pasó otro mes y perdí seis kilos más. No me bajó la regla, lo que me dio miedo y, a la vez, me motivó. Por lo menos significaba que algo estaba cambiando por dentro y por fuera; por lo menos estaba más cerca de convertirme en otra persona.

Durante ese tiempo, si no estaba en clase, estaba tirada en casa. Aún me sentía frágil por la ruptura y no quería estar con gente. La primera persona que se dio cuenta de que algo no iba bien fue Alex, la hermana de Harry, de quien me había hecho muy amiga durante nuestra relación y quien, afortunadamente, me apoyó durante la ruptura. Acababa de mudarse a Nueva York y hablábamos por Skype todos los días. Un día, en mitad de una de nuestras conversaciones, me levanté mientras hablábamos y me vio de cuerpo entero por primera vez desde hacía meses.

—¿Y tus tetas? —me preguntó con los ojos como platos mientras me miraba de arriba abajo acercándose a la cámara.

—Están aquí.

—No, no están. Y tienes la barriga como una tabla de planchar. Dolly, ¿qué te ha pasado?

—Nada, que he perdido un poco de peso.

—Ay, cariño —dijo frunciendo el ceño—, no estás comiendo, ¿verdad?

Los demás no eran tan perspicaces. Empecé a salir más y a quedar con las amigas de la universidad. La gente me decía que se habían enterado de lo de Harry y que lo sentían; que tenía una novia nueva; que me veían muy bien, una y otra y otra vez. Cada piropo me llenaba como una comida.

Salía y bebía constantemente para intentar distraerme del dolor que me causaba el hambre. Mi madre, cada vez más preocupada, me dejaba platos

de comida en la cocina para cuando volviera a casa después de una noche de fiesta. Pensaba, con razón, que en ese momento había más probabilidades de que comiera. Yo aprendí a irme directamente a la cama cuando llegaba a casa.

En diciembre había perdido dieciocho kilos. Dieciocho kilos en tres meses. Me empezó a costar más reunir los pensamientos y llevar a cabo los estrictos rituales que me habían mantenido apartada de la comida hasta ese momento. Estaba exhausta, tenía poco pelo y un frío constante que hacía que me dolieran los huesos. Me sentaba en la ducha para intentar calentarme con el agua puesta tan caliente que me quemaba la espalda y me dejaba marcas. Les mentía constantemente a mis padres, preocupados, sobre lo que había comido ese día y lo que iba a comer a continuación. Soñaba que devoraba montañas y montañas de comida y me levantaba llorando de frustración por haber roto estúpidamente el hechizo.

A Hicks le quedaba un año en Exeter después de que las demás nos graduáramos. Un fin de semana, Sophie, Farly y yo decidimos acercarnos hasta allí en coche para pasar el fin de semana con ella y visitar los sitios a los que solíamos ir cuando estudiábamos. Ese viaje también me daría la oportunidad de ver a Harry, que estaba terminando la carrera. Yo pensaba que quizás eso me ayudaría a pasar página. Le dije que teníamos que devolvernos las cosas del otro y accedió a verme.

Las chicas me llevaron a su casa el sábado por la tarde y aparcaron el coche delante.

—¡Te esperamos aquí, tía! —dijo Hicks con un bramido desde el coche sacando los pies y un cigarro por la ventanilla.

Llegué a la puerta de casa de Harry y llamé al timbre.

—Ay, Dios —dijo cuando abrió—. Estás...

—Hola, Harry —contesté. Pasé por su lado y subí. Él me siguió. Nos quedamos cada uno en una punta de su habitación, mirándonos fijamente.

—Estás genial.

—Gracias —le dije—. ¿Me das mis cosas?

—Sí, sí, claro —me respondió perplejo. Me dio una bolsa con mi ropa y libros. Yo saqué sus jerséis enrollados y los tiré en la cama.

—Eso es todo lo tuyo que he encontrado en casa.

—Vale, gracias —me dijo—. ¿Cuánto tiempo te quedas?

—El *finde*. He venido con Farly y Soph y nos quedamos en casa de Hicks.

—Ah, muy bien —hablaba de una forma cariñosa poco propia de él—. Salúdalas de mi parte, aunque seguramente no quieren saber nada de mí. —Hubo un silencio breve mientras seguíamos mirándonos fijamente—. Siento lo de...

—No lo sientas —le solté.

—Lo siento —dijo—. Siento haberlo hecho así.

—De verdad, no lo sientas. Me has hecho un favor enorme —mascullé—. Mira, tengo las uñas largas, ya no me las muerdo. Me he hecho la primera manicura de mi vida, ¿te lo puedes creer? Y solo me costó cinco libras —le dije alargando las manos agresivamente hacia él.

Oí el claxon del coche fuera. Sophie y Hicks estaban bebiendo latas de cerveza y ambas tocaban el claxon, mientras Farly daba manotazos intentando pararlas.

—Tengo que irme —le dije.

—Claro —respondió.

Bajamos las escaleras en silencio y él abrió la puerta de la calle.

—¿Estás bien? —me preguntó—. Estás muy...

—¿Delgada? —le pregunté.

—Sí.

—Estoy bien, Harry —le dije antes de darle un breve abrazo—. Adiós.

Las chicas me llevaron a comer *curry* para celebrar lo que veían como el final triunfal de todo aquel desastre. Yo picoteé un poco de arroz y me bebí una pinta tras otra de cerveza. Me sentía más agitada, más humillada, más enfadada y más fuera de control que nunca. No sabía exactamente qué quería conseguir volviendo a ver a Harry, pero no había funcionado. No lo había conseguido.

Me lancé a perder más peso más rápido. Mi combustible era la rabia. El peso empezó a estancarse, una señal de que mi metabolismo estaba confundido y comenzaba a ralentizarse, de modo que comí aún menos. Mis

amigas empezaron a sacarme el tema: Farly me dijo que pensaba que la obsesión me estaba carcomiendo. Intentó ayudarme a hablar de ello, pero yo esquivé sus preguntas con bromas. En general, había descubierto que una buena táctica para que la gente no me agobiara era hacer bromas constantemente sobre lo poco que comía. Sacaba el tema antes de que nadie lo hiciera, así sabían que no era un problema, sino una dieta. Y, además, como no dejaba de repetir, aún estaba solo en la talla 38. No pesaba demasiado poco, simplemente, antes pesaba demasiado.

Seguí sin comer porque era lo único que podía controlar. Seguí porque solo quería ser feliz y todo el mundo sabe que, cuando estás más delgada, eres más feliz. Seguí porque, a cada momento, la sociedad me premiaba esa autotortura. Me lanzaban piropos, querían ligar conmigo, me sentía más aceptada por la gente a la que no conocía, casi toda la ropa me sentaba genial. Sentía que, por fin, me había ganado el derecho a que me tomaran en serio como mujer, que todo lo que había pasado antes era superfluo. Había sido tonta al pensar que nunca había merecido afecto. El amor pasó a ser equivalente de delgadez y, por desgracia, esa creencia se veía reforzada por doquier. Mi salud caía en picado y el interés por mí subía como la espuma.

Una mujer nunca está lo bastante delgada, ese es el problema. No se considera un precio demasiado caro el de pasar hambre a todas horas o dejar de comer todo un grupo alimenticio o pasarse cuatro noches a la semana en el gimnasio Fitness First. Para ser un joven empíricamente atractivo, solo tienes que tener una buena sonrisa, un cuerpo normal (dan igual cinco o seis kilos de más o de menos), un poco de pelo y llevar un jersey pasable. Para ser una mujer deseable, no hay límites. Tienes que hacerte la cera en todas las superficies del cuerpo, hacerte la manicura cada semana, llevar tacones todos los días, parecer un ángel de Victoria's Secret aunque trabajes en una oficina. No basta con tener una talla normal, algo de pelo y llevar un jersey pasable. Eso no es suficiente. Nos dicen que tenemos que ser como las mujeres que cobran por estar así porque es su profesión.

Y, cuanto más perfecta me esforzaba por ser, más imperfecciones me veía. Era más segura cuando llevaba una 42 que con veinte kilos menos. Cuando me desnudaba delante de alguien nuevo, quería pedir perdón por lo

que podía ofrecerle y enumerar una lista de cosas que quería cambiar, como una mujer de clase media que les dice a sus visitas: «No miréis la moqueta, es horrible, os juro que vamos a cambiarla».

Algunas de las preocupaciones de mis amigas empezaron a mezclarse con mi ira. Llegaba a las fiestas básicamente a medio vestir después de días sin comer y deambulaba en un trance, apenas capaz de decir nada. Sabrina y AJ se iban juntas de viaje y yo llegué a su fiesta de despedida tarde, demasiado débil como para hablar con nadie, me inventé una excusa y me fui a la media hora. Sentí cómo iba alejándome de mi vida y me fui encerrando cada vez más en una sensación de control completamente falsa.

Y, entonces, me enamoré por primera vez.

Estaba deambulando por una fiesta en una casa mugrienta de Elephant and Castle cuando conocí a Leo. Nunca había visto a un hombre más perfecto. Alto y delgado, con el pelo oscuro y mullido, una mandíbula fuerte, los ojos radiantes, la nariz respingona, un aire setentero, una cara a medio camino entre Josh Brolin y James Taylor, y, lo mejor de todo: no era consciente de su propia belleza. Era un estudiante de doctorado *hippie*. Un monomaniaco unicejo.

Empezamos a salir poco después de aquella noche. Yo sabía que íbamos en serio porque no me acosté con él hasta dos meses enteros después, porque quería desesperadamente que saliera bien, saborear cada segundo con él, no ir demasiado rápido. Él vivía en Camden y, al final de las noches que pasábamos juntos, normalmente hacia las cuatro de la madrugada, me acompañaba a la parada del bus que hay delante de la estación de Chalk Farm y yo esperaba al N5, que me llevaba a Edgware, a dieciséis kilómetros al norte. Desde allí, daba un paseo de cuarenta y cinco minutos hacia el oeste hasta Stanmore, serpenteando por las calles llenas de Volkswagen aparcados y viendo salir el sol detrás de los adosados de ladrillo rojo. Era más feliz de lo que nunca me hubiera imaginado que podía llegar a ser.

Una noche, cuando dábamos ese familiar paseo por Camden, se paró para besarme en medio de la calle, me pasó los dedos por el pelo y sintió los

ganchos de mis extensiones. Me apartó el pelo abundante de la cara y me lo sostuvo detrás de la cabeza.

—Estarías muy guapa con el pelo corto —me dijo.

—Ni hablar —respondí—, me lo corté por debajo de las orejas cuando era adolescente y parecía un fraile.

—No, digo muy corto. Deberías hacerlo.

—Qué va —le dije—, no le pegaría a mi cara.

—¡Que sí! No seas miedica. Es solo pelo.

No tenía ni idea de que «solo pelo» era lo único que yo creía que tenía de bueno. Solo pelo, solo clavícula, solo abdominales. Ese *solo* era a lo que le había dedicado toda mi energía durante casi un año y era lo que yo creía que dictaba mi valía.

Un mes después, me llevé una foto de Twiggy, la famosa modelo de los sesenta, a la peluquería, me tomé un chupito de vodka y me corté cuarenta centímetros de melena. Con ella se fue una parte de mi obsesión por el aspecto. Me la cortaron y cayó al suelo.

Leo no se había percatado de mi secreto, porque yo no quería que pensara que estaba como una cabra, pero, después de salir durante unos meses, ató algunos cabos. Yo había conseguido evitar cualquier situación en la que hubiera comida y, cada vez que nos despedíamos de madrugada, le decía que desayunaría más tarde. Al final, una amiga le dijo que pensaba que estaba enferma.

—¿Tienes un problema? —me preguntó.

—No pasa nada —le dije, avergonzada y, a la vez, aterrorizada por perder a la mejor persona que había conocido nunca.

—Puedo apoyarte, puedo ayudarte, pero no puedo enamorarme de ti si no eres capaz de decirme la verdad.

—Vale, tengo un problema —le dije—, pero voy a cambiar, te lo prometo.

Habría hecho cualquier cosa para que ese hombre se quedara en mi vida. El amor que sentía era agresivo y tenso, lo quería con pánico y con pasión. Yo no me enamoré, el amor se apoderó de mí. Me cayó encima como una tonelada de ladrillos desde una gran altura. No tenía más remedio que dejar ir aquella obsesión que iba a destrozarlo todo.

Así que lo hice. Leí los libros que tenía que leer y fui al médico. Poco a poco, gané cinco kilos. Poco a poco, me acostumbré a comer con normalidad. Volví a estar sana. Hasta intenté ir a reuniones de apoyo en centros sociales en las que —no os lo creeréis— lo primero que hacen es poner un plato de galletas en el centro de la sala y discutir sobre a quién le toca traer algo de picar la semana siguiente, algo que me pareció tan útil como poner una botella de Jack Daniel's en el centro de una reunión de Alcohólicos Anónimos.

Volví a enamorarme de la cocina. Volví a enamorarme de la comida. Me pasaba los fines de semana cocinando y comiendo con Leo. Mi madre y yo veíamos reposiciones de programas de cocina como el de Fanny Cradock o el de Nigella juntas. Todo el mundo me decía sin parar que me veía *sana* cada vez que nos encontrábamos y yo intentaba ignorar el pensamiento de que eso significaba que volvía a estar gorda. Había terminado la guerra, empezó la recuperación, recobré mi vida.

Mi *hippie* me liberó de la esclavitud de la perfección. Nos emborrachábamos y cortábamos mi pelo aún más corto. Él me cortaba greñas enormes con las tijeras de cocina mientras yo estaba sentada delante de la mesa exprimiendo limones en la cerveza. Terminé rapándome los dos lados y me quedé con una cresta de mechones. Siempre llevaba zapatillas de lona y sus jerséis y me pasaba días con él sin tocar un estuche de maquillaje ni una cuchilla de depilar, algo completamente novedoso. Nos íbamos a pasar fines de semana a la costa y nos lavábamos la cara y el cuerpo y fregábamos los platos en el mar. Las noches de domingo en las que nos aburríamos, plantábamos una tienda en su habitación. Aquello era puro, libre y perfecto.

No obstante, en el fondo, yo sabía que me estaba adaptando a los deseos de un hombre, simplemente me había ido al otro lado del espectro. Leo detestaba que llevara demasiado maquillaje, así que me lo quitaba en el bus cuando iba a su casa después de una fiesta. Me quitaba los tacones y me ponía botas.

El peso que gané no fue algo que quise hacer por mí. Si no hubiera conocido a Leo, creo que hubiera seguido adelgazando, pero tuve un golpe de suerte y él me ayudó a recuperarme del todo. Al hacerme mayor y,

afortunadamente, más consciente del precioso regalo que es un cuerpo funcional, me sentí avergonzada y perpleja por haber tratado al mío tan mal. Sin embargo, mentiría si dijera que creo que habrá un momento en el que no me afecte más todo lo que viví en aquella época; y eso es algo que nunca te dice nadie. Puedes devolverle la salud a tu físico, puedes desarrollar una actitud racional, equilibrada y cariñosa en relación al peso, así como respecto a los buenos hábitos diarios, pero no puedes olvidar cuántas calorías tiene un huevo hervido ni cuántos pasos hacen falta para quemar cierto número de calorías. No puedes olvidar qué pesabas cada semana de cada mes de esa época. Puedes intentar olvidarlo tanto como quieras, pero, a veces, en los días más difíciles, parece que nunca volverás a estar tan eufórica como esa niña de diez años que se chupaba los dedos llenos de mermelada de colores. Nunca más.

TODO LO QUE SABÍA SOBRE EL AMOR A LOS VEINTIUNO

A los hombres les gustan las mujeres alocadas y guarras. Acuéstate con ellos en la primera cita, pasad la noche despiertos, fuma chocolate en su cama por la mañana, no les devuelvas las llamadas, diles que los odias, aparece delante de su puerta vestida de enfermera *sexy*, puedes ser como quieras, excepto convencional. Así es como mantienes su interés.

Si ignoras a los novios de tus mejores amigas lo suficiente, se terminarán marchando. Trátalos un poco como tratarías un resfriado o una candidiasis leve.

Ninguna ruptura será tan dura como la primera. Flotarás a la deriva los meses posteriores sintiéndote perdida como una niña, cuestionándote todo lo que sabías y reflexionando sobre todo lo que tienes que aprender.

Ve siempre a casa de él a pasar la noche, así podrás irte cuando quieras por la mañana.

El hombre perfecto tiene la piel aceitunada, los ojos verdes o marrones, una nariz grande, fuerte, barba espesa y pelo rizado y moreno. Tiene tatuajes que no dan vergüenza ajena y cinco pares de Levi's *vintage*.

Cuando no estés liada con nadie, déjate crecer el pelo púbico como si fuera una planta trepadora salvaje. No vale la pena comprar una crema depilatoria y perder todo ese tiempo y ese dinero y respirar todos esos vapores si nadie va a ver el resultado.

Cuando estés lo suficientemente delgada, estarás contenta con quien eres y te merecerás amor.

No salgas con alguien que no te deje emborracharte y tontear con otras personas. Eso es parte de tu forma de ser y la gente tiene que quererte tal y como eres.

Es fácil fingir los orgasmos y que las dos personas se sientan mejor. Haz una buena obra.

Te sentirás estable, centrada y tranquila cuando te enamores del hombre adecuado.

La peor sensación del mundo es que te dejen.

No se puede confiar en los hombres en general.

La mejor parte de una relación son los tres primeros meses.

Una buena amiga siempre te antepondrá a un hombre.

Cuando no puedas dormir, piensa en todos los líos con hombres de piel aceitunada y pelo rizado que tienes por delante.

SUJETAVELAS: MI VIDA COMO TERCERA EN DISCORDIA

Todo empezó con un viaje de tren. Siempre había pensado que me pasaría algo fantástico en un tren. El estado transitorio de un viaje largo siempre me ha parecido el mejor y más mágico espacio en el que una se puede encontrar, absorta en el cómodo refugio de sus propios pensamientos, suspendida en el aire, viajando por un grueso volumen de páginas silenciosas, en blanco, entre dos capítulos. Es un espacio en el que los móviles van perdiendo y recobrando la consciencia y una está obligada a pasar tiempo con sus pensamientos, resolviendo qué necesita ser reconstruido o reordenado. He soñado mucho sentada en trenes. Los momentos más claros de epifanía y de gratitud me han llegado mientras atravesaba a toda velocidad el inidentificable campo inglés, mirando por la ventana las plantaciones de colza doradas, reflexionando sobre lo que dejaba atrás o lo que tenía por delante.

En 2008, me subí a un tren en Paddington que me cambió la vida para siempre, pero no de la forma que yo esperaba. No se pareció en nada a *Antes del amanecer* o a *Con faldas y a lo loco* o a *Asesinato en el Orient Express*. No me enamoré ni canté una versión alocada y ebria de *Runnin' Wild* con un ukelele ni me vi involucrada en un misterioso asesinato, sino que empecé una cadena de acontecimientos que se iría desarrollando lentamente durante los siguientes cinco años hasta que, finalmente, la historia del tren quedaría tan lejos que ya no podría cambiarla y, mucho menos, deshacer lo que había hecho. La historia del viaje en tren que me cambió la vida, en realidad, apenas tiene que ver conmigo.

Era el invierno más frío que recordaba (probablemente por la afición que tenía en aquel momento a los vestidos pegadísimos al cuerpo) y, cuando iba en el último tren de la noche del domingo de Londres a Exeter, empezó a nevar. El tren se averió justo antes de entrar en Bristol y, mientras otros

pasajeros se quejaban y suspiraban y daban vueltas frustrados, yo no era capaz de imaginarme una situación más romántica que aquella. Me compré una botella de vino tinto barato del vagón restaurante y volví a mi asiento para mirar por la ventana cómo una capa gruesa de nieve iba cubriendo el oscuro y silencioso campo como el glaseado de un pastel de Navidad.

Enfrente de mí había un chico de mi edad con la cara más bonita que hubiera visto nunca. Había estado intentando que le prestara atención mientras yo miraba por la ventana y soñaba con que un hombre de aquel tren parado intentara que yo le prestara atención. Finalmente, lo consiguió, se presentó como Hector y me preguntó si podía tomar algo conmigo.

Tenía esa peculiar e inquebrantable confianza en sí mismo que, obviamente, se había cultivado en un colegio privado. Es la confianza de quien, a los trece años, ha recibido una americana acompañada de un sentido de la identidad que se ha ido formando durante siglos, así como los colores de su residencia, un mal apodo y un lema que se puede cantar incluso después de haber tomado cinco pintas. Es la confianza atrevida de quien estuvo en un club de debate a los trece años y acaba abriéndose paso a codazos hasta llegar a lo más alto del Gobierno; la que te hace creer que tienes derecho a estar en un sitio y cosas que decir. Por suerte, Hector podía compensar tal arrogancia con sus rasgos de querubín: ojos azules radiantes con los iris como flores de azulejo y una nariz respingona como la de un niño de un anuncio de jabón de los años cincuenta. Tenía el pelo rizado y mullido de Hugh Grant cuando era joven y una voz grave, engolada y juguetona. Estuvimos hablando dos horas mientras el tren estaba parado, riéndonos, bebiendo y comiéndonos los pastelitos de carne que mi madre me había dado.

Ya sé lo que estaréis pensando: «Creo que a este encuentro aún le falta un poco más de cursilería». Eso mismo me pasó a mí por el cerebro de chica de diecinueve años. De modo que, inspirada por las muchas comedias románticas que daban por la tele los domingos por la noche, decidí que sería un acto de serendipia no darnos los números y esperar reunirnos de nuevo por casualidad. Así que él se alejó en la fría noche de la estación de Bristol y me dejó con suficiente material como para escribir al menos tres

entradas en mi blog anónimo y lleno de divagaciones sobre las aventuras de las chicas solteras.

Justo el mismo mes, dos años más tarde, unos pocos meses después de que Harry y yo rompiéramos, yo estaba de pie en la barra de un *pub* de Portobello Road cuando él entró. Con solo dos años más, su cara de angelito se había vuelto irónica y *sexy* combinada con un traje y un abrigo de hombre adulto y un corte de pelo algo menos mullido.

—De todos los *pubs* del mundo... —me dijo acercándose a mí, y me dio dos besos. Como dictaba la historia, nos pasamos la noche bebiendo vino tinto barato mientras nevaba mucho fuera y, cuando llegó la última ronda, nos volvimos a quedar atrapados. Había demasiada nieve como para que yo pudiera coger un autobús para irme a casa y estaba demasiado borracha como para reunir la voluntad de hacerme la difícil. Como era incapaz de avanzar por la nieve con unos tacones baratos e inestables, él me cargó al hombro como si fuera una alfombra persa y me llevó a su piso.

A las cuatro de la mañana, seguíamos despiertos, tumbados desnudos en el suelo, fumando American Spirits sin parar y tirando la ceniza en una taza que mantenía en equilibrio sobre mi barriga. Él sacó el lápiz de ojos de mi bolso y escribió unos versos de un poema de Ted Hughes en la pared («Ella, sus ojos no admitían que nada se escapara / sus guiños le clavaban manos muñecas codos^[4]»). Las palabras se quedaron ahí colgadas, garabateadas con lápiz de ojos y emborronadas, junto a numerosos dibujos de carboncillo de una mujer desnuda. («Los he hecho yo, es mi ex», alardeó. Yo, su proyecto actual, estaba ahí tumbada mirando aquella pared de imágenes de revolcones pasados. «Era buena chica, lástima que estuviera casada»). Al lado de la cama tenía una libreta con la tapa de piel negra con tres palabras grabadas en relieve en la portada: RUBIAS, MORENAS, PELIRROJAS. No se podía negar, era un donjuán, pero uno muy imaginativo.

Hector era divertido, travieso, infantil, algo canalla, vividor, pícaro... Todos los adjetivos que usarías para describir a un personaje masculino de una obra de teatro de Noël Coward. Nunca había conocido a nadie como él. Todo lo que tenía relación con él era anticuado: su familia tenía títulos, llevaba un abrigo largo de piel de lobo de Rusia que había pertenecido a su abuelo y las camisas marcadas con una tirita de tela de cuando había estado

en el internado. Todo lo que tenía en la habitación estaba muy usado o era prestado. Hasta su carrera profesional era un préstamo: su jefe había sido el *juguetito* de su madre (que había sido miembro de la alta sociedad) y le había dado a aquel desastre de graduado un trabajo en la City porque seguía adorándola. Solía despedirme de Hector por la mañana y me preguntaba qué demonios haría en el trabajo aparte de andar por ahí con mi ropa interior, que se ponía debajo de los pantalones sin planchar, y mandarme mensajes guarros desde el correo del trabajo.

Nuestra relación era completamente nocturna porque él era completamente nocturno, como una bestia mítica de la noche, como el lobo errante al que le habían quitado la piel para hacer su abrigo. Salíamos y nos emborrachábamos en bares oscuros, nuestras citas empezaban a medianoche. Una vez aparecí en su casa totalmente desnuda debajo de una gabardina. Tenía veintiún años y estaba viviendo una novela de Jackie Collins, y mi coprotagonista era un colegial libidinoso de una escuela privada que había crecido demasiado.

Nunca conoció a mis amigas y yo nunca conocí a los suyos, lo que nos iba de maravilla. Yo ni siquiera sabía que compartía piso hasta que un día, a las seis de la mañana, entré tambaleándome a la cocina, borracha y completamente desnuda, y me encontré con un hombre llamado Scott. Abrí la puerta de golpe, encendí la luz y me lo encontré sentado, con un traje puesto, comiendo cereales y leyendo el periódico antes de irse a trabajar. A Hector le pareció gracioso; más que gracioso, la idea de que su compañero de piso me hubiera visto desnuda le ponía mucho. Tuvimos nuestra primera bronca.

Unos días después, yo estaba preparando huevos revueltos en su cocina cuando apareció Scott en batín. Me dedicó una sonrisa de disculpa.

—Hola —me dijo saludándome incómodamente con la mano.

—Hola —respondí—. Siento muchísimo lo del otro día. Hector me dijo que no había nadie en casa. Me enfadé mucho con él.

—No pasa nada. De verdad, no pasa nada.

—Sí que pasa, es horrible, lo siento —mascullé—. Es lo último que quieres ver antes de irte a trabajar.

—Fue... Eh... Una grata sorpresa —dijo.

Le di huevos revueltos y una tostada como ofrenda de paz. Nos sentamos y charlamos. Terminamos hablando de salir con gente. ¿Él salía con alguien? No. ¿Yo tenía alguna amiga soltera que estuviera bien con quien él pudiera salir? Sí, tenía a la chica perfecta: mi mejor amiga, Farly.

—Pero, de momento, no busca una relación para nada, está feliz siendo soltera, así que sería algo informal —le advertí.

—Me parece perfecto.

—¡Guay! Te daré su número, es lo menos que puedo hacer —le dije.

Le marqué el número de Farly en el móvil. ¿Por qué no? Parecía buen tío: atractivo, amable... A ella seguramente le apetecía tener algo con alguien. Se lo comenté a ella de pasada y no le di más vueltas.

Creo que es importante que me pare aquí y explique algunas cosas, para que sepáis por qué, en lo que queda de esta historia, parezco un poco la loca de uno de esos *thrillers* que ponen los fines de semana en la tele.

Mi amistad con Farly no fue instantánea, ella se pasó el primer año de colegio muy unida al grupo de las princesitas mandonas. Era el grupo de chicas de las afueras del norte de Londres que dominaba el colegio. Llevaban reflejos rubios en el pelo, joyas de Tiffany y traían anécdotas de Brady, un club social y deportivo para adolescentes judíos de Edgware; era como la discoteca Chinawhite de Londres donde iban los famosos, pero para los adolescentes de las afueras. Yo, por mi parte, vestía casi siempre de negro los fines de semana y pasaba mucho tiempo en el colegio ideando obras en el aula de teatro, intentando representar el trauma de un accidente aéreo cuando solo disponía de un trozo de madera. Sin embargo, nos pusieron en la misma clase de Francés y de Mates y pronto descubrimos que teníamos un sentido del humor parecido y compartíamos nuestra pasión por *Sonrisas y lágrimas* y por los protectores labiales con sabor a sandía.

Nuestra amistad fuera del colegio empezó tímidamente, después de unos cuantos meses de sentarnos juntas en las clases. Yo la invité a mi casa primero y mi madre preparó pollo asado. Mi padre hizo lo que siempre hace con todas mis amigas: se aferra a una de sus características en un momento de pánico por encontrar algo de lo que hablar con ellas y lo mete en una de

cada dos frases. En el caso de Farly, habló de cualquier cosa que tuviera que ver con judíos o con el judaísmo y lo siguió haciendo durante unos diez años. Dice cosas como «¿Has visto que *sir* Alan Sugar ha tenido que reducir la plantilla de Amstrad? Qué pena» o «Hace poco vi un anuncio de descuentos en vuelos a Tel Aviv. Allí tiene que hacer muy buen tiempo, mucho calor, en esta época del año». Tras un comienzo algo lento, nos volvimos inseparables. En el colegio pasábamos tiempo juntas siempre que podíamos y, cuando llegábamos a casa, engullíamos la cena a toda velocidad para llamarnos y hablar de cualquier cosa que se nos hubiera podido olvidar en los varios encuentros que habíamos tenido a lo largo del día. Aquel ritual arraigó tanto que, todavía hoy, me acuerdo del número fijo de casa de la madre de Farly del año 2000 al 2006 más rápido que del pin de mi tarjeta de crédito.

Yo detestaba la escuela y a menudo me metía en líos. A los doce años, después de una expulsión, una pelea con la vicedirectora y un castigo, volví a la clase de una profesora de Geografía a la que no le caía demasiado bien. Nos pidió que sacáramos el libro de ejercicios, que yo me había olvidado en casa, como me pasaba con todo cuando era niña. Era un desastre. Cada curso, en la fiesta de Navidad, se me hacía entrega de una bolsa de basura que llevaba por nombre «el premio Dolly Alderton a la desorganización». La alumna elegida tenía que ir por todo el colegio y recoger todas las cosas que se había dejado por ahí. No lo aguantaba.

—¿Dónde tienes el libro de ejercicios? —me preguntó la profesora mirando mi pupitre. Tenía el aliento agrio por el Nescafé y los cigarros.

—Se me ha olvidado —mascullé.

—Mira tú por dónde, qué sorpresa —dijo levantando la voz hasta que pareció que estaba leyendo una proclama mientras andaba por la clase—, se le ha olvidado. ¿Ha habido un día en tu vida en el que no se te haya olvidado nada? Es un libro, uno. No es difícil. —Golpeó su escritorio con una regla de goma.

Yo me sonrojé y sentí las náuseas que se acumulaban en la garganta al intentar guardarme el llanto cálido. Farly me apretó la mano por debajo de la mesa dos veces, rápido y con fuerza. Yo sabía lo que significaba: «Estoy aquí. Te quiero». Era un código morse universal y silencioso. En ese

momento, me di cuenta de que todo había cambiado: nuestra relación se había transformado, nos habíamos elegido la una a la otra, éramos una familia.

Farly y yo siempre nos habíamos acompañado en todos y cada uno de los días de nuestras vidas. Íbamos juntas a todas las cenas familiares, las vacaciones y las fiestas. Nunca nos hemos peleado a no ser que estuviéramos borrachas de fiesta. Nunca nos hemos mentido. A lo largo de más de quince años, no he pasado más que unas pocas horas sin pensar en ella. Mi vida solo tiene sentido si ella está ahí para hacerme de contrapeso y viceversa. Sin el amor de Farly, solo soy una pila de pensamientos deshilvanados y a medio terminar, un montón de sangre, músculos, piel y hueso y sueños inalcanzables con un alijo de poesía adolescente debajo de la cama. Mi desorden solo toma forma con ella —la parte favorita de mi vida, esa parte tan familiar— a mi lado.

Sabemos los nombres de todos nuestros abuelos y de los muñecos de nuestra infancia y sabemos cuáles son las palabras exactas que, ordenadas de una manera concreta, nos harán reír, llorar o gritar. No hay ni un detalle de mi vida que ella no conozca. Sabe dónde encontrar cualquier cosa dentro de mí y yo también sé dónde lo tiene todo guardado. Es, en pocas palabras, mi mejor amiga.

El día de San Valentín de 2010. Ese fue el día que Scott y Farly eligieron para su primera cita. A ver, ¿a quién se le ocurre? Ni siquiera sé por qué se molestaron en tener una cita, a mí me parecía que lo de tomar una copa era solo una formalidad, lo que realmente iban a hacer era quedar para tener un rollo de una noche.

—Sé que suena raro —me explicó ella—, pero nos hemos estado mandando mensajes desde hace un tiempo y es el único día que nos va bien a los dos.

—¿Dónde vais?

—No lo sé. Va a venir a recogerme al trabajo y me ha dicho que hay un buen sitio para cenar en Notting Hill.

—¿Para cenar? —grité—. ¿Para qué coño vais a salir a cenar? ¡Pensaba que esto iba a ser solo un revolcón!

—A ver, Doll, no puedo ir directamente a su casa, primero tendré que hablar con él, por lo menos.

—Sí, pero ¿para qué vais a cenar? No tenemos cuarenta años. Qué manera de tirar el dinero. ¿Y, encima, el día de San Valentín?

—Ya te lo he dicho, si no, tendríamos que esperar muchísimo, estamos los dos muy ocupados.

—«Estamos los dos muy ocupados» —la imité—. Parece que estés casada.

—Anda, cállate.

—¿No crees que será raro que él, un hombre al que no conoces de nada, te recoja del trabajo y te lleve a cenar el día de San Valentín entre un montón de parejas? ¿No crees que te nublará el juicio y hará que te cueste saber si te gusta de verdad o no?

—No, será muy informal.

La cena fue bien. No fue informal para nada. Scott la recogió en Harrods, donde Farly trabajaba en un mostrador de joyería, y fuera estaba lloviendo (Dios, eso ya pasaba de castaño oscuro). Se subieron a un taxi para ir a Notting Hill, fueron al restaurante y aquella fue la mejor cita de la vida de Farly. Yo lo supe porque Farly no hizo lo que solía: hablar sin parar de que acababa de tener la mejor cita de su vida. Cuando le pregunté por Scott, fue reservada, medida y hasta sonó un poco como una adulta.

Fue la madurez exasperante del cortejo de Farly y Scott lo que me hizo darme cuenta de lo ridícula que se había vuelto mi relación con Hector. Los adjetivos que lo definían se fueron agriando como la leche: era egoísta, vulgar, una pesadilla. Era un desastre y su numerito ya no me parecía divertido. Yo no quería beberme una botella de vino blanco para desayunar, ni pegarle en la cabeza con un mocasín en una pelea fingida, ni hacer como si fuera un hada picarona como parte de la trama fantástica y demasiado complicada de sus fantasías sexuales. Se emborrachó, se durmió y me dejó encerrada fuera de su casa bajo la lluvia casi toda la noche dos veces en una sola semana. Aquella envidiable confianza en sí mismo de prefecto de

colegio privado tenía un lado negativo: necesitaba una cuidadora. Y ese no era un trabajo para mí.

—Por favor, Dolly —me suplicó Farly un viernes que habíamos salido—. Por favor, queda con él una vez más, *porfa*.

—No —dije con firmeza—, ya no me gusta.

—Jo... Pero Scott y yo todavía no estamos en un punto en el que yo pueda ir a su piso sin más, pareceré una acosadora.

—Eso no te ha preocupado nunca.

(Una vez, Farly le había dado a un hombre veinte libras para que se pusiera saldo en el móvil y le había hecho prometer que la llamaría. No lo hizo).

—Ya, pero con él quiero ser normal —me dijo seria—. Estoy siendo normal con él y me gusta. Por favor, mándale un mensaje a Hector. Podemos ir juntas, no será raro. —Me lo pensé—. Venga, yo lo he hecho por ti.

Joder, eso era verdad.

Le escribí a Hector y le dije que Farly venía conmigo. Nos subimos en un bus nocturno para ir a Notting Hill.

Como era de esperar, después de que los cuatro tomáramos una copa en la sala de estar mientras Hector cotorreaba sobre los orígenes de las pinzas para pezones con su irritante voz ebria e impostada y Farly se tocara el pelo y le sonriera tímidamente a Scott lo mejor que podía, ella y Scott se fueron. Hector me llevó a su habitación porque quería enseñarme algo. Se mostraba extrañamente afectuoso y necesitado de cariño, como suelen hacer los hombres como él cuando notan que te has distanciado (no había contestado a sus correos con poemas pornográficos desde hacía más de dos semanas). Me senté en su cama y bebí vino blanco caliente directamente de la botella.

—¿Qué es? —le pregunté inexpresiva.

Él cogió una guitarra. Oh, no. Eso no. Lo que fuera menos eso. La habitación con la cual me había pasado meses soñando, en la cual había deseado estar, de repente se había convertido en una cueva llena de mis propias pesadillas. De pronto, vi ese desorden bohemio como lo que era: calcetines sucios esparcidos por el suelo, un leve olor a moho y a humedad como el de los vestuarios viejos de un campo de críquet un día de lluvia, un

edredón agujereado por las quemaduras de los cigarros que fumaba sin parar cuando estaba casi en coma etílico... Los bonitos carboncillos de mujeres desnudas se habían convertido en feas gárgolas cómplices que me miraban desde las paredes. «Nosotras tuvimos que pasar por esto y ahora te toca a ti», me siseaban.

—*Guiero* que escuches *esdo*. —Se le trababa la lengua. Tocó dos acordes violentos, entre los cuales hubo un intento de afinar la guitarra.

—Ay, Dios, no. No pasa nada, no tienes que hacerlo.

—Dolly Alderton —anunció como si estuviera en una noche de micro abierto—, estoy *locamente* enamorado. He *escrito* esta canción *para* ti. —Empezó a tocar el bucle de tres acordes que ya me había tocado cientos de veces—. La vi en un tren —cantó con un acento americano que parecía más bien el croar de una rana—, la vida no volvería a ser igual. Después de la primera noche...

—Hector —solté de repente cuando sentí que el vino me subía con fuerza—, creo que deberíamos dejar de vernos.

Me fui temprano con Farly la mañana siguiente y se acabó, no volví a verlo. Farly y Scott me aseguraron que le había destrozado el corazón de verdad y parece ser que no volvió a aparecer el bolso Mulberry Bayswater de una invitada en la mesa de la cocina hasta por lo menos tres semanas después.

(Nota al pie: Hector ahora es un empresario de éxito y está casado con una actriz de Hollywood. Lo descubrí en un artículo del *Daily Mail Online* estando en pijama y comiéndome yo sola un tronco de Navidad de chocolate entero. Cómo son las cosas).

COSAS QUE ME DAN MIEDO

- Morir.
- Que la gente a la que quiero se muera.
- Que la gente a la que odio se muera y yo me sienta culpable por todas las cosas malas que he dicho sobre ellos.
- Que hombres borrachos me digan por la calle que soy alta.
- Que hombres borrachos me digan por la calle que estoy gorda.
- Que hombres borrachos me digan por la calle que soy *sexy*.
- Que hombres borrachos me digan por la calle que soy fea.
- Que hombres borrachos me digan por la calle que sonría más.
- Que hombres borrachos me digan por la calle que quieren follar.
- Que hombres borrachos me digan por la calle que nunca lo harían conmigo.
- Que la gente borracha en una fiesta *se pruebe* (me robe) el sombrero que llevo.
- Perder las joyas.
- Caerme por una ventana.
- Matar a un bebé sin querer.
- Los juegos de mesa.
- Hablar de la historia política de los Estados Unidos.
- Provocar incendios por doquier.
- No entender la lavadora.
- El cáncer.
- Las ETS.
- Morder el palo de madera de un helado.
- Los accidentes de avión.
- La comida de los aviones.
- Trabajar en una oficina.
- Que me pregunten si creo en Dios (un poco).

- Que me pregunten si creo en los horóscopos (un poco).
- Que me pregunten por qué creo en esas cosas.
- Quedarme al descubierto en el banco y tener que pagar intereses.
- No tener nunca un perro.

SER BJÖRN AGAIN

Cuando dejé de ver a Hector, supuse que era cuestión de tiempo que lo de Farly y Scott quedase en agua de borrajas. Yo había sido el pegamento que los había unido y, cuando me fui de ese edificio de pisos mugriento de Notting Hill, pensé que no tendrían mucho más en común. No obstante, unas semanas después, Farly dejó caer en una conversación que se iban de minivacaciones a Cambridge. Los celos corrieron por mis venas y me ardió todo el cuerpo como si fueran vinagre. Yo era la que siempre había tenido un chico a mano y, aun así, era ella la que tenía un novio de verdad. Uno mayor y formal, no uno que se pusiera sus bragas para ir al trabajo, ni que le hiciera ponerse una malla de rejilla de cuerpo entero o que no supiera su apellido o que solo le escribiera una vez a la semana; Farly tenía un novio que pasaba más tiempo con ella sobrio que borracho, que se la llevaba de minivacaciones, que la llamaba en lugar de mandarle mensajes y que quería tener conversaciones de verdad con ella.

—¿Y qué hay que ver en Cambridge? —me quejé amargamente a AJ—. ¿Qué van a hacer, comer en un Bella Italia? Pues muy bien, que lo disfruten.

—¿Cómo es él? —me preguntó AJ.

La verdad era que apenas lo conocía.

—No me da buena espina —dije con un gesto grave—. Es muy mayor y muy serio para ella.

Y, entonces, casi exactamente tres meses después de empezar a verse, él le dijo que la quería. Farly lo anunció en una cena con las amigas. Todas brindamos y chillamos ilusionadas, yo escribí un soliloquio triste sobre ello en mi iPhone esa noche cuando volvía a casa en autobús.

Aunque no me había gustado nada ver cómo de mal habían tratado a Farly los chicos adolescentes durante años —la tomaban por el pito del sereno, la ignoraban y cortaban con ella—, me di cuenta de que esa

situación me hacía sentir segura. Mientras los chicos no se fijaran de verdad en ella, yo la seguiría teniendo para mí. Sin embargo, ahora que un hombre adulto con cerebro se había parado y se había interesado por ella, yo estaba jodidísima. ¿Cómo no iba a enamorarse de ella? Era guapa, graciosa... La persona más buena que conocía. Se había pasado años dejándome dinero para sacarme de líos y recogíendome a las tres de la madrugada en coche cuando el autobús nocturno ya no pasaba. Estaba hecha para ser una pareja perfecta: pensaba en los demás antes que en ella misma, escuchaba, se acordaba de las cosas. Me dejaba notas en la comida que tenía preparada antes de que me fuera a trabajar y me mandaba tarjetas solo para decirme lo orgullosa que estaba de mí.

Yo siempre había conseguido que los chicos se fijaran en mí con humo y espejismos, exageraciones y fanfarronería, mucho maquillaje y mucho alcohol. Farly no hacía teatro ni mentía, si un chico acababa queriéndola, quería cada parte de su ser desde el primer día, tanto si lo sabía como si no. Ella era mi secreto mejor guardado y ahora se había desvelado.

Tuvimos nuestra primera bronca desde la adolescencia en una fiesta de Navidad en casa de nuestra amiga Diana el año siguiente. Yo había ido con Leo. Ella llegó tarde con Scott y era la primera vez que la veía en un mes. No hice ningún esfuerzo por saludarla, pero los observé de reojo. Me esforcé por reírme muy alto de cosas con muy poca gracia para que supiera que estaba ahí y para hacer constar que me lo estaba pasando bien sin ella.

Cuando se acercó, la conversación fue forzada y seca.

—¿Por qué me has ignorado toda la noche? —preguntó finalmente.

—¿Por qué me has ignorado todo el año? —respondí.

—Pero ¿qué dices? Si te escribí ayer.

—Ah, sí, los mensajes. Eso lo haces muy bien. Me escribes y así tienes el justificante para no tener que verme en meses e ir cada noche al piso de Scott. Y, cuando alguien te pregunta, le puedes decir: «Ay, pero si le mando mensajes. Le escribo todos los días».

—¿Podemos hablar arriba? —me susurró con rabia.

Yo me rellené el vaso con vodka Glen's y un chorrito de Coca-Cola y subí pisando fuerte los escalones hasta el cuarto de Diana. Nos gritamos la una a la otra durante dos horas. Empezamos con un tono muy fuerte y

fuimos bajando el volumen hasta que estuvimos demasiado enfadadas y cansadas para seguir discutiendo e hicimos las paces. Le dije que me había abandonado, construí una compleja metáfora para explicarle que me había dado cuenta de que ella me veía como si fuera Björn Again.

—¿Qué quiere decir eso? —me gritó.

—Björn Again, las teloneras de las Spice Girls en ese concierto al que fuimos. Eran una mierda y teníamos muchas ganas de que terminaran ya. Me he dado cuenta de que yo solo he sido tu telonera durante once años hasta que ha llegado el cabeza de cartel. Pues tú nunca has sido mi telonera, tú siempre has sido las Spice Girls y ojalá lo hubiera sabido antes, porque te habría degradado a Björn Again.

Me dijo que estaba siendo melodramática y que tenía derecho a tener su primer novio. Yo le dije que tenía derecho a tener su primer novio, pero que no me había dado cuenta de que iba a ponerlo por delante de todo el mundo. Salimos de allí con el maquillaje corrido como si Jackson Pollock hubiera manchado dos lienzos con un cubo de rímel. Scott y Leo estaban plantados en silencio con cara de circunstancias al pie de la escalera. Era evidente que se habían quedado sin fútbol y sin otros temas de actualidad agradables de los que hablar. Los cogimos a ellos y a nuestros abrigos y nos fuimos cada una por su lado. Años más tarde, Diana me dijo que en la planta de abajo habían bajado la música para que toda la gente de la fiesta pudiera escuchar la discusión.

—Es su novio —me dijo el mío, irritantemente racional y académico, mientras recorríamos el largo camino a pie hasta su piso de Stockwell bebiendo cerveza de lata—. Están enamorados y ella ha cambiado. No pasa nada, es parte de hacerse mayor.

—Tú eres mi novio —le solté— y yo estoy enamorada. Yo no he cambiado. Ella sigue siendo la persona más importante de mi vida. Sigue siendo la persona a quien más ganas tengo de ver. Yo no antepongo mi relación.

Él bebió un trago de la lata.

—Bueno, quizá eso no es normal —respondió.

Después de dos años juntos, Leo y yo lo dejamos. Intenté con todas mis fuerzas que funcionara, pero habían cambiado muchas cosas desde que nos habíamos conocido siendo unos estudiantes que merodeaban por una fiesta en una casa de Elephant and Castle. Los dos nos habíamos hecho mayores y nos habíamos convertido en personas muy diferentes.

Durante nueve largos meses después de terminar de estudiar Periodismo, fui a la deriva entre revistas y periódicos como sustituta. Eran trabajos no remunerados con la excusa de que estaba haciendo prácticas. Me habían rechazado como becaria en *Tatler*, como ayudante editorial en la revista *Weight Watchers* y como camarera en un Pizza Express. Retomé mi viejo trabajo de repartidora de *flyers* para poder mantenerme e iba por Old Brompton Road con un montón de bailarinas y azafatas en paro distribuyendo propaganda de un asador de costillas. Dejé el trabajo el día en que me hicieron vestirme de cerdo y unos animalistas que se manifestaban contra el uso de prendas de piel me atacaron delante de Harrods.

Necesitaba un trabajo desesperadamente. No pensaba en nada más desde que me levantaba hasta que me acostaba en la habitación de mi infancia. Deseaba un trabajo cuando tenía veintipocos como había deseado un novio al principio de la adolescencia: me obsesionaba con los conocidos que tenían uno y les interrogaba para que me dieran detalles sobre cómo lo habían conseguido. Me tumbaba en la cama por la noche y me preguntaba cuántos años más podía seguir así.

Finalmente, una tarde, estaba en un andén cuando me llamó un número desconocido. Era Tim, un guionista de *Made in Chelsea*, el nuevo *reality* guionizado del canal E4. Yo había escrito una serie de reseñas en internet sobre la primera temporada y en la productora las habían leído (como siempre, las reseñas me las habían pagado con visibilidad, la moneda de los que acaban de terminar los estudios; pero esta vez había funcionado). Les habían parecido graciosas. Me pidió que fuera a sus oficinas del este de Londres para hablar de un posible trabajo como creativa en el programa.

Me entrevistaron Tim y Dilly, la productora ejecutiva pequeña de treinta y tantos que acababa de ganar un BAFTA. Me contaron que habían leído mi reseña del último capítulo, que incluía algunos consejos en tono irónico a los productores del programa para que la temporada siguiente

fuera mejor. El dueño de la empresa, Dan —que había logrado la fama en los noventa como productor y copresentador de un programa nocturno de entrevistas de mucho éxito—, había leído todas las reseñas de internet y, al encontrar la mía, había imprimido copias para que todos los productores la leyeran de camino a la reunión con el canal. Sorprendentemente, estuvieron de acuerdo con todo.

Me fui de la primera entrevista de media hora con Dilly y Tim relajada y pensando que era muy posible que no volviera a saber nada de ellos. No entendía para nada qué querían y nos pasamos la mayor parte de la entrevista diseccionando los hábitos de la gente pija y psicoanalizando a los participantes del programa. No hablamos en ningún momento de mis títulos ni de mi experiencia laboral ni de los requisitos del trabajo. Lo que yo no sabía era que psicoanalizar a la gente era el noventa por ciento de lo que se necesitaba para crear un *reality* de éxito. Y mis años de observación de las costumbres de los pijos sintiéndome excluida de su mundo —en la cola del quiosco del internado y en las zonas para fumadores de las discotecas de King's Road— habían hecho que, por primera vez, estuviera sobrecualificada para un trabajo.

La productora del programa me llamó por segunda vez tres días más tarde, cuando estaba en un festival de música con Leo. Nos habíamos convertido en los repartidores oficiales de purpurina de nuestra zona de acampada, un trabajo que nos tomamos con aplomo. Un chico que estaba en pleno subidón de LSD oyó un timbre repetitivo que salía de mi tienda y pensó que era Kraftwerk, que iba a pinchar allí por sorpresa. Resultó ser Dilly. Me dijo que tenía trabajo como guionista del programa y que tenía que ir al día siguiente a la primera reunión.

Llegué a la oficina directamente desde el festival, sin haberme duchado en cuatro días, con la nariz quemada del sol y el pelo corto y decolorado apelmazado en forma de cresta. Leo me esperó en la recepción con nuestras mochilas y la tienda de campaña a que terminara mi primera reunión de guionistas. Se me había acabado la ropa limpia, así que fui con una camiseta grande de Leo a modo de vestido y su chaqueta vaquera, unas medias con carreras y unas bailarinas. El *look* era una despedida adecuada: marcaba el último día de mi vida de niña y el primero de mi vida adulta.

Me enamoré de la creatividad, la diversión y la agitación de mi nuevo trabajo, de mis nuevos compañeros y mis nuevos jefes casi con tanta ferocidad como me había enamorado de Leo. Empecé a hacer trabajos de periodismo como autónoma cuando no estaba en la oficina o en el rodaje, de modo que, por las noches y durante los fines de semana, estaba escribiendo, y eso casi no me dejaba tiempo para nada más, cosa que frustraba a Leo. Se sentía un poco engañado. Se había enamorado de una chica desarraigada que no quería hacer nada más que meter unas zapatillas de lona y unos vaqueros en la mochila e irse a vivir las aventuras que él le preparaba; una chica que bordaba las iniciales de él en jerséis y se pasaba fiestas enteras encerrada en un baño con él sentada en la bañera vacía, mirándolo a la cara con los ojos como platos; pero había terminado con una mujer que tenía su propia identidad adulta y que se preocupaba por su trabajo.

Yo sentía que nuestra relación había sido una de las experiencias más enriquecedoras de mi vida y sabía que él siempre sería una gran parte de la persona en la que me convertiría, pero habíamos crecido y eso nos había distanciado. Sabía que tenía que dejarlo ir para que pudiera estar con alguien que de verdad quisiera tener una relación con todo el amor y el compromiso que se merecía.

Farly, AJ y yo por fin nos mudamos de las casas de nuestros padres en las afueras a nuestra primera casa de Londres. AJ también acababa de quedarse soltera. Farly seguía con Scott.

Una parte de mí esperaba que, al vivir con dos mujeres solteras, Farly se diera cuenta de lo que se había estado perdiendo como veinteañera y rompiera con Scott, pero, en realidad, lo único que pasó fue que vivir con AJ y conmigo aún le hizo quererlo más. Una vez me vio correr por casa preparándome para una primera cita. Corté unas pestañas postizas, me las puse y luego solté un grito agónico y me di cuenta de que había usado las tijeras de la cocina con las que había cortado chiles para una pizza la noche anterior. Farly me trajo una bolsa de patatas fritas congeladas con forma de

carita feliz y me la puso en los ojos mientras yo le escribía al tío para decirle que no había cita.

—Dios, qué poco echo de menos estas cosas —dijo con un suspiro.

Una noche que Scott se había ido de viaje de trabajo, Farly, AJ y yo salimos a bailar a nuestro garito preferido de Camden. Volvimos a casa, abrimos una botella de Tía María caducado y empezaron las confesiones, como suele pasar en los momentos de alegría después de haber salido una noche.

—Echo de menos a Scott —anunció Farly tras beberse de un trago lo que le quedaba de Tía María.

—¿Por qué? —le grité. AJ me miró fijamente—. Es decir... Solo se ha ido unos días.

—Ya lo sé, pero, aun así, lo echo de menos cuando se va. Y me alegro un montón cuando lo veo. Cada vez. Hasta si se va a la tienda de la esquina y vuelve, tengo ganas de oír que se abre la puerta de casa. —Vio que yo tenía el ceño fruncido—. Sé que suena cursi, pero es verdad.

—Creo que lo quiere de verdad —dije al día siguiente.

—Claro que lo quiere —dijo AJ tumbada en el sofá engullendo un sándwich de beicon—. ¿Por qué crees que han estado juntos tres años?

—No lo sé. Pensaba que quizá solo quería saber qué era tener novio.

AJ negó con la cabeza, incrédula.

—Anda ya, tía.

Después de darme cuenta de esto, empecé a ver pequeñas señales por todas partes. Los padres de Scott conocieron a los de Farly. Farly pasaba más y más fines de semana con sus amigos adultos haciendo cosas de adultos, como cumpleaños en los Cotswolds que duraban todo el *finde* para celebrar los treinta años de alguien y catas de vinos las noches entre semana. Scott venía bastante por casa, algo que yo detestaba. Y también detestaba que no viniera. No podía hacerlo bien. No quería que lo hiciera bien.

LAS COSAS MÁS MOLESTAS QUE DICE LA GENTE

- Yo no voy a tomar entrante, ¿y tú?
- Yo soy más de tener amigos que amigas (una chica).
- Soy un vendedor nato.
- ¡Me caso!
- Siempre llegas tarde.
- Anoche ibas bastante pedo.
- Eso ya me lo has contado.
- Dice las cosas como son.
- Es muy bien parecida.
- Creo que necesitas un vaso de agua.
- Tengo bastante TOC.
- Tenemos una relación muy complicada.
- ¿Quieres firmar la tarjeta para el cumpleaños de Alison?
- Iremos a cualquier sitio *random*.
- Quedemos para ponernos al día.
- ¿Lo pillas?
- Marilyn Monroe usaba una talla 44.
- Te toca ir al dentista.
- ¿Cuándo fue la última vez que hiciste una copia de seguridad?
- ¿Cómo tienes tiempo para tuitear tanto?
- Perdona, ha sido de locos.
- Me voy de *vacas*.

UNAS CHICAS POCO GUAIS EN UN BARRIO ALGO CUTRE

Una vez, cuando tenía veinticuatro años, durante el primer año en el que viví con Farly y AJ en Londres, salí con una amiga un martes por la tarde después del trabajo. A pesar de mis intentos para que se quedara hasta la hora de cerrar, tuvo que retirarse a las ocho y media porque tenía una reunión temprano al día siguiente. Escribí a todas las personas de mi agenda de contactos que pensaba que podían estar por ahí y querer seguir de fiesta conmigo, pero todo el mundo estaba ocupado o en la cama o cansado. Enfurruñada, me subí al bus 24 para irme a casa —era mi corcel de confianza, me llevaba del mismo centro de Londres a la puerta de mi casa en veinte minutos— sintiéndome inquieta y decepcionada por no haberme podido quedar ni una hora más y haberme tomado otro vaso de vino. Era una sensación que terminó resultándome muy familiar: un pánico áspero; la impresión de que todo Londres se lo estaba pasando bien menos yo, de que había tesoros de experiencias escondidos detrás de cada esquina y yo no los encontraba, de que un día iba a estar muerta, así que ¿para qué acabar prematuramente una noche que podía ser perfecta y gloriosa?

Salí de mi enojo cuando el bus 24 se paró delante del *pub* que había al final de mi calle. Era un antro de los de la zona 5 del noroeste, una sala de conciertos venida a menos que se había convertido en el bar lúgubre de los que bebían a las nueve de la noche en Camden. Bajé del bus y entré por primera vez desde el día que nos mudamos, cuando nos dijeron que Farly había hecho historia al ser la primera clienta desde hacía cuarenta años que pedía un café. El dueño tuvo que irse a la tienda de la esquina del otro lado de la calle para comprar un poco de Nescafé Gold y leche y le cobró veintiséis peniques.

Pedí una cerveza y charlé con el camarero, que no parecía sorprendido en absoluto de servirle a otra clienta más que iba sola. Un hombre de casi

setenta años que lucía una barba gris de yeti y estaba sentado a mi lado me preguntó cómo me había ido el día y lamentó mi falta de compañero de bebida para pasar la noche. Me dijo que él era el hombre adecuado para el puesto. Mientras bebíamos, me contó su vida, que había pasado en aquella zona. Me habló del colegio en el que había hecho novillos, de cómo habían cambiado las cosas, de los baretos que habían cerrado, del concierto de John Martin al que había ido en el Camden Palace antes de que yo hubiera nacido y cuyas grabaciones en directo yo había escuchado obsesivamente. Me fui a medianoche, después de haber garabateado el teléfono del hombre en el reverso de un posavasos y habernos prometido que pasaríamos una tarde juntos escuchando discos, pero sabiendo que no volvería a ponerme en contacto con él. Había sido solo una noche más, y yo quería muchas otras; una experiencia, una anécdota, una cara nueva, un recuerdo, un consejo, un cotilleo y un dato interesante que se alojaría en mi cabeza ebria e inconsciente y que saldría regurgitado algún día como si fuera mío. «¿Dónde oíste eso?», me preguntaría alguien. «No tengo la menor idea», respondería yo.

La tarde siguiente, cuando volví a casa con una resaca que aún duraba y me encontré a Farly y AJ acurrucadas en el sofá, les conté que la noche anterior había acabado en un antro al final de la calle.

—¿Se puede saber por qué hiciste algo así? —me pregunto AJ desconcertada.

—Porque era martes por la noche —respondí— y porque podía.

Doy las gracias por haber idealizado tan vívidamente las minucias de la edad adulta —detalles tan diminutos que se servirían en cucharitas de café— cuando era adolescente, porque el alivio de vivirlas finalmente ha hecho que casi nada me haya parecido una carga. Me ha encantado pagar el alquiler. Me ha encantado cocinar cada día. Hasta me daban escalofríos en la sala de espera del médico, porque sabía que me había dado de alta en el sistema sanitario y había llegado allí sin la ayuda de nadie. Durante el primer año en el que pagué facturas, casi me fallaban las piernas al recibir una carta de Aguas del Támesis dirigida a mí. Con gusto aceptaba el peso

de las responsabilidades administrativas que vienen con la edad adulta a cambio de saber que siempre tendría la libertad de ir a un *pub* sola y hacerme amiga de un hombre mayor el día de la semana que quisiera.

Ni siquiera ahora me acabo de creer que ya no necesito beber ginebra de botellas de champú; que no nos apagan las luces de la casa a cierta hora; que puedo quedarme despierta viendo pelis o escribiendo hasta las cuatro de la madrugada un día entre semana si quiero. Me tranquiliza, me da energía, me revigoriza poder comer cosas de desayuno para cenar, poner discos a todo volumen y fumarme un cigarro en la ventana. Aún no me creo lo afortunada que soy. Cuando tenía veintipocos, viví todos los días como si fuera Macaulay Culkin en *Solo en casa 2: Perdido en Nueva York* cuando está en la habitación del Hotel Plaza y pide montañas de helado al servicio de habitaciones y ve películas de gánsteres. Le echo completamente la culpa de esto a mi educación estricta. Casi todos los adultos que conozco que fueron a un internado ahora no pueden creerse que tienen una vida en la que pueden ir a un bar de viejos en Kentish Town un martes por la noche y no ganarse un castigo, una expulsión o una suspensión, sea lo que sea eso. Si la universidad había sido un patio de juegos en el que representar mis fantasías de adulta, tener mi propia casa y sueldo en Londres fue llegar al nirvana.

Estuvimos tres meses buscando antes de encontrar nuestra primera casa de adultas en Londres. Teníamos poco presupuesto y era difícil encontrar pisos con tres dormitorios dobles. Había una casa en Finsbury Park que habían fotografiado astutamente para que pareciera una casa acondicionada a partir de un viejo establo en Notting Hill y que, cuando llegamos, vimos que era más como un pabellón de la prisión de Pentonville. («Aquí solo podríamos quedarnos en casa viendo *Factor X* y comiendo macarrones baratos del súper», comentó AJ.) También estuvo la visita desastrosa al piso de aquella finca de Brixton a la que fueron Farly y AJ junto con un gran número de milenials esperanzados que hacían cola como si aquello fuera el museo de Madame Tussauds. El agente inmobiliario se había olvidado la llave, así que tuvo a todo el mundo esperando media hora y, después de haber hecho la visita de tres minutos por aquella pocilga, todos tuvieron que echarse al suelo porque un hombre armado perseguido por la policía andaba

suelto fuera de la finca. Finalmente, cuando estábamos a punto de perder la esperanza, Farly encontró una casa de tres habitaciones que podíamos permitirnos a través de un propietario privado en Gumtree.com.

Estaba al lado de una calle muy curva, justo donde acababa Camden Town por el lado de Chalk Farm y empezaba Kentish Town. Ponían un mercadillo de verdad, de los de toda la vida, dos veces por semana, en el que vendían zapatillas de andar por casa a cinco libras y sábanas de dibujos animados; también ponían un puesto de fruta y verdura todos los días y había una tienda de ultramarinos en la que no se admitían tarjetas y en la que vendían maría de extranjis en el mostrador donde hacían bocadillos. Era una zona sin gracia, cutre y maravillosa.

La casa era un bonito desastre. Formaba parte de una hilera de dúplex de los años setenta que habían sido propiedad de la ciudad, eran de ladrillo amarillo como si fueran de Lego y su situación y proporciones extrañas hacían que parecieran la obra apresurada de un adolescente jugando a Los Sims. En el jardín delantero, había dos setos demasiado grandes que hacían que en verano fuera imposible salir por la puerta de madera podrida de la valla de delante sin movimientos vigorosos de brazos. Los azulejos de la cocina tenían pintadas escenas de la campiña inglesa. El jardín trasero era una selva de malas hierbas. Había unas manchas raras en el pasillo, como de un líquido que había caído por las paredes, y, tras haberlas examinado mucho, decidimos que eran pis. Todo olía a humedad. Había ocupas en el piso de arriba.

El dueño, Gordon, era un cuarentón atractivo que llevaba una chupa de cuero ancha que revelaba su crisis de los cuarenta y tenía el pelo sospechosamente oscuro y mullido. Además de dueño de la casa, era un presentador de las noticias de la BBC y le gustaba que todo el mundo lo supiera: hablaba con una voz alta y petulante y sus gestos eran extrañamente bruscos e informales.

—Bueno, esto es el pasillo —vociferó Gordon—. Como podéis ver, hay mucho espacio de almacenamiento. —Abrimos una de las grandes puertas blancas y polvorientas. En el centro de las baldas vacías había una caja negra y grande con la palabra *MATARRATAS* estampada con letras de un amarillo chillón—. Ignoradlo —dijo cogiéndola—, ya está solucionado. —

Hubo un breve intercambio de miradas entre nosotras—. ¿Sabéis qué? —dijo arrugando ligeramente la nariz—. Creo que lo mejor es... No voy a molestaros más y os dejo que miréis la casa solas. Cuando lo hayáis visto todo, avisadme.

Estaba hecha polvo, ruinosa y era excéntrica, pero sabíamos que era perfecta para ser nuestra primera casa, y también lo era para todo el grupo de amigas que queríamos traer todos los fines de semana. Bajamos las escaleras para decirle a Gordon que la queríamos, pero él estaba hablando por el móvil.

—Ya... Ya... Bueno. Eso es en el peor de los casos —dijo haciéndonos gestos con las manos con desdén—. Ya, bueno, de momento intentemos que no vaya a los tribunales. No quiero acabar allí... otra vez. —Nos miró y puso los ojos en blanco—. Muy bien, iré mañana a las diez a ver el tejado. Vale. Sí. Vale. Sí, sí. Vale. Adiós. —Se puso el móvil en el bolsillo de atrás de los vaqueros—. Putos inquilinos. Bueno, ¿qué? ¿La queréis o no?

Nos apretamos el cinturón y ahorramos para pagar la fianza, así que el primer mes lo pasamos en un frenesí de frugalidad frenético y fascinante. Apenas teníamos nada en la casa, de modo que Farly compró un paquete de *post-it* para pegarlos en varias superficies y escribir cosas como: «La tele estará aquí» o «La tostadora irá aquí». Comíamos sándwiches de Marmite y pepino para cenar todas las noches. La segunda noche que pasamos en la nueva casa, volví y me las encontré a las dos corriendo por la sala de estar con las botas de agua puestas porque habían visto el primer ratón y no querían que les pasara por encima de los pies descalzos mientras intentaban cazarlo. Farly compró un trozo de *cheddar* en un súper, lo puso en su neceser vacío y lo agitó por encima de la moqueta intentando atraer al ratón para poder sacarlo de allí sin hacerle daño.

Enseguida nos hicimos amigas del encargado de la tienda del barrio, un tío de mediana edad que se llamaba Ivan y estaba muy mazado. En nuestra primera visita, nos dijo en un tono inquietante que si teníamos «problemas con alguna pandilla» fuéramos a verle inmediatamente y él se encargaría. Farly llevaba un collar de perlas ese día. Me sentí extrañamente segura al saber que Ivan estaba a diez segundos de nuestra casa y, cuando lo de los ratones se convirtió en un problema recurrente, él siempre venía al rescate.

Salí corriendo de casa descalza y en pijama muchas veces. Iba directa a su tienda gritando:

—¡Ha vuelto, Ivan! ¡Ha vuelto! —Histórica en plan Blanche DuBois, de *Un tranvía llamado deseo*.

—Tranquila, bonita, tranquila —me decía él—. Ya voy. ¿Quieres que me lleve la pistola?

Yo declinaba su oferta y le pedía que trajera la linterna y él se agachaba para mirar debajo de todas las camas, de la nevera y del sofá para encontrarlo.

(Al final, Gordon llamó a un exterminador para que viniera a casa. Era un viejo del East End cuyo apellido era, curiosamente, Mouser [ratonero]. Cuando puso algunas trampas, le pregunté si no había una forma más compasiva de solventar el problema.

—No —me dijo cruzándose de brazos consternado.

—Vale —respondí—, es que soy vegetariana.

—Bueno, pero no te lo tienes que comer).

Camden parecía el lugar adecuado para nosotras: estaba cerca del centro, de los mejores parques y, sobre todo, era una zona peligrosa y desesperadamente cutre. Ninguna de nuestras amigas vivía allí; de hecho, nadie de nuestra edad vivía allí. Cuando salíamos a Camden High Street, nos encontrábamos con oleadas de adolescentes españoles que venían de viaje de estudios o con hombres cuarentones con el peinado de Paul Weller de The Jam y botas de hebilla que seguían esperando a que volvieran los años dorados del *brit-pop* a Camden. AJ decía que salíamos a detectar imbéciles. Cuando íbamos por High Street un sábado por la noche, me murmuraba al oído: «Imbécil, imbécil, imbécil», e iba señalando a la gente que pasaba. Durante los primeros meses que viví allí, estuve con un músico guay, pero, por desgracia, también muy egocéntrico. Vivía en el este de Londres y se negaba a venir a verme porque ir a Camden era algo muy de 2007.

Alguna vez, durante los años que vivimos allí, íbamos a una fiesta o salíamos por el este de Londres, rodeadas de gente joven, guapa y guay, y

nos preguntábamos si era ese el lugar en el que tendríamos que estar a nuestra edad, pero, cuando nos íbamos de allí, siempre nos quedábamos exhaustas y agradecíamos vivir en un lugar en el que nunca teníamos que fingir que éramos más guais de lo que éramos en realidad, que tampoco era mucho. Podíamos ir a comprar en *leggings* y sudadera y sin sujetador sin encontrarnos a ningún conocido. Podíamos apoderarnos de una pista de baile haciendo el cancán en una hilera cómica y ebria y seguir siendo las más guais de todo el bar con diferencia. Podíamos salir y pasarnos la noche centrándonos en nosotras sin intentar impresionar a nadie, porque ya no quedaba nadie en Camden a quien impresionar.

Una de las primeras cosas que compré para la casa fue una olla de tamaño industrial que podría alimentar a todo un comedor social. Nuestras amigas siempre habían sido muy de comer y yo estaba encantada de tener unos fogones y una mesa de cocina que fueran míos. Aquellos primeros años que vivimos juntas, venía gente a cenar tres veces por semana. Yo encontré las recetas más baratas: una olla tras otra de *dhal* y una bandeja tras otra de pasta con parmesano. En verano, cenábamos a la luz de las velas en nuestro jardín espantosamente descuidado (hasta el punto de que una vez un árbol se prendió fuego de una manera extrañamente bíblica y todos nos pusimos a tirarle sartenes llenas de agua y vasos del supuesto *sauvignon blanc* que nos vendía Ivan a cinco libras).

Era liberador sentir que nuestra casa estaba, básicamente, demasiado rota como para arreglarla. Gordon también se lo tomaba así. Nos dejó pintar todas las paredes de colores chillones y nunca nos dijo nada del punto en el que la pintura se paraba en la pared de la escalera, donde se nos había acabado el bote de Bruguer. Eso la hacía una casa en la que de verdad podíamos vivir, una casa en la que no íbamos con pies de plomo. Podíamos dejarla hecha una ruina un sábado por la noche y solo teníamos que pasarnos diez minutos limpiando la mañana siguiente para que volviera a estar pasable. Podíamos tener la música a tope y quedarnos levantadas hasta las seis de la mañana sin que los vecinos se quejaran. De verdad, aquellas casas de los setenta estaban construidas a prueba de discotecas, porque en los años que vivimos allí no recibimos ninguna queja por el ruido. De

hecho, la vecina me dijo que nunca nos oía. Y, por ese motivo, nuestra casa también era el lugar al que todo el mundo venía a colocarse.

Hice la mayoría de mis experimentos con drogas durante los dos primeros años que viví en Londres. Primero, entablé una relación muy estrecha con un simpático camello que se llamaba Fergus. Fergus no era de los camellos que se sientan en el coche serios y te pasan una bolsita a hurtadillas por debajo del salpicadero, sino de los que venían un viernes por la tarde cuando tenía amigas cenando en casa, se liaba unos porros sentado a la mesa y nos contaba chistes muy largos mientras se comía las sobras. Al final, me despedía de él y le daba una fiambreira llena de espaguetis a la carbonara. Farly, que siempre había sido mucho más sensata que yo y siempre estaba en la cama a medianoche cuando venía gente a cenar, nunca tuvo el placer de conocer a Fergus, pero siempre se quedaba perpleja por la forma que tenía de hablar de él como si fuera «un primo o un amigo de la familia». Una noche, se despertó a las cuatro de la madrugada porque yo le estaba enseñando a Fergus la casa como si fuera una agente inmobiliaria y él iba dándome consejos de *feng shui* para cada habitación. Al día siguiente, entró en mi cuarto y me encontró resoplando mientras intentaba llevar la cama a la pared contraria.

—¿Qué haces?

—Cambiando la cama de sitio. Fergus dice que el lugar donde está no es bueno.

—¿Por?

—Porque el cabezal está demasiado cerca del radiador. Dice que no es bueno tener la cabeza cerca de una fuente de calor... Especialmente para los senos nasales.

—Ya. El tío te vende drogas duras, Dolly —dijo Farly—, no es el más adecuado para dar consejos de salud.

Fergus desapareció inesperadamente, como me habían dicho que solían hacer los camellos, de modo que me recomendaron a CJ, que era un completo desastre. CJ era conocido por ser el peor camello de Londres. No trabajaba casi nunca, solía darle el *pedido equivocado* al *cliente equivocado*

y aparecía en tu puerta media hora después pidiéndote que le devolvieras el *producto*. Nunca tenía batería en el móvil. El GPS siempre se le quedaba frito. Una vez, me tuvo esperándole una hora y media y terminé diciéndole por teléfono que él mismo era su peor enemigo, como si fuera una profesora frustrada. La gota que colmó el vaso fue cuando lo llamé un jueves antes de irme de Londres a un festival para que me vendiera un poco de MDMA.

—¿Qué es eso? —me preguntó.

—MDMA —respondí—, Molly.

—¿Quién es Molly?

—Vamos a ver: éxtasis, MDMA.

—Nunca había oído hablar de ella.

Daba igual cómo las consiguiera o a través de quién, el hecho de pillar era casi siempre más emocionante que la droga en sí. Hablar de si pillar o no, llamar por teléfono, sacar el dinero, que alguien esperara en casa mientras otra persona iba a buscar el coche y volvía con una bolsita de hierbas o polvo: la promesa de lo que estaba por venir era lo que hacía que el corazón me latiera más deprisa. Una vez, Farly fue testigo del esfuerzo que costaba comprar, dividirnos y esnifar cocaína y no podía creerse lo tedioso que era.

—Es como hacer un pastel de carne —observó.

La laboriosidad de pintar rayas o de liar porros es lo que más le gusta a alguien que no quiere que la noche acabe. Es una distracción, una forma garantizada de alargar la noche. Es la forma de acallar la mente racional que te dice «Acuéstate a las once, ya hemos hablado de todo lo que se puede hablar», y, en su lugar, poner un deseo artificial de que la fiesta dure para siempre. Para mí, la cocaína solo fue un medio para seguir bebiendo y estar despierta mucho después de sentirme cansada, nunca me fascinó la sensación que me daba.

Pensaba que, para ser escritora, tenía que coleccionar experiencias. Y también pensaba que todas las experiencias que valía la pena vivir y todas las personas a las que valía la pena conocer se encontraban solamente cuando se había puesto el sol. Siempre me acordaba de algo que Hicks me

había dicho estando tumbadas en su cama con la hilera de lucecitas de su habitación de universitaria titilando alrededor del marco de su ventana:

—Un día estaremos sentadas en un asilo, Dolly, aburridas a más no poder y mirándonos la manta de cuadros que tendremos sobre el regazo —me dijo—, y lo único que nos podrá hacer sonreír serán estos recuerdos.

Sin embargo, la mayor frecuencia de este tipo de noches dio lugar a que yo me sintiera definida por aquellas historias en vez de ser una experta coleccionista. Salir hasta el amanecer dejó de ser algo único y empecé a pensar que cada noche que salía tenía que ser una fiesta hedonista que durara toda la noche. Y lo peor de todo era que el resto de la gente también lo esperaba de mí. Una noche conmigo era una noche que te dejaba destrozado al día siguiente, y mis amigas esperaban de mí un nivel de desenfreno que no podía decaer, hasta cuando quedábamos para cenar un *pad thai* rápido un jueves. Mi energía, mi cuenta bancaria y mi estado mental no podían aguantar ese ritmo. Y no quería convertirme en un mito ni comprar papeletas para convertirme en una especie de figura trágica, la borracha del pueblo con la que todo el mundo teme quedar para tomar un café porque saben que seguramente terminarían a la mañana siguiente en un casino abierto veinticuatro horas de Leicester Square.

—Me gustan esas historias —dijo Helen la mañana después de una fiesta cuando yo reuní a un grupo de personas para aburrirlas con mis mejores fábulas sobre noches de fiesta—, pero tienes bastantes, Doll.

Otra cosa que nadie te cuenta sobre beber cuando te haces mayor es que no son las resacas lo que te agobia, sino la paranoia y el miedo enormes durante las horas en las que estás sobria al día siguiente; y estos se convirtieron en algo recurrente cuando tenía veintitantos. El abismo que hay entre ser la pesada que, un sábado por la noche, se apropia de la terraza de un *pub* a gritos para contarles a todos que siempre ha sentido que tiene en la cabeza por lo menos tres guiones para hacer series de las que emiten en *prime time* y ser la chica que piensa en la muerte y se preocupa por si le cae bien al cartero un domingo por la tarde se vuelve demasiado grande. Madurar supone ganar autoconsciencia, y la autoconsciencia deja completamente fuera de juego a cualquiera que ostenta el título de juerguista.

Acabé teniendo dos trabajos totalmente separados: trabajar en la tele y ser periodista *free lance*. Cada vez requerían más de mi tiempo y mi atención, y beber hasta caer rendida y tener resaca no facilitaban la productividad y la creatividad.

—Vives dos vidas —me dijo una vez una amiga cuando estaba al borde del agotamiento—. Tienes que elegir quién prefieres ser: la mujer que sale de fiesta más a tope que nadie o la que trabaja más duro que nadie.

Decidí aspirar a ser la segunda. La vida se volvió más plena durante las horas de sol y había menos necesidad de escapar por la noche. No obstante, aún me llevó algo de tiempo darme cuenta de que salir hasta tarde, pasar calor en los bares, beber vino frío, ir a pisos de desconocidos o visitar coches aparcados con las luces encendidas y conseguir bolsitas de polvo no era la única forma de vivir aventuras. Siempre vi el alcohol como el medio de transporte hacia las experiencias, pero a los veintitantos entendí que, en realidad, tenía la misma capacidad para entorpecerlas como para intensificarlas. Sí, estaban las confesiones jugosas que le podías sacar a la gente con las pupilas dilatadas en uno de los cubículos de un baño, los viejos con buenas historias a los que no hubieras conocido de otra manera, los lugares a los que ibas, las personas a las que besabas... Pero también estaba todo el trabajo que no hacías cuando estabas de resaca, todas las malas impresiones que dabas a posibles nuevos amigos porque estabas tan borracha que apenas podías hablar, todas esas conversaciones en las que alguien te decía algo importantísimo y que no significaban nada porque ninguno de los dos se acordaba a la mañana siguiente, todas esas horas que pasabas sudando y en pánico en la cama a las cinco de la madrugada con el corazón latiéndote con fuerza mientras mirabas el techo fijamente intentando dormir desesperadamente y todas esas horas que perdías en un callejón sin salida de tu cerebro los días siguientes torturándote por todas las estupideces que habías dicho y hecho.

Años más tarde aprendí que comportarte constantemente de una forma que te hace avergonzarte de ti misma supone que no puedas tomarte en serio y que tu autoestima cae y cae. Irónicamente, mi misión adolescente de convertirme en adulta por medio de la bebida me dejó sintiéndome más como una niña que cualquiera de las demás acciones de mi vida. Durante

años, iba por ahí con miedo de que me acusaran de algo terrible, no sería raro si alguien viniera y me dijera «¡Tú eres la idiota que se bebió el aceite de baño de pera y fresia de Jo Malone en un vaso de pintura en la fiesta de mi casa por una apuesta, me debes cuarenta y dos libras!» o «¡Eh, tú! ¡Putá borracha! ¡No me puedo creer que te liaras con mi novio delante de un súper en Mornington Crescent!». Yo tendría que asentir con reverencia y decir «Sí, concretamente eso no lo recuerdo, pero me fío de lo que dices y te pido perdón por ello». Imaginaos ir por el mundo pensando siempre que hay alguien que está a punto de deciros que sois imbéciles y pensar sinceramente que esa persona tiene razón. ¿Qué gracia tiene eso?

Esté donde esté un jueves por la noche desde hoy hasta el día que me muera, os aseguro que preferiré estar en un antro de Camden bebiendo cerveza y hablando con un desconocido. Sin embargo, finalmente maduré y dejé aquellas borracheras constantes que te dejan KO y que arrasan al día siguiente como si fueran un tsunami, igual que, finalmente, dejé la casa de ladrillos amarillos que se caía a pedazos. No obstante, durante un tiempo, sentada en mi jardín del Edén descuidado, bebiendo *sauvignon* picado con las mujeres a las que quería, con la música a todo volumen y los platos sucios apilados en el fregadero, pensé que vivía en la mejor casa del mundo. Y aún lo pienso.

RECETA: EL LENGUADO A LA *MEUNIÈRE* DE LA SEDUCTORA

(para dos personas)

Preparé este plato para el músico ya mencionado con el que salí a los veinticuatro años en las primeras etapas del cortejo para intentar que me quisiera. Funcionó más o menos una semana. Desde entonces, lo he preparado para otros chicos en los que valía la pena gastar tiempo y mantequilla tostada y los efectos han sido satisfactorios y más duraderos.

- 4 cucharadas de harina
- 2 filetes de lenguado
- 1 cucharada de aceite de colza (o de girasol)
- 50 g de mantequilla
- 2 cucharadas de gambas pequeñas precocidas
- El zumo de medio limón
- 1 cucharada de alcaparras
- Un puñado de perejil picado
- Sal y pimienta negra al gusto

Mezcla la harina con la sal y la pimienta en un plato y pasa los filetes por él para que queden rebozados con una capa uniforme. Sacúdelos un poco para quitar el exceso de harina.

Calienta el aceite en una sartén con el fuego alto hasta que esté muy caliente. Cocina los filetes dos minutos por cada lado. Deberían quedar crujientes y dorados.

Aparta el pescado y cúbrelo con papel de aluminio para que no pierda el calor. Baja el fuego, pon la mantequilla en la sartén y derrítela hasta que

esté ligeramente tostada. Apaga el fuego, pasa las gambas por la mantequilla y añade el zumo de limón.

Emplata el lenguado, riégalo con la mezcla de mantequilla y zumo de limón y termina echándole por encima las alcaparras y el perejil. Añade sal y pimienta.

Sirve este plato acompañado de una ensalada o de una guarnición de judías verdes y patatas (y no con tu gran corazón abierto de par en par).

3 de febrero

Queridos amigos con quienes normalmente solo quedo para pillar un buen pedo:

Me encantaría que vinierais a casa para ser testigos de mi intento de comportarme como una adulta. Algunos lo llaman *una velada con amigos*, pero eso me suena un poco estirado, así que lo llamaré algo lo suficientemente vago para que parezca relajado, pero no una fiesta, como *una quedada* o *vernós para comer y beber algo* o *una cena informal* de tranquis.

Lo importante es que quede claro que no será una fiesta.

Por favor, llegad a mi piso a las siete. Con eso quiero decir que, por favor, penséis que vais a venir a las siete hasta que os mande un mensaje alarmada a las seis pidiéndoos que vengáis a las ocho porque no encontraba colinabo en ningún sitio para hacer la ensalada de col asiática de James Oliver y he tenido que gastarme veinticinco libras en un Uber para ir a Waitrose y volver y he perdido una hora. Como he dicho, todo es muy informal y de *tranquis*.

La lista de invitados es la siguiente:

- 1 amigo gay escandaloso (Ed) que comparte felizmente historias extravagantes de su variada vida sexual. Será una especie de bufón de la corte que dice las verdades a la cara, una mezcla entre Truman Capote y los enterradores de *Hamlet*.
- 1 nuevo novio benevolente de Ed (nombre aún por confirmar). Todo el mundo se esforzará mucho por integrarlo hasta que nos hayamos acabado el primer plato, momento a partir del cual será completamente ignorado hasta que pida un Uber pronto y se vaya a casa. Nadie se dará cuenta de que se ha ido hasta dos horas después.
- 1 amiga feminista del norte (Anna) que hará que Ed se sienta más cómodo por su perspectiva progresista y su ideología de izquierdas y viceversa.
- 1 hombre soltero que conozco más bien poco del trabajo (Matthew) que tonteará con todo el mundo. Matthew no es atractivo-atractivo, pero es alto y habla fuerte. El plan es que a todo el mundo le guste más conforme vayan bebiendo y se den cuenta de que es el mejor de un grupo que no da para mucho. Un poco como me pasó a mí en las elecciones de 2010 con Nick Clegg.
- 1 pareja de pijos prometidos (Max y Cordelia) que le den un toque hogareño y adulto a la noche. Hablarán con mucho gusto de todos los detalles de la boda que están planeando para que tengamos algo de que hablar en los momentos en los que haya escasez de temas de conversación. Atención: que Anna y Max estén lejos el uno del otro cuando la conversación derive hacia el estado del bienestar o el cambio climático.
- 1 amiga un poco desastre, que bebe demasiado (Leslie), que nos hará sentir que todavía somos jóvenes y, a la vez, nos hará sentir que no estamos tan mal en la vida (gracias, Leslie). También tomará la iniciativa en lo que a

documentar la noche en Instagram se refiere con un *hashtag* como #fotocolinabo o #cenademalotes o algo similar.

Por favor, traed una botella de vino. Supongo que traeréis Oyster Bay, porque es el único que conocemos que no está asqueroso y que solo cuesta diez libras. Un Jacob's Creek estará bien. El Echo Falls será bienvenido, pero repararemos en que no habéis gastado mucho.

Después de echar todos vuestros abrigos en una cama y serviros una copa de vino blanco, del cual ya me habré bebido media botella antes de que lleguéis por la pura ansiedad que me ha provocado la cacería del colinabo, os serviré cuatro bolsas de patatas fritas de las buenas (Kettle). Este será el entrante.

Como me he puesto el reto de hacer ocho platos diferentes para seguir la moda que todos llaman *cenas superrelajadas imitando al chef Yotam Ottolenghi*, estaré ausente las primeras dos horas de la noche. Sugiero los siguientes temas de conversación para los medio sobrios:

- La eficiencia de la línea de metro Victoria.
- Comparar los respectivos alquileres.
- Recomendaciones de peluquerías.
- Quién será el próximo Bond.
- Cómo estaba el tipo de cambio entre libras y dólares cuando uno de los comensales hizo un viaje a Nueva York hace poco.
- Cuánta agua tendríamos que beber en realidad.
- Cualquier obra que se esté representando actualmente en la que salga un actor de televisión conocido.
- Apps* para administrar gastos.
- Ropa de cama.

La cena será a las diez. En ese momento, todo el mundo estará ya lo bastante borracho como para bromear con los dobles sentidos sexuales con la comida —«Mira como sí sabe comer almejas», «No me comes nada», etc.—, pero no lo suficiente como para sacar los móviles y ver vídeos relativamente graciosos en YouTube. Esto será después del plato principal y antes del postre.

Vídeos sugeridos:

- Gazapos de los presentadores de informativos.
- Gatos que se quedan atascados en sitios.
- Niños que se enfadan porque no queda chocolate.
- Perros que se duermen en sitios raros.
- Monólogos de Louis C. K.
- Cualquier vídeo en el que salga Céline Dion.

Leslie, estaría muy bien que pudieras incorporar drogas a la noche después de esto, ya sea compartiendo un poco de maría vieja que llevaras en el bolso o mandándole un mensaje a tu camello para pedirle un poco de cocaína. Si te decantas por la segunda, todo el mundo rechistará un poco y dirá que este mes va muy mal de pasta o que no toma desde hace dos cumpleaños, pero no te preocupes, todos quieren y soltarán la pasta cuando lleguen las chuches.

Si te decantas por esa segunda opción, Cordelia y Max discutirán porque Max se ofrecerá a pagar un gramo más. Cordelia estará confundida: ¿no tienen dinero para pagar un cuarteto de cuerda que

toque *Signed, Sealed, Delivered* de Stevie Wonder cuando ella vaya hacia el altar, pero él quiere apoquinar sesenta libras para que un grupo de gente que apenas conocen tome drogas duras?

Bien entrada la medianoche, llega el momento de pasar a lo que llamo *El debate inútil y trivial* de la velada. Se discutirá si estamos de acuerdo con algo obvio que leí en una columna de *The Guardian* o con algo menos obvio que leí en un blog de *Vice*. Todos los temas y las opiniones serán inconcretos, no muy arriesgados y predecibles, y habrá estadísticas inventadas y anécdotas personales exageradas para apoyar argumentos poco sólidos.

Temas sugeridos:

- ¿Llegados a este punto, existen la derecha y la izquierda?
- Si las mujeres quieren que los géneros sean iguales, ¿por qué se llama *feminismo* y no *igualismo*?
- Si yo también podría hacerlo, ¿es arte?
- ¿Por qué comemos cerdos y no perros?
- ¿Cuál es el legado de Tony Blair? (según nuestros padres, pero dicho como si las opiniones fueran nuestras).
- ¿Cuándo es demasiado tarde para tener hijos?
- ¿Margaret Thatcher era feminista?
- ¿Los precios desorbitados de las casas en Londres harán que la gente se vaya a vivir a Margate?
- ¿Tiene derecho Matthew a llevar una camiseta de los Ramones a pesar de que no sabe nombrar a ninguno ni conoce ninguna de sus canciones?

Cuando el ambiente esté demasiado caldeado entre Max y Ed en el debate sobre si uno nace o se hace homosexual, será el momento de que Leslie hable de más porque está borracha. Revelará un secreto sobre ella con un monólogo largo y enrevesado y todos la escucharemos en silencio.

Confesiones sugeridas:

- No te gusta ningún galés.
- Hace poco has tenido clamidia.
- Tu tío te sobaba cuando eras adolescente.
- Has tenido una aventura con un hombre casado.
- Crees que puedes comunicarte con los muertos.
- Crees que votar no sirve para nada y es aburrido.
- Tienes miedo de ser estéril.

Horas programadas de salida:

Ed: a las cuatro de la mañana, después de haber demostrado que se sabe la coreografía original de *Pure and Simple* de Hear'Say y toda la letra del rap de Lil' Kim en *Lady Marmalade*.

Cordelia: a las dos de la mañana, porque tiene un *brunch* inventado a la mañana siguiente.

Max: a las dos y media de la mañana, después de haber recibido un mensaje de Cordelia, que está cabreada y le dice que vaya a casa.

Matthew y Anna: a las cuatro y cuarto de la mañana, en el mismo Uber.

Leslie: a las cuatro de la tarde del día siguiente.

¡Tengo muchas ganas, chicos! ¡Será genial pasar la noche de *tranquis!*

¡Besos!

RECETA: TARTA DE MANZANA CON HELADO PARA VAGOS

(para cuatro personas)

Es una receta que me dio mi madre para impresionar a la gente que viniera a una cena cutre en mi casa cutre y que no requiere ni habilidades ni esfuerzo.

Para el helado

- 4 yemas (los huevos tienen que ser muy frescos)
- 100 g de azúcar glas
- 340 g de crema de mascarpone
- Extracto de vainilla

Bate las yemas y el azúcar hasta que quede una mezcla pálida y cremosa.

Incorpora el queso mascarpone y el extracto de vainilla. Pon la mezcla en una fiambarrera.

Déjala en el congelador toda la noche o, por lo menos, 3 o 4 horas.

Para la tarta de manzana

- 1 lámina de masa de hojaldre
- 1 lámina de masa de mazapán
- 500 g de manzanas peladas y cortadas en rodajas
- 1 bote de mermelada de albaricoque

Desenrolla el hojaldre.

Cúbrela con un círculo de mazapán.

Coloca las rodajas de manzana encima.

Mete la tarta al horno a 200 °C hasta que esté dorada y, mientras tanto, calienta la mermelada de albaricoque al fuego.

Cuando saques la tarta del horno, ponle la mermelada caliente por encima y déjala reposar.

Sírvela con el helado.

«NO CAMBIARÁ NADA»

Una de las cosas que más detestaba de que Farly hubiera conocido a Scott era que yo ya nunca veía a su familia. Echaba de menos a su madre, a su padre, a su madrastra, a su hermano y a su hermana. Durante años, había pasado uno de cada dos fines de semana y una de cada dos vacaciones con su familia y era como si fueran familia mía, pero, después de que Scott entrara en escena, Farly ya no me invitaba, así que solo los veía una o dos veces al año. Scott ocupaba ahora la silla en la que yo me había sentado a la mesa del comedor para los cumpleaños y las barbacoas de los domingos, era él el que se iba con ellos a Cornualles a pasar las frescas y acogedoras vacaciones otoñales mientras yo miraba las fotos en Instagram.

Después de vivir juntas unos cuantos meses en nuestra nueva casa de Londres, Farly me invitó a ir a pasear con su familia un sábado a mediodía. Paramos en un *pub* a comer y yo disfruté de la familiaridad cálida de sus rituales: los apodos, las bromas internas, las historias sobre Farly y yo cuando éramos adolescentes. Se me hinchó el pecho: fuera el que fuera el espacio que Scott había ocupado durante los últimos años, era uno diferente al mío, porque no había cambiado nada en absoluto.

En el último tramo del paseo, nos quedamos un poco rezagadas del resto del grupo y del perro, como siempre hacíamos cuando éramos adolescentes, porque nos picábamos a ver quién comía más durante la comida.

—Scott me ha pedido que me vaya a vivir con él.

—¿Y qué le has dicho? —pregunté.

—Que sí —me dijo casi disculpándose; sus palabras vacilantes flotaban en el ambiente frío—. Cuando me lo preguntó me pareció bien.

—¿Cuándo?

—Cuando haya pasado un año con vosotras en Camden —respondió. Me molestó lo de «pasar un año», era como si fuera un año sabático en el

que vas a esquiar o a enseñar inglés a Japón, algo que haces una vez en la vida para tener una anécdota interesante que contar.

—Vale —contesté.

—Lo siento, sé que es duro.

—No, no, me alegro por ti —le dije. Terminamos el paseo en silencio.

—¿Quieres hacer galletas con pepitas de chocolate? —me preguntó Farly cuando volvimos a casa.

—Sí.

—Guay. Haz una lista de lo que necesitamos y yo iré a por los ingredientes. ¿Y por qué no vemos ese documental sobre Joni Mitchel que tenemos en la estantería desde hace mil años?

—Vale —dije. Me recordó al día en que mi madre me llevó al McDonald's con ocho años porque se había muerto mi pez de colores.

Nos sentamos en el sofá y comimos galletas con las piernas cruzadas y las barrigas saliéndonos del pijama. Graham Nash hablaba de lo sinceras que eran las letras de *Blue*.

—Me sé todas las canciones de ese disco —dije. Era el único disco que nos habíamos llevado a un viaje de tres semanas en coche el verano que Farly se sacó el carné de conducir a los diecisiete años.

—Y yo. *Carey* es la que más me gusta.

—La que más me gusta a mí es *All I want*. —Dejé de hablar para comerme la última galleta y limpiarme las migas de la boca—. Seguramente ya no volvamos a hacer un viaje como ese.

—¿Por qué?

—Porque te vas a vivir con tu novio, ahora te irás de viaje en coche con él.

—Qué tontería —dijo—, no cambiará nada.

Me gustaría parar aquí un momento para hablar del «no cambiará nada». He oído esa frase muchas veces entre los veinte y los treinta años de la boca de las mujeres a las que quiero cuando se mudan con sus novios, se prometen,

se van a vivir al extranjero, se casan o se quedan embarazadas. «No cambiará nada». Me pone de los nervios. Cambiará todo. Todo. El amor que sentimos la una por la otra será el mismo, pero el formato, el tono, la regularidad y la intimidad de nuestra amistad cambiará para siempre.

¿Os acordáis de cuando erais adolescentes y veíais a vuestras madres con sus mejores amigas y parecían amigas íntimas, pero no eran como vosotras y vuestras amigas? Había una formalidad rara entre ellas, un poco de incomodidad cuando se veían por primera vez. Vuestra madre limpiaba la casa antes de que llegaran, y hablaban de la tos de sus hijos y de lo que querían hacerse en el pelo. Cuando éramos adolescentes, Farly me dijo una vez:

—Prométeme que nunca seremos así. Prométeme que cuando tengamos cincuenta años nos trataremos exactamente igual que ahora. Quiero que nos sentemos en el sofá y nos atiborremos a patatas fritas y hablemos de infecciones vaginales. No quiero que seamos mujeres que se ven de vez en cuando para ir a una feria de artesanía.

Yo se lo prometí, pero lo que no sabía era el trabajo que supone mantener ese nivel de intimidad con una amiga a medida que te haces mayor. No es una cosa que se mantiene por casualidad.

He visto cómo ocurre una y otra vez: una mujer siempre encaja en la vida de un hombre mejor que en la suya. Es ella la que pasa más tiempo en el piso de él, es ella la que se hace amiga de todos sus amigos y las novias de estos. Es ella la que le manda un ramo de flores a la madre de él por su cumpleaños. A las mujeres les gustan tan poco estos rituales como a los hombres, pero se les dan mejor que a ellos y, simplemente, los hacen.

Eso supone que, cuando una mujer de mi edad se enamora de un hombre, la lista de prioridades pasa de esto:

1. Familia.
2. Amigas.

A esto:

1. Familia.
2. Novio.

3. Familia del novio.
4. Amigos del novio.
5. Novias de los amigos del novio.
6. Amigas.

Lo que supone que, de media, pasas de ver a tu amiga cada fin de semana a verla una vez cada seis semanas. Tu amiga se convierte en un testigo y tú eres la corredora que está al final de la pista de atletismo. Te toca por tu cumpleaños o un día de *brunch*, y ya tienes que devolvérsela a su novio para volver a empezar la larga y aburrida espera hasta que te vuelva a tocar el turno.

Esos espacios en la vida de las dos se convierten, sin prisa, pero sin pausa, en una brecha en medio de la amistad. El amor sigue ahí, pero la familiaridad no. Sin que te des cuenta, ya no vivís la vida juntas. Vivís la vida separadas, cada una con su novio, y os encontráis una vez cada seis semanas para contaros cómo os va. Ahora entiendo por qué nuestras madres limpiaban la casa antes de que llegara su mejor amiga y le preguntaban «¿Qué novedades hay?» en un tono alegre y forzado. Entiendo cómo se llega ahí.

Así que, cuando te vayas a vivir con tu novio, no me digas que no cambiará nada. No habrá viajes, porque el ciclo también se aplica a las vacaciones: me tocará estar con mi amiga uno de cada seis veranos, a no ser que tenga un hijo, en ese caso nos iremos de viaje dentro de dieciocho. Pasa siempre. Cambiará todo.

Farly se mudó cuando cumplí veinticinco. Ella y Scott encontraron un piso de alquiler de una habitación con terraza en la azotea en Kilburn. Tenían un gimnasio delante, cosa que les gustaba porque parecía ser que les encantaba jugar al bádminton. Ella insistió mucho en mostrarme que había un autobús directo de Camden a Kilburn High Road. Lo cogí de mal humor para ir a la fiesta de inauguración del piso.

Me pasé la fiesta fumando sin parar en la terraza con Florence, la hermana adolescente de Farly, sentada en mi regazo enseñándome su anuario. Más tarde, cuando estaba borracha, le dije que tenía la esperanza

secreta de que uno de los dos le pusiera los cuernos al otro o de que Scott fuera gay para que Farly tuviera que volver a nuestra casa. Ella se rio y me abrazó.

—No me gusta nada —dijo Farly señalando una camiseta del Manchester United cubierta de las firmas del equipo, enmarcada y colgada en el pasillo. Notaba que yo estaba triste y necesitaba algo con lo que desahogarme.

—Ya, es horrible —respondí.

—Asqueroso —dijo—. Vivir con un chico. Puaj.

—Es mucho mejor vivir con chicas.

—Es lo mejor. —Sonrió—. ¿Te gusta el piso?

—Me encanta. Creo que serás muy feliz aquí. —Y, por más molesto que fuera, lo pensaba de verdad.

Nuestra amiga de la universidad, Belle, que vino con una guitarra y con ganas de pasarse los fines de semana de fiesta, entró a vivir en la habitación de Farly y la vida siguió adelante. La nevera seguía perdiendo agua. El baño de abajo seguía estando roto. Gordon seguía entrando a casa casi todos los sábados por la mañana sin que lo hubiéramos llamado intentando colarnos muebles horribles como si fueran *un regalo* porque no le apetecía llevarlos al contenedor. Seguíamos haciendo algo que llamábamos *me lo quedo* cuando una de nosotras iba a comprar, que consistía en que podías quedarte con la chocolatina que esa persona trajera de la tienda. Al principio, vi a Farly más que cuando vivíamos juntas, simplemente porque ella se esforzaba mucho por hacerme sentir que nada había cambiado, pero, al final, dejé de verla tanto. Había cambiado todo.

Tres meses después de que se fueran a vivir juntos, yo estaba sentada en la mesa del trabajo y vi que Scott me había invitado a unirme a un grupo de WhatsApp que se llamaba *Buenas noticias*.

Yo ya sabía lo que era, así que no lo abrí. Había estado esperando ese momento desde el día que Farly me había dicho que se iban a vivir juntos. No estaba preparada para leerlo, así que seguí trabajando, como si todo fuera un sueño que podía pausar, un mensaje en la bandeja de salida del

éter. El móvil estuvo una hora en mi escritorio con la notificación mirándome.

Al final, me llamó AJ —que también había sido invitada al grupo— y me dijo que lo abriera. Decía que iba a pedirle que se casara con él el día de San Valentín, cuatro años después de su primera cita. Nos preguntó si podíamos juntar a algunas de sus amigas y sorprenderla en un bar cuando ya se lo hubiera pedido. Yo dije que me encantaría, que qué ilusión, que estaba muy contenta.

Lloré porque sabía que había perdido esa extraña batalla que estaba disputando contra no sabía quién.

Dilly pasó por allí.

—Dolly, cariño —me dijo—, ¿qué te pasa?

—Nada —musité.

—Ven. —Me cogió de la mano y me llevó a la sala de reuniones—. Cuéntame qué te pasa. —Le hablé de la pedida de mano. Ella estaba al día de la saga, había visto a Farly un par de veces y llevaba años fascinada por el triángulo amoroso Scott-Farly-Dolly, decía que era una trama perfectamente estructurada para un *reality*.

—Ya sé que parezco melodramática —dije entre sollozos—. Sé que la gente madura y que las cosas cambian, pero, joder, no creía que todo fuera a cambiar con solo veinticinco años. —Ella me miró y suspiró negando con la cabeza solemnemente—. ¿Qué? —le pregunté.

—Ya sabía yo que teníamos que haber llenado de cámaras la casa esa cuando os mudasteis —me dijo—. Lo sabía, se lo dije a Dave entonces. Ya sé que dices que no quieres salir en la tele, pero todo esto hubiera sido una trama muy buena para un programa.

Reuní a nuestras amigas y les conté el plan de Scott. Decidimos que los esperaríamos con un regalo en un lugar y a una hora concretos. Me encargué de comprarles en Etsy la letra de *There Is A Light That Never Goes Out* enmarcada, era su canción preferida de The Smiths. AJ dijo que a mí me compraría la de *Heaven Knows I'm Miserable Now* (Dios sabe que ahora estoy destrozada).

Yo no quería que sucediera nada de aquello. No quería que Farly pasara todos los fines de semana con los amigos de Scott y sus mujeres haciendo

barbacoas en el puto Balham. No quería verla para cenar algo y ponernos al día. No quería que se fuera de nuestra casa cuando pasara un año. No quería que se casara. Y lo peor era que era todo culpa mía. Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo y no haberlos presentado, no haber salido con Hector, no haber ido a su casa esa noche que nevaba en Notting Hill. Deseaba poder volver atrás e ignorarlo cuando me hablara en el tren. Deseaba no haber subido al puto tren.

El problema de tener una Farly en tu vida es que sientes que su historia es la tuya. Farly no estaba viviendo la vida que yo había planeado para las dos y yo estaba de luto por un futuro que ahora sabía que no tendríamos nunca. Hasta que llegó Scott, todo iba según el plan: fuimos a la misma universidad, decidimos vivir en la misma residencia y luego vivimos en la misma casa dos años. Cuando nos graduamos, yo pensaba que tendríamos *los años de Londres*, no *el año de Londres*; pensaba que viviríamos en muchas casas, no en una casa; pensaba que saldríamos juntas cientos de noches que terminarían al amanecer; pensaba que habría conciertos y citas dobles y viajes a ciudades europeas y semanas enteras tumbadas en la playa una al lado de la otra; pensaba que tendríamos la década de los veinte antes de tener que separarnos inevitablemente. Sentía que Scott me había robado nuestra historia. Me había quitado diez años que eran míos.

Un mes antes de que Scott le pidiera matrimonio, algunas amigas salimos a tomar algo un sábado por la noche con Farly.

—Scott me ha dicho algo raro esta semana —anunció ella. Nosotras, que ya habíamos pagado la letra enmarcada de The Smiths y nos habíamos reservado el día de San Valentín, nos miramos las unas a las otras con disimulo, con los ojos muy abiertos.

—¿El qué? —pregunté sombría.

—Dice que tiene una sorpresa para mí el día de San Valentín y que es pequeña y, a la vez, muy grande. Y ya sé que parece muy loco, pero una parte de mí piensa que puede ser un anillo de pedida.

—No creo que sea eso —dijo Lacey de repente, asegurándose de evitar las miradas intensas de todas (si nuestras miradas se hubieran encontrado por un nanosegundo, Farly nos habría pillado seguro).

—Ya, no creo. Tienes razón —dijo Farly enseguida con una risa humilde.

—No —dijo AJ—, creo que le has dado demasiadas vueltas, tía.

—Pero ¿qué puede ser pequeño y grande a la vez? No se me ocurre qué podría ser —dijo Farly.

—Ay, pues no sé —dijo Lacey—, igual son billetes de avión para ir de vacaciones o algo.

—Igual es un alzacuellos —dije yo, seca.

—¿Qué? —me preguntó.

—Es algo pequeño, pero grande. Puede que haya decidido hacerse sacerdote y quiera decírtelo el día de vuestro aniversario.

—Ay, déjalo, Dolly —dijo Farly con un suspiro.

—O puede... Puede... —dije sufriendo las consecuencias del litro de vino blanco que me había bebido—. Puede que haya decidido hacerse un tatuaje del Manchester United en la cara. Parece pequeño, pero, en realidad, es algo muy gordo, ¿no? Puede que cambie la opinión que tienes de él. —AJ me hizo una señal muy discreta como si se cortara el cuello para que parara—. O igual son las llaves de un barco. Puede que se haya comprado una lancha para el Támesis. Es un cambio de estilo de vida bastante grande, sobre todo si quiere salir a navegar los fines de semana. Me imagino que cuesta bastante mantener un barco. Puede que sea eso, que sea marinero y nunca haya encontrado el momento de decírtelo.

—Ya no me apetece saber qué es —soltó Farly.

La noche anterior a la pedida, no podía dormir pensando en cómo iba a cambiar la vida de Farly y en que ella no tenía ni idea. La mañana siguiente, le mandé un mensaje a Scott: «Buena suerte esta noche. Sé que lo bordarás. Espero que diga que sí. Si no, encantada de haberte conocido. Un beso».

«Gracias por el voto de confianza, Dolly. Un beso», me contestó.

Unas cuantas estábamos sentadas en el bar esperando el mensaje de Scott.

—¿Y si dice que no? —preguntó AJ—. ¿Nos vamos a casa y ya está?

—No va a decir que no —dije yo—, pero, si lo hace, ya he buscado qué podríamos hacer: hay una fiesta disco en KOKO, así que podemos ir allí a bailar. La entrada son diez libras.

A las diez, recibí un mensaje de Scott que decía que estaban prometidos. Le había dicho a Farly que iban a tomar una última copa para celebrarlo antes de irse a casa. Pedimos una botella de champán, les pusimos una copa a cada uno y miramos por la ventana, esperando a que llegara su taxi. Finalmente, los vimos entrar al bar y AJ me apretó la mano sudorosa dos veces; el código morse universal y silencioso.

—¡Enhorabuena! —gritamos todas cuando Farly entró por la puerta. Nos miró completamente aturdida y luego miró a Scott. Él le sonrió y ella vino corriendo hacia mí para abrazarme.

—Enhorabuena —le dije a Scott dándole su copa de champán—. Has hecho muy feliz a mi mejor amiga.

—Qué bien que salieras con el capullo de Hector —me dijo riendo—. Te quiero, Dolly.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y me abrazó.

Me pregunté si sabía cómo me sentía yo. Me pregunté si siempre lo había sabido. Puede que por eso intentara incluirme en la noche en la que le iba a pedir matrimonio, que por eso me diera un proyecto, que me implicara de algún modo.

Dos horas después, Farly me había pedido que fuera su madrina, yo me había bebido la mayor parte del champán de celebración y tenía ganas de hablar.

—*G-quiero* hacer un discurso —le dije a AJ con la lengua medio trabada, y cogí un tenedor para darle unos golpes a mi copa.

—No, cielo —me dijo AJ quitándome el tenedor y haciéndoles una señal a las otras chicas, que, rápidamente, quitaron todos los cubiertos de la mesa y se los dieron al camarero—. No habrá discursos.

—Que soy la madrina, coño.

—Ya lo sé, cariño, pero ya habrá tiempo para los discursos.

Cuando AJ se fue al baño, me metí debajo de la mesa, le hurgué en el bolso y encontré sus llaves del coche. Golpeé la copa: tin, tin, tin.

—Cuando he sabido que Scott y Farly estaban prometidos... Sí, a ver, me ha cabreado —anuncié.

—Ay, Dios —se quejó Belle.

—Porque *gonozco* a la rarita esta desde hace más de veinticinco años.

—¿Más de veinticinco años? —le preguntó Lacey a Hicks.

—¡Cállate! —grité apuntando a Lacey, y derramé mi copa de vino por la mesa.

—¡Menuda mierda, Dolly! ¡Ya no eres la madrina! —me interrumpió Farly, también borracha, desde el otro lado de la mesa.

—Pero cuando miro a mi alrededor, veo que el mundo... —hice una pausa dramática— es... *esssactamente* como debe ser. Porque mi mejor amiga ha conseguido al mejor hombre.

—¡Ohhh! —dijo todo el mundo, colectivamente aliviado y volviendo a respirar.

—Por Scott y Farly —bramé entre lágrimas, y me senté.

Todo el mundo me aplaudió, aunque sin mucho entusiasmo.

—Muy bonito —me susurró Belle—, aunque sé que lo has sacado del discurso de Julia Roberts en *La boda de mi mejor amigo*.

—Ella no lo sabrá —le dije por lo bajo e hice un gesto con la mano para quitarle importancia.

A decir verdad, el resto de la noche lo sigo teniendo un poco borroso a día de hoy. Invité a Dilly y a su marido, que estaban por el barrio festejando San Valentín, a que se unieran a la celebración. Bailé el cancán en la zona del comedor del bar mientras cantaba «One» del musical *A Chorus Line* y tumbé de una patada una bandeja llena de platos que llevaba un camarero. Los platos se hicieron añicos en el suelo. Les dije adiós a Scott y a Farly, volví a mi piso de Camden e hice que todo el mundo siguiera bebiendo hasta las seis de la mañana. Al día siguiente, al despertarme, vi a una Hicks semidesnuda que tenía escrito *felis sanvalentin* en las tetas con lápiz de ojos.

Me pasé ese día siguiendo cómo se desarrollaba *el fin de semana de la pedida* de Farly (no quiero ponerme exquisita sobre este detalle en particular, pero yo pensaba que una noche sería suficiente) en las redes sociales. Hubo una barbacoa con la familia, una comida en Wolseley, los

amigos de Scott y sus mujeres la colmaron de regalos como libretas de Smythson para planear la boda y botellas mágnun de champán que hacían que mi letra enmarcada pareciera algo triste. Empecé a sentirme como el cuarto rey mago olvidado (el que trajo una mierda que había comprado en Etsy).

—Me pareció que el viernes por la noche estabas un poco abrumada — me dijo Farly por teléfono—, ¿estás bien?

—¡Estoy bien! No sé a qué te refieres con lo de *abrumada*. A ver, no soy yo la que se prometió. Eras tú la que parecía abrumada. Vi en Facebook que Michelle te compró una libreta de Smythson para planear la boda, qué bien, ¿no?

—¿Quieres que cenemos juntas la semana que viene, las dos solas?

—Vale.

Le mandé un correo a Hector por primera vez en cuatro años.

¿Te acuerdas de mí? Scott y Farly se casan. Qué bien que me mandarás a la cocina desnuda.

Me respondió. Me dijo que lo había visto en Facebook. Me contó que había dejado la City para ser un representante de los que viajan todo el tiempo y que le pagaban todas las dietas y me preguntó si quería comer y beber con él un día para brindar por nuestras habilidades como casamenteros. Yo pensé que eso de *casamenteros* se podía coger con pinzas, pero le dije que sí porque estaba baja de ánimos. Busqué en el correo los viejos poemas guarros que me mandaba en un arrebato de nostalgia forzada. Cancelé la comida el día de antes.

—¿Por qué crees que le escribiste? —me preguntó Farly entre bocados de su hamburguesa cuando cenábamos unos días más tarde.

—No lo sé, supongo que quiero tener novio.

—¿En serio? —me preguntó, y se limpió la boca con la servilleta—. Siempre dices que no quieres.

—Ya, pero últimamente creo que he cambiado de opinión.

—¿Y cuál ha sido el detonante?

¿Que cuál había sido el detonante? Estaba celosa, pero esta vez no de Scott, sino de Farly.

—Que te hayas prometido.

—¿Por qué? —me preguntó.

—Porque no me gusta nada que ahora tu vida sea tan diferente a la mía. No me gusta que siempre hayamos hecho las cosas a la vez y ahora ya no. —Suspiré—. No me gusta pensar que nuestros hijos seguramente se llevarán muchos años. No me gusta que estés a punto de comprarte un piso con un hombre y yo le haya tenido que suplicar al dueño del mío que me deje pagarle el alquiler tres semanas tarde este mes. No me gusta que tú vayas por ahí con el Audi que le han dado a Scott en el trabajo y yo ni siquiera sepa conducir. No me gusta que sus amigos sean tan diferentes a mí y me da miedo que te lleven porque sus vidas se parecen a tu nueva vida y la mía no. Ya sé que parece una locura y que yo no soy la protagonista y que te estoy arruinando un momento especial y que tendría que alegrarme por ti y punto, pero siento que me he quedado muy atrás y estoy preocupada por perderte de vista.

—Si tú hubieras conocido a tu marido a los veintidós, a mí me hubiera costado mucho asumirlo —dijo.

—¿En serio?

—¡Claro! No me hubiera gustado nada.

—Porque a veces creo que me estoy volviendo loca.

—No te estás volviendo loca. Yo me hubiera sentido exactamente igual, pero yo no decidí conocerlo a los veintidós, no estaba buscando un marido.

—Ya —dije desanimada.

—Y estaré a tu lado para celebrar y vivir todos los logros de tu vida, ya sean el mes que viene o dentro de veinte años.

—Seguramente dentro de cuarenta —murmuré—, mi casa no tiene ni cortinas.

—Ya no estamos en el colegio, las cosas pasarán en momentos diferentes. Tú también harás cosas antes que yo.

—¿Como qué? ¿Meterme cristal?

Finalmente, hice las paces con Scott. Me di cuenta de que no iba a deshacerme de él. Pasé tiempo con los dos y retomé mi familiar y bien

recibido papel de sujetavelas oficial. Es un papel irritante, pero lo hago muy bien. De todos los años que he vivido en este mundo, solo unos pocos han sido en pareja. Estoy muy versada y entrenada en ser una sujetavelas. Soy Dolly Alderton, la puta jefa de los sujetavelas.

Me pasé toda la adolescencia con mis amigas y sus novios, sonriendo mientras ellos jugaban a pelearse en el sofá o haciendo como si jugara al Snake en el móvil mientras ellos se morreaban en una esquina de la habitación. Se me da muy bien sonreír y ser falsa con las parejas, así he pasado casi todas las cenas entre semana a partir de los veinte años. Dejo que tengan discusiones falsas delante de mí sobre a quién le toca poner los platos o sacarlos del lavavajillas, me río con ellos cuando cuentan historias largas sobre los hábitos de sueño del otro, me quedo callada mientras hablan de una forma extrañamente animada de los detalles de la vida de personas de las que nunca he oído hablar («¡No puede ser! ¿Priya acabó comprando esos azulejos? ¡No me lo puedo creer! ¿Después de todo lo que pasó? Ay, perdona, cuéntale a Dolly quién es Priya y toda la historia de la renovación del piso desde el principio») para demostrarme que tienen una vida superinteresante de la que no formo parte. Y, todo ese rato, hago como que no sé por qué soy la sujetavelas, por qué me río y los escucho tanto, pero claro que lo sé. Soy, simplemente, un afrodisiaco en su juego de felicidad doméstica; sé que, cuando me vaya, se arrancarán la ropa porque se han puesto a cien con un largo discurso a dos voces sobre las vacaciones que pasaron en Filipinas, especialmente en el momento en el que los dos han dicho la misma isla cuando les he preguntado qué fue lo que más les gustó. Yo solo soy una espectadora reacia.

Pero me quedo sentada mirando el espectáculo igualmente porque la alternativa —perder a mis amigas— no es una opción.

Y descubrí, para gran sorpresa mía, que, cuando Farly y Scott no estaban haciendo su numerito delante de mí, Scott y yo nos llevábamos bastante bien. De hecho, me daba rabia no haberme dado cuenta antes, porque habría disfrutado de su compañía cuando venía por casa cuando Farly y yo vivíamos juntas, en lugar de, simplemente, gruñirle. Era divertido e inteligente. Leía el periódico y tenía sus opiniones sobre las cosas. Resultó ser bastante buen tío y, echando la vista atrás, me pareció

obvio que Farly hubiera elegido casarse con un tío guay. Era algo en lo que había estado muy equivocada.

Cuando no estaba emocionada ayudando a Farly a planear la boda, me esforzaba más por llevarme bien con los amigos de Scott. Siempre que me había encontrado con ellos, había montado un gran número vergonzoso para demostrar que no era como ellos. Una vez me puse demasiado borracha un domingo cuando vinieron a comer a casa y los sermoneé con la doctrina de «carne es asesinato» mientras comían cordero asado. Otra vez, en un *pub*, acusé a uno de sus amigos de ser un misógino porque hizo un comentario sobre mi altura. En cambio, después de que Farly y Scott se prometieran, meforcé al máximo por relajarme, ser amable y conocerlos. Al fin y al cabo, eran las personas con las que más tiempo pasaba ella. Tenían que ser, por lo menos, medio interesantes.

Y, entonces, de repente, una tarde de viernes de agosto, todos dejamos de pensar en la boda. Le habían diagnosticado leucemia a Florence, la hermana de Farly, que tenía dieciocho años. «La vida está en pausa» fue la frase del padre de Farly durante los meses siguientes. La vida estaba en pausa. Pospusieron la boda un año. Florence era una de las damas de honor y querían asegurarse de que estuviera lo suficientemente bien cuando llegara el enlace. Yo me había pasado meses obsesionándome con la boda y, en ese momento, no me podía importar menos.

El mes después del diagnóstico, Farly cumplía veintisiete años. Queríamos celebrarlo con ella para distraerla de la enfermedad de Florence, pero a ella no le quedaba energía, porque se pasaba cada minuto que podía en el hospital. No quería beber, no quería estar con mucha gente, no quería hablar con todos ellos sobre cómo estaba. Su familia no podía venir, porque se quedaban siempre en el hospital. Scott decidió que AJ y yo fuéramos a su piso nuevo y él cocinaría para los cuatro.

El primer cumpleaños que celebré con Farly fue su decimosegundo. Había soplado más velas conmigo que sin mí. Me acuerdo de la primera vez como si fuera ayer, fue cuando ella era solo una amiga con la que me sentaba en Mates. Farly llevaba un vestido rosa de Miss Selfridge y bailamos la *Macarena* en la sala de fiestas de la iglesia de Bushey.

Sin embargo, este cumpleaños era diferente de todos los que habíamos celebrado juntas. Farly estaba más delgada de lo nunca la había visto, pequeñita y frágil como un pollito acabado de salir del huevo. No hubo abrazos escandalosos ni bebimos mucho. No gritamos y estuvimos tranquilos, sobre todo Scott.

Se había levantado pronto para ir a la pescadería, porque tanto AJ como yo habíamos dejado de comer carne. Hizo una lubina magnífica rellena de hinojo y naranja con patatas nuevas y lo presentó todo con la concentración silenciosa de un concursante de *MasterChef*. Besaba a Farly en la frente cada vez que pasaba por su lado. Le cogía la mano por debajo de la mesa. Vi al hombre del que se había enamorado.

Le mandé un mensaje a Scott, que estaba en la cocina, para decirle que tenía una bandeja de *cupcakes* escondida detrás del sofá. Esperamos a que Farly se fuera al baño y AJ la encerró con una silla mientras yo colocaba los pastelitos en una fuente como una loca y Scott buscaba una caja de cerillas.

—¿Qué pasa? —gritó Farly.

—¡Un momento! —respondí mientras Scott y yo encendíamos todas las velas.

Le cantamos *Cumpleaños feliz* y le dimos sus regalos y una tarjeta. Ella sopló las velas y rio mientras los tres la envolvíamos en un gran abrazo colectivo.

—¿Por qué habéis tardado tantísimo? —preguntó ella—. ¿Los habéis hecho mientras estaba meando? He estado ahí metida tanto rato que me he puesto a hacer ejercicios de muslos.

—¿Qué ejercicios de muslos? —preguntó AJ.

—Pues son unas zancadas sobre las que he leído. —Empezó a andar, subiendo y bajando, y algo de su antiguo color vibrante le subió poco a poco a la cara—. Intento hacerlas cada mañana. Creo que no sirve para nada. Sigo teniendo las piernas como dos jamones. —AJ empezó a imitarla, arriba y abajo, muy tiesa, y Farly le daba instrucciones; me recordaron a esos vídeos de ejercicios de los ochenta.

Scott me miró desde el otro lado de la habitación y nuestras miradas se encontraron. Me sonrió. «Gracias», dijo moviendo la boca, pero sin emitir sonido alguno. Yo le devolví la sonrisa y, de pronto, reparé en el mundo que

había entre nosotros, en la dimensión invisible que se había creado a partir de la historia, el amor y el futuro que compartíamos, todo por una persona. Fue entonces cuando supe que todo había cambiado: transformación. No nos habíamos elegido el uno al otro, pero éramos familia.

CRÓNICAS DE LAS MALAS CITAS: LA CUENTA DE TRESCIENTAS LIBRAS EN UN RESTAURANTE

Es diciembre de 2013 y es la tercera vez que quedo con un emprendedor guapo que conocí en Tinder. Es el primer rico con el que salgo, y que se gaste dinero en mí me produce sentimientos encontrados. A veces, cuando coge la cuenta, me siento halagada, como si así tuviera que ser el cortejo adulto. Otras veces, me frustro conmigo misma por ser tan predecible y que me fallen las piernas cuando un tío mayor con un coche rápido y problemas con el alcohol me paga el champán. Esta frustración se manifiesta con una rabia incontrolable hacia él.

—¡No puedes comprarme! —grito sin motivo, después de tres botellas de vino, en el restaurante de Mayfair que ha elegido—. No soy algo que puedas poseer. No voy a emperifollarme porque me sienta culpable de que me pagues el bogavante. ¡Me lo puedo pagar yo!

—¡Vale, guapa, págalo tú! —dice arrastrando las palabras por el efecto del vino.

—¡Vale! —grito—. Y no vamos a medias, lo pago yo todo.

Llega la camarera con la cuenta de trescientas libras.

Yo me voy al baño a mandarle un mensaje a AJ y le pido que me deje doscientas y me haga una transferencia inmediatamente.

CRÓNICAS DE LAS MALAS FIESTAS: MI CASA DE CAMDEN, NAVIDAD, 2014

Llevo dando la lata para que hagamos una fiesta temática de Rod Stewart desde que nos mudamos a la casa de Camden hace dos años y medio. Mi teoría es que el concepto de Rod Stewart tiende un puente sobre la brecha entre la afectación de la Navidad y la *joie de vivre* despreocupada de una fiesta en casa de unas veinteañeras.

Mis compañeras de piso, Belle y AJ, aceptan con cierta reticencia que invitemos a la gente a tomar algo para celebrar que es Navidad a una fiesta con la temática de Rod Stewart, pero recalcan que no se hacen responsables de lo que pase.

Preparando la fiesta, me arruino y envejezco prematuramente buscando *merchandising* de Rod Stewart. Tenemos vasos de plástico con su cara, ceniceros de Rod Stewart, tartaletas de frutas personalizadas con papel de azúcar con la cara de Rod Stewart, una figura de cartón con un Rod Stewart impreso a tamaño real, una señal de Rod Stewart que indica dónde está el baño y una pancarta de Rod Stewart en la que dice «Merry Christmas, Baby». Sabrina, India, Farly, Lauren y Lacey llegan temprano para ayudar a engalanar la casa con decoraciones de Rod. Y todas coinciden con Belle y AJ en que ha sido tirar el dinero.

—Dios —digo mientras cuelgo la pancarta en la pared y Sabrina sujeta la silla a la que me he subido—, me acabo de dar cuenta de que los pósteres de los Faces que pedí no han llegado. ¿Creéis que a la gente le importará?

—No —dice Sabrina, y suspira—, a nadie le importará nada de esto excepto a ti.

Los primeros invitados que llegan a las siete en punto son mi encantadora y más bien escandalosa amiga estadounidense a quien solo he visto una vez y su novio barbudo. Es evidente que llevan todo el día

bebiendo. También traen a su cavalier king charles spaniel, al que le han puesto un jersey navideño.

Los otros invitados no empiezan a llegar, con cuentagotas, hasta las nueve, de modo que intentamos ponernos al día con nuestros dos primeros invitados, pero, vaya, el novio se queda roque en el sofá con el spaniel encima el resto de la noche, a la vista de todo el mundo que entra a la fiesta. Va llegando un goteo de amigos, uno por uno. El ambiente está enrarecido. El hombre sigue tumbado en el sofá con el perro encima, lo que crea una imagen llamativa justo al entrar a la fiesta. Un invitado —el amigo de un amigo, un director de videoclips guay de Peckham— entra, echa un vistazo al cuadro, se inventa que tiene otro evento al que ir del que no se acordaba y se va.

A media fiesta, voy al baño para descansar de los invitados, que forman parte de grupos sociales completamente diferentes sin nada que decirse, mientras *You Wear It Well* suena de fondo en bucle y la gente se queja de que solo haya música de Rod. Me encuentro a AJ y Belle en el cuarto de baño; AJ sentada en el váter y Belle en el borde de la bañera. Hablamos de lo mal que va la fiesta. Pensamos en cómo podemos hacer que la gente se vaya y acabar con aquello. AJ dice que necesita tumbarse diez minutos porque está cansada y muy triste. Lllaman a la puerta y entra mi hermano.

—Tenéis un grupo de invitados bastante raro ahí fuera, tías —dice.

Cuando vuelvo abajo, el número de invitados se ha reducido todavía más. Hay un *skinhead* muy alto con una *bomber* de cuero asaltando la nevera.

—Eh... Hola, ¿quién eres? —le pregunto.

—Me han dicho que venga aquí —dice el hombre con un acento rumano muy marcado, y bebe de una lata de cerveza de la que ha echado mano—. Traigo un paquete.

—¿Un paquete?

—Sí —dice mirándome con complicidad—, un paquete.

—Vale, pues, si no te importa... —Me lo llevo hasta la puerta de entrada—. Espera aquí. —Paso por el lado de la estadounidense, que está bailando lento al ritmo de *Sailing* con su perro vestido mientras un público perplejo los mira. Su novio ya lleva tirado en el sofá sin reaccionar más de

tres horas—. ¡Vale, creo que ha llegado el camello de alguien! —anuncio irritada a la gente—. Me sabe mal ser una aguafiestas y no os culpo por querer colocaros en esta fiesta tan mala, pero, por favor, pedidles a todos vuestros camellos que se queden fuera o, por lo menos, en el pasillo.

La fiesta termina poco después de medianoche.

A la mañana siguiente, mientras tomamos café, Belle y yo montamos una comisión de investigación para averiguar por qué fue todo tan mal. Mi hipótesis es que los preparativos que hice para la fiesta provocaron que todo el mundo tuviera las expectativas muy altas.

—Sí, te pasaste de *Rodsca* —dice asintiendo con sabiduría.

Dejamos el Rod Stewart de cartón en la sala de estar durante un tiempo como recordatorio de que, en esta vida, no hay que precipitarse. Lo decoramos según la actualidad: con un sujetador rosa durante el escándalo con prostitutas de lord Sewel y con un sombrero de *leprechaun* en San Patricio. Cuando nos cambiamos de piso ocho meses después y vaciamos la casa, no nos dejamos nada excepto el Rod Stewart de cartón en medio de la sala de estar, dejándoles a los próximos inquilinos la maldición de las malas fiestas.

RECETA: SÁNDWICH PARA CUANDO TE ECHAN DE LA DISCOTECA

(para dos personas)

Solía comerlo con AJ sentadas en la encimera de la cocina, columpiando los pies y hablando a gritos sobre el capullo del portero que nos había dicho que estábamos demasiado borrachas para volver a entrar y que «perjudicábamos al resto del grupo».

- 2 huevos
- 4 rebanadas de pan de molde (hecho con masa madre, a ser posible)
- Mayonesa
- Mostaza de Dijon
- Rúcula (opcional)
- Aceite de oliva y mantequilla, para freír
- Sal y pimienta negra al gusto

Fríe los huevos en aceite de oliva y un poquito de mantequilla en una sartén muy caliente. Con una cuchara, echa el aceite por encima de los huevos un par de veces para cocer la yema.

Tuesta el pan.

Por cada sándwich, unta una rebanada con mayonesa y otra con mostaza.

Pon en cada sándwich un huevo frito y un puñado de rúcula. Sazona con sal y pimienta.

Cómetelo en, más o menos, cinco bocados grandes y descuidados. Llénate la cara de mostaza.

Sirve el alcohol que te quede en casa en dos recipientes limpios (en nuestro caso, solía ser la vieja botella de vodka caramelo que le regalaron a Farly en la Navidad de 2009 y que vivía en el fondo de la nevera).

Pon un disco de Marvin Gaye.

CRÓNICAS DE LAS MALAS CITAS: UN MORREO A MEDIA MAÑANA ESTANDO COMPLETAMENTE SOBRIA

Primavera de 2014. Me levanto con el despertador un sábado a las nueve de la mañana. Tengo un WhatsApp de un estadounidense guapo que se llama Martin: «Dolly, preciosa, ¿sigue en pie lo de tomarnos un café?». Tengo la cabeza como si le hubieran dado la vuelta como a un calcetín sucio, pero le digo que iré. Hicimos *match* en Tinder hace tres días y ha sido un no parar de mensajes en plan: «¡No puede ser, ese es mi disco preferido de Springsteen!», «Yo también creo en la reencarnación», «Sí, puede que todos seamos nómadas», etc. En este momento, mientras busco en mi habitación las pestañas postizas de anoche y me las vuelvo a pegar, estoy convencida de que seremos novios a finales de la semana que viene y me iré a Seattle a vivir con él dentro de un mes. Es la única solución lógica en la mente de una mujer soltera y con resaca que está avergonzada de haberse caído de un autobús la noche anterior: casarse y emigrar.

El *look*: un suéter de Aran tan grande que parece un vestido, unos pantalones vaqueros muy cortos, porque todos mis vaqueros largos están sucios, unas medias negras llenas de carreras y zapatillas de lona blancas.

—¿No te llevas abrigo? —me pregunta con la voz ronca una AJ resacosa cuando la adelanto a toda velocidad por las escaleras.

—No hace falta —digo despreocupadamente.

—Apesta a Baileys, por cierto —me grita mientras cierro la puerta.

Martin está sentado en la barra de Caravan King's Cross. Doy las gracias porque es igual que en las fotos. Está escribiendo en una libreta cuando llego y pienso que eso no hace sino aumentar ese rollo nómada de alma perdida que tiene en su cuenta de Instagram, la cual ya he cotilleado.

—¿Qué escribes? —le pregunto mirando por encima de su hombro.

Él se da la vuelta, me mira y sonrío.

—No es cosa tuya —contesta, y me da dos besos. El ambiente está muy cargado de tonto y ni siquiera nos hemos tomado el café (y mucho menos seis cervezas). Creo que es porque es estadounidense.

Martin me cuenta su vida: es un ilustrador de Seattle de casi cuarenta años, ganó mucho dinero con un trabajo importante y decidió gastárselo viajando por el mundo durante un año y escribiendo un libro. Lleva un mes en Inglaterra; quiere pasar unas semanas más en Londres y luego seguirá viajando.

(Aparte: en aquel momento me di cuenta de que Martin fue muy reticente a la hora de decirme de qué iba su libro; solo me dijo que era no ficción. También me di cuenta de que escribía un par de cosas mientras yo hablaba. Se llevó la libreta con él cuando se fue al baño y se pasó allí un buen rato. Decidí que o A) sus intestinos no reaccionaban bien a la cafeína y quería pasar un rato en el aseo solo con sus pensamientos; B) era, simplemente, un hombre reservado y notó que yo era una entrometida con resaca que no respetaba los límites y que, quizás, querría leer su libreta cuando se fuera al baño; C) estaba escribiendo algo vergonzoso como una lista de deseos o una lista de las personas con las que se había acostado; o D) estaba escribiendo un libro sobre las mujeres que había conocido en Inglaterra y yo era la siguiente. Siempre he pensado que era la opción D y todavía hoy sigo esperando ver un libro llamado Las fulanas de Albión. El tiempo que pasé con mujeres inglesas en las estanterías de las librerías en cuyo interior aparezca un vergonzante párrafo sobre mí).

Después de tomarnos el café, nos sentamos en un banco fuera de la cafetería mirando cómo expulsan el agua rítmica y pornográficamente las fuentes. Él cita a Hemingway, lo que me parece un poco exagerado, pero me gusta el tono elevado de la cita, así que le sigo el rollo. Saca otra libreta que ha ilustrado con los mapas de todos los países que ha visitado hasta el momento y su ruta está marcada con unas pisadas diminutas. Le pregunto si tiene una chica en cada puerto. Él se ríe y dice «Más o menos» con su acento molesto y maravilloso.

Me coge de la mano y bajamos por los escalones que hay delante de la escuela de arte Central Saint Martins hasta el canal. Paseamos un poco hasta que nos paramos debajo del puente más cercano. En ese momento, él

se desabrocha el abrigo, tira de mí y me envuelve con él. Me besa la cabeza, las mejillas, el cuello y los labios. Nos besamos durante media hora.

Son las once de la mañana.

Martin y yo nos separamos a las once y media y nos damos las gracias por esa mañana tan agradable. A las doce y media estoy de vuelta en la cama y me quedo dormida. Me levanto a las cuatro convencida de que lo he soñado todo.

Como se veía venir, Martin desaparece del mapa después de aquella mañana en la que quedamos para tomar café y, cuando sí que me habla, se muestra vago sobre cuándo será nuestra próxima cita. Un viernes por la tarde una semana después, hasta arriba de *prosecco* y alentada por mis amigas, le mando un mensaje de WhatsApp lleno de faltas de ortografía preguntándole si «puedo ser sincera» y proponiéndole que empecemos «una relación platónica, pero sexual» mientras esté en Londres. Le digo que «es lo que Hemingway haría».

Martin no me vuelve a escribir más.

TODO LO QUE SABÍA SOBRE EL AMOR A LOS VEINTICINCO

A los hombres les gustan las mujeres que se contienen. Hazles esperar cinco citas antes de dejarles que se acuesten contigo, tres como mínimo. Así mantienes su interés.

Los novios de tus mejores amigas no se irán a ninguna parte, aunque eso te resulte muy molesto. La mayoría no serán exactamente las personas con las que te habías imaginado que acabarían tus mejores amigas.

Se pueden comprar medias y ligeros baratos y en grandes cantidades en eBay.

Las citas por internet son para *pringaos* y yo me incluyo entre ellos. Nunca dejes de desconfiar de las personas que pagan por tener un perfil ridículo en una web de citas.

Olvida lo que dije de usar crema depilatoria cuando salgas con alguien. Si te depilas, estás traicionando a tus hermanas. Tenemos que plantarle cara activamente al control patriarcal de los cuerpos de las mujeres.

Cuando tengas novio, que nunca sea *vuestro disco* uno tan bueno como *Blood on the Tracks*, porque, años después de romper, seguirás sin ser capaz de escucharlo. No cometas ese error a los veintiuno.

Si un hombre te quiere porque eres delgada, no es un hombre de verdad.

Si crees que quieres romper con alguien, pero hay cuestiones prácticas que te lo ponen difícil, tienes que hacer esta prueba: imagínate que puedes entrar en una habitación y apretar un botón rojo enorme que haría que la relación acabara sin más; sin conversaciones sobre la ruptura, sin lágrimas, sin llevarte tus cosas de su casa... ¿Lo harías? Si la respuesta es sí, tienes que romper con esa persona.

Si un hombre siempre ha estado soltero y tiene cuarenta y cinco años, es por algo. No te quedes a averiguar el motivo.

La peor sensación del mundo es que te dejen porque dicen que ya no les gustas.

Trae siempre a los chicos a casa, así puedes engañarlos para que se queden a desayunar y para que se enamoren de ti.

El sexo esporádico casi nunca es bueno.

Fingir los orgasmos te hará sentir culpable y muy mal y es injusto para los tíos. No los finjas muy a menudo.

Algunas mujeres tienen suerte y otras no. Hay buenos tíos y malos tíos. Con quién acabas y cómo te trata es pura suerte.

Tus mejores amigas te abandonarán por hombres. Será una despedida larga y lenta, pero hazte a la idea y busca amigas nuevas.

En las noches largas y solitarias en las que tus miedos se te metan en la cabeza como cucarachas y no puedas dormir, sueña con los días en los que te quisieron («en otra vida, una de sudor y sangre», como canta Bob Dylan). Acuérdate de cómo era sentirte segura en los brazos de alguien. Desea volver a encontrar algo así.

RAZONES PARA TENER NOVIO Y RAZONES PARA NO TENER NOVIO

Razones para tener novio

- Hay más posibilidades de tener una buena tarta de cumpleaños.
- Puedes ver la tele de pago(¿?).
- Tienes algo de que hablar.
- Tienes algo a lo que hablarle.
- Los domingos por la tarde.
- Más empatía cuando haces algo muy mal en el trabajo.
- Tienes a alguien que te toque el culo cuando haces cola para comprar palomitas.
- Irse sola de vacaciones es muy caro.
- Y es imposible ponerte protector solar en la espalda tú sola.
- A veces no puedes con una pizza familiar entera para ti sola.
- Puede que tenga coche.
- Está bien pensar en alguien que no seas tú.
- Sexo frecuente que no sea raro.
- Una cama más caliente.
- Todo el mundo tiene.
- Si tienes, la gente pensará que te mereces que te quieran.
- Si no tienes, la gente pensará que eres superficial y disfuncional.
- El alivio de no tener que tontear con nadie.
- El miedo a morir sola, al vacío, etc.

Razones para no tener novio

- Te molesta todo el mundo excepto tú misma.
- Los *debates*.
- Seguramente no le gustará Morrissey.
- Seguro que no le gusta Joni Mitchell.
- Cuando exageres una historia, lo dirá.
- Ir a las aburridas fiestas de cumpleaños de sus amigos en Finsbury Park.
- Que te diga lo que hiciste la noche anterior cuando estabas borracha.
- Compartir el postre.
- Tener que ver deportes en directo o por la tele.
- Tener que pasar tiempo con las novias de sus amigos y hablar de *La Voz*.
- Tener que ir de un piso a otro constantemente y llevar bragas en el bolso.
- Ser sincera sobre lo que sientes.
- Hay que tener la habitación muy limpia y ordenada.
- No leer tanto.
- Hay que tener siempre la batería del móvil cargada para que sepa que no te has muerto.
- Seguramente echarás de menos tontear con gente.
- Habrás pelos por todo el baño.

TOTTENHAM COURT ROAD Y COMPRAR MIERDAS EN AMAZON

Cuando tenía veintiún años, cuando terminaba el último verano que pasé actuando en el Festival de Edimburgo antes de tener que volver a casa y encontrar trabajo y empezar la vida de adulta, salí para celebrar el trigésimo cumpleaños de mi amiga Hannah. Había sido mi directora en un *sketch* cómico y yo y un par de actrices más la llevamos a un restaurante pijo para celebrar esa fecha señalada. Los días previos, había hecho varios comentarios sobre que tenía miedo a cumplir los treinta y todos nos lo tomamos como una exageración humorística.

En medio de la cena, dejó los cubiertos en la mesa y rompió a llorar.

—Madre mía, Hannah, ¿te afecta de verdad? —le pregunté arrepintiéndome de la tarjeta de «Feliz cumpleaños, abuela» que le había dado.

—Me hago mayor —dijo—, lo noto. Lo noto en el cuerpo, me vuelvo más lenta y cada vez irá a peor.

—¡Pero si aún eres muy joven! —dijo Margaret, que le llevaba algunos años, pero Hannah siguió sollozando, incapaz de recuperar el aliento y derramando lágrimas sobre el plato—. ¿Quieres que nos vayamos? —le preguntó acariciándole la espalda. Hannah asintió.

Cuando andábamos por Princes Street hablando de temas banales, intentando que el tono de la conversación fuera desenfadado y que Hannah estuviera distraída, esta se paró en medio de la calle y se puso las manos en la cabeza. Los sollozos se convirtieron en lamentos.

—¿Esto es todo? —nos preguntó vociferando en la oscuridad de la noche—. ¿Esto es todo lo que es la vida?

—¿Qué es todo lo que es la vida? —le preguntó Margaret con ternura rodeándola con un brazo.

—Joder... Tottenham Court Road y comprar mierdas en Amazon — contestó.

Durante años, esas palabras se me quedaron grabadas en la cabeza, pegadas como un *post-it* que no me podía quitar. Las tenía ahí como esa conversación en voz baja entre tus padres que no deberías haber oído y que no entendiste, pero que sabías que era importante. Siempre me pregunté por qué esas dos cosas concretas —Tottenham Court Road y Amazon— podían causar tanta pena.

—Ya lo entenderás cuando no tengas veintiuno —me dijo Hannah cuando le pregunté.

Finalmente, el año que cumplí veinticinco, conseguí entender las maquinaciones y el mensaje implícito que había detrás de esa frase. Hay un momento en el que empiezas a preguntarte si la vida es solo esperar autobuses en Tottenham Court Road y pedir libros de Amazon que nunca leerás. En resumen, tienes una crisis existencial. Te das cuenta de la mundanidad de la vida. Acabas entendiendo el poco sentido que tiene todo. Sales del reino de la fantasía de *cuando sea mayor* y aceptas el hecho de que ya lo eres. Y la vida no es lo que pensabas que sería. Tú no eres quien pensabas que serías.

Una vez que has ido cavando un agujero con esas preguntas, es muy difícil tomarse en serio las actividades del día a día. El año que cumplí veinticinco lo pasé como si hubiera construido una trinchera con mis propios pensamientos y mis preguntas sin respuesta y me asomara desde la oscuridad para ver a la gente preocupándose por las cosas que me habían preocupado a mí —su corte de pelo, el periódico, la cena, las rebajas de enero en Tottenham Court Road, las ofertas de Amazon...—, pero no pudiera llegar a saber cómo salir del hoyo y volver a sumergirme en todo eso.

Dejé de beber durante un tiempo para intentar encontrar un poco el equilibrio, pero me puse a darle aún más vueltas a todo. Intenté quedar con gente de Tinder, pero los encuentros, generalmente castos, me hicieron sentir más desanimada y vacía. El amor y el interés apasionados que había sentido por mi trabajo empezaban a menguar. Mis compañeras de piso, AJ y Belle, a menudo entraban en mi habitación y me encontraban llorando aún

tapada con la toalla de la ducha que me había dado hacía tres horas. Me resultaba imposible explicarle lo que estaba sintiendo a nadie, me pasaba muchísimo tiempo sola. En mi cuerpo había un zumbido constante de desinterés, *ennui* y ansiedad, bajito y, a la vez, perturbador, como una lavadora que nunca deja de centrifugar. Todo esto se aceleró a principios de verano, cuando Dilly me dijo que creía que tenía que dejar el trabajo para dedicarme de lleno a escribir y yo no tenía ningún plan para ganar dinero ni sabía qué tenía que hacer. Además, AJ nos dijo que se iba de casa para vivir con su novio menos de un año después de que Farly se hubiera marchado. Estaba deprimida, sin trabajo y sin compañera de piso.

La respuesta, por supuesto, era la que siempre es para una mujer de veintitantos que tiende al melodrama: irse a vivir a otra ciudad. Siempre me había encantado Nueva York e iba a menudo a visitar a Alex, que seguía siendo buena amiga mía a pesar de que su hermano Harry hubiera cortado conmigo hacía tantos años. Cuando se prometió y me pidió que fuera una de sus damas de honor el verano de mi malestar, me pareció obra del destino. Ella y su prometido nos dijeron a Farly y a mí que nos podíamos quedar en su piso del Lower East Side mientras ellos estaban de luna de miel. Compramos los vuelos y reservamos un hotel para la boda y una escapada de una noche a las montañas de Catskill hacia el final de las dos semanas que nos quedaríamos allí. Por increíble que parezca, iban a ser las primeras vacaciones que Farly y yo pasaríamos juntas en el extranjero. Y era una buena oportunidad para estudiar mi posible nueva ciudad: su día a día, su gente y cómo podía encajar yo en ella.

Sin embargo, una semana antes de que saliera el vuelo, le diagnosticaron leucemia a Florence. Como es comprensible, Farly sintió que tenía que quedarse en casa para apoyar a su familia y a su hermana. Le pregunté si necesitaba que me quedara yo también, pero me dijo que me fuera a Nueva York sola y que descansara, que lo necesitaba.

Durante los dos primeros días que estuve allí, me vi atrapada en un alegre torbellino de obligaciones de dama de honor. Todo el contingente británico de Alex había volado hasta allí para asistir a la boda y nos

pasamos los días previos haciendo guirnaldas de flores y colocando sillas y recogiendo cosas de la tintorería y poniéndonos al día con los conocidos. Yo echaba mucho de menos a Farly, pero aquello seguía siendo la distracción ajetreada, nueva y maravillosa que necesitaba.

El día de la boda, me puse un vestido negro con tiras cruzadas con una raja hasta la pantorrilla (Alex me animó a hacerlo, sabía que necesitaba un romance vacacional; además, yo era consciente de que iba a ver a Harry por primera vez desde hacía años) y leí el poema *El pastor enamorado* en la nave de Brooklyn en la que se casaron. Cuando leí los versos «No me arrepiento de lo que antaño fui porque aún lo soy. Solo me arrepiento de no haberte amado entonces», no pude evitar llorar por el amor que Alex y su marido sentían el uno por el otro y por lo profundo de la soledad que, en ese momento, me di cuenta de que había sentido ese año.

Yo era una de las dos solteras de la boda y me consideré afortunada porque me tocó sentarme al lado del único soltero: un galés fornido que trabajaba construyendo puentes.

—Buen poema —me dijo con el vaivén de su acento sexy y cantarín—. Lo de las lágrimas ha sido un buen toque.

—¡Lo de llorar no estaba planeado! —le respondí.

—Pero ponerte ese vestido sí —dijo él con una sonrisa.

Bebimos un negroni tras otro y comimos pollo frito y macarrones con queso y tonteamos de un modo que solo es aceptable cuando se trata de las únicas dos personas solteras en una boda. Hicimos una lista detallada de nuestros puentes preferidos del Reino Unido. Le di el postre con mi tenedor. Él gritó para animarme cuando me levanté a hablar y me guiñó el ojo cuando lo miré a medio discurso. Se comportaba como si hiciera años que fuera mi novio. La confianza de nuestra relación escaló con la fruición de un motor cuando el acelerador está pisado a fondo (de un modo que solo es aceptable cuando se trata de las únicas dos personas solteras en una boda).

Justo antes del primer baile, mi galés desapareció para contestar al teléfono fuera. Alex, con su corona de rosas y su vestido blanco, largo y con mangas de kimono que hacía que pareciera una prerrafaelita envuelta en seda, llevó a su marido hasta la pista de baile. El arrullo ondulado de la

canción más romántica que jamás había oído tocar —*Sea Of Love*, de Phil Phillips— era perfecto para un baile lento y ñoño.

Cuando llegó el estribillo, todos los demás invitados se les habían unido; decenas de parejas, entre las que estaban Harry y su nueva novia, se mecían sonrientes al ritmo de esa canción tan sentimental y tan bonita. Yo estaba sentada aparte, ensimismada. Intenté imaginar cómo sería sentirse segura junto a la persona con la que te acostabas, algo que me resultaba muy ajeno. Miré todos los espacios diminutos que había entre sus cuerpos y me imaginé todos los lugares que había allí, todas las historias que habían escrito juntos, los recuerdos y las palabras y las costumbres y la confianza y los sueños de futuro que habrían compartido mientras bebían vino a altas horas de la noche en el sofá. Me pregunté si alguna vez tendría eso con alguien o si siquiera estaba hecha para poder flotar en el mar del amor. Si siquiera quería flotar. Sentí que me tocaban el hombro y, cuando me volví, vi a Octavia, otra dama de honor. Me sonrió y me tendió la mano, me llevó a la pista y me abrazó mientras bailábamos hasta que terminó la canción.

Después de eso, le di aún más a los negronis. Cuando salí a fumarme un cigarro y encontré a mi galés, el Campari me dio la valentía suficiente como para empujarlo contra la pared y besarlo.

—No puedo —dijo apartándose.

—¿Por qué no? —le pregunté.

—No importa —susurró—, es que no puedo.

—No —le dije yo arrastrando las palabras por el alcohol—. Esto... Esto no puede ser así. Estoy en Nueva York, de vacaciones, soy una dama de honor deprimida y llevo un vestido de pilingui cuya raja he hecho alargar aún más en la tintorería. Tú eres mi rollo de vacaciones, ¿vale? Está decidido.

—No puedo —dijo—. Me encantaría, pero no puedo.

—¿No? ¿Y a qué ha venido todo el...? —Hice como si le diera el postre con mi tenedor—. ¿Y el...? —Le guiñé un ojo de forma exagerada y teatral.

—Solo estaba... tonteando —intentó explicar en voz baja.

—Ya, pues ha sido una pérdida total de tiempo. ¿Sabes que estaba sentada al lado de una actriz muy interesante e inteligente? Me hubiera encantado hablar con ella. Parecía fascinante. Creo que le he dirigido tres

palabras en toda la noche. Estaba muy ocupada haciendo como si fuera tu novia.

—¡Oh, vaya, pues siento mucho haberte hecho perder el tiempo! —dijo ofendido, y volvió a entrar a la fiesta.

Al día siguiente, fui al piso de Alex y su nuevo marido en Chinatown para despedirme de ellos antes de que se fueran de luna de miel y brindar por su matrimonio en la azotea. Nos contamos todo el cotilleo de la boda y me explicaron por qué el galés me había mandado señales contradictorias: tenía novia (cómo no).

Alex me enseñó el piso y me dio las llaves.

—¿Estarás bien? —me preguntó.

—Estaré bien —respondí.

—¿Tienes el teléfono de Octavia? Se queda aquí hasta final de mes, así que no estás sola.

—Estaré bien... Me irá bien pasar un tiempo sola. Conoceré Nueva York mejor. Será una aventura genial.

—Llámanos si necesitas algo —me dijo mientras me abrazaba.

—Por supuesto que no. Id a México y bañaos desnudos en el mar y bebed tequila y follad hasta que no sepáis ni dónde estáis —le dije.

A la mañana siguiente, me desperté en el piso, le di de comer a sus dos gatos negros, le regué las plantas siguiendo sus instrucciones y me senté con una libreta para planear cómo iba a pasar el tiempo que tenía allí y todo lo que vería y haría.

Pero había un problema enorme: una revista aún me debía dos artículos, casi mil libras, que yo había calculado que serían más que suficientes para pasar aquellos días en Nueva York. Me quedaban treinta y cuatro libras en la cuenta y tenía que pasar once días allí. Era algo que me pasaba mucho como periodista *free lance*, solía ir detrás de los departamentos de contabilidad para que me pagaran tres meses después de que hubieran publicado el artículo y les hubiera enviado la factura. Sin embargo, nunca había necesitado tanto el dinero. Llamé a mi editor, él me pasó con el departamento de contabilidad, ese departamento me fue pasando de persona

en persona para intentar averiguar dónde estaba el dinero que me debían. Estuve tumbada en la cama de Alex con el manos libres puesto una hora, con la música de espera enlatada sonando a todo volumen y la llamada internacional haciendo que la factura del teléfono fuera escalando por minutos. La persona con la que hablé cerró la conversación diciéndome que me pagarían «pronto».

Sin dinero y sin amigos, enseguida pude ver que Nueva York era un sitio muy diferente al de las otras veces que había ido allí de vacaciones a visitar a Alex. No es un buen lugar en el que estar sin blanca. A diferencia de Londres, hay que pagar por entrar a los museos y las galerías de arte, normalmente veinticinco dólares, cosa que habría hecho desaparecer todo el dinero que me quedaba. Además, estábamos a mediados de agosto y hacía un calor insoportable, por lo que el tiempo que podía estar dando vueltas o sentada en un parque era limitado. Parecía que la ciudad que siempre me había encantado, en la que siempre me había sentido bienvenida, quería echarme. Cuando andaba por la Quinta Avenida, levantaba la vista a los rascacielos y parecían monstruos gigantes que querían hacerme huir al JFK.

Empecé a reparar en todas las cosas que detestaba de Nueva York y que antes no me habían molestado. Me di cuenta de lo poco eficiente y lo confuso que era el metro. A diferencia de las líneas del metro de Londres, que tienen una serie de nombres originales y, a veces, regios (Jubilee, Victoria, Picadilly), las líneas de Nueva York llevan nombres indistinguibles y sosos (A, B, C, 1, 2, 3, etc.). Es fácil confundir la B con la D y la 1 con la 3. Es imposible acordarse de qué letra o número tienes que coger sin apuntártelo. En muchas estaciones, los trenes solo pasan cada diez minutos, así que, si tienes que hacer tres transbordos y tienes mala suerte, puede que te toque estar media hora más de pie en andenes en los que hace un calor abrasador. Para que este proceso sea aún más frustrante, en la mayoría de los andenes no hay ningún cartel luminoso en el que indique cuándo llegará el tren.

También estaban los *tocapelotas* neoyorquinos, personas chillonas y agresivas que están en las cafeterías, los supermercados y las colas y te gritan; los que o son increíblemente maleducados o es que intentan que

vivas *la experiencia neoyorquina completa*. Quizás, cuando me había sentido segura y feliz, los había encontrado divertidos, pero, en ese momento, sintiéndome tan sola, no aguantaba que me gritaran tanto.

—¡Eh, señora, apártese de en medio, joder! —me gritó un camarero que pasaba por mi lado en el Katz's Deli cuando yo hacía cola delante del mostrador para pedir un *bagel*.

También reparé en la cantidad de empujones que recibía en Nueva York. La ambición colectiva del lugar nunca me había parecido tan arrolladora. Todo el mundo tenía su misión particular y nadie prestaba atención a los demás. La gente andaba con energía, moviendo los brazos como si estuviera en un desfile militar y gritándole a su manos libres. Hasta en el amor eran ambiciosos. Me pasé una tarde entera en una cafetería escuchando la conversación de dos amigas que hablaban enérgicamente sobre cómo iban a conocer hombres, y lo hacían parecer una operación del ejército: todo eran fechas, números, álgebra y normas.

Joder, y las normas. Nunca me había dado cuenta de lo obsesionados que estaban con las normas. Me riñeron en un supermercado por coger una naranja y olerla antes de comprarla. Me riñeron en el Apthorp (la finca de pisos tan querida por Nora Ephron en la que había escrito un ensayo) porque me acerqué demasiado a la fuente decorativa del jardín. Nunca me había considerado una criatura especialmente anárquica, pero los neoyorquinos, con su férrea disciplina, hicieron salir esa parte de mí.

También estaban los *hipsters* sin sentido del humor: las personas que te servían buen café o trabajaban en tiendas guais; los que, cuando alguien les contaba un chiste, en lugar de reír decían «Eso es lo más gracioso que he oído en mi vida» con un tono monótono y el rostro impasible e inexpresivo; los que te miraban de arriba abajo hasta que se volvía incómodo. Tenían todo el carácter de un capullo de Hackney, pero les faltaba su conciencia de sí mismos, su humor y su cinismo. Los modernos neoyorquinos de menos de treinta son unas de las personas más frías y menos hospitalarias que he conocido en mi vida.

Cuando llevaba una semana viviendo mi gran aventura neoyorquina, me di cuenta de que los lugares son reinos de recuerdos y relaciones; que el paisaje apenas es un reflejo de cómo te sientes por dentro. Yo me sentía más

vacía, cansada y triste allí de lo que me había sentido en casa. La fantasía de mudarme se fue desdibujando un poco más cada día. Y tuve la insidiosa epifanía de que «Tottenham Court Road y Amazon» me seguirían fuera donde fuera. Estaba de vacaciones y seguía siendo la misma persona insatisfecha que era en mi casa. Cuando compré los vuelos, pensaba que estaba comprando un viaje para salir de mi cabeza, pero no. El decorado exterior había cambiado, pero por dentro seguía exactamente igual: tenía ansiedad, estaba inquieta y me odiaba a mí misma.

Una noche, tumbada en el sofá de Alex bebiéndome una botella de *prosecco* que había quedado de la boda y que ella me había dicho que podía beberme, pasé las horas probando el *turismo de Tinder* para conocer gente. Le di *like* a casi todo el mundo y les mandé un mensaje vago, alegre y genérico a todos con los que hacía *match* en el cual me describía como una «turista londinense» que buscaba neoyorquinos «para pasar un buen rato». Abrí la segunda botella de *prosecco* a medianoche, justo a tiempo para responder a una videollamada de AJ e India.

—¡Eeeeeeeey! —gritaron al unísono desde la mesa de la cocina de mi casa.

—¡Hola, tías! —dije—. ¿Vais pedo?

—Sí —gritó India—, acabamos de volver del súper y hemos comprado tres botellas de vino.

—Guay. Yo también voy mal.

—¿Con quién estás? —me preguntó AJ mirando a la cámara. Pensé en contarles lo mal que lo estaba pasando, pero no quería preocuparlas. Y, sobre todo, mi orgullo no me lo permitía. Había sido convincente en las redes sociales haciendo como si aquel fuera el mejor viaje de mi puta vida.

—Con nadie —contesté—, esta noche estoy de relax.

Nos pusimos al día y a mí me alegró ver sus caras familiares y oír todos los detalles de lo que habían estado haciendo.

—¿Estás bien? —me preguntó AJ cuando me despedí—. Pareces un poco triste.

—Estoy bien —le dije—. Os echo de menos.

—¡Y nosotras a ti! —dijo. Las dos me mandaron besos al aire y me volví a quedar sola.

Cuando iba por la mitad de la segunda botella de *prosecco*, me contestó uno de los chicos de Tinder, Jean, un atractivo corredor de bolsa francés de treinta y dos años que me preguntó si me apetecía tomar algo, aunque fuera un poco tarde. Decidí que ese hombre sería mi rollo de vacaciones. Era exactamente el tipo de peripecia divertida y empoderadora que necesitaba para que ese viaje se convirtiera en una aventura y poder sentirme como antes. Sin embargo, él vivía en el SoHo, a más de un kilómetro y medio de distancia. Yo no podía ir andando, porque había empezado a diluviar, y no me quedaba dinero en la cuenta para pagar un taxi.

«Yo tengo dinero —me escribió—, te pago el taxi». Decidí ignorar el aire de *Pretty Woman* que su oferta llevaba implícito, me puse un poco de rímel y unos tacones y salí bajo la lluvia para subirme a un taxi que pasara por allí. Cuando le hacía una señal a uno, una combinación de la lluvia y la borrachera, ambas torrenciales, hizo que se me resbalara el teléfono de la mano. La pantalla se rompió en mil pedazos, el agua de la lluvia se metió por las grietas y la pantalla se fundió a negro.

Cuando llegué a la dirección que me había dado, él estaba, afortunadamente, esperándome fuera. Pagó el taxi y abrió la puerta para que yo saliera.

—Gracias por venir —me dijo, y me cogió la cara para darme un beso.

Durante un breve instante, la atención de ese completo desconocido me llenó de un suave cosquilleo entusiasmado y me pareció que el peso de mi profundo abatimiento había abandonado mi cuerpo. Entonces, me di cuenta de lo patético y revelador que era eso e, inmediatamente, me sentí más triste. Necesitaba otra copa.

Jean era bastante amable. No teníamos nada en común, pero la conversación fluyó gracias a la cerveza que me dio y al paquete de Lucky Strike que nos fumamos en su sofá. Me dio la sensación de que aquello era algo que hacía a menudo. Después de una hora de charlar y enrollarnos, me llevó a su habitación. Una caja blanca sin adornos con unas luces de neón extrañas y un colchón en el suelo en lugar de una cama. Intenté ignorar aquel escenario mientras nos quitábamos la ropa el uno al otro.

—Espera, espera —me dijo mientras le desabrochaba los pantalones—. Yo solo lo hago en grupo.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir? —balbuceé con dificultad por el alcohol.

—Que solo puedo hacerlo si alguien nos mira —contestó como si fuera algo muy lógico— o si alguien se une.

—Vale —le respondí—, pues eso no va a pasar ahora, así que...

—Mi compañero de piso está aquí al lado —dijo—. Quiere venir, ¿le digo que vale?

—No, no vale —le solté, repentinamente consciente de que aquello no era para nada una aventura. Estaba en una habitación con un hombre que podría ser perfectamente Patrick Bateman, el de *American Psycho*—. No quiero hacerlo —le dije entrando en pánico, oyendo el latido fuerte de mi corazón en los tímpanos y buscando con la mirada la ventana más cercana.

—Venga, será divertido —me insistió, e intentó besarme—. Parece que te gusta la juerga.

—No, no me gusta, no quiero hacerlo.

—Vale, pues no lo hagamos. —Se encogió de hombros y se dio la vuelta en la cama.

Me di cuenta de lo estúpida e irresponsable que había sido al decidir que aquella iba a ser mi distracción. Estaba sola en una ciudad que no conocía e iba borracha, nadie sabía dónde estaba, no tenía dinero ni teléfono.

—Creo que me voy a casa andando —le dije levantándome de la cama.

—Vale —respondió—, pero está lloviendo. Puedes quedarte si quieres.

Miré su reloj: las cuatro de la madrugada. Podía dormir hasta que hubiera pasado la tormenta y fuera de día. Entonces, intentaría encontrar el camino para volver al piso de Alex. Me dormí lo más lejos de él que pude, con la cara pegada a la pared blanca.

A la mañana siguiente, me desperté a las siete y media, me vestí y fui al comedor para coger mi bolso. En el sofá había un hombre sentado con pinta de estar enfadado y que llevaba un batín azul marino. Habían aparecido cuatro ventiladores que no estaban ahí la noche anterior y todas las ventanas estaban abiertas. Había trozos de papel pegados en la pared con las palabras *Fumer tue* escritas en boli rojo y *Fumar mata* debajo.

—¡Buenos días! —le dije nerviosa.

—*Largaté*. Vete de mi puto pisó —dijo con un acento francés más marcado que el de Jean.

—¿Perdona?

—*Tengó asmá, ¿sabes? Tengó asmá grave. ¿Pog qué coñó vienes a mi pisó a fumag tus asquegosos cigaggos a las tres de la mañaná?*

—Lo siento mucho, Jean me dijo que no pa...

—Jean se puede *ig a tomag pog culó* —soltó.

Volví a la habitación de Jean.

—Eh —le dije zarandeándolo para que se despertara—. Oye... Tu compañero de piso está ahí fuera y se le está yendo bastante la pinza.

Jean abrió los ojos y miró el reloj.

—¡Llego tarde al trabajo! —me soltó acusatoriamente.

—Se le ha ido un poco la olla —dije—. Se ha enfadado porque anoche fumamos. Tiene un puñado de ventiladores ahí fuera y ha escrito un montón de carteles. Parece... el de *Rain Man*.

—No se ha enfadado porque anoche fumamos, se ha enfadado porque no quisiste acostarte con él.

—Vale, me voy —dije—. Que te vaya bien la vida. —Salí del piso y saludé dócilmente con la cabeza al compañero francés cabreado por el camino.

—*¡Largaté! ¡Vete de mi puto pisó! ¡Fuegá, zoggá!* —me gritó cuando me iba.

Salí vacilante al sol resplandeciente del SoHo y sentí que iba a vomitar. Fui a sacar diez dólares del cajero más cercano, pero me informaron de que no tenía fondos suficientes. Me recorrió una arcada y me acordé de que hacía dos días que no comía.

Intentando encontrar el camino de vuelta a casa, entré en un Starbucks con la esperanza de que tuvieran jarras de leche al lado de los sobres de azúcar. Le pedí al hombre que había detrás de la barra un vaso de cartón y lo llené de leche. Me senté en una mesa y la sorbí poco a poco.

—¿Estás bien, cielo? —me preguntó una mujer de mediana edad—. Pareces... —Me miró la ropa, las manchas del rímel alrededor de los ojos y el vaso de leche en la mano—. Un gatito abandonado.

—Estoy bien —le dije. Nunca me había sentido peor.

Anduve en círculos un par de horas hasta que vi un edificio que reconocí. Entré en el piso de Alex, metí el teléfono en arroz y me acurruqué

debajo del edredón con sus gatos deseando enterrar todo aquel viaje bajo la colcha. No podía permitirme un sándwich, y mucho menos comprarme un vuelo para volver antes a casa. Ni siquiera creo que quisiera volver a casa... Estaba atrapada entre dos ciudades en las que no quería estar. No podía llamar a Farly y pedirle ayuda, porque ella necesitaba mucho más apoyo que yo. No podía llamar a mis padres, porque no podía soportar preocuparles y tenía diez años más de la edad adecuada para pedirles que me sacaran las castañas del fuego. Finalmente, llamé a Octavia, que fue extraordinariamente buena conmigo. Me llevó a tomar *dim sum*, me cogió la mano cuando hablaba, me abrazó y me dejó algo de dinero.

Al día siguiente, hice el viaje en autocar a un pueblo de las Catskills, al norte del estado de Nueva York. Farly y yo ya habíamos pagado la cabaña en la que íbamos a quedarnos, así que pensé que, por el mismo precio, iría. Y agradecí la oportunidad de tener algo de espacio, tranquilidad y campo abierto.

Llegué a media mañana, dejé el equipaje y me fui a hacer una excursión larga para despejarme. Cuando volví a la cabaña por la tarde, después de haberme maravillado por la grandeza de las montañas y de haber pensado en la posibilidad de empezar de cero cuando llegara a casa, ya me sentía más tranquila.

Por la tarde, paseé por el pueblo y comí patatas fritas con queso en un bar. Me deleité con los sonidos de los grillos y la amabilidad y las ganas de hablar de la gente del pueblo. Cuando volví, había una hoguera ardiendo detrás de la cabaña. Cogí una de las mantas de mi cuarto y me senté cerca para mirar las estrellas. Sentí que era la primera vez que podía respirar desde que había llegado a Nueva York.

Cuando volví a la habitación, tenía un mensaje nuevo en Tinder, una respuesta tardía a la llamada general que había hecho estando borracha dos noches antes. Se llamaba Adam. Tenía veintiséis años y una sonrisa perfecta, de película de Hollywood, además de una barba de *hipster* de Brooklyn y el pelo largo recogido en un moño.

«Hola, señorita —escribió—, siento no haber respondido antes. ¿Cómo estás?»

«Ojalá hubieras respondido antes —le dije—, podría haber salido contigo en lugar de que dos franceses me hubieran presionado para hacer un trío».

«Ay, madre —escribió—, Nueva York puede ser una ciudad dura. ¿Qué te está pareciendo?»

«No me gusta nada —respondí—. Estoy en las Catskills esta noche y el descanso se agradece».

«¿Cuánto te queda en la ciudad antes de volver a casa?»

«Tres largos días. Vuelvo mañana por la noche temprano».

«Veámonos cuando vuelvas —me dijo—. No intentaré que hagamos un trío, te lo prometo. Seremos solo amigos si quieres».

Amigos... Quizá necesitaba un nuevo amigo.

Al día siguiente, al final de la tarde, después de otra excursión larga y de nadar un poco, cogí un autocar que iba a Manhattan, luego el metro a Brooklyn, y fui hasta la puerta de Adam.

—Hola —me dijo saliendo de detrás de la puerta, con los ojos azules brillando bajo unas gafas con montura de carey y alargando los brazos para abrazarme—. Encantado de conocerte. Bienvenida otra vez a la ciudad que odias.

—Gracias —le dije dejándome abrazar e inhalando el olor a limpio, a jabón, de su camisa de franela.

—Te haré cambiar de opinión.

Adam me enseñó su piso y abrimos una botella de vino. Hablamos durante horas y nos contamos la vida: la música que más nos gustaba, nuestras películas preferidas, nuestros amigos, nuestros trabajos. Era atento, de ojos vivos, alegre y curioso. Era exactamente lo que necesitaba.

A media velada, nos estábamos besando. A medianoche, estaba tumbada en su cama con la cara pegada a la suya. Las caricias suaves de ese hombre, su corazón generoso y la ternura que me demostró fueron suficientes para hacer que me sincerara. Se lo conté todo, lo di todo por nada a cambio. Le hablé del desamor que viví a los veintipocos, los años que había pasado sin comer para intentar controlar algo, la vez que me había enamorado, la intimidad que no soportaba, la dependencia que temía. Le conté que mis amigas, una a una, se habían enamorado y me habían

dejado atrás, que la ansiedad se había apoderado de mí con crisis catatónicas desde que era niña, que no podía estar cerca de una ventana, porque siempre sentía que estaba a punto de caer y morir. Le hablé de la hermana pequeña de mi mejor amiga, con la que había crecido, que estaba en la cama de un hospital porque tenía cáncer. Le dije que sentía que lo de ser adulta me había superado y que era incapaz de llamar a alguien para pedirle ayuda. Le conté con qué facilidad enterraba los problemas en los escombros del caos de las distracciones. Solo sabía expresarle mi tristeza a un desconocido; solo podía contar estas cosas en un reino efímero de fantasía en el que no tenía que rendir cuentas a nadie.

—Estás muy triste —me dijo acariciándome la mejilla.

Cerré los ojos para detener las lágrimas.

—Estoy muy perdida —respondí.

—Ahora no estás perdida —me dijo acercándose más a él. Yo quería creerle y, durante ese instante, lo hice.

—Quiero decir algo, pero no tiene sentido —me dijo, y me besó la cabeza.

—¿Qué?

—Te quiero —dijo con un suspiro—. Y no quiero que pienses que soy peligroso o que estoy loco como el tarado francés ese, y sé que, en realidad, no puede ser, porque te conozco desde hace... —miró su reloj— seis horas, pero siento que podría quererte. A la mierda, te quiero ya.

—Yo también te quiero —oí que decía yo. En el instante en el que las palabras salieron de mi boca, supe lo absurdas que eran, pero sabía que no se las estaba diciendo a él, se las estaba diciendo a otra cosa, a la promesa de esperanza y bondad.

Adam no fue a trabajar al día siguiente (el primer día libre que se pedía en su vida) y me llevó a ver partes de la ciudad que nunca había visitado. Paseamos, hablamos, comimos, bebimos y nos besamos. Tuvimos el típico romance de vacaciones en dos días y no nos acordábamos de cómo era la vida sin el otro, pero sabíamos que nunca viviríamos juntos. Me quedé a dormir con él esa noche.

Al día siguiente, conseguí apartarme del lado de Adam durante tres horas enteras para quedar con Octavia, que no podía creerse todo lo que me

había pasado desde la última vez que la había visto. Subimos a la azotea del Rockefeller Plaza y observamos aquella bonita, implacable y cruel ciudad.

—Creo que tengo ganas de volver a casa —dije mirando cómo bailaban las luces en el río Hudson.

Adam me llevó al JFK el último día. Después de un largo beso de despedida, me cogió por los hombros y me miró.

—Vale, tengo una idea —dijo.

—¿Cuál?

—No pienses que estoy loco.

—Vale.

—Quédate —me dijo.

—No puedo.

—¿Por qué no? En tu casa no eres feliz. No te gusta Londres, no tienes trabajo, no sabes qué quieres hacer. Quédate aquí y empieza de cero.

—¿Y dónde viviría? —le pregunté.

—Conmigo —dijo.

—¿Y cómo pagaría el piso?

—Ya veremos —dijo—. Encontrarás trabajo y podrás escribir todo lo que siempre has querido escribir. Te daré tu espacio y tu tiempo. Piensa lo libre que te sentirás aquí en comparación...

—¿Y qué pasará cuando vuestro sistema de inmigración blindado intente mandarme a casa?

—Joder, pues me casaré contigo —dijo—. ¿Es eso lo que quieres oír? Porque lo haré. Te llevaré al ayuntamiento mañana a primera hora y me casaré contigo. Y entonces te podrás quedar tanto tiempo como quieras.

—No puedo —dije—, es una locura.

—¿Por qué no quieres quedarte? —me dijo apoyando suavemente su frente en la mía—. Fuiste tú la que dijiste que no tenías nada esperándote en casa.

Pensé durante un rato.

—Porque yo soy el problema —respondí—. No es la ciudad ni ninguna de las circunstancias. Soy yo la que tiene que cambiar. —Se hizo un

silencio entre nosotros. Y, entonces, nos besamos por última vez.

—Llámame cuando aterrices —dijo—. Y no te emborraches en el avión, que no va a estrellarse.

En el avión, fantaseé con Tottenham Court Road y con pedir cosas de Amazon. Pensé en la risa de Farly y en el ruido de mis compañeras de piso preparándose para ir a trabajar por la mañana y en el olor del perfume de mi madre en su pelo cuando la abrazo. Pensé en la feliz mundanidad de la vida y en el privilegio que era vivirla.

Era el día antes de que cumpliera veintiséis años. Belle y AJ estaban trabajando cuando llegué a casa, pero había una tarta casera torcida y una pancarta deseándome feliz cumpleaños. La noche siguiente, todas las amigas salimos a bailar por Camden para celebrarlo y yo les conté lo raras que habían sido aquellas dos semanas de vacaciones. Lauren y yo nos quedamos despiertas bebiendo y tocando la guitarra hasta el día siguiente temprano y, entonces, llegó un ramo enorme de rosas rojas de parte de Adam.

Cuando volví a casa, las cosas se volvieron más fáciles una temporada. La capa pesada de tristeza que había llevado tanto tiempo empezó a caer. Planeé bien lo que quería hacer. Volví a enamorarme de mi ciudad, locamente. Leí los libros de Bill Bryson sobre Inglaterra y comí chokolatinas de Toffee Crisps. Recordé la suerte que tenía de vivir en el lugar en el que había crecido, un lugar lleno de amigas.

Dos meses después de volver, dejé el trabajo y me hice autónoma. Un mes después, me dieron una columna en *The Sunday Times*. Lauren y yo hicimos un corto sobre una chica de veinticinco años desorientada que no tiene ni idea de quién es e intenta cambiarlo todo excepto a ella misma para solucionar el problema. AJ se fue de casa y una de nuestras geniales amigas de la universidad, India, vino a vivir con nosotras. Nos fuimos del destartalado palacio amarillo de Camden a un piso tres kilómetros al norte que no tenía ratones, pero sí un váter que funcionaba y calefacción central.

Octavia, mi salvadora, volvió a Londres y se convirtió en una buena amiga. Adam y yo siempre hemos mantenido el contacto y siempre lo

mantendremos. Nos vemos cuando viene a Londres y yo siempre quedo con él para comer cuando voy a Nueva York. Me recuerda a un momento tumultuoso de mi vida, cuyas historias me gusta recordar, pero no quiero recrear nunca; aquel momento, cuando tenía veinticinco años, en el que casi me voy a vivir a otro país por un hombre al que no conocía. Él tiene su mitad de la historia y yo la mía; las llevamos encima como esos collares horteras de los adolescentes que son un corazón partido en dos.

12 de diciembre

Queridos todos:

¡Feliz Navidad de parte de todo el mundo (soy solo yo, ahora vivo sola) desde el caro y mal mantenido número 32 de Bracken Street, en el distrito SE20!

Menudo año. Todo empezó sobre ruedas cuando me ascendieron en la *start-up* de zumos ecológicos (El exprimidor de tiempo) en la que llevo trabajando los últimos cuatro años gestionando las redes sociales. Me han ascendido a un puesto de bastante autoridad, aunque algo impreciso: supervisora de campañas de redes sociales; básicamente, significa que tengo que colgar cuatro vídeos al día en Instagram Stories de frutas con caras dibujadas y gorros de lana en miniatura, además de todas mis otras responsabilidades, y que no cobro más.

(Papá, si me estás leyendo: ¡no, no voy a explicarte mi trabajo por enésima vez! Y, sí, sé que mi educación costó mucho dinero. ¡Sé que podría «haber hecho cualquier cosa»! Tú diles que soy abogada a tus amigos del club de golf. No van a buscarme en Google para comprobarlo y, aunque lo hicieran, no encontrarían mi nombre en ningún sitio excepto en un blog viejo, porque nadie conoce la empresa para la que trabajo. ¡Ja, ja!)

Como he dicho al principio de este correo, ya no vivo en un acogedor piso compartido en Kentish Town con mi mejor amiga Katya, porque ella y su novio me dijeron que tenían «ganas de un poco de privacidad» y ya podían pagarse la hipoteca sin mí (los dos tienen trabajos de verdad). Así que me he ido a vivir sola a Penge, que ahora está muy de moda en Londres. La zona tiene mucho verde —en realidad, tiene muchos árboles sin hojas— y es MUY *emergente* (*Metro*, 2016). Seguramente por eso me cuesta 1.200 libras alquilar un estudio grande con el dormitorio en un altillo encima de la cocina. ¡Qué bien que me guste tanto la comida! Es fantástico irse a dormir con todo el cuarto oliendo a salmón al horno.

Después de siete largos y felices años juntos, Jordan y yo hemos cortado amistosamente este año. Los dos teníamos un poco de envidia de que nuestros amigos estuvieran liándose con un montón de desconocidos de Tinder, y la ansiedad compartida por la muerte y por no aprovecharlo todo en la vida nos hizo ser cada vez más conscientes de que, cuando llegue el final, no queremos haber tenido un total de tres parejas sexuales entre los dos. Leímos algunos libros sobre poliamor y lo intentamos, pero, con nuestros respectivos horarios de trabajo, no podíamos sincronizarnos para pasar tiempo juntos y pasarlo también con los demás, así que pensamos que perderíamos menos tiempo si nos separábamos. Él se quedó con el gato.

¡Ahora estoy descubriendo los placeres de las citas por internet! Los hombres no quieren comprometerse, todo el sexo es pornográfico y nunca me queda espacio en el móvil por culpa de todas las fotos de penes totalmente depilados que me mandan por WhatsApp. ¡Soy la Carry Bradshaw de Penge!

(Por favor, leed mis hazañas sexuales en www.lasaventurasdeandrea.org. «Entretenido, desesperado», *Huffington Post*).

En cuanto a la salud, mi hipocondría sigue creciendo de forma directamente proporcional a la ansiedad. Solo en el último año, me he autodiagnosticado cinco tipos de cáncer, tres enfermedades de transmisión sexual y cuatro enfermedades mentales. También he dejado de pasear por zonas con hierba o boscosas desde que leí sobre la enfermedad de Lyme (sigo creyendo que la tengo, ¿y vosotros?).

Mi puntuación en Uber ha caído a 3,5, lo cual me decepciona, pero espero enfrentarme a este reto en el año nuevo con entusiasmo y optimismo renovados.

En las redes sociales me ha ido genial. Conseguí llegar a los 2.000 seguidores en Twitter en noviembre, con lo que alcancé la meta que me había planteado (puede que recordéis que ese era mi objetivo principal en el correo masivo que mandé el año pasado). Y, lo que es aún más emocionante, ha habido cuatro fotos de Instagram en las que me han dado menos de siete *likes* y he conseguido no pedir inmediatamente una cita de emergencia con mi psicólogo *online*. ¡Así que todo han sido progresos!

Mis objetivos de este año son dejar los antidepresivos, dejar de estar en números rojos y encontrar el tono de colorete en crema perfecto para mi piel. Deseadme suerte en el siguiente capítulo de este viaje cambiante e impredecible al que llamamos vida.

Eso es todo por este año. ¡Os deseo feliz Navidad y un año nuevo lleno de felicidad!

Besos,

Andrea

LISTA DE LA COMPRA DE LA SEMANA

- Papel del váter.
- Bragas nuevas.
- Periódico.
- Ganas de leer todas las secciones del periódico.
- Marmite.
- Manzanas.
- Productos sanitarios que no estén perfumados con la fragancia de Britney Spears.
- Capacidad de gestionar bien el tiempo.
- Perrito (salchicha, de los minis).
- Grifo del que salga té Yorkshire fuerte, pero con leche.
- Una tostadora mejor con un temporizador más fiable.
- Compañeras de piso que vean reportajes de agricultura y ganadería conmigo.
- Un chófer solo para mí.
- Bolsas de basura.
- Perrito (norfolk terrier, con el pelo suave).
- Jarvis Cocker (cantante de Pulp).
- Suministro infinito de *cheddar*.
- El tiempo para ver todos los episodios de *Seinfeld* tres veces.
- Mi propio cine.
- Saber más gramática.
- Un corazón más curtido.
- Mejor capacidad para decir que no.
- Veinte pares de medias sin carreras.
- Leche.

FLORENCE

Cuando conocí a Florence, ella tenía seis años y yo apenas era adolescente. Farly abrió la puerta de su casa y vio a su hermana pequeña meciéndose de un lado a otro con el pelo de la cabecita cortado a mechones; parecía una fregona.

—¡Florence! —gritó—. ¿Qué te has hecho en el pelo?

Florence dibujó una sonrisa traviesa.

—¡Papá, no me puedo creer que le hayas dejado hacer esto! —le dijo Farly con su rugido de adolescente a su padre, Richard, que estaba de pie al lado del coche—. ¡Parece un niño!

Florence siguió sonriendo.

—Me ha suplicado cortárselo así, cielo —dijo Richard encogiéndose de hombros—. ¿Qué querías que hiciera?

Yo la adoré desde el primer momento.

Florence y yo nos hicimos más amigas cuando se acercó a la adolescencia. Como yo, ella siempre sintió que estaba lista para ser adulta. Quería su propia identidad e independencia. Estaba cansada de la gente de su edad. Se evadía con los libros, las películas y la música. Era una obsesa; siempre estaba buscando cada uno de los textos que habían escrito sus escritores favoritos y veía de principio a fin todas las películas que habían hecho sus directores favoritos. Como a mí, le resultaba difícil ser una adolescente en un colegio femenino, y yo siempre quería transmitirle que lo mejor estaba por llegar; que ser adulta, por muy difícil o aburrido que fuera, era lo mejor del mundo.

—¿Sabes lo que dicen de que la época del colegio es la mejor de tu vida? —le dije una tarde de verano cuando estábamos tumbadas tomando el sol en el jardín de su casa.

—Sí —dijo.

—Pues ni de coña.

—¿En serio? —me preguntó acariciándome el brazo (que era siempre una condición para que pudiera estar con Farly y conmigo cuando teníamos unos dieciocho años).

—Sí. Es la patraña más grande que he oído nunca. La época del colegio fue la peor de mi vida, Floss. Lo bueno solo empieza cuando sales del cole.

—Gracias, Aldermaston —dijo (era el apodo que me había puesto su familia; cualquiera que entrara por la puerta de su casa tenía uno).

Pero Florence no tenía nada de qué preocuparse, porque se convirtió en una adolescente fantástica, mucho mejor de lo que yo había sido nunca. Como la mayoría de los adolescentes, yo me preocupaba, sobre todo, por mí. En cambio, la visión del mundo de Florence era amplia y empática, especialmente para ser tan joven y haber vivido tan protegida toda su vida. Floss era creativa, rabiosa, curiosa y apasionada. Escribía un blog sobre cine en el que diseccionaba cine independiente estadounidense y se quejaba del Hollywood moderno. Escribía un diario. Escribió media novela. Escribió y dirigió obras de teatro para el colegio. Dio una charla de temática LGTB en la conservadora asamblea de su colegio. Iba a manifestaciones. Una vez, vino a nuestra casa de Camden con una cámara y dos amigas y nos preguntó si podía usarla como escenario para rodar un corto sobre violencia doméstica.

También se volvió encantadora y maravillosamente alborotadora durante las comidas. Una comida con la familia de Farly casi siempre se remataba con Florence gritándole «¡Misógino!» a alguien en una discusión acalorada. En una cena particularmente memorable, se puso como loca con Scott cuando él se atrevió a cuestionar las películas de Wes Anderson y dijo que su trabajo a él le parecía una experiencia puramente estética. Floss se zambulló en un largo y apasionado discurso y le informó de por qué estaba equivocado antes de levantarse hecha una furia, volver con un libro de tapa dura enorme sobre cine y dejarlo sobre la mesa con un golpe seco.

A Florence le diagnosticaron leucemia el verano entre el colegio y la universidad. Por fin había llegado al final de la adolescencia y estaba al borde de la vida, y le dijeron que tenía cáncer. No obstante, según lo que decían los médicos, aunque el tratamiento y la posterior recuperación iban a ser muy duros, el pronóstico era positivo. Y ella también lo era, de un modo

magnífico. Fue directa al hospital Kingston para empezar la quimioterapia y se hizo buena amiga de las enfermeras y las limpiadoras; levantaba la cama tanto como podía para poder charlar con ellas y darles consejos. Le dijeron que no podría tener hijos, una noticia que a muchos de los que la rodeaban les pareció devastadora, pero ella respondió con su gracia y buen humor característicos diciendo que, de todas formas, el mundo estaba superpoblado.

Abrió un blog gracioso y sincero en el que documentaba su experiencia con el cáncer y se granjeó miles de lectores. Se hacía selfis con la cabeza acabada de rapar y grababa vídeos divertidos bailando en la cama. La gente que la apoyaba la inundaba con correos y cartas. Yo no podía haber estado más orgullosa de ella y le mandaba mensajes a menudo diciéndole que no era justo que escribiera tan bien a los diecinueve.

Un *post* en concreto decía:

Lo peor que oí esa noche [la del día que le diagnosticaron el cáncer, el 8 de agosto] no fue el diagnóstico, sino estas palabras: «Queremos que te quedes esta noche». No me lo esperaba. Y, entonces, el médico dijo: «Y, por la mañana, el hematólogo te extraerá una muestra de médula ósea». Entonces supe que algo no iba bien. Esas cosas no se hacen porque sí.

El hematólogo entró a saludarme y se presentó antes de irse a casa esa noche. Yo realmente solo quería una respuesta, así que se lo pregunté sin más: «¿Qué cree que es?», y me señaló el cuello hinchado y con bultos. Él suspiró antes de contestar sin rodeos: «Hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que sea cáncer».

Cuando oyes la palabra *cáncer* oyes *muerte*. Piensas en todas las perspectivas de futuro haciéndose añicos. Y lloras. Y yo bien que lloré. Este buen hombre, que no era tan bueno con las emociones de los demás, me dio unos golpecitos en la espalda e intentó consolarme diciendo cosas como «No he venido para hacerte llorar». ¿Y qué espera que haga una persona cuando le dice que es probable que tenga cáncer? ¿Dar saltos y gritar: «¡Yupi! ¡Mi vida es mucho mejor ahora!»? No, claro que va a ponerse triste. Y yo lo estaba. Y también enfadada. Y estaba preocupada por mis padres, que lloraban tanto como yo.

Y me acuerdo de que dije: «Aún no estoy preparada para morir. Ni siquiera he vivido». Y después: «¡Aún no me he acostado con nadie! No es justo».

Pero superé esa fase. Y ahora estoy más en plan: «Cuando termine con este cáncer, el mundo va a flipar y voy a ser lo mejor que hayan visto». A ver, ¿quién va a decirme que no? He vencido al cáncer. Todo lo demás es fácil.

Le escribí un mensaje para decirle que me había encantado y le aseguré que se acostaría con alguien cuando todo aquello hubiera terminado.

«Saldremos juntas a ligar», me contestó. «Te encontraré un tío genial, te lo prometo».

Celebró su decimonoveno cumpleaños en el hospital. Las enfermeras le hicieron una pancarta que colgaron fuera de su habitación. Se enteró de que había entrado en la Universidad de York, donde estudiaría cine, y le dijeron que le guardaban la plaza un año, hasta que se hubiera recuperado del todo. Volvió a casa después del último ciclo de quimio e hizo una tarta de chocolate y Guinness para las enfermeras que la habían cuidado.

Farly redujo su mundo durante ese tiempo. O estaba en la escuela de primaria en la que era maestra o en el hospital o con su familia. Scott estaba con ella para todo y yo le estaba muy agradecida, porque era un apoyo firme y robusto para ella y su familia. Nos escribíamos y nos llamábamos a menudo y él me contaba cómo estaba ella. Aquello nos unió y yo me sentía afortunada porque mi mejor amiga tenía a alguien fuerte y cariñoso a su lado.

Floss siguió con el blog cuando volvió a casa. Su hermano, Freddie, tenía una médula ósea compatible con la suya, una noticia fantástica, porque significaba que podía ser su donante, aunque ella tenía que recuperarse de la quimioterapia antes de que la operaran en el hospital central de Londres. Sin embargo, de pronto, la salud empezó a empeorarle y tuvieron que llevarla al hospital antes de lo previsto. Una serie de problemas se sucedieron y no había tiempo para solucionar uno antes de que apareciera el siguiente. No le funcionaban los riñones, no podía hablar, los órganos empezaron a fallarle... La llevaron a cuidados intensivos y le pusieron respiración asistida. A Farly le dieron la baja en la escuela para que pudiera estar en el hospital con su familia todos los días.

Yo acababa de dejar el trabajo que había tenido desde hacía más de tres años para dedicarme a escribir a tiempo completo, lo que significaba que trabajaba desde casa y podía coger el bus para ir a verla. Nos vimos casi todos los días para comer durante un mes. Siempre íbamos a la cafetería que hay encima de la tienda de decoración Heal de Tottenham Court Road y pedíamos lo mismo cada día: dos ensaladas César y un plato de patatas fritas para compartir. Ella me contaba cómo estaba Floss ese día, pero nunca parecía que las noticias fueran mejores que las del día anterior. Todo

estaba en el aire y nadie tenía una idea clara de lo que iba a pasar; el trasplante de médula cada vez parecía algo más y más lejano. Yo intentaba tranquilizarla siempre con los mismos clichés: está en el mejor lugar en el que puede estar, está en buenas manos, los médicos saben lo que hacen. Sabía que, cada día, la inundaban con estadísticas y datos científicos de expertos y sentía que mi trabajo como amiga ignorante era ser una cuna positiva de esperanza, pero la verdad era que no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

Todos los días, ella me preguntaba por mi vida, desesperada por hallar algo de normalidad que la distrajera y la rejuveneciera antes de volver a la habitación de hospital a pasar la tarde. Yo le hablaba de los artículos que estaba escribiendo esa semana. Le enseñaba chicos en Tinder. Ella me invitó a una copa de *prosecco* el día que me dieron la primera columna y me dijo que estaba feliz por poder celebrar algo.

Llegó un momento en el que parecía que Floss daba pequeñas muestras de mejoría y Farly me dijo que fuera al hospital a visitarla. Yo le dije que me encantaría, aunque estaba preocupada por si no conseguía mantener la compostura. Mientras me desinfectaba las manos antes de entrar, me di cuenta de que nunca había visitado a nadie en un hospital.

—Ha venido alguien a verte —dijo Farly cuando yo entraba a la habitación.

Floss no podía hablar, pero me sonrió y yo me llené de alivio y de amor por esa chica que era lo más parecido que tenía a una hermana pequeña. Me quedé a los pies de su cama y le hablé esperando poder distraerla. Le hablé de la nueva temporada de *Girls*, que sabía que le iba a encantar, y del grupo nuevo que estaba escuchando y que pensaba que le gustaría. Farly me pidió que le contara todo lo que estaba escribiendo y Florence volvió a sonreír cuando le hablé del corto en el que Lauren y yo estábamos trabajando, cuyo guion tendría que revisar Florence pronto. Después de un cuarto de hora, le dije adiós a aquella chica espectacular y preciosa, como una tormenta eléctrica, sabiendo que podía ser la última vez que la veía.

—Siento que veo cómo se apaga —me dijo Farly un día, poco después de aquella visita, mientras comíamos—. Lo noto, sé que está ocurriendo.

—No lo puedes saber —le dije—. La gente cae a lo más hondo y después se recupera del todo. Se oyen muchas historias como esa. —Sin embargo, después de haber visto a Floss tan enferma y de que me dijeran que ese día había sido el mejor que había tenido, sabía por qué Farly pensaba eso, y era importante que dejara que se expresara.

La semana siguiente, a primera hora de la tarde, yo estaba escribiendo en la mesa de la cocina y Farly me llamó.

—Se ha ido —me dijo luchando por respirar—. Se ha muerto.

Nunca había visto tanta gente reunida para un funeral como el día que nos despedimos de Florence. Todas nuestras amigas vinieron al servicio, junto con montones de profesoras y chicas de su colegio, familiares, amigos que había conocido viajando, personas a las que había llegado con su calor, su ingenio, su inteligencia y su bondad a lo largo de los años. Eran cientos. Había tantos asistentes que muchos tuvieron que quedarse fuera del crematorio y ver el servicio por una pantalla. Yo le sonreí al cielo esperando que aquello la hubiera hecho feliz y que supiera cuánto la querían. Freddie leyó su elegía, y el rabino, que la conocía desde que era niña, habló con admiración de su carisma y su valor. Su mejor amiga leyó un texto precioso que Florence había escrito para su página del anuario:

—A veces puede parecer que la vida es difícil, pero, realmente, es tan simple como inspirar y espirar —leyó—. Abre corazones de un tajo con tu furia y corta egos con tu modestia. Sé la persona que te gustaría ser, no la persona que sientes que estás obligado a ser. Permítete dejarte llevar por tus sentimientos. Fuiste creado para que alguien te quisiera. Permíteles a los demás quererte.

Entre el funeral y la *shivá* —un periodo de luto de la fe judía que tiene lugar en casa—, todas las chicas vinieron a nuestro hogar. Fuimos a la tienda de Ivan y compramos algo de vino. Hice una sartén enorme de huevos revueltos mientras India tostaba una ronda tras otra de rebanadas de pan. Hablamos de Florence —de lo divertida, brillante e increíble que era—, lloramos, reímos y brindamos en su recuerdo.

La casa de la familia estaba tan llena para la *shivá* como lo había estado el tanatorio para el funeral. Estábamos de pie en la cocina mientras el rabino rezaba y volvía a hablar de Florence. Farly empezó a leer un poema y yo la observé mientras decía los versos por el micrófono; me pareció más pequeña que nunca. Se paró en un verso en concreto y empezó a llorar. Le dio el poema al rabino, quien continuó leyéndolo en voz alta. Yo miré a aquella criatura pequeña, frágil como un pajarito, que se rompía en pedazos al otro lado de la cocina; los huesos y las palabras se le hacían añicos y yo quería correr hacia ella para abrazarla. Fue el peor momento de mi vida.

La gente se quedó hasta tarde aquella noche. Las amigas del colegio de Florence se sentaron en su cuarto entre sus libros y su ropa. Yo estaba a cargo del libro de condolencias. AJ y Lacey tragaban vino dulce Bristol Cream que la tía Laura les había servido en grandes cantidades en vasos de plástico. Vinieron a presentar sus respetos todos los compañeros de trabajo del colegio en el que Farly enseñaba, incluida la directora. A mitad de la velada, siguiendo la tradición judía, la familia que estaba de luto se sentó en unas sillas —uno al lado del otro— y los presentes les desearon una larga vida.

Cuando llegué a Farly, me agaché hasta su altura para abrazarla.

—Te quiero muchísimo —le dije—. Y te deseo una vida muy larga y feliz.

—Gracias —me dijo devolviéndome el abrazo—. ¿Has visto a todos los maestros de mi colegio?

—Sí, son muy simpáticos. Acabo de hablar con tu vicedirectora.

—¿Y te ha caído bien?

—Sí. Hemos tenido una buena conversación. Es una mujer muy amable.

—Me alegro de que te caiga bien —dijo sonriente—. ¿De qué habéis hablado?

—Le he pedido que te cuide cuando vuelvas a trabajar —le dije—. Le he pedido que se asegure de que hay alguien siempre velando por ti.

—Estaré bien, Doll —me dijo con esos ojos castaños enormes llenos de lágrimas, una de las cuales terminó escapándose a través de sus pestañas y le resbaló por la mejilla—. Solo tengo que encontrar la manera de vivir sin ella.

Me pasé los días siguientes en casa de la familia con Farly. No hablamos mucho, pero hice té y ayudamos a la madrastra de Farly, Annie, con lo que necesitara. Después de la muerte de Florence, una periodista del *Telegraph* encontró su blog y se puso en contacto con la familia para pedirles permiso para publicar algunos fragmentos en el periódico acompañados de un artículo sobre ella. Dieron permiso porque sabían que era lo que ella hubiera querido, y el artículo tuvo como consecuencia que aún más gente se puso en contacto con Annie y Richard para expresarles su pena por la muerte de alguien tan lleno de vida.

—Escribid cartas —dijo Annie una mañana mientras leía una pila enorme de tarjetas y cartas de gente que le ofrecía sus condolencias—. Yo siempre me preocupaba cuando oía que a alguien le había pasado algo malo por si escribirle iba a ser una intromisión, pero nunca lo es, siempre ayuda. Si hay algo que podemos aprender de esto es que siempre tenemos que mandar esa carta que queremos mandar.

Esa tarde, todos sacamos al perro a pasear. Farly y yo paseamos juntas. Llevábamos gorros de lana a juego, con un pompón en la parte de arriba, que nos habíamos comprado unos días antes cuando fuimos al centro comercial de Ken a por unas plantillas para los zapatos que se puso Farly para el funeral. Con aquella semana de compañía ininterrumpida, los gorros a juego y los adultos que iban detrás, parecía que volviéramos a ser adolescentes. Pero esta vez no hablábamos de chicos del MSN. Sin darnos cuenta, en algún momento de aquellos quince años de caminar juntas, del colegio a las clases de la universidad y a las calles de Londres que rodeaban nuestra casa, habíamos dejado de jugar a ser adultas y nos habíamos convertido en adultas.

—Una vez me dijo que no quería que la olvidaran. Me siento mal por retomar la vida como si no pasara nada —me dijo.

—Lo dijo antes de saber que iba a morir —razoné—. Sé que no le habría gustado nada que estuvieras de luto para siempre.

—Supongo.

—Puedes encontrar la manera de seguir teniéndola cerca y de vivir con ella sin que tu vida se pare.

—Todo será muy raro sin ella.

—Será una nueva normalidad —le dije—, pero la tía se aseguró de que no la olvidáramos, no te preocupes.

—Eso es verdad —dijo.

—Tienes que vivir, no tienes opción. O sigues adelante o te hundes.

Seguimos paseando al lado del río. Hacía mucho frío y sol, todo estaba tan quieto y claro como un día en una bola de nieve que no han sacudido. Pasamos por el lado de una hilera de casitas de campo con puertas de colores vivos en Chiswick. La brisa fresca y húmeda arremetía contra los *pubs* encalados. Si no hubiera sido por los puentes sobre los que pasaban los trenes del metro, podríamos haber estado en un pueblo de la costa.

—Ant y Dec, los presentadores, viven aquí —me dijo señalando las casas—. En una de estas.

—Qué va.

—Que sí, te lo juro.

—Que no, solo lo dices porque las puertas son muy pequeñas y ellos son bajitos.

—Te lo juro, viven aquí.

—¿Juntos?

—No, juntos no. Son vecinos.

Seguimos andando.

—No quiero vivir nunca lejos de ti —dije.

—Ni yo.

—Me da igual dónde vivir cuando sea mayor, solo quiero que sea cerca de ti.

—Y yo.

—Hasta en este momento me parece que vivimos demasiado lejos una de la otra. Quiero que nuestras casas estén muy cerca. Quiero que sea una prioridad de ahora en adelante.

—Yo también —dijo.

Seguimos por la orilla del río y el sol de diciembre aún inundaba el cielo.

—Siempre pienso en ti cuando el tiempo está así. Es tu tiempo preferido —dije yo.

—Sí, frío y claro.

—Sí, y a mí me gustan oscuros y con lluvia, porque soy una neurótica autoindulgente y tú siempre estás alegre y animada.

—Ja.

—Que sí. Cuando éramos niñas estábamos equivocadas. Pensábamos que tú eras la sensible, pero resulta que soy yo la que es un desastre. Tú eres mucho más resiliente de lo que crees.

—No estoy muy segura —me dijo.

—Que sí. Estás hecha del material más fuerte. Yo no podría con todo esto si me hubiera pasado a mí.

—No lo sabes. Nunca sabes cómo vas a reaccionar ante algo hasta que te pasa. —Seguimos andando una al lado de la otra, viendo cómo el sol se contoneaba reflejado en el agua—. Ha sido así cada día desde que murió.

—Está aquí —le dije—, con nosotras. Estará aquí cada vez que te quejes por una injusticia o te rías con tu peli favorita. Ella estará ahí.

Pasamos el puente de Kew. Aún podíamos ver a Annie y a su hermana caminando detrás de nosotras y al enorme perro trotando a su lado con la cola que cortaba el aire moviéndose alegremente de un lado a otro.

—¿Quieres que te incineren? —me preguntó.

—Sí —le dije—. Y quiero que tiren las cenizas en Devon, en la playa de Mothecombe.

—Y yo —dijo—, pero yo quiero que tiren las cenizas donde estarán las de Floss, en Cornualles. Aunque me sabe mal no estar contigo.

—No pasa nada, estaremos juntas donde sea que vayamos después. Simplemente nos tendremos que encontrar allí.

—Claro.

—¿Crees que es de ser muy antisocial lo de estar en una playa yo sola? ¿Qué te parece el parque de Hampstead Heath? Es mi lugar favorito de Londres, y mis padres me solían llevar allí cuando era niña.

—No, ni se te ocurra, la gente te pisaría.

—Ya, tienes razón. Y es demasiado pijo y predecible.

—Por eso creo que está bien que te echen al mar —dijo ella pensativa—. Aunque me dan miedo los tiburones.

—Pero ya estarás muerta.

—Ah, sí.

—Esa es la cosa, un tiburón podría hacerte lo que fuera y tú estarías bien. Ya habrías pasado el punto de no retorno.

—Vale, entonces en el mar.

Volvimos paseando a casa con aquella luz tan bonita y yo me sentí agradecida porque Florence hubiera vivido y por todo lo que me había enseñado. Di las gracias al sol del puente de Kew mientras ponía un pie delante del otro. Di las gracias por entender en ese momento que la vida sí que puede ser tan simple como, sencillamente, inspirar y espirar. Y di las gracias por saber qué era querer tanto a la persona que andaba a mi lado; tan profundamente, con tanta furia, tantísimo.

RECETA: HUEVOS REVUELTOS

(para dos personas)

Lo único que necesitas es mantequilla, huevos y pan. Para hacer huevos revueltos no hace falta leche ni nata. Si no lo complicas, son fáciles de preparar y de comer cuando estás triste.

- 2 nueces de mantequilla salada
- 4 huevos frescos (y una yema más si quieres darte un capricho), batidos suavemente con un tenedor
- Sal y pimienta negra al gusto

Derrite lentamente una nuez de mantequilla en una sartén grande a fuego lento.

Vierte los huevos en la sartén.

Remuévelos con una cuchara de madera, lentamente y con cierta constancia.

Apaga el fuego cuando aún estén un poco líquidos.

Añade sal y pimienta y sigue removiendo para incorporar la otra nuez de mantequilla.

MENSAJES QUE INDIA, MI COMPAÑERA DE PISO, ME DEJÓ MANDAR DESDE SU TELÉFONO HACIÉNDOME PASAR POR ELLA

(Yo tampoco sé por qué me deja hacerlo)

Un mensaje a Sam, su excompañero de trabajo

India 20:47

¡Buenos días, señorito Sam! ¿Cómo te va la vida? Una pregunta un poco rara: me preguntaba en qué barrio de Londres vives en la actualidad.

Sam 20:48

En Richmond. ¿Por qué lo preguntas? ¿Te vienes a vivir al sur?

India 20:50

Desafortunadamente, no. Me quedo en Highgate. Tenemos algunos problemas con la recogida de basura. Solo recogemos la basura general una vez cada dos semanas y nosotras llenamos los cubos muy rápido. ¿Qué te parecería si llevara dos de nuestros cubos llenos a Richmond una vez cada dos semanas? Me los llevaría al día siguiente, así que no tienes de qué preocuparte por eso.

Sam 20:51

Eh... ¿Qué?

¿Quieres trasladar dos cubos de basura a 25 km cada dos semanas?

¿Por qué no los dejas donde sea?

India 20:51

Porque me gusta saber que están en buenas manos.

Sam 20:53

Déjalo.

India 20:53

Vale, no te preocupes, le escribiré a mi amiga de Peckham.

Sam 20:54

¿Solo puedes hacerlo en lugares que estén a más de 15 km de tu casa?

Me parece algo drástico.
¿Por qué no le escribes a algún amigo de Camden?
Sería más lógico.

India 20:56

La cuestión es que sea en otro barrio, Sam. El norte de Londres no me vale. Necesito un barrio diferente en una zona completamente diferente de la ciudad.

AL DÍA SIGUIENTE

India 21:00

Hola, ¿qué tal te ba(sura)?

Sam 21:01

Ay, Dios.

¿Es por lo mismo de ayer? Creo *cubo* un malentendido.

India 21:01

¡Esto no tiene desperdicio!

Sam 21:02

Jajajajaja, muy buena.

India 21:02

No, en serio, ¿te parece bien que sigamos adelante con este acuerdo y empecemos la semana que viene?

Sam 21:03

Dios, ¿vas en serio?

India 21:03

El camión pasa los martes, así que puedo llevarte los cubos en metro el lunes, ¿vale? Besos.

Sam 21:05

Pensaba que habías bebido, India. Vivo en Barnes.

India 21:06

¿Los llevo o no?

Sam 21:06

Está a más de una hora.

India 21:06

Tienes razón, es demasiado tiempo en metro.

Sam 21:07

Ni siquiera llega el metro.

India 21:07

Los llevo en un taxi grande.

Sam 21:08

Para ya, no quiero tus cubos.

India 21:09

Vale, pues ahora no sé muy bien qué hacer, pero supongo que tú no quieres complicarte la vida.

Sam 21:09

¿Por qué no los dejas donde sea?

Si no has tirado documentos personales dentro, nadie sabrá que has sido tú.

India 21:10

Supongo.

Es solo que me gustaría llevarlos a Barnes porque es más práctico.

Sam 21:10

No lo es, es absurdo.

India 21:11

Entiendo que quieras tener privacidad, etc.

Y que no quieras que esté yendo y viniendo.

Sam 21:11

No, no quiero tener una guardería de cubos de basura. Es raro. Si te apetece venir a Barnes a tomar algo, serás más que bienvenida. Pero no traigas ningún cubo.

Un mensaje a Shaun, un conocido de la universidad

India 19:21

Hola, me parece que tienes ojo para las empresas comerciales, ¿tengo razón?

Shaun 19:22

¿Quién eres?

India 19:22

India Masters, de la carrera.

Shaun 19:53

¿En qué te puedo ayudar?

India 19:54

He encontrado un nicho de mercado y es bastante grande: vender minineveras de diferentes colores. Tengo un plan de negocio y solo me hace falta un socio sin voto. ¿Eres mi hombre?

Un mensaje a Zac, un amigo de la universidad

India 18:53

¿¿Te puedo pedir un favor??

Zac 18:54

Claro, guapi.

India 18:54

¿Me puedes dejar unos pantalones esta semana para ir a una reunión?

Zac 18:54

Jaja. Sí.

¿De qué tipo? ¿Y por qué?

India 18:55

Es que me he dado cuenta de que llevas pantalones bonitos.

Y no me apetece ir a comprarme unos.

Y es una reunión muy importante con un cliente.

Zac 18:55

Los míos te vendrán largos.

India 18:55

No creo, ¿no?

Zac 18:55

Eres muy rara.

Indy, ¿cuánto mides?

India 18:56

1,57 m.

Zac 18:57

Yo 1,80.

India 18:57

Les puedo hacer un dobladillo.

No te preocupes por nada, tú tráeme los pantalones.

Un mensaje a Paul, un hombre con el que India se enrolló una vez

India 19:02

Hola, ¿cómo estás?

Paul 19:16

¡Bien, gracias! ¿Y tú?

India 19:18

Me alegra saber de ti. Tengo que pedirte algo... Estoy empezando a crear un grupo de baile. Sobre todo haremos danza tradicional irlandesa, pero que eso no te eche atrás, seguro que le damos un giro moderno. Bueno, sea como sea, puedes ganar mucho dinero cuando llegue la época de las bodas, y me preguntaba si te apetecía quedarte con un trozo del pastel. No te llevaría mucho aprenderte las coreografías y, para ser sincera, necesito a alguien alto que se ponga al fondo. Ya me dirás qué piensas.

Paul 19:56

Hola. Vaya, muchas gracias por pensar en mí.
Aunque parece muy divertido, desgraciadamente, tengo el calendario muy lleno este año y no creo que pueda comprometerme con algo así.

Lo siento mucho.

Haceos fotos.

Cuídate y a ver si nos vemos pronto.

Un beso.

India 19:58

¿Pero quieres un trozo del pastel o no?

23 de marzo

Un saludo a todas las mujeres que Emily ha conocido a lo largo de los últimos veintiocho años:

Espero que estéis bien y que tengáis ganas de la fiesta del *finde* que viene. Hemos pensado que sería útil que todas supierais cómo será el día.

El sábado empezará sin demora a las ocho de la mañana. Por favor, acudid a nuestro encuentro a la Torre de Londres para hacer un curso de cocina de la era Tudor. Prepararemos venado relleno asado con peras guisadas. Este será el almuerzo de las nueve, junto con una pinta generosa de hidromiel.

A las diez iremos hasta el polideportivo de Kentish Town, donde jugaremos al fútbol consolador. Es muy simple: nos dividiremos en dos equipos y jugaremos un partido amistoso, pero llevaremos arneses con consoladores negros y grandes. (POR FAVOR, si todavía no lo habéis hecho, mandadnos una frase que hable de vuestro recuerdo preferido con Emily. Las escribiremos todas con tñpex en su consolador para que se lo guarde para siempre).

A las doce **en punto**, nos pondremos el primer disfraz (estética disco mezclada con la de la serie noventera *Kenan y Kel*), saldremos del polideportivo e iremos hasta el *pub* favorito de Emily, al que fue dos veces hace diez años, el Sparrow and Ape de Camden.

La comida será a las doce y media (está incluida en el dinero de la transferencia que ya habéis hecho). Será un delicioso plato de *mezze* para compartir del que os tocará un falafel, tres aceitunas y media tortita de pan. También tendréis un vaso de *prosecco*. Si no bebéis *prosecco* ni ningún tipo de vino espumoso, os recomendamos que os organicéis para traer vuestra propia bebida el resto del día.

A las dos, después de comer, pensamos que sería divertido jugar al juego de «¿en realidad, somos tan amigas?». Nos pondremos en círculo y Emily irá respondiendo a preguntas sobre cada una. Si responde mal a más de una, te sacaremos de la despedida y te pediremos que te vayas a casa. Por ejemplo, en la primera ronda le preguntaremos en qué trabajamos; en la segunda, nuestro segundo nombre, etc. No solo pensamos que esto hará que el día sea mucho más emocionante, sino que también necesitamos reducir el grupo de treinta y cinco a treinta para poder ir a cenar, porque esa es la capacidad máxima del restaurante. Esta nos parece la única opción justa.

A las tres habrá otro juego. Estamos supercontentas de tener moldes de chocolate de anos de varios hombres elaborados por la chocolatería artesana Sucre et Crème (muchas gracias a Linda, una de las damas de honor, por organizarlo). Emily tendrá que adivinar cuál de ellos pertenece a su prometido.

Creemos que las cuatro será una buena hora para ponernos el segundo disfraz: mi Emily preferida. He recibido muchos correos llenos de preocupación durante las últimas semanas de gente preguntándome de qué tenían que venir vestidas y, de verdad, no me canso de decirlo: **tiene que ser divertido**. ¡Así que no os preocupéis demasiado! La Emily que jugaba al *lacrosse*, la Emily del año sabático y la Emily gorda y en paro son ideas geniales. Alguien me comentó algo de la Emily en el hospital psiquiátrico más caro de Londres, y esa es una idea que no nos termina de convencer; pensad que a esa hora todavía tendremos a las madres y abuelas con nosotras.

A las cinco, antes de que todo el mundo esté demasiado achispado para acordarse de algo, queremos darle a Emily su árbol de tampones. Espero que todas recibierais el correo en el que se os pedía que os guardarais un tampón usado y lo trajerais en un sobre. Le daremos a Emily un ficus

decorado con los tampones de todas como símbolo de que siempre estaremos unidas por la feminidad y la amistad. Creemos que será un momento muy especial para ella.

A las seis, nos despediremos de las abuelas y las madres y les pediremos un Uber.

A las seis y media, nos dirigiremos a Ribs N Bibs, en Stockwell.

A las siete y cuarto llegaremos al restaurante y nos pondremos inmediatamente la ropa de salir por la noche. (¡¡Llevad tacones, por favor!! Queremos que todo sea lo más glamuroso posible para Emily).

A las siete y media, los entrantes.

A las ocho y media, actuación sorpresa de algunos miembros del Blue Man Group desnudos. Emily insistió mucho en que no quería un estríper vergonzoso, así que pensamos que esto era un buen término medio. (Atención: que las damas de honor se acuerden de traerle ropa de recambio a Emily, porque estará cubierta de pintura azul cuando esto acabe).

A las nueve, el plato principal.

A las diez, el postre y un curso acelerado de sombrerería. La sombrerera de fama mundial Madame Merengue ha accedido a enseñarnos a todas cómo hacer tocados de usar y tirar con lo que nos sobra del postre. Aquí podéis ver sus fantásticos tutoriales sobre cómo hacer una boina con tarta de plátano y caramelo para haceros una idea de qué vamos a aprender.

A las once, nos vamos a pie hasta la discoteca FLUID de Vauxhall, donde tenemos una silla reservada (no quedaban mesas).

A las cuatro, cierra la discoteca.

¡Y fin!

Lo único que queda por decir es que Emily quería que supierais que, por desgracia, una invitación a la despedida de soltera NO GARANTIZA que estéis invitadas a la boda. Será una celebración (bastante) pequeña y no pueden invitar a todo el mundo, pero ella espera que podáis estar ahí para celebrar sus últimos días de soltera.

Si se descubre a alguien hablando de la boda con Emily o intentando conseguir una invitación, esa persona será inmediatamente expulsada de la despedida. Se supone que tiene que ser un día para que ella se divierta, no para hablar de la organización logística de la boda.

Gracias a todas por las transferencias de 378,23 libras. Con eso hemos podido cubrir todos los gastos del día excepto el transporte, el plato principal del restaurante, las bebidas del restaurante y las de la discoteca.

Todavía nos falta recibir el dinero de las chicas siguientes:

EMILY BAKER
JENNIFER THOMAS
SARAH CARMICHAEL
CHARLOTTE FOSTER

Si estas chicas no hacen la transferencia antes de las once de esta noche, por desgracia, no podrán asistir y el resto tendrá que cubrir el coste de sus reservas.

¡Esa despedida a tope!

Besos,

Las damas de honor

MI PSICÓLOGA DICE...

—¿Por qué has venido?

Eso, ¿por qué había ido? Nunca pensé que estaría allí, en una sala pequeña detrás de Oxford Circus con moqueta de color crema y un sofá bermellón en la que siempre olía a perfume Molecule y a nada más. Por mucho aire que aspirara al entrar, no olía a comida ni a café, no había pruebas de vida fuera de aquella sala, a excepción del perfume de la mujer. Ese olor que haría que se me cayera el alma al suelo y que pensara en los viernes a la una de la tarde cuando me llegara de refilón porque, en una fiesta, lo llevaba una mujer. Yo estaba allí pagando por horas, en un vacío vital en el que no existía nada que no fuera la conversación entre dos personas; en la pecera de un comentarista, el estudio de televisión en el que analizan las jugadas después del partido, el programa menos visto en el que discuten lo que ha pasado en un programa más famoso. Aquello era como las tertulias sobre *Mira quién baila* o *Gran Hermano*. Era la sala en la que siempre pensaba cuando estaba a punto de tomar una mala decisión, en el baño de un *pub* o con un hombre en la parte de atrás de un taxi. Era la sala que me prometía que mi vida cambiaría.

Siempre me había dicho a mí misma que nunca estaría en una sala como aquella, pero no sabía dónde ir si no era allí. Me había quedado sin absolutamente ninguna otra opción. Tenía veintisiete años y sentía que me desmoronaba por un temporal de ansiedad. Hacía nueve meses que me había hecho autónoma y me había pasado casi cada día sola con mis pensamientos. Me había apartado de la preocupación de mis amigas y mi familia; siempre estaba al borde del llanto, pero era incapaz de hablar con nadie. Me levantaba todos los días sin tener ni idea de dónde estaba o de lo que estaba pasando; llegaba a mi propia vida cada mañana como si el sueño de esa noche hubiera sido un golpe en la cabeza que me hubiera dejado sangrando.

Había ido porque tenía que ir. Había ido porque había estado posponiendo ir; porque siempre decía que no tenía tiempo o dinero suficiente; porque había sido indulgente y boba. Le dije a una amiga que sentía que estaba al borde de implosionar y me dio el número de una mujer a quien llamar. Me había quedado sin excusas.

—Creo que voy a caerme y a matarme —respondí.

Ella, Eleanor, me miró por encima de las gafas y luego volvió a mirar el papel, donde escribía notas furiosamente. Tenía el pelo oscuro, con un flequillo partido por la mitad y retirado hacia los lados, como de los años setenta, los ojos marrones y felinos y una nariz pronunciada. Debía tener unos cuarenta y pocos. Parecía una Lauren Hutton joven. Reparé en que tenía los brazos fuertes y morenos y elegantes. Pensé que seguramente creía que yo era una llorica tonta. Una pringada. Una chica privilegiada que tiraba innecesariamente todo el dinero que había ganado con esfuerzo para poder hablar de sí misma sin parar durante una hora a la semana. Seguramente veía venir a las mujeres como yo desde lejos.

—No puedo abrir ni cerrar las ventanas de mi piso, tengo que pedirle a alguien que lo haga por mí —continué, breve y en voz baja para contener las lágrimas que parecía que se me amontonaban detrás de los ojos como el agua en una presa—. A veces ni siquiera puedo entrar en una habitación si está abierta la ventana, porque tengo mucho miedo de caerme por ella. Y tengo que estar con la espalda pegada a la pared cuando el metro entra en el andén. Me veo cayendo delante del metro y muriendo. Lo veo cada vez que parpadeo. Y luego me paso la noche viéndolo una y otra vez en mi cabeza y no puedo dormir.

—De acuerdo —contestó ella con un acento australiano—. ¿Y cuánto hace que te sientes así?

—Se ha vuelto muy exagerado durante los últimos seis meses —dije—, pero es algo intermitente desde hace casi diez años. Bebo demasiado cuando me angustio. Y me pasa lo mismo con la obsesión con la muerte. Este mes me ha tocado la obsesión con caerme.

Le hice una visita guiada por «Los grandes éxitos de mi confusión emocional recurrente». Hablé sobre mi peso, que siempre había fluctuado, como las nubes cuando se forman y se desvanecen, y sobre el hecho de que

podiera ver todas las fotos que me habían hecho desde 2009 y decirle exactamente cuánto pesaba en cada momento. Le hablé de mi obsesión con el alcohol, que no había disminuido desde que era adolescente; de mi sed insaciable, cuando la mayoría de la gente de mi edad ya sabía cuándo tenía que parar; de que siempre se me había conocido por tragar a una velocidad de récord; de los enormes agujeros negros que tenía en los recuerdos de aquellas noches a lo largo de los años; de mi creciente vergüenza e inquietud por aquellas horas perdidas y de aquella loca irreconocible que andaba suelta y de la cual se suponía que yo era responsable sin acordarme de haber sido ella ni de conocerla.

Le hablé de mi incapacidad de comprometerme con una relación, de mi obsesión por la atención de los hombres y mi miedo simultáneo de acercarme demasiado a alguien. Le hablé de lo difícil que me había resultado ver a todas mis amigas, una a una, empezar sin problemas relaciones largas como si entraran en una piscina de agua fresca un día de calor abrasador. Le dije que todos los novios que había tenido me habían pedido que hiciera lo mismo y que yo siempre había tenido miedo de que mi cerebro no estuviera hecho para el amor.

Hablamos de cómo me había extendido como si fuera la última cucharada de Marmite por tantas vidas como me había sido posible. Le dije que dedicaba casi toda mi energía a otras personas cuando ni siquiera me lo pedían. Le hablé del control que pensaba que aquello me daba sobre lo que los demás pensarán de mí y de que, sin embargo, aquello me hacía sentir cada vez más como si fuera una impostora. Le hablé de que fantaseaba con lo que la gente decía de mí a mis espaldas, de que, en realidad, seguramente estaría de acuerdo con casi todos los insultos que me dedicaran. Le conté hasta qué punto había llegado para conseguir la aprobación de los demás: me había gastado todo el dinero en rondas de bebidas para gente a la que no conocía y no había podido pagar el alquiler la semana siguiente; había empezado las noches de los sábados a las cuatro de la tarde y las había terminado a las cuatro de la mañana con tal de asistir a seis fiestas de cumpleaños diferentes de personas a las que apenas conocía. Le hablé de lo cansada y cargada y débil y despreciable que me había hecho sentir aquello. Le conté la patética ironía que era sentir que tenía el mejor grupo de

amigas, pero ser incapaz de contarles nada de aquello. Le conté lo arraigado que estaba mi miedo a la dependencia, que podía llorar en la cama de un desconocido de Nueva York y no podía pedirles ayuda a mis mejores amigas.

—Pero nada de esto me afecta de forma visible en la vida —le dije—. Me siento tonta por venir aquí, porque todo esto podría ser mucho peor. Tengo buenas amigas y una buena familia. Me va bien en el trabajo. Nadie diría que me pasa algo malo desde fuera. Pero me siento como una mierda. Todo el rato.

—Si te sientes como una mierda todo el rato —respondió ella—, sí que te afecta, y muchísimo, en la vida.

—Supongo.

—Sientes que vas a caer porque estás rota en mil pedazos esparcidos por ahí —me dijo—. Estás hecha un lío. No tienes cimientos. No sabes cómo ser tú misma.

La presa que había detrás de mis ojos cedió finalmente y salieron las lágrimas del pozo más hondo del foso de mis entrañas.

—Siento que ya no hay nada que me mantenga derecha —le dije. Mi falta de aliento puntuó aquella frase como si fuera hipo y sentí las lágrimas correrme por las mejillas, calientes y fluidas como si fueran sangre.

—Claro —me dijo con una suavidad nueva—, no tienes sentido de la identidad.

Así que por eso había ido allí. De pronto me di cuenta. Pensaba que tenía miedo de caerme, pero, en realidad, lo que pasaba era que no sabía quién era. Y las cosas que usaba antes para llenar aquel espacio vacío ya no me servían, solo me hacían sentir aún más alejada de mí misma. Aquella ansiedad abrumadora se había estado acercando desde hacía un tiempo, como si me la hubieran mandado por correo y por fin hubiera llegado. Había entrado por la rendija para las cartas que hay en la puerta y me había caído a los pies. Me sorprendió aquel diagnóstico, porque yo pensaba que tenía clarísima mi identidad. Soy de la generación de las identidades, es nuestro rollo. Llevamos rellenando apartados que se llaman *Sobre mí* desde 2006. Y pensaba que yo era la que mayor sentido de la identidad tenía de todas las personas a las que conocía.

—Nunca sabrás lo que pienso de ti realmente —me dijo justo cuando estaba a punto de irme para dejarme claro que ya se había fijado en mi forma de pensar—. Podrás notar, por mi actitud, si me caes bien, pero nunca sabrás exactamente qué pienso de ti a nivel personal. Tienes que dejar de pensar en eso si quieres que esto funcione lo más mínimo.

Al principio, sentí una paranoia incómoda y, luego, una sensación de alivio absoluto. Me estaba diciendo que dejara de hacer bromas estúpidas. Me estaba diciendo que dejara de pedir perdón por arrasar con sus reservas de pañuelos que había en la mesa que yo tenía al lado. Me estaba diciendo que, en aquella sala, yo no tenía que esforzarme en cada palabra, gesto y anécdota para complacerla con la esperanza de gustarle. Le daba permiso a una mujer sin sentido de la identidad, sin amor propio, sin autoestima —una presencia que cambiaba de forma y que quería complacer a la gente, una maraña de ansiedad—, para, simplemente, ser. Me estaba diciendo que era seguro dejarme llevar en aquella sala detrás de Oxford Circus con la moqueta de color crema y el sofá bermellón.

Salí de su consulta y caminé los casi nueve kilómetros que había hasta mi casa. Me sentía liberada por el alivio de haber conseguido, por fin, llegar hasta esa sala, e insoportablemente cargada con el peso de lo que estaba por venir. Me dije a mí misma que todo aquello se podía solventar en tres meses.

—Piensa que no tengo sentido de la identidad —le dije a India mientras ella hacía la cena esa noche.

—Qué tontería —respondió indignada—. Tienes el sentido de la identidad más fuerte que todas las personas que conozco.

—Ya, pero no es de ese tipo —dije—. No es en plan «qué votaré en el referéndum de la UE» o «cuál es mi forma preferida de cocinar las patatas». Se refiere a que me rompo en trozos diferentes para dárselos a personas diferentes en lugar de ser una persona entera. Estoy inquieta e intranquila. No sé ser yo sin todas las cosas que uso como puntales para no caer.

—No sabía que te sentías así.

—Siento que me derrumbo —le dije.

—No quiero que estés triste —dijo India abrazándome. Estábamos descalzas en nuestra cocina mientras los espaguetis hervían en el fogón con

un suave burbujeo—. No quiero que vayas si vas a ponerte triste.

El viernes siguiente le conté a Eleanor que India me había dicho que no quería que pasara por aquel proceso porque estaba preocupada por si me ponía triste. Le dije que estaba medio de acuerdo.

—Vale, pues noticia de última hora —soltó con su tono sarcástico y tranquilizadoramente llano que yo terminaría por anhelar a medida que avanzara el año—: Ya estás triste. Es que ya estás triste, joder.

—Ya, ya lo sé —respondí volviendo a estirar el brazo para coger un pañuelo—. Perdón por usarlos todos. Seguro que tienes que comprar muchos, con este trabajo.

Ella me aseguró que para eso estaban.

Así que empezó el proceso. Cada semana iba y hacíamos un trabajo detectivesco para responder a la pregunta de cómo había llegado a ser quien era en aquellos veintisiete años. Hicimos una investigación forense de mi pasado, a veces hablábamos de algo que había sucedido la noche anterior, y otras de algo que había ocurrido en el colegio en una clase de Educación Física hacía veinte años. Ir a terapia es hacer una excavación arqueológica enorme en tu psique hasta que encuentras algo. Es un programa semanal personal del Canal Historia, un esfuerzo conjunto del experto en arqueología (el psicólogo) y el presentador (el paciente).

Hablábamos y hablábamos hasta que ella me planteaba una teoría de causa-efecto que encajaba. Entonces —y esto era crucial—, pensábamos en cómo cambiar esa dinámica. A veces me mandaba deberes: cosas que probar, cosas en las que trabajar, preguntas que responder, pensamientos sobre los que meditar, conversaciones que tener... Durante dos meses, lloré todos los viernes por la tarde. Todos los viernes por la noche dormía diez horas.

El mayor mito sobre ir a terapia es que consiste en culpar a otras personas. Conforme pasaban las semanas, descubrí que, en realidad, se trataba de todo lo contrario. Yo había oído decir que los psicólogos de otras personas habían adoptado una especie de papel diluido de madre protectora y siempre les aseguraban a sus pacientes que las cosas que les pasaban no

eran culpa suya, sino de su novio, de su jefe o de su mejor amiga. Eleanor casi nunca me dejaba pasarle la responsabilidad a otra persona y continuamente me obligaba a cuestionarme qué había hecho yo para acabar en una situación especialmente mala, por lo que yo siempre tenía miedo de nuestras sesiones.

—A no ser que se muera alguien —me dijo un viernes—, si algo malo pasa en una relación, una parte de la responsabilidad es tuya.

Pasaron un par de meses y Eleanor y yo nos reímos de verdad por primera vez. Llegué (hecha un desastre) después de una mala semana de trabajo. No tenía mucho dinero ni autoestima y me preocupaba pagar el alquiler y también que mi carrera no tuviera futuro. La paranoia se me estaba yendo de las manos; me había imaginado que todas las personas para las que había trabajado pensaban que era incompetente, que no tenía talento y que era inútil. No había salido de casa en tres días. Le describí una fantasía vívida en la que un montón de gente a la que no conocía se reunía en una sala de juntas y hablaba de lo horrible e inútil que era yo como escritora. Ella me miraba fijamente mientras yo hablaba y, luego, la cara se le deformó por la incredulidad.

—A ver... —dijo con un suspiro, y levantó las cejas—. Me parece que eso es una locura. —Me di cuenta de que, cuanto más dura era, más abierta y claramente australiana sonaba. Levanté la vista del pañuelo, no era una reacción que me esperara—. ¿Salas de juntas enteras llenas de gente a la que no conoces? —dijo negando con la cabeza incrédula—. ¡Eso es increíblemente narcisista!

—Bueno —le dije soltando ronquidos por la risa—, pues sí. Si me lo pones así, es bastante ridículo.

—Nadie está hablando de ti.

—Ya —dije secándome las lágrimas con el pañuelo y sintiéndome de pronto como un personaje al que interpretaría Woody Allen—, tienes razón.

—¡En serio! —dijo, aún estupefacta, apartándose el flequillo de los pómulos pronunciados—. No eres tan interesante, Dolly.

Cuando ya iba por el tercer mes, tuve mi primera sesión sin lágrimas. No toqué la caja de pañuelos. Era todo un logro.

Mientras que mis mejores amigas me animaban a ir, pronto quedó claro que el autoanálisis me hacía aburrida a ojos de las personas que no me convenían. Empecé a beber cada vez menos, siempre preguntándome si bebía para pasármelo bien o para distraerme de un problema. Intenté dejar de complacer a la gente, consciente de que regalar mi tiempo y mi energía así, sin más, era lo que iba picando poco a poco ese vacío en mi interior que yo no quería que acabara convertido en una cantera. Era más sincera, le decía a la gente cuándo estaba molesta u ofendida o enfadada y valoraba la calma que me proporcionaba la integridad y que podía conseguir por el módico precio de una conversación incómoda. Gané más consciencia de quién era, por lo que, inevitablemente, hacía muchas menos gilipolleces para divertir a los demás.

Sentía que crecía semana a semana; sentía que mi interior hacía la fotosíntesis cada vez que ponía en práctica nuevos hábitos. Desarrollé una obsesión con las plantas de interior; una especie de falacia patética verde. Leí para informarme de qué tenía que poner en cada rincón con luz y con sombra y llené la casa de grandes cantidades de verde. Los potus bajaban por las estanterías, tenía un helecho encima de la nevera y las hojas de una monstera abanicaban las paredes blancas y luminosas de mi habitación. Colgué un filodendro perfecto encima de mi cama y, a veces, por la noche, una gotita de agua fría caía de la punta de sus hojas en forma de corazón a mi cabeza. India y Belle se preguntaban si aquello era saludable y lo comparaban con la tortura china, pero yo había leído que se debía a la gutación, un proceso por el cual una planta se deshace del exceso de agua por la noche; se esfuerza por deshacerse de todo lo que le pone presión en las raíces. Les dije que aquello tenía un significado para mí. Yo y el filodendro estábamos haciendo algo juntos.

—Si metes más plantas aquí —dijo Farly un día mirando la habitación—, esto va a parecer *La pequeña tienda de los horrores*.

Cuando no bebía tanto, experimentaba la nueva y flamante sensación de levantarme y acordarme de la noche anterior de forma lineal. Me acordaba de las cosas que había dicho la gente, de cómo iban, de las señales que se mandaban cuando pensaban que estaban siendo discretos. Me di cuenta de que, cuando yo aparecía en un encuentro social, la gente prefería las cosas

malas. Si yo estaba en la mesa del *pub*, querían otra botella de vino, querían llamar a un camello, querían salir a fumar sin parar, querían que, medio borrachos, nos contáramos cotilleos de alguien a quien conocíamos. Sin darme cuenta, me había convertido en una vendedora del mercado negro cuando salía. Era la luz verde para que todo el mundo exhibiera un mal comportamiento y no me di cuenta de ello hasta que me paré.

El derribo más brutal y brillante de Eleanor tuvo lugar una tarde de viernes en la que estábamos hablando de eso.

—Me he dado cuenta de que la gente quiere que cotillee —le dije—. Es lo que esperan de mí cuando llego a un sitio, sobre todo si van pedo.

—¿Y tú entras al trapo?

—Un poco, sí —le dije—. No me había dado cuenta de lo mucho que lo hacía.

—¿Por qué lo hacías?

—No lo sé. ¿Para sentirme unida a la gente? ¿Por hablar de algo? Puede que para sentirme poderosa —le dije—. Esa es la única razón por la que la gente cuenta cotilleos. Está claro que lo hice para sentirme poderosa.

—Sí, así es —dijo con una leve sonrisa que se reservaba para cuando estaba complacida porque yo había llegado a una conclusión antes que ella—. Es machacar a los demás para poder sentirse mejor.

—Sí, supongo.

—¿Sabes quién más lo hace? —Hizo una pausa—. Donald Trump.

Yo solté una carcajada.

—Eleanor, he acabado por apreciar mucho la forma que tienes de ser dura para ayudarme —le dije—, pero hasta para ti eso está un poco cogido con pinzas.

—Vale, pues un político de aquí, Nigel Farage —dijo ella encogiéndose un poco de hombros, como si yo estuviera siendo quisquillosa.

—Hoy la psicóloga me ha comparado con Donald Trump —le dije a Farly por mensaje cuando salía a Regent Street—. Creo que estoy progresando.

Y, entonces, a los cinco meses, de pronto sentí que habíamos topado con un muro. Mi desarrollo se estancó. Vi que estaba a la defensiva con ella. Ella misma me dijo que estaba a la defensiva con ella. En una sesión,

planteé que, quizás, no se podía encontrar ninguna respuesta diseccionando los acontecimientos y las decisiones de mi vida, hablando una y otra vez de lo que pasó aquella vez con tal novio o lo que hicieron mis padres o lo que no me dijeron cuando era niña. Quizá era un ejercicio fútil, quizá había nacido así. ¿Pensaba ella que podía ser que hubiera nacido así? Ella me miró impasible.

—No, no lo pienso —contestó.

—Bueno, claro que no —le dije malhumorada—, porque, si no, te quedarías sin trabajo.

Si una semana la cagaba, a veces planeaba la historia que iba a contarle para que fuera buena conmigo. Entonces, me acordaba de cuánto le pagaba para que me tratara y de la cantidad de trabajo extra que tenía que hacer para poder permitírmelo, del privilegio que era simplemente poder permitírmelo. No decirle la verdad era tirar el dinero. Hablé con algunas amigas que iban a terapia y me dijeron que ellas se ponían nerviosas antes de las sesiones intentando pensar en algo suficientemente jugoso que contar. Yo sentía justo lo contrario. Siempre pensaba en qué podía esconderle o en qué giro positivo podía darle a una historia para que no pareciera tan mala como era en realidad.

Pero, claro, ella siempre veía lo que estaba intentando esconderle. Yo le había dejado ver cómo funcionaba mi mente. Y siempre me daba rabia lo bien que me conocía, y rompía a llorar cuando ponía en duda lo que yo decía; no porque me cayera mal por cuestionar algo que yo había hecho, sino porque me daba rabia haberlo hecho.

A los seis meses, llegué al punto en el que, en una sesión, casi le digo: «¿Y tú quién eres para hablar de todas estas cosas? Venga, cuéntame lo perfecta que eres». Entonces me di cuenta de que necesitaba descansar un poco, pero no se lo dije. Ella me dijo que notaba «cierta rabia» y yo le respondí que estaba bien. Empecé a cancelar sesiones. Pasé un mes y medio sin ir.

Cuando volví, vi que era mucho más comprensiva de lo que recordaba y me pregunté si me había inventado sus tercos e implacables interrogatorios. Quizás se había convertido en un lienzo en blanco en el que yo proyectaba toda la rabia que sentía hacia mí misma y los juicios a los que me sometía.

En mitad de la sesión me preguntó por qué había dejado de ir con regularidad sin hablarlo con ella. Yo pensé en inventarme una excusa, pensé en el dinero y el tiempo que estaba dedicándole a aquello y en que era demasiado tarde para echarme atrás.

—No lo sé —dije.

—¿Es porque se está volviendo demasiado íntimo? ¿Es un problema de dependencia? ¿No quieres depender de esto?

—Sí —dije con un suspiro—. Creo que es eso, creo que quería controlarlo.

—Sí, creo que puede ser eso —dijo pensando en voz alta—. Lo que te pasa en la vida se ve reflejado aquí.

—Tiene sentido.

—¿Qué es lo que intentas controlar?

—Todo —le dije dándome cuenta de ello al decirlo en voz alta—. Intento intervenir en la opinión que todo el mundo tiene de mí, en cómo se comportan conmigo, intento hacer que no pasen cosas malas: muertes, desastres, decepciones... Intento controlarlo todo.

Su epifanía fue mi epifanía. Decidí dejar que el proceso siguiera su curso. Me entregué a Eleanor con confianza y empecé un nuevo ciclo del tiempo que pasamos juntas.

—Tienes que seguir viniendo y tenemos que seguir hablando —me dijo—. Tenemos que hablar y hablar y hablar hasta que unamos todas las piezas.

Creo que parte del problema era que había llegado a un punto en el que no podía soportar que Eleanor supiera tantas cosas sobre mí: los recovecos más oscuros de quién soy, mis experiencias más sagradas, vergonzosas, humillantes, horribles y valiosas. A veces me imaginaba a Eleanor en su casa y pensaba en cómo sería su vida cuando no estaba siendo psicóloga. Me preguntaba qué les contaba de mí a sus amigas, si leía mis artículos o miraba mis redes sociales o me buscaba en Google como yo la busqué a ella la primera vez que recibí una factura con su nombre completo.

Unas semanas más tarde, me preguntó qué pensaba de la terapia y yo revelé que estaba resentida porque no sabía nada de ella. Le dije que entendía que aquel era un intercambio apropiado, pero a veces sentía que

era injusto. ¿Por qué yo tenía que desnudarme todas las semanas y ella podía estar completamente vestida?

—¿Cómo que no sabes nada de mí? —me preguntó sinceramente desconcertada.

—No sé nada de ti como persona.

—Claro que sí —dijo.

—Claro que no, no les podría contar a mis amigas nada sobre ti.

—Vienes aquí todas las semanas y hablamos de amor, de sexo, de la familia, de la amistad, de la felicidad y de la tristeza. Sabes exactamente lo que pienso sobre todas esas cosas.

—Pero no sé si estás casada, no sé si tienes hijos, no sé dónde vives. No sé por dónde sales. No sé si vas al gimnasio —dije pensando específicamente en sus brazos tonificados. Siempre terminaba mirándolos en momentos especialmente difíciles y preguntándome qué pesas usaba.

—¿Y crees que saber alguna de esas cosas te ayudaría a entender quién soy? —me preguntó—. Sabes mucho sobre mí.

Con el tiempo, aprendí la lengua Eleanor. Después de una sesión especialmente lacrimosa, siempre me decía «Cuídate mucho» y ponía énfasis en el *mucho*. Eso significaba «No te cojas un pedo este fin de semana». También sabía que algo no iba bien cuando decía «Ay, madre» después de que le contara algo, pero la peor frase era: «Esta semana he estado preocupada por ti». Cuando me decía que esa semana se había preocupado por mí, significaba que el viernes anterior le había montado un buen espectáculo.

No dejé de temer nunca los viernes, pero empecé a temerlos cada vez menos. Eleanor y yo nos reíamos más juntas. Le conté que, a veces, después de una sesión, me iba directa a Pret y me comía un *brownie* en unos cinco segundos o entraba en una tienda y me compraba alguna chorrada de diez libras que no necesitaba para nada. Me dijo que era porque me preocupaba lo que ella pensara de mí y yo coincidí con ella. No es natural sentarse en una sala pequeña con alguien que no forma parte de ninguna otra esfera de tu vida y contarle todas tus historias, crudas y sin censurar, las que nunca has pronunciado en voz alta, las que nunca le has contado a nadie, puede que ni siquiera a ti misma. Sin embargo, cuanto mejor me ponía, menos

juicios proyectaba en ella. Su verdadera naturaleza empezó a tomar forma ante mis ojos: la de una mujer que estaba de mi lado.

Cuando una amiga me dijo que era la relación entre terapeuta y paciente lo que sanaba más que el hecho de hablar, lo entendí. Mi sensación de calma y paz crecientes me parecía algo que estábamos construyendo entre las dos, como un fisio que refuerza un músculo. Yo llevaba una pequeña parte de ella conmigo y estoy segura de que será así siempre. El trabajo que hicimos me ayudó a desarrollar una nueva comprensión de mí misma que nunca podré borrar ni enterrar. Así lo llamaba ella: *el trabajo*. Y eso era lo que siempre parecía. El tiempo que pasaba con Eleanor era exigente, angustiante y complicado. No me dejaba pasar ni una. Me hacía pensar en qué papel había tenido yo en todo. A veces intentaba recordar un tiempo en el que mi comportamiento no tenía consecuencias; después de las tardes de viernes especialmente difíciles, me preguntaba cómo sería la vida si no hubiera decidido hacer aquella introspección. ¿Hubiera sido más fácil simplemente seguir siendo la capulla borracha que iba en un taxi a toda velocidad por la M1 a las cuatro de la madrugada, una persona cuyo comportamiento nunca se examinaba, sino que se aparcaba a un lado para repetirlo el fin de semana siguiente?

A Eleanor le encantaba decirme que la vida es una mierda. Me lo decía todas las semanas. Me decía que la vida iba a decepcionarme. Me recordaba que no había nada que pudiera hacer para controlarla. Esa inevitabilidad me relajaba.

Cuando llegamos a nuestro primer aniversario, nuestras conversaciones empezaron a fluir con familiaridad y facilidad. Me recomendaba libros que pensaba que me serían útiles; casi siempre me decía «Adiós» en lugar de «Cuídate mucho»; dejó de decir «Oh, no» con un tono preocupado cuando le contaba historias y empecé a oír con cierta frecuencia un «¡Vaya, eso suena genial!» que decía con una alegría sincera. Un viernes, me quedé sin cosas que contarle.

No sabía exactamente cuánto tiempo quería pasar allí ni lo libre que quería sentirme, pero sabía que, cuanto más tiempo pasaba allí, más cosas se arreglaban. Hablando conseguí cierta armonía, justo como ella había predicho. Uní los puntos, presté atención a los patrones. Lo que decía

empezó a conectarse con lo que hacía. Disminuyó la distancia entre cómo me sentía por dentro y cómo me comportaba. Aprendí a reflexionar sobre los problemas, a mirar en profundidad hacia el interior, aunque fuese incómodo, en lugar de huir a las Hébridas Exteriores de la experiencia cuando las cosas no iban bien. Bebía cada vez con menos frecuencia y, cuando lo hacía, la intención era la celebración más que la huida, de modo que los resultados nunca eran desastrosos.

Me sentí más estable, más fuerte. Las puertas de mi interior se abrieron una a una, saqué toda la mierda que tenía en esas habitaciones y le hablé a Eleanor de cada uno de los trozos de inmundicia que encontré. Luego lo tiré todo. Sabía que cada habitación que abría me acercaba más a tener un sentido de la identidad, una sensación de calma. A la sensación de estar en mi casa.

12 de junio

Querida Dolly Nosequé Alderton:

¡Enhorabuena! Has conseguido una invitación para la boda de Jack Harvey-Jones y Emily White. Te felicitamos por haber llegado tan lejos. Llegaste a la final para conseguir tanto una invitación para la boda en sí como para el banquete, igual que Rose, la prima de Emily. Al final, te elegimos a ti porque eres escandalosa y bebes mucho, por lo que hemos pensado que podrías darle vidilla a la mesa de amigos introvertidos de Jack de la London School of Economics. Ahora Rose solo vendrá al banquete, pero no pasa nada, porque ella no nos invitó a nosotros a su boda cuando ella y su marido se casaron *de improviso*, y Rose tiene una marca de nacimiento prominente en la cara y nos fastidiaría las fotos con luz natural de todos modos.

Así que, ¡redoble de tambores, por favor! El señor Keith White y su señora tienen el placer de pedirte que los acompañes en el enlace de su hija Emily con el señor Jack Harvey-Jones en el valle de Nosedonde.

(Ya sé que es muy raro lo de «el señor Keith White y su señora», pero los padres pijos de Jack han insistido en que eso es lo que se tiene que escribir, y ellos nos pagan la bebida de la recepción, así que no nos apetece discutir con ellos por esto).

Recibe una invitación cordial para ver al padre de Emily entregarle a su hija a otro hombre, que la recibirá con entusiasmo, como si se tratara de la venta de un coche de segunda mano. Cuando las amigas feministas radicales de Emily le pregunten sobre ello, Emily mentirá y les dirá que es algo que la Iglesia les ha obligado a hacer y que no hemos tenido elección. Agradeceríamos que siguieras con esta línea de explicaciones.

Te lo pedimos por favor, no nos regales nada, solo tu presencia. Bueno, vale, si te EMPEÑAS EN INSISTIR, puedes elegir un detallito de nuestra lista de bodas de Liberty, donde tendrás el privilegio de escoger algo banal, como una ensaladera de cincuenta centavos, o lujoso, como un conejo gigante de porcelana que lleva sombrero de copa. De verdad, tú eliges.

También puedes donar algo a una ONG, nos da igual cuál, solo hemos pensado que estaría bien sugerirlo. (¡¡Por favor, que alguien nos compre el Chesterfield para el salón!!)

Somos conscientes, Dolly Nosequé Alderton, de que eres una mujer soltera con un sueldo anual de 30.000 libras como máximo, mientras que nosotros, entre los dos, tenemos unos ingresos anuales de 230.000 libras. También sabemos que vivimos en un piso de 700.000 libras en Battersea, cuya entrada cubrieron nuestros padres por completo, mientras que a ti te cuesta reunir 668 libras cada mes para pagar el alquiler. Siguiendo esta lógica, hemos pensado que tiene sentido que tú seas la que nos regale a nosotros cosas caras para adornar nuestra casa, que ya está totalmente amueblada.

No, en serio, queremos que vengas, así que no te preocupes por lo del regalo, ni por lo de la ONG, ni por nada. Si apareces con las manos vacías, simplemente haremos comentarios crueles sobre ello durante un año entero cuando quedemos a cenar con nuestros amigos en común y tú no estés. Y, en realidad, eso nos va bien, porque necesitamos seguir hablando de la boda hasta que nos quedemos embarazados. Así que esperamos que tu decisión egoísta de no celebrar nuestro amor con un utensilio de cocina de Le Creuset nos dé suficiente material como para sacar el tema en todas las conversaciones hasta que podamos empezar a hablar de trimestres y de partos acuáticos. Muchas gracias.

¡Pasemos a la bebida! Todos los invitados recibirán una copa de champán/vino blanco espumoso sin identificar en una copa de champán al llegar. Después de eso, me temo que cada uno se tendrá que pagar las bebidas. Intentamos que el presupuesto de 75.000 libras para la boda nos diera para pagarle la bebida a 120 personas, pero no ha podido ser. ¡Malditas bodas!

Encontrarás adjuntos los detalles de un hostel desorbitadamente caro que todos nosotros recomendamos encarecidamente —es el lugar en el que hemos celebrado numerosas y maravillosas comidas de domingo—, pero no te sientas presionada para quedarte ahí a dormir, puedes alojarte donde quieras en el pueblecito remoto en el que nos casamos.

¡Disfrútalo y date prisa para reservar habitación!

Pues nada, nos vemos allí. Ah, por cierto, sabemos que a todas las personas a las que conoces les hemos dicho que traigan a un acompañante porque tienen pareja. Y no, no conocemos ni a la mitad de las parejas, pero hemos pensado que estaría bien que estuvieran allí con alguien. Por desgracia, a ti no se te permite disfrutar de ese mismo apoyo (☺) y tienes que venir sola. Lo sentimos, es cosa de números. Por favor, llama al hermano pervertido de Jack, porque creemos que es el único otro invitado soltero. ¡Puede ser divertido venir en tren con él y compartir habitación! Aunque puede que se traiga a la francesa esa que conoció en una conferencia, así que déjanos que lo comprobemos primero.

Etiqueta: de mañana (sea lo que sea eso).

Cómo llegar: la iglesia y el lugar en el que se celebrará el banquete son tremendamente pintorescos, por lo que lo ideal sería no traer coches ese día, porque no queremos estropear las fotos ni la atmósfera tranquila. Recomendamos coger un tren en Londres. La parada más cercana al valle de Nosedonde está a más de treinta y cinco kilómetros. Hay una empresa local de taxis con la que podrás llegar hasta la iglesia, pero, por favor, llama con antelación, porque solo cuentan con tres vehículos.

Otras formalidades: queremos que el rollo de la boda sea muy relajado, así que te animamos a participar en el superdivertido lanzamiento de confeti fuera de la iglesia. **POR FAVOR, NO TRAIGAS TU PROPIO CONFETI.** Habrá una fiambreira de confeti que **REPARTIRÁ ALLISON, LA MADRE DE LA NOVIA**, que lleva secando pétalos de delfinio uno a uno desde hace cuatro años para la ocasión. Los delfinios quedan superbien en las fotos, son más baratos que los pétalos de rosa y también son respetuosos con el medio ambiente (el confeti de papel supondría un peligro para la fauna local, y en el lugar de la celebración nos han dicho que si encuentran **UNA SOLA MOTA DE CONFETI DE PAPEL** en su establecimiento, cancelarán inmediatamente el banquete, les dirán a los empleados del catering que se vayan y no seguiremos con la celebración). Así que espera tu turno y te tocará **UN PUÑADITO** de pétalos (por favor, que sea pequeño, queremos que dé para todo el mundo) para lanzarle a la feliz pareja cuando se presenten al mundo como marido y mujer.

Por favor, cuando confirmes tu asistencia, dinos también cuál es tu canción favorita y el DJ intentará ponerla, pero solo si es *I Would Walk 500 Miles* de The Proclaimers o *Umbrella* de Rihanna.

Tenemos un *hashtag* para las fotos de ese día en Instagram que es **#jemily2016**. Queríamos que fuera solo **#jemily**, pero, por desgracia, es el nombre de una marca de lubricante íntimo, como pudimos comprobar al buscarlo, así que tendremos que conformarnos con **#jemily2016**.

¡Los niños son bienvenidos!

Están terminantemente prohibidos los trajes informales: si no llevas corbata, no entras. Es nuestro día más especial, no una cena con los del críquet.

Si no puedes venir, no te preocupes, haremos otra fiesta más informal en Londres el mes que viene para nuestros amigos de la ciudad con los que no nos llevamos tan bien, pero que salen geniales en las fotos de Instagram. Y, el mes siguiente, celebraremos otra ceremonia y otra fiesta en Austria, de donde viene gran parte de la familia de Jack. Después vamos a bendecir nuestro matrimonio en Ibiza y haremos unas vacaciones grupales a las que estaréis todos invitados. En

resumen, nuestra boda será como la gira de un grupo durante el año que viene, así que encuentra una fecha que te vaya bien y ~~compra ya tu entrada~~ ven.

¡Te mandamos todo nuestro amor y deseamos verte allí!

Besos,

Jack y Emily

P. D.: Sentimos que hayas tenido que pagar dinero por recibir la invitación, teníamos algo de prisa cuando las mandamos y compramos los sellos que no correspondían con el peso de las invitaciones. Eso significa que todos habéis pagado 0,79 libras que se os reembolsarán cuando lleguéis al lugar del banquete. El hermano de Jack, Mark, se encargará de la hucha y estará al lado del arbusto podado en forma de arco de entrada. SIN EL TIQUE NO OS DEVOLVERÁ EL DINERO.

P. P. D.: Sentimos lo de las lentejuelas en forma de corazón que han caído del sobre y se han esparcido por toda la moqueta que habías aspirado hoy mismo.

«HEARTBREAK HOTEL»

Me desperté y tenía tres llamadas perdidas de Farly antes de las siete de la mañana y un mensaje en el que me pedía que la llamara. Antes de que me diera tiempo a marcar su número, me estaba volviendo a llamar. Sabía que no podía ser por algo bueno. Pensé en los últimos dieciocho meses desde que había muerto Florence y en cómo Farly se había alejado de sus amigas más cercanas y había enterrado su luto muy lejos; en que yo había intentado recuperarla, saber qué decir para calmarla; en esos momentos en los que nos reíamos por algo y veía un destello de su antiguo yo y, entonces, las risas se volvían llantos guturales y ella me pedía perdón por no entender muy bien cómo funcionaba su cuerpo o su mente. Egoístamente pensé: «No sé cómo voy a ayudarla a volver a pasar por algo así». Respiré hondo y descolgué el teléfono.

—¿Dolly?

—¿Qué ha pasado?

—No se ha muerto nadie —dijo ella al percibir el pánico en mi voz.

—Vale.

—Es por Scott, creo que lo estamos dejando.

Faltaban ocho semanas para la boda.

Farly estaba sola en el piso cuando llegué allí una hora más tarde. Scott se había ido a trabajar y, a ella, su jefa le había dado unos días libres por pena. Me contó la conversación que habían mantenido la noche anterior palabra por palabra. Me dijo que no lo había visto venir, que, en ese momento, la boda era la menor de sus preocupaciones y que haría lo que fuera por salvar la relación. Su padre y su madrastra estaban en su casa de Cornwallles pasando el fin de semana y decidimos ir allí en coche para que ella y Scott tuvieran tiempo y espacio para pensar.

Planeamos lo que ella quería decirle a él por teléfono. Me pidió que me quedara en la misma habitación que ella cuando él llamara. Estaba hecha un

manejo de nervios y quería tenerme a la vista para tranquilizarse. Me senté en el sofá mientras ella paseaba por todo el piso hablando por teléfono y observé aquella habitación que compartían, la vida que habían construido juntos. Había una foto de ellos a sus respectivos veinte y veintitantos años abrazándose con cariño y otra de las últimas vacaciones que habían pasado con Florence. Estaba allí la alfombra de un tono naranja otoñal que les había ayudado a recoger de la tienda, el sofá en el que los tres nos habíamos quedado tirados bebiendo vino tinto hasta el amanecer viendo los resultados de las elecciones en la tele. La letra de Morrissey que les compramos cuando se prometieron estaba colgada en la pared.

Yo tenía un pensamiento extraño y complicado en la cabeza. Durante muchos años, no había querido más que eso. Había esperado que, en algún momento, uno de ellos dejara de querer al otro; siempre hablaríamos bien de Scott, su primer amor, y yo recuperaría a mi mejor amiga. Sin embargo, ese momento había llegado y yo solo sentía una tristeza desgarradora y mucha pena por ella. Habían pasado por muchas cosas juntos y yo quería desesperadamente que lo arreglaran.

Todos habíamos pensado en la boda que Scott y Farly estaban a punto de celebrar como si fuera una especie de masilla que iba a rellenar el vacío que se había creado en su familia. Siempre que la familia o alguna de nuestras amigas hablaba de cómo sería ese día, todos coincidíamos en que estaría lleno de una gran felicidad y de una tristeza inevitable, pero que, sin duda, marcaría el inicio de un nuevo capítulo en sus vidas. Era un comienzo más que un final.

Después de la muerte de Florence, yo me había tomado el papel de madrina con la misma seriedad que si hubiera recibido el título de caballero. AJ, Lacey y yo organizamos una despedida de soltera con la ambición y la escala de la ceremonia de apertura de unos Juegos Olímpicos. Después de meses y meses de suplicar y negociar, un hotel del este de Londres nos dejó la sala de fiestas de la azotea, desde la que se veía la ciudad, por un precio muy rebajado para que organizáramos una gran cena. Contraté al Coro de Hombres Gais de Londres para que vinieran a cantarle un repertorio sorpresa de canciones relacionadas con las bodas a Farly llevando camisetas con su cara impresa. Creé un coctel llamado Farly junto a un coctelero. Pedí

la silueta de cartón de un hombre a escala real por Amazon y le pegué una foto de la cara de Scott para que la gente pudiera fotografiarse con él. Grabé decenas de vídeos en los que la gente le deseaba buena suerte con el matrimonio para proyectarlos por la noche y sorprenderla como si estuviera en *¡Sorpresa, sorpresa!* Entre esos vídeos estaba el de Dean Gaffley, que fue actor en la telenovela *EastEnders* en los años noventa; el de dos participantes de *Made in Chelsea*, el programa en el que yo trabajé; el del chico con el que había perdido la virginidad y el del dueño de la tintorería a la que iba.

Volví a centrarme en la conversación que estaba manteniendo con Scott.

—Puede que la boda se haya hecho demasiado grande —dijo Farly—, ¿no? Puede que se nos haya ido de las manos. Igual necesitamos olvidarnos de todo eso y centrarnos en nosotros.

En ese preciso instante, recibí un correo de la oficina del miembro del Parlamento de la circunscripción de Farly.

Estimada Dolly:

Gracias por escribirnos. Andy estará encantado de ayudarte. ¡Parece que estás dejándote la piel para que tu amiga tenga una despedida muy especial! ¿Podrías pasarte por la oficina de la campaña electoral de Andy el lunes a las 11:30 de la mañana para grabar el mensaje?

Si no te viene bien, le echaré un vistazo a su agenda para encontrar otro día.

Un saludo,

Kristin

Lo eliminé sin decir nada.

Fuimos en coche a mi casa, metí un par de cosas en una bolsa y les mandé un mensaje a India y a Belle diciéndoles que Farly tenía anginas, que Scott no estaba y que me iba a cuidarla unos días. Me sentí mal por mentirles, pero, como todo seguía tan en el aire y no habían tomado ninguna decisión, era mejor no ser demasiado específica para que no le hicieran preguntas. Programé una respuesta automática en el correo electrónico y nos fuimos a Cornualles en su coche.

Habíamos hecho juntas ese trayecto muchas veces —M25, M4, M5— para pasar las vacaciones en la casa de Cornualles, para irnos juntas de viaje

en coche en verano cuando teníamos dieciséis y diecisiete años y para ir y volver de Londres cuando estudiábamos en Exeter. Farly tenía una rigurosa clasificación de todas las estaciones de servicio de la autopista según su oferta de cosas para picar y le gustaba examinarme respecto a su orden de preferencia (Chieveley, Heston, Leigh Delamere).

Era extraño, pero parecía que hacer un viaje largo en coche era lo que más necesitábamos en ese momento. Su vehículo era el hogar de nuestra relación cuando éramos adolescentes. Durante aquellos años en los que yo estaba tan desesperada por ser adulta, el carné de conducir de Farly era nuestro pasaporte a la libertad. Fue nuestra primera casa compartida, nuestro refugio del resto del mundo. Había un mirador en una colina de Stanmore desde el que se podía ver la ciudad centelleante como si fuera Oz. Íbamos allí en coche después del colegio y compartíamos un paquete de cigarrillos Silk Cut y un bote de Ben & Jerry's escuchando Magic FM.

—¿Qué ves al mirar la ciudad? —me preguntó una vez unas semanas antes de terminar el colegio.

—Veo a todos los chicos de los que me voy a enamorar y los libros que voy a escribir y los pisos en los que voy a vivir y los días y las noches que tenemos por delante. ¿Y tú?

—Algo que me da mucho miedo —respondió.

El viaje (de cinco horas) nos pareció aún más largo de lo normal. Quizás fue porque no estaba acompañado de cháchara o de la radio o de nuestro CD rayado de Joni Mitchell, pero el silencio no era silencio. Podía oír el ruido en la cabeza de Farly. Dejamos su móvil en el salpicadero y las dos esperábamos que Scott llamara y dijera que había cometido un terrible error. Cada vez que se encendía el teléfono, sus ojos bajaban un segundo de la carretera a la pantalla.

—Mira a ver qué dice —me pedía enseguida.

Siempre era un mensaje de una de nuestras amigas deseándole que se recuperara de las anginas y preguntándole si quería que fueran a su casa a traerle sopa y revistas.

—Joder —dijo, y consiguió soltar una risa débil—. Hemos estado los últimos seis años escribiéndonos constantemente para decirnos cosas sin importancia y ahora lo único que quiero desesperadamente es que me

escriba, y lo único que recibo son mensajes de apoyo para que me recupere de una enfermedad falsa.

—Por lo menos sabes que te quieren —le dije para consolarla.

Hubo otro silencio tenso.

—¿Qué voy a decirle a todo el mundo? —me preguntó—. A todos los invitados.

—Aún no tienes que pensar en eso —le respondí—. Y, si se presenta la situación, no tendrás que decirle nada a nadie. Yo lo haré todo por ti.

—No sé cómo podría sobrevivir a esto sin ti —me dijo—. Mientras te tenga a ti, todo irá bien.

—Estoy a tu lado —le contesté—. No me iré a ningún sitio. Estaré a tu lado para siempre, tía. Y lo superaremos juntas todo, pase lo que pase.

Le cayeron las lágrimas por las mejillas y siguió mirando de frente, a la oscuridad de la M5.

—Siento haberte hecho sentir que eras el segundo plato, Dolly.

Cuando llegamos, justo después de medianoche, Richard y Annie estaban esperándonos. Hice té —la semana después de que Floss muriera aprendí exactamente cómo tomaba cada uno el suyo, era la única cosa útil que podía hacer— y nos sentamos en el sofá a hablar de todo lo que se había dicho y de todos los posibles resultados.

Farly y yo nos acostamos en la misma cama con la luz apagada.

—¿Sabes cuál es la verdadera tragedia de todo esto?

—Dime —me dijo.

—Que Lauren y yo por fin habíamos bordado los acordes y las armonías de *One Day Like This* para la ceremonia.

—Ya, ni me hables de eso. Me encantó la grabación que me mandaste.

—Y, encima, el cuarteto de cuerda acababa de confirmar que podía hacer la intro.

—Ya, ya lo sé.

—En realidad, puede que sea algo bueno —le dije—. Creo que la gente ahora piensa en los montajes de *Factor X* cuando oye esa canción.

—¿Vais a perder dinero por la despedida de soltera?

—No te preocupes por nada de eso —le dije—. Ya lo arreglaremos.

Hubo un silencio en la oscuridad y esperé a que pronunciara la siguiente frase.

—Cuéntamelo —dijo—. Estoy segura al noventa por ciento de que no la celebraremos, así que cuéntame lo que íbamos a hacer y punto.

—¿No te pondrás triste?

—No, me alegrará saberlo.

Le conté el fin de semana que había planeado para ella. Le conté todos los detalles absurdos. Ella se quejaba como una niña a la que no le dejan comer chucherías. Vimos en mi móvil los vídeos de los actores menos famosos del Reino Unido desearle lo mejor.

—Gracias por planearlo —me dijo—. Habría sido genial. Me habría encantado.

—Lo volveremos a hacer todo por ti.

—No volveré a casarme.

—No lo sabes. Y, si no te casas, me limitaré a copiar todos esos planes para celebrar un cumpleaños. Será un cuadragésimo cumpleaños genial. — La oí respirar profunda y lentamente. Años de compartir cama y de discutir porque se quedaba dormida antes de que terminaran las películas me habían enseñado que eso significaba que se estaba durmiendo—. Despiértame por la noche si necesitas algo.

—Gracias, Dolly. A veces me gustaría que pudiéramos ser pareja —dijo soñolienta—. Todo sería más fácil.

—Ya, pero me temo que no eres mi tipo, Farly.

Se rio y, a continuación, se puso a llorar. Yo le acaricié la espalda y no dije nada.

Pasamos los días siguientes dando largos paseos, hablando de los mismos detalles de la última conversación que habían mantenido una y otra vez, intentando descubrir qué era lo que había salido mal. Yo hice té que Farly no se bebió y veíamos la tele mientras ella tenía la mirada perdida en la distancia. Al cabo de unos días, tuve que volver a Londres por trabajo. Un

par de días más tarde, Farly también volvió a la ciudad y ella y Scott quedaron en un parque para pasear y hablarlo todo.

La mañana que habían quedado, yo no me podía concentrar en nada y tenía los ojos pegados al móvil como si fuera una tele, esperando a que ella me escribiera. Al final, después de tres horas, decidí llamarla. Ella descolgó antes de que terminara el primer tono.

—Se acabó —dijo deprisa—. Dile a todo el mundo que se cancela la boda. Luego te llamo.

Se hizo el silencio.

Llamé a nuestras amigas más cercanas. Todas se quedaron muy impactadas. Redacté con sumo cuidado un mensaje explicando que se cancelaba la boda y se lo mandé a los invitados del lado de Farly. Y ya estaba hecho. La boda se había esfumado con un correo copiado y pegado y unas cuantas llamadas. El día, su futuro, su historia habían terminado. Desmantelé cada uno de los elaborados componentes que conformaban su despedida, que iba a ser en menos de un mes, y lo cancelé todo. Todas las personas a las que llamé, que ya sabían que la boda se había tenido que posponer por una tragedia familiar, no supieron decir más que que lo sentían.

Farly se fue del piso el día que hablaron y se mudó con Annie y Richard en la casa familiar a unos cuantos kilómetros de distancia. Yo fui allí con los ahorros de positividad en números rojos; mi cuenta corriente de clichés alentadores se había quedado al descubierto.

—Me siento como si estuviera en la cárcel por algo que no he hecho —me dijo—. Siento que mi vida está por ahí y yo estoy encerrada aquí y me dicen que no puedo ir a por ella. Quiero recuperar mi vida.

—Lo harás. No estarás así para siempre, te lo prometo.

—Estoy maldita.

—No —le dije—, no estás maldita. Has tenido una temporada horrible, desastrosa e insoportable de mala suerte. Has vivido más momentos oscuros en dieciocho meses que los que mucha gente vive en toda su vida, pero te espera un camino lleno de luz... Tienes que aferrarte a eso.

—Eso es lo que todo el mundo decía cuando murió Florence. No creo que pueda aguantar mucho más.

Con el apoyo de todo el mundo, Farly volvió a trabajar inmediatamente y nuestras amigas pusieron en marcha una operación militar para tenerla distraída. Aunque fue la época en la que más tiempo pasamos juntas desde que éramos adolescentes, yo le mandaba una postal cada dos días para que se encontrara algo bonito al volver a casa del trabajo. Las damas de honor se la llevaron a pasar un fin de semana de beber vino y cocinar en el campo cuando teníamos que haber celebrado la despedida. Yo reservé unas vacaciones en Cerdeña para la semana de su boda. Nos turnamos para pasar las tardes con ella al salir del trabajo durante el mes después de que rompieran; no hubo una noche en la que por lo menos una de nosotras no estuviera con ella. A veces hablábamos de lo que le pasaba y a veces solo nos sentábamos a comer comida libanesa para llevar y a ver telebasura. Quien quedaba con ella nos mandaba un mensaje a las demás para ponernos al día sobre cómo estaba y quedar en quién iría a verla al día siguiente. Éramos un grupo de cuidadoras, de enfermeras de guardia. Nuestro botiquín de primeros auxilios estaba compuesto de Maltesers y capítulos de *realities*.

Ese momento me hizo reparar en la cadena de apoyos que mantiene a flote a una persona que sufre. La persona que está en medio de una crisis necesita el apoyo de su familia y sus mejores amigos, y esas personas, a su vez, necesitan apoyo de sus amigos, parejas y familia. E incluso puede que esas personas que se encuentran a dos eslabones de distancia necesiten hablar con alguien sobre el tema. Hace falta un pueblo entero para curar un corazón roto.

Fui con Farly hasta su piso y esperé en el coche mientras ella recogía más pertenencias y tenía una última discusión con Scott. Pusieron el piso a la venta. Farly deshizo las maletas en su cuarto de la infancia. Era una estancia más que temporal, pero no iba a ser para siempre.

La primera vez que vimos un rescoldo de la vieja Farly fue un domingo completamente desastroso en el que lle a mis amigas para hacernos una sesión de fotos de una cena falsa. Las fotos acompañarían a un artículo que había escrito para la sección de cultura de un periódico importante sobre la muerte de las cenas tradicionales de amigos y el editor quería una foto mía «recibiendo a mis invitados» en mi piso. Yo le había advertido que ese día no podía venir ningún amigo, solo amigas, y él, algo reticente, había dicho

que una cena de chicas podía estar bien. Sin embargo, cuando llegó el fotógrafo, pareció que tenía nuevas instrucciones para asegurarse de que salían hombres en la foto.

Farly, que había estado bebiendo vino blanco desde que había llegado al mediodía, fue por mi calle llamando puerta por puerta para encontrar a un vecino que estuviera dispuesto a salir en las fotos, pero no tuvo éxito. Mientras tanto, Belle y AJ fueron en coche al *pub* de la zona, entraron, hicieron sonar una copa para captar la atención de todo el mundo e hicieron un discurso vago en el que dijeron que buscaban un puñado de hombres que quisieran que les tomaran fotos a cambio de un poco de cordero asado a baja temperatura y de salir en el periódico.

—Si os interesa —gritó Belle—, os esperamos fuera, en el Seat Ibiza rojo.

Cinco minutos más tarde, un grupo de hombres sudorosos y ebrios de treinta y cuarenta años salieron andando con dificultad del *pub* y entraron en el coche.

Cuando estábamos todos apretujados alrededor de la mesa redonda, brindando e intentando hacer como si fuéramos viejos amigos, se hizo evidente que uno de los caballeros estaba mucho más borracho que los demás y se comía el cordero asado con las manos como si fuera un emperador romano. El fotógrafo estaba de pie en una silla para que toda mi concurrida sala de estar cupiera en la foto. Se rompió una lámpara y uno de los hombres empezó a pedir a gritos más vino. Éramos una mezcla bastante absurda de gente corriendo de un lado a otro con una energía frenética y rompiendo cosas.

—Esto es un desastre —les murmuré a las chicas.

—Pues yo no creo que lo sea para nada —gritó Farly borracha—. El chico con el que llevaba siete años me dejó tirada hace un mes, ¡así que me parece que esto va sobre ruedas! —El fotógrafo me miró buscando una confirmación y hasta el emperador borracho paró de masticar—. ¡Chinchín! —dijo ella alegremente levantando la copa hacia nosotras.

Pronto aprendimos a lidiar con ese tipo de bromas bomba que se convirtieron en algo familiar y muy frecuente en nuestras conversaciones con Farly. No podíamos entrar en el juego, porque no sabíamos dónde

acababa el humor negro y empezaba la crueldad, pero tampoco podíamos ignorarla. Solo había que reírse fuerte.

Nos fuimos a Cerdeña unos días antes del que habría sido el día de la boda de Farly. Aterrizamos tarde y fuimos al noroeste de la isla en un coche de alquiler sin asegurar. Fuimos subiendo con cuidado por las carreteras del litoral con el mismo disco de Joni Mitchel que habíamos puesto en nuestro primer viaje en coche hacía más de diez años. En aquel momento, una relación nos parecía de lo más inalcanzable, por no hablar de una boda cancelada.

Nos alojamos en un hotel normalito que tenía piscina, bar y una habitación con vistas al mar; eso era todo lo que queríamos. Farly, la chica a la que le encantaba el colegio y se había convertido en maestra, es y siempre ha sido una criatura de costumbres, y pronto creamos nuestra propia rutina allí. Nos levantábamos temprano cada mañana, nos íbamos directas a la playa, donde hacíamos algo de ejercicio con aquella luz radiante y blanca del sol de la mañana y, luego, nos bañábamos antes de ir a desayunar. Bueno, yo me bañaba. Farly se sentaba en la arena y me miraba. Una cuestión en la que yo y Farly chocábamos era en bañarnos al aire libre. Yo me quito la ropa a la mínima que veo una masa de agua a cielo descubierto en la que me pueda bañar, mientras que Farly se baña únicamente en piscinas cloradas.

—¡Venga! —le grité una mañana en la que el mar estaba en calma y tibio como el agua de una bañera—. ¡Tienes que entrar! Se está genial.

—Pero ¿y si hay peces? —me gritó ella con una mueca.

—¡No hay peces! —vociferé yo—. Bueno, puede que haya algunos.

—Sabes que me dan miedo —me respondió con un bramido.

—¿Cómo pueden darte miedo si te los comes?

—No me gusta pensar que están nadando a mi alrededor por ahí abajo.

—Joder, tía, eso es de estirada de zona residencial de las afueras —le grité—. No puedes perderte tantas cosas en la vida por querer comprar solo en centros comerciales porque tienes miedo de que la lluvia te estropee el peinado y querer meterte solo en piscinas porque te dan miedo los peces.

—Es que somos de las afueras, Dolly. Es lo que somos.

—¡Venga! ¡Es natural! ¡Es la piscina de Dios! ¡Además, es curativo! ¡Dios está en el mar!

—¡Si hay algo que tengo claro —dijo levantándose y limpiándose la arena de las piernas— es que Dios no existe, Doll! —Lo gritó con alegría y se metió chapoteando en el mar.

Nos pasábamos la mañana leyendo y escuchando música y, al mediodía, tomábamos la primera copa. Nos pasábamos media tarde echando la siesta bajo el sol, luego nos duchábamos y sacábamos a pasear el moreno y a cenar por el pueblo. Después volvíamos al hotel, bebíamos *amaretto sours* en la terraza bajo la manta de calor nocturno, jugábamos a las cartas y, algo bebidas, les escribíamos postales a nuestras amigas.

El día de la boda, Farly ya estaba despierta antes de que yo me levantara. Estaba mirando el techo.

—¿Estás bien? —le pregunté en el momento en el que abrí los ojos.

—Sí —dijo dándose la vuelta y cubriéndose entera con la sábana—, solo quiero que pase el día.

—Hoy será uno de los peores días —le dije—. Y luego se habrá acabado. A medianoche, ya habrá pasado. Y ya no tendrás que volver a vivirlo.

—Sí —dijo bajito.

Me senté al borde de su cama.

—¿Qué quieres hacer hoy? —le pregunté—. He reservado mesa en un restaurante para esta noche. Es uno de esos que tienen reseñas increíbles en Trip Advisor, con fotos asquerosas de la comida en primer plano como si fueran una escena del crimen.

—Guay —dijo con un suspiro—. Creo que quiero ser una sosa y quedarme en una tumbona.

Nos pasamos casi todo el día en silencio, leyendo y con un auricular cada una para escuchar *podcasts* juntas. A veces, ella miraba a su alrededor y decía cosas como: «Ahora estaría desayunando con las damas de honor» o

«Ahora, seguramente, me estaría poniendo el vestido». A media tarde, cogió el teléfono y miró la hora.

—Las cuatro menos diez en Inglaterra. Dentro de diez minutos exactamente me estaría casando.

—Sí, pero, por lo menos, estás en la bella Italia tomando el sol en lugar de llegar flotando por un lago con tu padre bajo la lluvia de Oxfordshire.

—En realidad no iba a llegar en góndola —me dijo exasperada—. Solo te lo comenté como una posibilidad, porque los organizadores me dijeron que lo habían hecho otras novias.

—Pero pensaste en hacerlo.

—No, qué va.

—Sí que lo pensaste, porque, cuando me lo contaste, oí en tu voz que esperabas que te dijera que me parecía buena idea.

—¡Qué va!

—Hubiera sido superincómodo: todo el mundo mirándote mientras te acercas flotando por un lago con un vestido enorme y alguien tira de ti para sacarte de allí y el marinero haciendo ruidos con los remos.

—No hubiera habido marinero —dijo con un suspiro—. Y no iba a remo.

Fui a la barra y pedí una botella de *prosecco*.

—Vale —dijo mientras servía el espumoso frío en dos copas de champán de plástico de las que estaban permitidas en la piscina—, ahora estarías pronunciando los votos. Creo que es un buen momento para hacer unos.

—¿Para quién?

—Para nosotras mismas y para la otra.

—Vale —dijo poniéndose las gafas de sol de diadema—. Tú primero.

—Prometo no juzgar tu forma de llevar todo esto cuando volvamos a casa —dijo—. Si quieres tener una gran fase de anfetamidas y sexo esporádico, no pasa nada. Si te encierras en casa un año, tampoco pasa nada. Te apoyaré hagas lo que hagas, porque no puedo imaginar cómo tiene que ser perder a las personas a las que has perdido.

—Gracias —me dijo. Tomó un sorbo de *prosecco* y se paró un momento para pensar—. Prometo que siempre te dejaré crecer. Nunca te diré que sé

quién eres en realidad solo porque nos conocemos desde que éramos niñas. Sé que estás pasando por un periodo de grandes cambios y no haré otra cosa que darte ánimos.

—Ese ha sido bueno —dije brindando con ella—. Vale, prometo que siempre que tengas algo entre los dientes te lo diré.

—Sí, siempre.

—Sobre todo cuando nos hagamos viejas y las encías empiecen a recular. Ahí es cuando las verduras de hoja se te quedan atrapadas.

—No me hagas deprimirme más de lo que estoy ya —me dijo.

—Haz un voto para ti misma.

—Prometo no dejar de ver a mis amigas si me vuelvo a enamorar —dijo—. Nunca olvidaré lo importantes que sois y lo mucho que nos necesitamos las unas a las otras.

Durante lo que habría sido el banquete tras la boda de Farly, cogimos un taxi que nos llevó a un restaurante en una colina desde el que se veía el mar.

—Ahora estarías dando tu discurso —me dijo—. ¿Lo habías escrito ya?

—No —respondí—. Cuando me enfadaba un poco o me ponía sentimental escribía trozos en las notas del iPhone, pero no lo había redactado aún.

—Me pregunto si habría sido feliz todo el día o si me hubiera estresado en algún momento.

Me vino a la cabeza un artículo que había leído sobre la muerte prematura cuando murió Florence en el que una columnista aconsejaba a un padre que pasaba por un duelo que no pensara en la vida que habría vivido su hijo adolescente si no se hubiera muerto en un accidente de coche. Esa fantasía, decía, era un ejercicio de tortura más que de consuelo.

—¿Sabes qué? Esa vida no se está desarrollando en otra parte —le dije—. No existe en una realidad paralela. Tu relación con ese hombre duró siete años. Y eso es todo, no hay más.

—Ya lo sé.

—Tu vida es esta, el presente. No vas a vivir una versión cutre de la otra.

—Ya, supongo que es mejor no obsesionarse con lo que podría haber sido.

—No lo pienses como si fuera *Dos vidas en un instante*.

—Me encanta esa peli.

—Pero menos mal que la vida no es así, porque a nadie le quedaría bien el rubio con el corte de pelo que llevaba Gwyneth Paltrow en esa peli.

—Yo parecería Myra Hindley, la asesina en serie —dijo Farly, inexpresiva, e hizo un gesto para pedir otra botella de vino—. ¿Tenías dudas sobre mi relación?

—¿De verdad lo quieres saber?

—Sí, de verdad —dijo—. Total, ya no importa, y me gustaría mucho saberlo.

—Sí —dije—, terminé queriéndolo de verdad y al final pensaba que había un futuro en el que podías ser muy feliz, pero sí, siempre tuve dudas.

Miró por la ventana el sol poniente, que rozaba el horizonte azul marino del Mediterráneo como un albaricoque perfecto que mantenía el equilibrio sobre una balda.

—Gracias por no habérmelo dicho nunca.

El mar se tragó el sol y el cielo se volvió poco a poco de un azul oscuro y después negro, como si lo controlara un regulador de luz. Desde ese día, ningún otro volvió a ser tan malo.

Después de pasar juntas una semana, fuimos con el coche a otro pueblo de la costa en el que nos reunimos con Sabrina y Belle. Las vacaciones continuaron con un ambiente muy parecido: bebimos Aperol, jugamos a las cartas, nos tumbamos en la playa... Un día, Belle y yo salimos del apartamento a las seis de la mañana, nos quitamos la ropa y nos bañamos desnudas a la luz del amanecer. Farly tuvo días buenos y días silenciosos durante la última semana, cosa que era de esperar. Hablamos todas mucho de lo que había pasado, la razón subyacente de aquellas vacaciones, pero también empezamos a hablar más del futuro que del pasado, de dónde iba a vivir, de cómo sería su nuevo día a día... En aquellos quince días, pareció que mudaba una de sus pieles de melancolía. Una noche, se emborrachó tanto —más de lo que se había emborrachado desde que éramos adolescentes— que empezó a tirarle la caña al encargado de un restaurante del pueblo que parecía un John Candy italiano de sesenta y tantos. Ese era

uno de los comportamientos más indicativos de que empezaba a pasar página y entraba en una fase nueva de la superación de la ruptura.

Todo fue diferente cuando volvimos a Londres. Cuando Farly cumplió veintinueve, habían pasado tres meses desde la mañana en la que me desperté y tenía tres llamadas perdidas. Nos pareció un hito y lo celebramos como toca. Fuimos a cenar a uno de nuestros *pubs* favoritos y, luego, salimos a bailar por ahí. Farly se puso el vestido que yo le había encontrado para la despedida de soltera que nunca se celebró. Era negro, con una raja a cada lado, y dejaba ver un tatuaje que se hizo a los diecinueve, un error impulsivo y desastroso que cometió en una tienda de tatuajes de Watford. Eran dos estrellas, una pintada de rosa y la otra de amarillo, lo que había sido una mala decisión («¿Una judía con una estrella amarilla tatuada? ¡Por favor!», le dijo su madre, desesperada).

La tarde del día de su cumpleaños fue a otra tienda de tatuajes a enmendar su error de hacía una década. Le pintaron las estrellas de negro y puso una F al lado de una por Florence y una D por mí. Era un recordatorio de que, por más que perdamos, por muy incierta e impredecible que se vuelva la vida, algunas personas están a tu lado para siempre.

ME CAPTÓ UN GURÚ

A principios del verano de la ruptura de Farly, me pidieron que escribiera un artículo para una revista sobre los peligros de querer complacer a todo el mundo. El editor para el que trabajaba me sugirió que hablara con un hombre que acababa de publicar un libro sobre el tema. Se llamaba David y tenía casi cincuenta años, era un actor convertido en escritor. Lo busqué en Google antes de hablar por teléfono y vi que era muy guapo: piel aceitunada, pelo algo canoso, ojos marrones amables... Su editor me mandó un PDF del libro y era una lectura frustrantemente buena. Su trabajo se centraba en la necesidad humana de tener aprobación y en cómo esta reduce la felicidad. Cuando lo leía, parecía que algo —o alguien— me agarraba por los hombros con unas manos fuertes que inspiraban confianza y me daba una gran sacudida repentina que me hacía mucha falta.

Nos mandamos correos durante un tiempo y concertamos un día y una hora para hablar. Tenía una voz grave y tenue, con una pronunciación mucho más marcada y teatral de lo que yo me había imaginado. Su rollo parecía ser el de un *hippie* total, pero hablaba como un actor del elenco de la Royal Shakespeare Company. Le pregunté por el libro y por las cosas que me habían marcado. Él me contó que, cuando somos niños, nos dicen constantemente que refrenemos nuestro comportamiento. Me explicó que el hecho de que nos digan que no seamos mandones o fanfarrones o unos sabiondos levanta barreras alrededor de ciertas partes de nuestra personalidad y, cuando somos adultos, tenemos miedo de volver a esos lugares. En vez de eso, escondemos esas partes de nosotros, las partes que son oscuras o llamativas o excéntricas o retorcidas, por miedo a no gustar a los demás. Según él, esas partes de nosotros son las más bellas.

Como iba a escribir el artículo desde un punto de vista personal, teníamos que hablar de mis experiencias. Le conté que había empezado a ir a la psicóloga ese año.

—El peligro de que una persona como tú haga terapia es que pareces lista —me dijo—. Comprenderás toda la teoría muy fácilmente. Podrás hablar de ti misma muy académicamente, pero, en realidad, toda esa cháchara solo te hará avanzar hasta cierto punto. Tienes que sentir ese cambio en tu interior. No puede ser solo algo que hables con la psicóloga. Tienes que sentirlo en el cuerpo —empezó a hablar más lento—: tienes que sentirlo en la parte de atrás de las rodillas, en el vientre, en los dedos de las manos y de los pies.

—Ajá —convine.

Hablamos durante cuarenta y cinco minutos, yendo de pasajes del libro a la investigación y el trabajo que había llevado a cabo desde hacía años, así como a mi experiencia personal. Él me habló claro, sin formalidades ni cortesías. Yo sentí que, de algún modo, había llegado a mi núcleo interior, solo con una llamada de teléfono.

—Date un pellizco en la mejilla de mi parte —me dijo como si me conociera desde hacía años—, no necesitas que otra persona te diga qué tienes que hacer o quién tienes que ser. Ahora eres tu propia madre. Tienes que prestar atención a lo que tú quieres.

—Ajá —pude volver a decir.

—Y cada día del resto de tu vida, quiero que te tomes en serio ese trabajo.

—¿Y qué pasa con ser correcto? ¿Cómo lo consigues cuando siempre estás siendo tú mismo?

—¿Alguna vez te has enamorado de un hombre porque es correcto?

—La verdad es que no.

—Oooh, Greg —dijo con una voz lujuriosa—, cómo me pone, joder. Es tan correcto...

—No, no —dije riendo.

—No me interesa lo correcto. En la oscuridad, en las aristas y en los recovecos es donde están los tesoros. A la mierda lo correcto.

Parecía que estaba tonteando conmigo, pero yo no sabía si estaba hablándome con tanta cercanía solo para que salieran buenas citas en el artículo. Hacia el final de la conversación, nos habíamos desviado a hablar de todo un poco y aquello no parecía para nada una entrevista. Además,

noté que él quería que le dijera si tenía pareja, pero yo no concreté nada. Me dijo que pensaba que me podría venir bien una sesión individual con él.

—Si ves que puedes mostrarte totalmente como eres ante alguien sin miedo a que te juzgue —me dijo—, tu intimidad mejorará muchísimo.

—Sí, eso siempre ha sido un gran problema para mí —le dije—. La intimidad.

—Lo sé, puedo sentirlo.

De pronto, se hizo el silencio entre nosotros. Puede que solo fueran sandeces de gurú; quizás todo lo que yo siempre había intentado esconder era mucho más visible de lo que pensaba.

—Ajá —conseguí decir otra vez.

—Espero que tengas a alguien en tu vida que te apoye de verdad, Dolly.

—Tengo a mi psicóloga —respondí.

—No me refería a eso —me dijo.

Salí de casa y parpadeé como si me acabara de levantar cuando me dio la luz.

—Acabo de mantener una conversación de lo más extraordinaria —les dije a India y a Belle, que estaban tomando el sol en el jardín.

—¿Con quién? —preguntó India quitándose los auriculares.

—Con el tío del artículo, el gurú ese.

—¿Qué te ha dicho?

—No lo sé, era como si le susurrara a algo que hay dentro de mí a lo que nadie le había hablado nunca. Era como si algo estuviera desperezándose y despertando por primera vez.

—Pero eso es lo que hace esa gente, ¿no? Te hacen creer que tienen ese poder —dijo India lúgubrementemente volviéndose hacia mí—. Yo no me fiaría de nadie que se autodenominara *gurú*.

—Bueno, en realidad, él no dice ser un gurú —contesté—. Se lo dice el resto de la gente.

—Vale, bueno, eso está mejor —dijo.

—Es un poco como ser un experto —proseguí— o un magnate. Tienes que esperar a que lo digan los demás, creo. Tú no puedes decir que lo eres.

Me quité la camiseta y me uní a ellas en las toallas que habían tirado sobre la hierba.

—¿Has conseguido la información que querías de él? —preguntó Belle.

—Sí —dije—. Ha sido un buen entrevistado. —Cerré los ojos y dejé que aquel excepcionalmente intenso sol inglés me abrazara—. Joder, no voy a poder dejar de pensar en él.

—Pero ¿en plan sexual? —me preguntó India.

—No, creo que no. En plan «quiero devorarte el alma». Es como que quiero saberlo todo de él, quiero escuchar todo lo que tenga que decir.

—Pídele el teléfono.

—Ya lo tengo, acabo de hacerle una entrevista por teléfono.

—Ah, sí —respondió—. Pues entonces mándale un mensaje.

—No puedo mandarle un mensaje sin más a alguien a quien acabo de entrevistar para un artículo.

—¿Por qué no? —preguntó Belle.

—Porque no sería correcto —dije, y me di cuenta de lo que estaba diciendo mientras pronunciaba las palabras—. Pero ¿quién se enamora de lo correcto?

Volví a escuchar la grabación esa noche en la cama y sus palabras rebotaron por mi cuerpo como una pelota de *ping-pong*. Al día siguiente, escribí el artículo, se lo mandé al editor y me olvidé de él.

Un par de meses después, volvía tarde a casa de una fiesta y me llegó un WhatsApp de David. Me dijo que estaba de vacaciones en Francia y que acababa de dar un largo paseo bajo las estrellas y se había acordado de repente de nuestra entrevista y de que no la había visto publicada.

«Obviamente, es mi narcisismo el que habla, pero ¿cuándo saldrá el artículo?»

«No es narcisista para nada —respondí—. Lo han atrasado al número siguiente. Lo siento. Te escribiré el día que lo publiquen el mes que viene. Puedo mandarte una copia si estás en el extranjero».

«Para entonces ya habré vuelto. ¿Cómo estás? —me preguntó—. Parecías al borde de algo la última vez que hablamos».

«Sigo al borde de algo —escribí—. Sigo intentando cambiar de paradigma. Algo facilito. ¿Y tú?»

«Igual».

Me contó que hacía unas semanas que había dejado una relación muy larga. Me dijo que había sido lo correcto, que había sido de mutuo acuerdo, una separación amistosa. Me dijo que, a veces, una ruptura es un alivio para las dos partes, como cuando se apaga un aparato de aire acondicionado en cuyo zumbido grave e interminable no habías reparado hasta que todo queda en silencio.

Esa noche nos pasamos horas escribiéndonos, conociendo los fundamentos del otro que no habíamos averiguado en nuestra primera conversación. Los dos nos habíamos criado en el norte de Londres, los dos habíamos ido a internados conservadores, por eso él tenía una voz que yo sospechaba que odiaba tanto como yo odiaba la mía. Tenía cuatro hijos —dos chicos y dos chicas— y era evidente que los quería muchísimo. Yo veo venir de lejos a los hombres que usan a sus hijos para ligar y él no era uno de ellos. Conocía todas las minucias del carácter, las pasiones, los sueños y la vida cotidiana de cada uno de sus hijos y hablaba de todos ellos con una fascinación y una devoción sinceras.

Hablamos de música y de letras de canciones. Le dije que mi cantante preferido era John Martyn, que su música era la única aventura con un hombre que me había durado más de un puñado de años. Él me contó que su exmujer tenía una guitarra de John Martyn y él se la había comprado y ahora era suya. Me dijo que podía dármela si quería, como si pudiera ver lo loca que estaba por su música. Hablamos de un libro que los dos habíamos leído que me había hecho hacerme vegetariana; a los dos nos enfurecían los mismos datos y las mismas partes del libro. Hablamos sobre las vacaciones que pasamos en Francia cuando éramos niños. Hablamos de nuestros padres. Hablamos de la lluvia. Le conté lo mucho que me gustaba, más que el cielo azul soleado. Le conté que la lluvia siempre me había acunado y calmado; que, de pequeña, siempre le preguntaba a mi madre si podía sentarme en el maletero de su coche, que estaba aparcado al aire libre, cuando llovía. Le conté que leí en la autobiografía de Rod Stewart que él se plantaba en mitad de la calle con los brazos abiertos la única vez al año que

llovía en Los Ángeles porque echaba muchísimo de menos la lluvia y que, entonces, yo me di cuenta de que nunca podría irme de Inglaterra. Nos dimos las buenas noches a las tres de la madrugada.

A la mañana siguiente, me levanté y me sentí como si me estuviera recuperando de un sueño vívido, pero no había sido un sueño, y yo tenía un mensaje nuevo de David esperándome debajo de la almohada como una moneda reluciente del ratoncito Pérez.

«Me has despertado hacia las cinco esta madrugada», decía.

«¿Qué quieres decir?», le respondí. Él me mandó una grabación del sonido de la lluvia golpeando, fuerte y sin cesar, la ventana de su habitación.

«¿Yo soy la lluvia?», le pregunté dejando de lado mi cinismo característico de un modo que se convertiría en algo habitual en nuestras interacciones.

«Sí, eso es —respondió—. Sentí que te acercabas más a mí».

Tuve que contarles a mis amigas lo de David, porque no dejaba de hablar con él por el móvil. Nos escribíamos desde que nos levantábamos hasta que nos acostábamos. Yo me reservaba unas cinco horas cada día para trabajar, comer y limpiar, pero hasta en esos paréntesis obligados pensaba en él. Comí con Sabrina y me dijo que veía que tenía un ojo en la pantalla del móvil en todo momento.

—Vale, deja el móvil ya —me dijo.

—¡No estoy con el móvil! —respondí a la defensiva.

—No lo tienes en las manos, pero veo que no dejas de pensar en hablarle.

—No lo estoy pensando.

—Sí, es como si hubiera salido a comer con mi hija de trece años que está deseando volver a conectarse al Messenger para hablar con su novio que está de intercambio en el extranjero.

—Lo siento —le dije—, no estoy pensando en él, te lo prometo.

La pantalla del móvil se encendió.

—A ver, ¿qué te ha mandado? —me preguntó Sabrina mirando la pantalla.

Le enseñé la foto de una ilustración elaborada de un león.

—Piensa que tengo el espíritu de un león.

Sabrina pestañeó unas cuantas veces, perpleja.

—Ya, pues no creo que tengamos mucho en común tu nuevo novio y yo —soltó.

—No, que sí, que sí. No es un gurú de esos serios y sin sentido del humor, es muy divertido.

—Vale, pero para un poco con los mensajes —me dijo—. Por favor. Por tu bien. Vais a estropear la relación antes de que siquiera la hayáis empezado. Es como si fuera un Tamagotchi humano.

—Pero estará tres semanas en Francia —le dije—. No voy a no hablarle durante tres semanas hasta que vuelva y podamos vernos.

—Ay, Dios, seguro que te ha pedido que cojas un avión y te vayas a Francia, ¿no? —me preguntó negando con la cabeza—. ¿Por qué tus relaciones con los hombres son siempre taaan extremas?

—Venga, que no voy a ir —le dije. No le conté que había buscado vuelos por curiosidad.

Mis amigas, con razón, pensaban que estaba loca por haberme obsesionado así de rápido con un hombre al que no conocía, pero también estaban acostumbradas. Que yo encontrara un nuevo interés amoroso siempre era como cuando un niño codicioso abría un regalo en Navidad: arrancaba el papel para abrirlo, me frustraba intentando que funcionara y dejaba las piezas de plástico rotas al fondo de un armario al día siguiente.

Le mandé a Farly la grabación de la entrevista que le había hecho a David.

«Escucha esto —escribí— y entenderás por qué estoy obsesionada con este hombre». Una hora después recibí una respuesta por correo.

«Vale, entiendo por qué estás obsesionada con ese hombre», decía.

Una semana después de empezar a mandarnos mensajes, hablamos por teléfono. Sin la dinámica de entrevistadora y entrevistado, todo me pareció diferente respecto a la última vez que hablamos hacía meses. Era tarde y reinaba el silencio, y yo oía su respiración y los grillos de los campos de Francia. Cerré los ojos y casi podía sentirlo a mi lado, casi podía sentir la magia de aquella intimidad que habíamos creado en una semana.

—Está muy bien que nos estemos conociendo así antes de quedar —me dijo—. Shelley Winters dijo: «Cuando quieras casarte con un hombre, queda a comer con su exmujer».

—¿Sugieres que salga a comer con tu exmujer antes de quedar contigo?

—No, solo creo que la gente, en una primera cita, se vende con un discurso muy preparado y no muestra nada de lo que es realmente.

—Sí, supongo que será muy tarde para vendernos bien cuando nos encontremos.

Pasó otra semana, miles de mensajes, decenas de llamadas. Cada vez me parecía más fascinante y quería saber qué opinaba de todo. No escatimábamos en detalles, me sedujo lo minucioso de nuestras conversaciones. Sobre todos los temas que me pudieran interesar, él tenía algo nuevo que aportar. Con el interés de aquel hombre iluminándome, me sentía nueva y llena de energía. No había suficientes horas en un día para hablar con David. Necesitaba más, más y más.

Pronto, los mensajes y las llamadas no fueron suficientes. Nos mandamos nuestros respectivos trabajos. Él me mandó capítulos de un nuevo libro inédito y yo le mandé los borradores de mis artículos y guiones. Nos contamos las cosas que no podríamos saber hablando o buscando fotos del otro en Google: que yo siempre tenía las uñas mordidas por mi tendencia ansiosa, que él tenía las puntas de los dedos duras de tocar la guitarra. Vi cortos en los que él había aparecido con una concentración excepcional. Pensaba que era un genio y se lo decía; me anotaba los diálogos que me habían marcado y los planos que me habían gustado y lo llamaba luego para hablar de ellos.

—Sal a mirar la luna —me dijo tarde una noche cuando hablábamos por teléfono. Yo me puse las deportivas y un abrigo encima de la camiseta y las bragas. Fui andando hasta el final de la calle y llegué al parque de Hampstead Heath. Él me contó la historia de una mujer de cabellos indomables que vivía en Highgate con la que había salido; una noche, le había dado treinta segundos para que empezara a correr hacia el parque y luego lo había seguido. Habían hecho el amor en el bosque, apoyados contra un roble. Yo me senté en un banco en un mirador desde el que se veía la silueta de la ciudad, estiré las piernas desnudas bajo la luz de la luna

y le hablé de otro banco que había visto allí y que me había hecho llorar al leer la dedicatoria que habían grabado en él. Estaba en el prado cerca del Ladies' Pond, el estanque al que había ido a nadar todo el verano, y era un tributo a Wynn Cornwell, una mujer que se había bañado allí hasta después de haber cumplido noventa años.

—Dice: «En memoria de Wynn Cornwell, que se bañó aquí durante más de cincuenta años, y Vic Cornwell, que la esperaba». Seguramente la esperaría fuera de la valla mientras ella se bañaba todos los días. ¿No es precioso?

—¿Sabes...? —empezó a decir.

—¿Qué?

—Nada —dijo.

—No, venga, dímelo.

—Es que eres una chica fascinante. En muchos aspectos eres como un libro abierto. ¿Por qué te pones petulante, en plan «soy una isla»? —me preguntó.

—No me doy cuenta de que me pongo así, no es una actitud consciente.

—Puede que sientas que no puedes tener una vida así, pero sí que puedes. Puedes tener todo eso si quieres.

—Algo puede emocionarme y eso no quiere decir que sepa si lo quiero para mí o no —dije—. Además, soy muy llorona. Es como si cada año que pasa viniera alguien y me limpiara el camino entre el corazón y los lagrimales. Un día se convertirá en un torrente continuo de sentimientos asquerosos que saldrán a borbotones y, cuando tenga tu edad, seguramente lloraré solo con ver una hoja llevada por la brisa.

—Si tienes suerte.

—A veces, la brecha entre la poca fe que tienes y la inquebrantable fe de los demás es muy conmovedora.

—No sé, puede que tengas un vacío imposible de llenar —dijo con un suspiro suave—. Puede que nunca ningún hombre sea capaz de llenarlo. —Levanté la vista para mirar la misma cara de la luna que él estaba mirando y le pedí un deseo a una estrella: poder acostarme aquella noche y olvidar lo que me había dicho.

Yo era consciente de que estaba invirtiendo enormes cantidades de tiempo y energía en un completo desconocido, pero me sobraban motivos para confiar en él. Contaba los días que quedaban para que solo hubiera aire entre nosotros y, mientras tanto, disfrutaba de aquel espacio que habíamos creado. Él era como un portal en un lateral de mi aburrida vida cotidiana que me permitía escabullirme a un mundo mágico en technicolor. Si veía que no sabía cómo terminar una frase cuando estaba escribiendo, le pedía su opinión.

«Gracias por ser más abierta conmigo —me escribió—. Es *sexy*».

Evidentemente, yo seguiría haciendo cualquier cosa si un hombre que me gustaba me decía que era *sexy*.

A menudo hablábamos de lo extraña que era la intensidad de nuestra comunicación. Para él, era una situación completamente nueva y peculiar. Yo nunca había formado un vínculo tan intenso con alguien a quien no conocía, pero estaba más acostumbrada a la idea de hablar con desconocidos por mi entrenamiento en el MSN y los años que había pasado usando webs y *apps* para ligar.

«¿No es muy raro? —me escribió—. Tú y yo nunca nos hemos visto y, sin embargo, ¡en cuántos sitios hemos estado! Hemos compartido los reinos de la intimidad, la ternura, los domingos, la risa y la música».

«¡Ya!»

«Y lo hemos tejido todo con energía invisible. Solo con píxeles».

«Somos magos».

«Mira lo que hacemos con los píxeles —escribió—, mandamos al otro a viajar entre satélites».

Apenas dormí la noche anterior a que David aterrizara en Inglaterra. Iba a dejar a los niños en casa de su madre, luego vendría a Londres en coche y dormiría en casa de un amigo. Ya habíamos planeado la cita perfecta que tendríamos al día siguiente. Decían que iba a hacer buen tiempo, así que nos encontraríamos en Hampstead Heath a primera hora de la tarde con una botella de vino y dos vasos de plástico. India y Belle me ayudaron a decidir qué ponerme: un vestido azul veraniego y unas deportivas de lona blancas.

—La tía va en serio —dijo India mirándome quitar todos los libros de la estantería, limpiar las baldas y ordenarlos por títulos: del que pensaba que impresionaría más a David al que menos (Dworkin, Larkin, *Come, reza, ama*).

Pero la noche anterior a nuestra esperada cita vespertina, yo tenía otra cita. Era a ciegas y la organizaba una agencia de citas que me había pedido que escribiera sobre sus servicios en mi columna. Estaba organizada desde semanas antes de que David y yo empezáramos nuestra relación virtual y, en aquel momento, me pareció que tenía todo el sentido del mundo: la agencia necesitaba visibilidad y yo conocer a alguien y material para escribir. No quería dejar plantado al pobre chico, así que quedamos en tomar una copa a media tarde en algún local del centro. Yo sabía que a las nueve podía estar en casa.

—Llámame luego, rompecorazones. —Esas fueron las palabras de despedida de David.

No resulté ser ninguna rompecorazones, sino más bien lo contrario. Igual que me había pasado con la mayoría de citas concertadas a las que había ido, ninguno de los dos quería estar allí. Él seguía enamorado de su exnovia, con quien, por desgracia, había estropeado las cosas, y yo estaba colada por un hombre al que no había visto nunca. Nos contamos la vida. Yo le dije que fuera a casa de su ex con flores y le dijera que no había dejado de quererla. Él me dijo que me fuera a casa y me acostara pronto porque al día siguiente iba a encontrarme con el hombre con el que claramente iba a casarme. Nos fuimos después de tomarnos una copa, subimos al mismo metro y nos despedimos con un abrazo.

—¡Buena suerte! —me gritó mientras se cerraban las puertas del metro entre los dos.

—Igualmente —le dije yo a través del cristal moviendo la boca sin emitir ningún sonido.

Cuando llegué a casa, llamé a David y le conté cómo me había ido. Él había llegado a Londres antes de lo esperado e iba a quedarse a dormir en el sofá de su amigo, en un piso a unos tres kilómetros al oeste de mi casa.

—Ven aquí y quédate a dormir —le dije.

—¿Y la cita perfecta de mañana? —me preguntó.

—Ya, es verdad, pero es que me parece una tontería que estés a diez minutos en coche de aquí.

Acordamos que nos ceñiríamos al plan y, cinco minutos después, miré el móvil y me había escrito.

«Voy para allá».

Salí de puntillas de casa y bajé por las escaleras exteriores de hierro y allí estaba él, de pie en mi calle silenciosa, con solo la luz de la luna definiéndole la silueta alta y ancha del cuerpo y de los rizos oscuros. Me paré un momento en las escaleras para asimilarlo; me sentía como si hubiera saltado por un acantilado y estuviera a punto de chocar contra la lisa superficie del agua. Corrí hasta él, me abracé a su cuello y nos besamos.

—Deja que te mire —me dijo cogiéndome la cara con los ojos repasando mis rasgos con atención, como si me estuviera memorizando para un examen.

—Me alegro de conocerte —dije.

—Y yo de conocerte a ti.

Seguimos besándonos en mitad de la calle, en mitad de la noche. Yo estaba descalza de puntillas sobre el asfalto y oía el ulular de un búho de las afueras en un árbol cercano. Me atrajo hacia él y me apretó la cara contra su camisa azul marino, tan poco lisa como su pelo.

—Tú no mides uno ochenta —me susurró en la frente.

—Que sí —contesté irguiéndome.

—No, que va. Y ya me lo imaginaba, maldita mentirosa.

Lo cogí de la mano y subimos sigilosamente las escaleras hasta mi piso.

Las horas siguientes pasaron exactamente como me imaginaba que pasarían: bebimos, hablamos, escuchamos música, nos tumbamos y nos besamos. Yo inhalé su piel desnuda y tatuada —tostada y algo seca por el sol francés— y sentí el olor a tabaco y a tierra. Estudié los gestos que un teléfono o una foto no podían captar; el pliegue de sus párpados, la forma en la que se le escapaban las eses entre los dientes. Él me escuchó con atención y me habló de forma directa. Yo estaba receptiva y confiada y maravillada por poder sentir tanta confianza con alguien a quien apenas conocía.

—¿Sabes qué es lo divertido? —preguntó y me besó la cabeza.

—¿Qué?

—Eres justo como pensaba que serías. Como una niña en el patio que se tapa los ojos y piensa que nadie la ve.

—¿Qué quieres decir?

—No puedes esconderte de mí —dijo. Yo ya sabía que él era alguien a quien nunca podría mentirle. Sabía que estaba jodida.

—¿Te molesta que no hayamos hecho lo de la primera cita perfecta primero? —le pregunté adentrándome en el soñoliento y arrullador campo de hierbas altas entre la consciencia y el sueño.

—No —me dijo acariciándome el pelo—. En absoluto. ¿Qué haces mañana?

—A la una tengo una reunión con un editor.

—¿Voy a verte luego? —me propuso.

Yo cerré los ojos y, automáticamente, caí en un sueño plácido.

Unas horas después, me despertó un ruido. David estaba levantado a los pies de mi cama, vistiéndose.

—¿Estás bien? —le pregunté medio dormida.

—Sí —dijo arisco.

—¿Adónde vas?

—A dar una vuelta con el coche.

Miré el reloj, eran las cinco.

—¿Qué? ¿Ahora?

—Sí, me apetece dar una vuelta.

—Vale —dijo—. ¿Quieres las llaves para poder volver a entrar?

—No —me dijo. Se agachó sobre la cama y me besó el brazo, desde el codo hasta el hombro—. Vuélvete a dormir.

Cerró la puerta. Oí cómo salía de mi casa, se metía en el coche y se iba.

Me quedé mirando el techo blanco de mi habitación, intentando descifrar qué había pasado. Me invadía una sensación amarga de rechazo. La sentía desde el estómago hasta la garganta: me daba asco a mí misma, me odiaba y me compadecía; todo eso, al cuadrado. Fue como me había sentido hacía tantos años cuando me había llamado Harry.

A las siete de la mañana, me metí en la cama de India y le conté todo lo que había pasado.

—Creo que se ha agobiado él solo —dijo India.

—¿De qué?

—Puede que, de repente, le pareciera demasiado real, demasiado íntimo.

—A ver, es un *coach* de intimidad —le respondí—. Es su trabajo casi literalmente.

—Bueno, dime de qué presumes...

—Aún no me creo que haya pasado esto.

—Sean cuales sean sus motivos, que no joda y te dé todas las explicaciones que te debe.

—Pero puede que no vuelva a hablarme nunca más.

—Seguro que no —dijo—. Tiene cuatro hijos, seguro que tiene algo de empatía.

—Si no tuviera los mensajes en el móvil en los que me aseguró que venía, te juro que pensaría que lo he soñado —le dije—. Llevo despierta, tumbada en la cama torturándome con cosas tuyas como sus ojos y sus pecas y el tatuaje que lleva en el pecho...

—Claro, tenía que tener un tatuaje en el pecho —dijo India poniendo los ojos en blanco—. ¿Y qué es?

—No puedo decirlo, la ironía es horrorosa.

—Venga —me dijo.

—Una especie de símbolo que representa el respeto hacia las mujeres.

—Ay, Dios...

—Tendría que ponerse una nota al pie con un asterisco que dijera «Excepto a Dolly Alderton».

—¿Estás bien? —me preguntó India acariciándome el brazo—. Tiene que ser un *shock*.

—Solo estoy confundida —dije—. ¿Se ha acabado lo nuestro y punto?

Un par de horas más tarde, recibí un mensaje críptico de David.

«Hola. Perdona si antes ha sido raro. Ha sido una salida poco común. Ha sido precioso verte, tocarte... Me ha hecho viajar muy profundo, he sentido un abismo entre la increíble intimidad que hemos creado durante los últimos días y todo lo opuesto, el no “conocernos”». Miré cómo escribía y me negué a contestarle hasta que me mandara algo que tuviera un poco de

sentido. «Me ha hecho plantearme cosas muy gordas. Joder. Espero que no estés dolida, quizás estás en plan “me da igual”, pero a lo mejor te ha parecido raro». Me quedé con la mirada fija en el móvil sin estar segura de qué responder. «Espero que no te hayas levantado triste», escribí.

«Sí que me he levantado triste —respondí—. No suelo confiar así en la gente».

«Lo sé, lo siento mucho. No te he abandonado a ti».

Pensé en la última vez que hablé por teléfono con Harry. En cómo le pedí que me quisiera, en cómo intenté convencerlo con lágrimas de que era lo bastante buena para él, en cómo presté atención a cada vacilación de su voz que me permitiera seguir pensando que podía aferrarme a él desesperadamente, con los dedos ya morados de la fuerza que estaba haciendo. Aquella ya no era mi historia, esa ya no era quien quería ser.

«No entiendo muy bien qué quiere decir eso, pero me parece bien dejarlo aquí si tú no te sientes cómodo», escribí.

«Necesito frenar un poco y aclararme la cabeza sobre ti —contestó—. No digo que se tenga que acabar».

«Yo sí —escribí—. Yo tengo que frenar del todo».

«Joder, te he hecho daño, puedo sentirlo».

«No pasa nada —respondí—. Los dos pasamos por momentos raros en la vida, tú acabas de dejar una relación y yo estoy con todo esto del autoanálisis, pero tengo que protegerme».

«Vale», respondió.

Eliminé nuestras conversaciones y el historial de llamadas y, después, borré su número.

Pasaron los días y yo sentía una mezcla de soledad y vergüenza, pena y rabia. Me sentía estúpida, como si fuera un personaje femenino de una telenovela a quien ronda un desconocido guapo y malvado que le roba todo el dinero y la deja tirada. Mis amigas intercambiaron historias igual de vergonzantes para hacerme sentir mejor, veces en las que desconocidos las habían engañado con una falsa intimidad. Una de las correctoras de mi columna sobre citas me mandó un artículo titulado «Amor virtual» que se publicó en un número de 1997 de *The New Yorker* sobre el nuevo y curioso fenómeno de enamorarse por internet. Era un artículo en primera persona de

una periodista que estableció una relación telefónica y por correo electrónico con un desconocido. «Puede que no conociera a mi pretendiente —decía—, pero, por primera vez en la vida, sabía qué estaba pasando: era una persona deseada, el objeto de la mirada de un hombre ciego. [...] Si nos viéramos por la calle, no nos reconoceríamos, nuestra particular versión de la intimidad quedaría oculta por las ramas y los cuerpos y las partículas contaminantes que conforman el mundo físico».

Dos días después de que David me dejara en mitad de la noche, la revista publicó el artículo que me había llevado hasta él. Me había olvidado completamente de él, pero, al verlo en los quioscos, sentí que se cerraba el círculo. No le escribí para avisarle de que había salido, como le había prometido en el primer mensaje que había iniciado todo aquel desastre. Nunca volví a hablar con él.

Mis amigas se quedaron impactadas con lo que pasó y todo se volvía más absurdo conforme iba pasando el tiempo. A veces, cuando hacía semanas y semanas de aquello y estábamos sentadas en un *pub*, India dejaba la copa de vino en la mesa y gritaba:

—Qué fuerte lo del David ese, ¿no?

Belle había pensado en poner una queja contra él por abusar de su posición de confidente.

—Pero ¿dónde pones la queja? —le pregunté.

—Tiene que haber un colegio de gurús, algún tipo de sindicato en el que les den el título —dijo India.

—O llamamos al ayuntamiento del distrito de Haringey —sugirió Belle— y les decimos que hay un gurú suelto que es un peligro para las jovencitas impresionables.

Algunas amigas pensaban que, simplemente, era un misógino que vio el reto de una mujer con problemas para confiar en la gente, consiguió lo que quería y se fue; un lobo con piel de *hippie*. Otras, más benevolentes, pensaban que no estaba tan cómodo con la idea de la seducción virtual como los milenials. Yo estaba bastante acostumbrada a hablar con gente a la que no había visto y entablar una relación. Quedar por primera vez siempre daba un poco de miedo, pero llegar a conocer a esa persona era el arte de

salvar esa distancia, ese *abismo* del que él había hablado. Conocer a gente por internet consiste justo en eso.

Helen elaboró otra teoría: que estaba pasando por una crisis de los cincuenta después de su ruptura y que yo no había sido más que una compra impulsiva para su ego. Yo era como una chupa de cuero o un deportivo que le gustaba en teoría, pero que, después de comprarlo, tenía claro que nunca iba a poder llevarlo o que nunca iba a encajar en su vida.

El luto por perder a David iba a ser como el luto de un niño que pierde a su amigo imaginario. Nada había sido real. Todo era hipotético; todo, ficción. Habíamos jugado a ver quién era más intenso y quién se asustaba antes, se nos caía la baba con la sensiblería artificial y exagerada y estábamos desesperados por sentir algo profundo en el sótano oscuro y húmedo del yo en el que estábamos metidos. Habían sido palabras y espacios, píxeles. Una partida a Los Sims, un juego de niños, viajar entre satélites en una coreografía planeada al milímetro.

Solo ahora, después de horas de disección, me doy cuenta de quién era David. No era ni un embaucador, ni una crisis de los cincuenta andante, ni un donjuán que se aprovechaba de las mujeres disfrazado con sandalias de piel y camisas de lino. Era el niño del patio que se tapaba los ojos y creía que nadie podía verlo. Sin embargo, yo sí que podía verlo, porque los dos éramos iguales y únicos, dos niños igual de malos. Él iba a la deriva y buscaba un bote salvavidas. Estaba triste y necesitaba una distracción. Éramos dos personas que se sentían solas y necesitaban una fantasía para escapar de sí mismos. Puede que, al sacarme veinte años, tuviera que haber sido más responsable, pero no lo fue. Espero no volver a ser nunca cómplice de un juego como ese. Y espero que él encuentre lo que busca.

18 de octubre

¡¡Buenos días, amigas fértiles y estériles de Karen!!

¡He pensado que estaría bien mandaros el plan de la falsa tradición que hemos cogido prestada de los estadounidenses, esa celebración totalmente innecesaria, pastelosa y cara que es la *baby shower* de nuestra amiga Karen! Ella piensa que siempre es bueno pedir dinero y tiempo a las personas para celebrar sus decisiones vitales personales y pensamos que no le habéis dado suficiente en los últimos tiempos con las 1.500 libras de la despedida de soltera en Ibiza, la boda en Mallorca con una etiqueta que se tenía que seguir al pie de la letra y el regalo de la lista de Selfridges. (Atención, chicas: si en el futuro os dan trabajo u os vais a vivir solas, os mandaremos una tarjeta y punto. Queremos asegurarnos de que esto no es ningún precedente. ¡Que el dinero no crece en los árboles!)

La buena noticia es que, cuando Karen dé a luz, no quedará con ninguna de las amigas que no tienen hijos, a no ser que queráis hablar de su hijo y de nada más, ¡así que podéis verlo también como una fiesta de despedida y luego tendréis un par de años para ahorrar! Eso hasta que vuelva a buscaros porque ha dejado de dar el pecho y está aburrída como una ostra, os exija que salgáis todas a beber, bailar y drogaros y, a la semana siguiente, os mande un mensaje arisco diciendo que ya no puede salir de fiesta así, «QUE AHORA SOY MADRE».

Cuando lleguéis a mi casa (que soy la mejor amiga de Karen) en Belsize Park, me gustaría que os fijarais bien en el tamaño, la distribución, la época en la que se construyó y demás características, porque una gran parte de la conversación del día será sobre eso. Yo hablaré largo y tendido con una autoridad presuntuosa sobre renovar la cocina y haré que todas las que alquiláis piso os sintáis como una mierda, y agradecería que ninguna de las presentes remarcará que mi padre me pagó todo el piso. De verdad, ¡no he tenido que pedir ni hipoteca! Por favor, quitaos los zapatos en el recibidor.

A las 14 h empezaremos sin demora los juegos vergonzosos, largos e infantiles. El primero será una partida a «empareja el vómito con el bebé». El segundo será un «adivina la caca» (¡fundiremos diferentes marcas de chocolate sobre varios pañales y la futura mamá tendrá que adivinar qué chocolate hay en cada pañal!). Después jugaremos a la mímica de bebés, en la que todas tendremos que representar una etapa diferente de la maternidad (por ejemplo, no hablarte con tu madre metomentodo porque no vas a bautizar a tu hijo, o discutir con tu pareja sobre si decirle a vuestro hijo que los hámsteres van al cielo es malcriarlo demasiado).

Remataremos tres horas después jugando a pasarnos el sacaleches. He recibido algunos correos de gente preocupada por esto, así que voy a despejar dudas: NO TIENES POR QUÉ ESTAR LACTANDO AHORA PARA DISFRUTAR DEL JUEGO. Karen me ha dejado muy claro que las no madres solo son un poquito menos bienvenidas que las invitadas que también están embarazadas o que tienen hijos. Nos pasaremos el sacaleches, y quien lo tenga cuando pare la música se lo tiene que poner en la teta para que nos riamos un poco. ¡Tiene que ser divertido!

Habrà una botella de *prosecco* caliente de bienvenida para compartir entre veinticinco invitadas; por lo demás, es un evento sin alcohol. En lugar de beber alcohol, podéis hartaros del previsible té vespertino (los utensilios para servirlo y beberlo serán miniaturas).

Los regalos se abrirán a las 17 h (se ha adjuntado la lista a este correo).

A las *hippies*, autónomas, paradas y a las que trabajan en medios de comunicación, tienen carreras artísticas o trabajan en algo creativo y cobran menos de 25.000 libras al año: nadie quiere que le regaléis vuestras manualidades de mierda. Si de verdad os importan Karen y su hijo nonato,

compraréis algo de la lista de The White Company como el resto de la gente. Tienen gorros de cachemir por el módico precio de 80 libras, así que no tenéis excusa para intentar hacer algo de punto en casa. A nadie le parecerá mono.

Miraremos cómo Karen abre todos y cada uno de los regalos como una niña de cinco años en una fiesta de cumpleaños y nos explicará para qué sirve cada uno. Esto no solo será tedioso, sino completamente horripilante para las que no hemos dado a luz y no conocemos aún los detalles de la crema de pezones, los pañales posparto para mamás, el caldo de placenta y la pesca de la caca en un parto acuático. Habrá una psicóloga especializada en el síndrome de estrés postraumático para atender a las mujeres sin hijos y una esteticista que les hará la manicura a todas las demás.

A las 19 h tendrá lugar un acontecimiento importante: la tarta con la que se desvelará si es niño o niña. Karen y su marido, Josh, no saben el sexo y le han pedido al médico que, en lugar de decírselo a ellos, le pase la información directamente a una pastelería artesanal de Hackney. Todo el equipo de Bake'n'Bites ha trabajado muy duro para crear una tarta de cuatro plantas con cobertura de caramelo con sal, la favorita de Karen. Cuando ella corte la tarta, el color del bizcocho nos dirá cuál es el sexo: rosa si es chica, azul si es chico y verde si tiene un poco de cada. Será un momento muy especial para todo el mundo (¡y también delicioso!).

Esperamos que sea un día muy caro y aburrido lleno de amor y risas en el que prepararemos a nuestra mejor amiga para la maternidad y, si todo va bien, haremos que todas sus amigas sin hijos se sientan alienadas, y todas las que tienen hijos, malas madres.

¡Nos vemos allí!

Os mando amor y muchos besos,

Natalia

SUFICIENTE

Las semanas después de haber quedado con David, al sentirme expuesta y avergonzada, me puse a la defensiva y grité a los cuatro vientos que iba a hacer voto de castidad. Obviamente, no fue ninguna castidad, porque, en primer lugar, apenas duró tres meses y, en segundo lugar, porque era, principalmente, una estrategia para llamar la atención de los hombres, una especie de fantasía de la virgen renacida, que es justo lo contrario de lo que se espera al hacer voto de castidad. Ninguna monja ha hecho el voto de castidad para parecer irresistiblemente difícil de seducir.

Y, entonces, llegó el desastroso especial de Navidad. *El especial de Navidad* era un nombre que tenían mis amigas para un tipo de rollo en concreto, despreocupado y de borrachera, que solo se da los días antes de Navidad, cuando a todo el mundo se le han subido la alegría, las buenas intenciones y el ponche de huevo a la cabeza y todas las cartas están echadas. Los días antes de Navidad decidí que me merecía un poco de aprobación exprés, unos fideos instantáneos de autoestima.

Después de una cena de empresa, le escribí a un tío con el que había estado hablando en una *app* para ligar desde hacía un par de semanas, un chico de Tyneside, del norte, que trabajaba en la industria musical y tenía una sonrisa traviesa y buenas frases para ligar.

«¿Quieres que quedemos ahora?», le escribí con una indolencia agresiva. Era más de la una y media de la madrugada.

«Claro», contestó.

Llegó a mi piso con una botella de vino tinto ecológico a las dos de la mañana y charlamos de todo un poco en el sofá como si fuéramos dos londinenses sofisticados disfrutando de una cita para cenar temprano en lugar de vivir aquella trágica realidad de la desesperación. Después de exactamente una hora de hablar, empezamos a besarnos. Entonces fuimos a mi habitación y tuvimos una sesión de sexo mecánico y anodino. Fue el

equivalente físico de comerte un bocadillo con prisas en una estación de servicio de la autovía: algo que pensabas que tenías ganas de hacer y, en el momento en el que te pones a ello, te preguntas por qué.

Yo no me había acostado con un desconocido desde la noche en la que conocí a Adam en Nueva York. Sin pretenderlo, al ir madurando, había dejado de lado los rollos de una noche, como una niña que un día se da cuenta de que ya no quiere jugar con Barbies. En el momento en el que terminamos, supe que no quería volver a hacerlo. El sexo no estuvo mal, pero su presencia me resultaba insoportable. La falsa intimidad del sexo esporádico que deseaba cuando era estudiante me parecía una farsa ridícula. Eso no era culpa suya en absoluto, pero quería que se fuera de mi casa, de mi habitación, de mi cama con las cartas de mis amigas al lado, en la mesita, y del cubrecolchón de viscoelástica para el que había estado ahorrando. Ver la silueta de aquel desconocido durmiendo en la oscuridad me revolvía el estómago. La noche pasó lenta como una tortuga.

Me desperté con una resaca horrible y el de Tyneside seguía en mi cama. Quería pasar la mañana juntos en casa, bebiendo té y poniendo discos de Fleetwood Mac; tenía ante mí a uno de esos tíos que ofrecían *la experiencia del novio*. La experiencia del novio, según había aprendido a lo largo de los años, era algo que ofrecían algunos hombres después de un rollo de una noche que consistía en comportarse de una forma inmoralmente romántica, bien para hacer que te enamoraras de ellos, bien para apaciguar los sentimientos personales de culpa que sentían por haberse acostado con una persona cuyo apellido no conocían. Se pasaban la mañana siguiente haciéndote la cucharita y preparándote el desayuno y viendo capítulos de *Friends* contigo y, finalmente, se iban al ponerse el sol. No volvían a llamar. Era un servicio aparentemente gratuito con una alta carga emocional escondida. Yo nunca aceptaba la experiencia del novio si me la ofrecían.

—Que tengas una buena vida —le dije de pie en la puerta cuando, por fin, conseguí sacarlo de casa con la excusa de que había quedado para comer.

—No digas eso —me dijo dándome un abrazo.

—Lo siento —respondí sin saber qué más decir—. Feliz Navidad.

Me tumbé en el sofá con el jersey de Leo que seguía guardando y miré lo que echaban por la tele a esa hora. El simpático novio de India entró en la sala de estar con su barba, sonriendo y con una bufanda de lana calentita tejida al estilo de Fair Isle que India le había comprado con mucho cariño para Navidad. Era una imagen de familiaridad y amor, cosas que nunca me habían parecido tan lejanas.

—Buenos días, Doll —me dijo.

—Bonita bufanda.

—¿A que sí? —respondió mirándola con una sonrisa—. India me ha dicho que anoche pediste un especial de Navidad.

—Sí —le dije con la cara medio enterrada en el cojín del sofá y los ojos aún fijos en las tertulianas de *Loose Women*.

—¿Fue bien?

—No, fatal. Deprimente —le contesté—. Fue como un especial de Navidad de *EastEnders*.

—Madre mía —dijo—, entonces, ¿no lo volverás a pedir?

—No, una y no más.

El mes siguiente terminó, por fin, mi columna sobre citas, lo que me dejaba sin excusas para estar siempre buscando tíos con el pretexto de que era mi trabajo. El final de la columna podría haber marcado fácilmente el inicio de una nueva fase en mi vida, una que no estuviera gobernada por las llamadas nocturnas de exnovios, por arrastrar los perfiles de hombres hacia la izquierda o hacia la derecha de la pantalla, por arrinconar a hombres en las fiestas o por salir de un *pub* a fumar cuando había un hombre atractivo fuera.

La verdad era que la columna había sido un cómplice, pero yo era una adicta. Siempre lo había sido, desde mucho antes de ser activa sexualmente. En un programa de *Desert Island Discs* de la BBC Radio, Jilly Cooper, la escritora de novelas románticas, dijo que, cuando iba a un colegio de chicas, estaba tan obsesionada con los chicos que hasta fantaseaba con el jardinero de ochenta años que a veces cuidaba los terrenos del colegio. Yo era esa niña y, en cierto modo, nunca he dejado de serlo. Los chicos me fascinaban

y me daban miedo a partes iguales; ni los entendía ni quería entenderlos. Su función era la gratificación, mientras que las amigas me proporcionaban todas las otras cosas importantes. Era una forma de mantener a los chicos a una distancia que me pareciera segura.

Cuando Farly y yo volvimos de Cerdeña y ella empezó su nueva vida de mujer soltera por primera vez desde los veintipocos, yo le di una charla TED bastante imperiosa.

—Lo primero de lo que tienes que darte cuenta —le dije— es de que ya nadie se conoce en la vida real. Las cosas han cambiado desde que tú estuviste disponible por última vez, Farly, y, por desgracia, no tienes más opción que adaptarte.

—Vale —me dijo asintiendo y tomando notas mentales.

—La parte buena es que, en realidad, a nadie le gusta conocerse por internet. Lo hacemos todos, pero a nadie le gusta, así que vamos todos a la par.

—Ya.

—Pero no tienes que ponerte triste si estás en un *pub* o donde sea y no te tiran la caña. Es completamente normal. De hecho, a veces, le gustarás a un hombre en una fiesta y no te hablará y, luego, te escribirá por Facebook y te dirá que se arrepiente de no haber hablado contigo.

—Qué raro.

—Mucho, pero, al final, te acostumbras. Es solo una nueva manera de establecer el contacto con alguien.

—¿Y las cubanas? —me preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—Que si la gente aún hace cubanas.

—No —le dije autoritariamente—, nadie ha hecho una y a nadie le han hecho una desde 2009. Nunca se esperará eso de ti.

—Vale, por lo menos hay alguna buena noticia —dijo.

Farly conoció a un tío en un bar una semana después. Se dieron los teléfonos. Empezaron a quedar inmediatamente.

—Farly ha conocido a alguien —le dije a India mientras desayunábamos un sábado.

—Me alegro por ella —respondió—. ¿Quieres una tostada o dos?

—Dos. No vas a creerte dónde. Adivina.

—No lo sé —contestó mientras se comía una cucharada de crema de limón.

—En un bar.

—¿Cómo que en un bar?

—Pues en la vida real. Él se le acercó y empezó a hablarle y ahora están saliendo. ¿Te lo puedes creer? Me alegro por ella, pero también me cabrea. Es que, a ver, ¿cuándo fue la última vez que conociste a alguien en un bar?

—¡No puede ser! —dijo India sinceramente indignada.

—Ya, tía —dije—, ya.

Belle entró en la cocina en batín.

—Buenos días, gatitas —dijo medio dormida.

—¿Te has enterado? —le preguntó India indignada—. De lo del tío con el que sale Farly.

—No.

—¡Se conocieron en un bar!

—¿En qué bar?

—No lo sé —dije—. En el Richmond, creo. ¿Te lo puedes creer? Me parece que no me ha dado nadie su teléfono en un bar desde hace cinco años, y a ella se lo dan en cinco minutos.

—Igual es algo que te pasa si vas al sur del río —dijo Belle pensativa.

—Yo creo que es algo que te pasa si eres Farly —dije.

Las diferencias entre Farly y yo nunca son tan evidentes como cuando se trata del amor. Farly es una monógama de manual, es hogareña, le gusta cohabitar, comprometerse y las relaciones largas. La parte de una relación que me parece más emocionante a mí —la de lo desconocido, el alto riesgo, los primeros meses intensos en los que apenas puedes comer por las mariposas que tienes en el estómago— es la que menos le gusta a ella. La parte que a mí me aterroriza —las barbacoas en casa de la familia del novio,

el estar tirados en el sofá como dos sacos de patatas un sábado por la noche delante de la tele, los viajes largos en coche por la autovía— son el cielo para ella. Farly renunciaría con gusto a los tres primeros meses de noviazgo por una larga vida doméstica de intimidad, planes prácticos y sacos de patatas. Yo daría lo que fuera por revivir esos tres primeros meses en bucle durante toda la vida y por tener la seguridad de que nunca tendría que ir a Ikea, a una estación de autocares de National Express o a la casa de un pariente más allá de la M25 con una pareja sexual.

Proyectar es una de las palabras que aprendes yendo a terapia. Significa que acusas a otra persona de hacer exactamente lo que tú temes hacer o de ser exactamente como tú temes ser para evadir tus responsabilidades; es echar balones fuera. Yo lo hacía mucho con las elecciones de Farly respecto a las relaciones. Siempre había considerado que mi resistencia perpetua al compromiso era un acto de liberación; nunca me había dado cuenta de que era justo lo que me hacía sentir atrapada. Puede que Farly necesitara tener siempre una relación, pero, por lo menos, ella sabía lo que quería y lo dejaba claro. Yo necesitaba algo, pero no tenía ni idea de qué era y me odiaba a mí misma por quererlo.

Farly y yo fuimos a dar un paseo largo y le conté mis planes de descansar del sexo de verdad —junto con todos sus prólogos y epílogos de tontear, mandar mensajes, salir y enrollarme con alguien— para intentar conseguir un poco de autonomía. Le dije que, a pesar de haber estado soltera la mayor parte de mi vida, me había dado cuenta de que no había estado soltera de verdad de la buena desde que era adolescente. Ella estuvo de acuerdo y me dijo que pensaba que era buena idea.

—¿Crees que alguna vez me sentiré tranquila estando con alguien? —le pregunté mientras saltábamos por encima de unos troncos en los bosques de Hampstead Heath.

—Claro que sí. Es solo que no has conocido al hombre adecuado.

—Ya, pero ese es el tema. No creo que se trate de conocer al hombre adecuado, para nada. Creo que soy yo. Creo que lo de los hombres es irrelevante hasta que arregle todo esto. —Me señalé a mí misma con frustración, como si fuera la habitación de un adolescente.

—Bueno, pues creo que te va a venir bien que te tomes un tiempo para hacerlo. Creo que será un trabajo a corto plazo y un beneficio a largo plazo.

—¿Y a ti por qué te resulta tan fácil? —le pregunté—. Siempre tuve envidia de lo fácil que te resultó con Scott. Os conocisteis y, pum, relación sería.

—No lo sé, la verdad.

—Cuando estabais comprometidos, ¿pensaste alguna vez en que nunca te acostarías con nadie más? ¿Alguna vez te dio pena?

—Pues, ahora que lo dices —respondió—, creo que no lo pensé ni una vez.

—No puede ser —le dije saltando como una niña mientras andaba para tocar la rama de un árbol con la punta de los dedos.

—En serio... Ya sé que suena raro, pero creo que no se me pasó por la cabeza —dijo—. Lo único que quería era un futuro con él.

—Quiero saber cómo es sentir eso, estar verdaderamente comprometida con alguien, en lugar de tener un pie dentro y uno fuera de la relación.

—Eres muy dura contigo misma —me dijo—. Eres capaz de tener una relación larga, lo has hecho mejor que nadie que conozca.

—¿Qué? La relación más larga que he tenido fue de dos años, y eso fue cuando tenía veinticuatro años.

—Hablo de nuestra relación —dijo.

Los días siguientes no pude dejar de pensar en las palabras de Farly. Pensaba en que nos conocíamos desde hacía veinte años y en que, en todo aquel tiempo, nunca me había cansado de ella. Pensaba en que me había ido enamorando cada vez más de ella conforme nos habíamos hecho mayores y habíamos ido compartiendo experiencias. Pensaba en las ganas que tenía siempre de contarle una buena noticia o de saber qué pensaba ella cuando tenía una crisis, en que seguía siendo mi persona favorita con quien salir a bailar. En que su valor aumentaba conforme compartíamos más historias, como una obra de arte bella y valiosísima colgada en mi sala de estar. En la confianza, la seguridad y la calma de las que me llenaba su amor. Durante todo aquel tiempo, se me había hecho creer que mi valor en una relación

dependía de mi sexualidad y, por eso, yo siempre me comportaba como una especie de ninfómana caricaturizada. Nunca había pensado que un hombre podía quererme igual que me querían mis amigas, que yo podía querer a un hombre con la misma dedicación y el mismo cariño con los que las quería a ellas. Podía ser que todo aquel tiempo hubiera estado felizmente casada sin ni siquiera darme cuenta. Podía ser que una buena relación hiciera sentir a la gente como la relación con Farly me hacía sentir a mí.

Me consagré a la abstinencia como si estuviera haciendo un doctorado sobre ella. Cuantos más libros, artículos y blogs leía sobre la adicción al sexo y al amor, más me daba cuenta de lo que había hecho mal. Salir con alguien se había convertido en una fuente de gratificación instantánea, una prolongación de mi narcisismo, y no tenía nada que ver con la conexión con la otra persona. Una y otra vez, había creado intensidad con un hombre y lo había confundido con intimidad: un desconocido que me proponía que me casara con él en el aeropuerto JFK, un gurú de mediana edad que me pedía que volara a Francia para pasar una semana con él... Todo eso era una intensidad exagerada e innecesaria, no una conexión íntima con otra persona. Intensidad e intimidad, ¿cómo podía haberlas confundido así?

Pasó un mes y no sentí más que alivio total e irrefrenable. Eliminé las *apps* para ligar del móvil, borré los números a los que llamaba para un rollo de una noche, dejé de contestar a los exnovios que, a las tres de la mañana, me mandaban mensajes aparentemente inocentes como: «¿Cómo está la señorita?» y «¡Hola, caracola!». Dejé de investigar a mis posibles conquistas por internet; borré mi cuenta de Facebook principalmente por ese motivo. Dejé de vivir con secretos, dejé de vivir por la noche. Invertí todo mi tiempo en el trabajo y en las amistades.

Pasaron dos meses. Descubrí lo que era ir a una boda y estar presente para ver cómo se casan tus amigos en lugar de tratarlo como un mercado de la carne abierto ocho horas. Descubrí lo que era disfrutar del precioso sonido de un coro cantando en una iglesia, como si fueran campanas, y no estar repasando los bancos con la vista como una loca y mirando los dedos de todos los hombres para averiguar si estaban solteros. Aprendí a disfrutar

de la conversación con el hombre que se sentara a mi lado durante la cena sin prestar atención a su estado civil, a evitar luchar por la atención del único soltero de la mesa diciendo algo fuera de lugar en un tono ligeramente amenazador y guarro. Vi a Leo por primera vez desde hacía cinco años en una fiesta y me presentó a su mujer; los abracé a los dos y, luego, los dejé en paz. Harry se prometió y no sentí ninguna rabia. Adam se fue a vivir con una chica y le mandé un mensaje para darle la enhorabuena. Sus vidas ya no tenían nada que ver conmigo, no necesitaba su atención. Me sentí como si, por fin, estuviera recorriendo mi propio camino, a mi propio ritmo, ganando velocidad.

Me sentaba en el metro y me perdía en mis libros en lugar de intentar llamar la atención de un hombre. Me iba de las fiestas cuando me apetecía en lugar de ir dando vueltas por la sala hasta el final esperando encontrar a alguien que me gustara. No iba a eventos solo porque sabía que ciertas personas iban a ir; no planeaba encuentros *fortuitos* con personas que me gustaban. Una noche, salí a bailar con Lauren y, cuando ella ligó, en lugar de intentar encontrar otro tío para mí, me quedé en medio de la pista de baile y bailé sola una hora, sudando y moviéndome y dando vueltas y vueltas.

—¿Esperas a alguien? —me preguntó un tío atrayéndome hacia él.

—No, la chica con la que voy está justo aquí —le dije apartándole las manos de mí.

—No pensaba que fuera a usar esta palabra contigo y no quiero que te ofendas —me dijo Farly unas semanas después en un *pub*, cuando ya llevábamos tres copas—, pero tu compañía me ha parecido muy tranquilizadora estos últimos meses.

—¿Cuándo fue la última vez que me viste tranquila? —le pregunté.

—La verdad es que nunca —respondió antes de terminarse el culo del *vodka-tonic* y ponerse a morder un cubito—. Nunca, desde hace casi veinte años.

A finales de primavera, cogí dos vuelos a las islas Orcadas para escribir un artículo para una revista de viajes sobre ir sola de vacaciones. Me alojé

en la parte de arriba de un *pub* desde el que había vistas al puerto de Stromness y, por la noche, después de tomarme una cerveza y un plato humeante de mejillones en el *pub*, me iba a andar por el paseo marítimo y a observar el vasto cielo nocturno, más grande que ningún cielo que nunca hubiera visto.

Una noche, después de pasar unos días a solas y en paz con mis pensamientos, paseé bajo las estrellas por las calles adoquinadas y una idea fue extendiéndose como una enredadera por todo mi cuerpo, como las impresionantes flores coloridas de una glicinia. No necesito que un músico deslumbrantemente carismático escriba un verso sobre mí en una canción; no necesito que un gurú me diga cosas sobre mí que creo que no sé; no necesito cortarme el pelo porque un chico me diga que me quedará bien; no necesito cambiar mi cuerpo para merecer el amor de alguien; no necesito palabras ni miradas ni piropos de un hombre para sentir que soy visible, para creerme que existo; no necesito huir de la incomodidad y ponerme a la vista de un hombre. No lo necesito para estar viva.

Porque yo me basto. Me basta con mi corazón. Me basta con las historias y las frases que me dan vueltas por la cabeza. Soy burbujas y efervescencia, un zumbido y una explosión. Soy la espuma que sale de la botella y un volcán en erupción. Me basta con mis paseos matutinos y mis baños nocturnos. Me basta con mi risa en el *pub*. Me basta con mi silbido penetrante, con cantar en la ducha y con mis dedos de los pies, que se doblan hacia delante y hacia atrás. Soy una pinta acabada de servir con una buena capa de espuma en la parte de arriba. Soy mi propio universo, una galaxia, un sistema solar. Soy la telonera, el espectáculo principal y las coristas.

Y, si esto es todo, si es lo único que hay —yo a solas con los árboles y el cielo y los mares—, sé que con eso me basta.

Soy suficiente. Soy suficiente. Las palabras rebotaron a través de mí, sacudiendo cada célula a su paso. Las sentí, las entendí, se me soldaron a los huesos. El pensamiento galopó y saltó por mi cuerpo como un caballo de carreras. Lo grité hacia el cielo oscuro. Vi cómo mi proclama rebotaba de una estrella a otra, cómo pasaba de carbono en carbono como Tarzán por las lianas. Soy íntegra y completa. Nunca me gastaré.

Yo me basto y me sobro.
(Creo que a eso lo llaman *revelación*).

VEINTIOCHO LECCIONES APRENDIDAS EN VEINTIOCHO AÑOS

1. Solo una de cada cien personas puede tomar drogas duras y beber grandes cantidades de alcohol con frecuencia durante largos periodos de tiempo y no sentir una nostalgia o un vacío profundo y oscuro. Solo a una de cada doscientas no le afectará negativamente. Después de muchos años de intentar dilucidar todo esto, he llegado a la conclusión de que Keith Richards es la excepción, no la regla. Hay que admirarlo, pero copiarlo con precaución.
2. Solo una de cada trescientas personas puede acostarse con tres desconocidos diferentes en una semana y que no sea porque está intentando huir de algo desesperadamente. Puede que sean sus pensamientos, su felicidad o su cuerpo; puede que sea la soledad, el amor, envejecer o la muerte. Después de muchos años intentando dilucidar todo esto, he llegado a la conclusión de que Rod Stewart es la excepción, no la regla. Hay que admirarlo, pero copiarlo con precaución.
3. La letra de los Smiths de *Heaven Knows I'm Miserable Now* es la explicación mejor formulada de la realidad de la vida y resume con una concisión elegante el optimismo inicial y el posterior paso de lo sublime a lo trivial que son los cinco primeros años de la década de los veinte.
4. La vida es difícil, dura, triste e irracional. Casi nada en ella tiene sentido. Tiene mucho de injusto. Y una gran parte de ella se reduce, simplemente, a la fórmula poco satisfactoria de la buena y la mala suerte.
5. La vida es fantástica, fascinante, mágica, divertida y absurda. Y los seres humanos somos asombrosos. Todos sabemos que vamos a morir y, sin embargo, seguimos viviendo. Gritamos y soltamos tacos y nos afecta cuando se nos rompe una bolsa de la basura y con cada minuto que pasa nos acercamos más al final. Nos maravilla una

puesta de sol anaranjada sobre la M25 y el olor de la cabeza de un bebé y la eficiencia de los paquetes extraplanos en los que vienen embalados los muebles, aunque sabemos que todo el mundo al que queremos dejará de existir un día. No sé cómo lo hacemos.

6. Eres la suma de todas las cosas que te han pasado hasta ese último sorbo de té de la taza que acabas de dejar sobre la mesa. Cómo te abrazaron tus padres, eso que te dijo una vez tu primer novio sobre tus pantorrillas... Todo son ladrillos que te conforman desde la planta de los pies a la coronilla. Tus excentricidades, manías y cagadas son el efecto mariposa de lo que viste en la tele, de las cosas que te dijeron tus profesores y de la forma en que te miraba la gente desde el primer momento en el que abriste los ojos. Ser un detective de tu pasado —deshacer todo ese camino para llegar al punto de partida con la ayuda de un profesional— puede ser increíblemente útil y liberador.
7. Pero la terapia solo te puede ayudar hasta cierto punto. Es como el examen teórico del carné de conducir. Puedes saberte la teoría tan bien como quieras, pero, en algún momento, tendrás que subirte al coche y sentir de verdad cómo coño funciona todo eso.
8. No todo el mundo necesita explorar su interior yendo a terapia. Absolutamente todo el mundo es disfuncional en algún sentido, pero mucha gente puede funcionar siendo disfuncional.
9. Nadie está obligado, nunca nunca, a tener una relación que no quiera tener.
10. Unas vacaciones se van a la mierda si no compras dos botes de repelente de insectos en el aeropuerto antes de subir al vuelo de ida. No vas a comprarlo cuando llegues allí, y todas las noches, cuando estés cenando con las personas con las que has ido de viaje, os pasaréis el rato diciéndoos «Se me comen los mosquitos» con un tono pasivo-agresivo los unos a los otros, porque a todos os molestará que otra persona no se haya acordado de traer el repelente. Cómpralo en el aeropuerto antes de subir al avión y se acabó el problema.
11. No tomes azúcar todos los días. El azúcar hace que todo lo que hay fuera y dentro de tu cuerpo sea una mierda. Beber tres litros de agua hace que todo funcione correctamente. Una copa de vino tinto es medicinal.

12. Nadie te ha pedido nunca que le hagas un *collage* celebrando vuestra amistad que llegue del suelo al techo para su cumpleaños ni que le llames tres veces al día. Nadie se pondrá a llorar si no le invitas a cenar porque no tienes suficientes sillas. Si la gente te agota, es porque quieres hacerte el mártir para gustarles. Es problema tuyo, no suyo.
13. Es fútil y extenuante intentar hacer que todas tus pequeñas decisiones sean representativas de tu moralidad y luego machacarte porque ese plan ha fallado inevitablemente. Las feministas pueden hacerse la cera. Los sacerdotes pueden decir tacos. Los vegetarianos pueden llevar zapatos de piel. Haz las cosas lo mejor que puedas. El peso de la humanidad no puede reposar sobre cada decisión que tomes.
14. Todo el mundo debería tener un álbum de Paul Simon, un libro de William Boyd y una película de Wes Anderson. Si esas son las únicas tres cosas que tienes en una estantería, podrás superar la noche más larga, fría y solitaria.
15. Si vives en un piso de alquiler, pinta las paredes de blanco, no de color crema. El color crema barato es sucio, cutre y muy de las urbanizaciones de las afueras. El blanco brillante barato es moderno, limpio y relajante.
16. Si pulsas Mayús + F3, pone lo que hayas seleccionado todo en mayúsculas o todo en minúsculas.
17. Deja que la gente se ría de ti. Haz gilipollices. Pronuncia las cosas mal. Mánchate la camiseta de yogur. Dejar que pasen esas cosas es el mayor de los alivios.
18. Seguramente no eres intolerante al gluten, sino que no estás comiendo porciones normales de trigo: 90-100 g de pasta o dos rebanadas de pan. Todo el mundo se siente raro después de comerse una bolsa entera de pan de molde, te pasaría lo mismo si te comieras una sandía entera de una sentada.
19. No hay forma de unir a un grupo de mujeres más rápido que cuando sacas el tema de los pelos rebeldes y gruesos de la barbilla.
20. De verdad, el sexo mejora con la edad. Si sigue mejorando como hasta ahora, a los noventa estaré en un estado de coito constante. No valdrá la pena hacer nada más (excepto, quizás, parar por la tarde para comerme un trozo de bizcocho con mermelada).

21. Está perfectamente bien centrarse en una misma. Puedes viajar y vivir sola y gastarte todo el dinero en ti y tontear con quien te guste y que te consuma el trabajo tanto como quieras. No tienes por qué casarte y tener hijos. No eres superficial por no querer abrirte y compartir la vida con una pareja, pero es inaceptable tener pareja si sabes que quieres estar sola.
22. Da igual el género, la edad o la talla: a todo el mundo le queda bien una camisa blanca, un cuello de cisne, unas botas marrones de piel, una chaqueta vaquera o un abrigo de marinero.
23. Por muy horribles que sean unos vecinos, intenta llevarte bien con ellos. O alíate con, por lo menos, un inquilino del piso de al lado al que puedas saludar con la cabeza cuando vayas a sacar la basura. Habrá fugas de gas, robos y paquetes que tendrán que recoger cuando tú no estés y todo será mucho más fácil si tienes a alguien a cuya puerta puedes llamar. Sonríe y aguántalos. Y dales unas llaves de tu casa para las emergencias.
24. Haz como si no hubiera wifi en el metro. De todas formas, es una mierda. Lleva siempre un libro en el bolso.
25. Si sientes que todo te agobia muchísimo, intenta hacer esto: limpia tu habitación, responde a todos los correos pendientes, escucha un *podcast*, date un baño y acuéstate antes de las once.
26. Báñate desnuda en el mar siempre que tengas la oportunidad. Y si la oportunidad no se presenta sola, búscala. Si pasas con el coche mínimamente cerca de la playa y hueles el aroma salado del mar en el aire, aparca, quítate la ropa y no pares de correr hasta que estés metida hasta las orejas en el mar helado.
27. Vas a tener que hacer una elección vital entre las uñas de gel y tocar la guitarra. Ninguna mujer puede tener las dos cosas.

27a. Excepto Dolly Parton.

28. Las cosas cambiarán más radicalmente de lo que nunca te hubieras imaginado. Las cosas acabarán a 300 kilómetros de donde tú habías previsto. La gente sana cae muerta haciendo cola en el súper. Tu profesor de Mates y entrenador de *rugby* del instituto ahora se llama Susan. Todo cambiará. Y puede cambiar cualquier día.

BIENVENIDA A CASA

Hay un montón de cosas que no sé sobre el amor. En primer lugar, no sé cómo es tener una relación de más de dos años. A veces oigo a gente casada que habla de una *época* de su relación, de un periodo que duró más que mi relación más larga. Al parecer, es algo común. He oído a la gente describir los primeros diez años de su relación como la *época de enamoramiento*. Mis épocas de enamoramiento han durado poco más de diez minutos. Tengo amigas que describen su relación como si fuera una tercera persona en su vida, como algo vivo que se retuerce y se transforma y se mueve y crece mientras la pareja permanece unida. Como si fuera un organismo que cambia tanto como lo hacen dos personas que pasan la vida juntas. Yo no sé cómo es alimentar a ese tercer ser. No sé cómo es el amor a muy largo plazo en primera persona.

Tampoco sé lo que es vivir con alguien de quien estás enamorada. No sé cómo es ir a buscar casa juntos, hacer planes contra un agente inmobiliario con susurros conspiratorios en un aseo. No sé lo que es intentar no chocar con alguien en el baño todas las mañanas medio dormida y esperar el turno para lavarme los dientes o ducharme, como si fuera una coreografía ensayada. No sé cómo es saber que no puedes irte a tu casa, saber que tu hogar está a tu lado todas las mañanas y todas las noches.

De hecho, no sé cómo es formar un buen equipo con una pareja; nunca he buscado apoyo en una relación romántica ni me he sentido tranquila teniendo pareja. Pero me he enamorado y he perdido personas a las que quería, sé lo que es dejar a alguien y que me dejen. Espero que el resto llegue algún día.

Casi todo lo que sé sobre el amor lo he aprendido en mis amistades largas con mujeres, especialmente aquellas con las que he vivido en un momento u otro. Sé cómo es conocer hasta el más mínimo detalle de una persona y deleitarse de ese conocimiento como si fuera una materia

académica. Cuando se trata de las chicas con las que he construido un hogar, soy como las mujeres que pueden predecir qué pedirán sus maridos en todos los restaurantes. Sé que India no bebe té, que el sándwich preferido de AJ es el de queso y apio, que a Belle el hojaldre le provoca acidez y que a Farly le gustan las tostadas frías para que la mantequilla se extienda, pero no se funda. AJ necesita dormir ocho horas para ser persona; Farly, siete; Belle, unas seis, e India puede pasar el día llena de energía con unas thatcherianas cuatro o cinco horas de sueño. El despertador de Farly es *So Far Away*, de Carole King, y le encantan los programas sobre obesidad con títulos como *Madre de media tonelada* o *Mi hijo, la ballena asesina*. AJ ve capítulos viejos de la telenovela australiana *Home and Away* en YouTube (flipante) y se compra libros de sudokus para hacerlos en la cama. Belle se pone vídeos para hacer ejercicio en su habitación antes de irse a trabajar y escucha *trance* mientras se ducha. India hace rompecabezas en su habitación y ve capítulos de *Fawlty Towers* todos los fines de semana. («No sé cómo lo hace —me comentó una vez Belle en privado—, si solo hay doce capítulos»).

Sé lo que es coger una bombona de oxígeno con entusiasmo y zambullirse en las excentricidades y las debilidades de alguien y disfrutar de cada pizca de fascinantes descubrimientos. Como el hecho de que Farly siempre ha dormido con falda desde que la conozco. ¿Por qué lo hace? ¿Qué sentido tiene? O que Belle se arranca las medias de color carne todos los viernes por la noche cuando llega a casa de la oficina. ¿Es una señal de su odio silencioso contra el sistema empresarial o solo un ritual al que se ha acostumbrado y que le gusta? AJ se enrolla un pañuelo alrededor de la cabeza cuando está cansada. Evidentemente, no es apropiación cultural, así que, ¿qué es? ¿La envolvían demasiado fuerte con la mantita cuando era un bebé y ahora ponerse el pañuelo le da una sensación tranquilizadora de infantilización? India tiene un suéter viejo y raído de color azul marino con el que le gusta dormir. ¿Por qué habla de él como de un hombre? ¿A qué edad decidió que era chico? De hecho, nada me gustaría más que organizar una especie de tertulia literaria a la que mis buenas amigas trajeran todos esos objetos de la infancia con los que aún duermen y discutir con ellas las

identidades de género de todos ellos. Lo creáis o no, me resultaría una conversación cautivadora.

Sé lo que es organizar y gestionar un hogar colaborando con otras personas. Sé qué es una economía basada en la confianza mutua, sé qué es tener la seguridad de que siempre habrá alguien que te deje 50 libras hasta que cobres el mes y que puede que, tan pronto como se lo hayas devuelto, esa persona pueda necesitar que hagas lo mismo por ella («Somos como niñas de primaria que siempre están cambiándose los bocadillos», dijo Belle una vez sobre nuestros sueldos. «Una semana, tú necesitas mi bocadillo de atún y maíz y, la siguiente, yo quiero el tuyo de huevo y berros»). Sé la ilusión que hace recibir el correo en diciembre y que no paren de entrar postales por la rendija de la puerta con tres nombres escritos en el sobre; hace que te sientas parte de una familia.

Sé qué es sentir que tu identidad es más grande que solo tú, ser parte de un *nosotras*. Sé qué se siente al oír a Farly decirle a alguien que está sentado al otro lado de la mesa: «Es que no comemos carne roja»; o a Lauren decirle a un chico con el que está hablando en una fiesta: «Es el disco de Van Morrison que más nos gusta». Sé lo sorprendentemente bien que sienta.

Sé lo que es capear una mala experiencia y convertirla en mitología compartida, como esa pareja que cuenta con teatralidad la historia de cuando les extraviaron el equipaje en sus últimas vacaciones y cada uno va diciendo una frase; nosotras hacemos lo mismo con nuestros microdesastres. Como la vez que India, Belle y yo nos mudamos y todo lo que podía salir mal salió mal. La realidad fue que perdimos las llaves, les pedimos dinero a nuestras amigas, dormimos en el sofá y pusimos nuestras cosas en trasteros de alquiler. La historia que contamos es muy buena.

Sé lo que es querer a alguien y aceptar que hay ciertos aspectos de esa persona que no puedes cambiar. Lauren es muy pedante con la gramática, Belle es un desastre, Sabrina no deja de mandar mensajes por el móvil, AJ nunca me contesta, Farly siempre se pone de mal humor cuando está cansada o tiene hambre. Y sé lo liberador que es que, a su vez, te quieran y te acepten con todos tus defectos (yo siempre llego tarde, nunca tengo

batería en el móvil, soy hipersensible, me obsesiono con las cosas y dejo que el cubo de basura se llene hasta rebosar).

Sé lo que es escuchar a alguien a quien quieres contar una historia que has oído unas cinco mil veces a un público fascinado. Sé lo que es que esa persona (Lauren) la adorne cada vez más exageradamente, como si, en lugar de una anécdota, fuera un huevo de Fabergé («Eran las once» se convierte en «Pues eran más o menos las cuatro de la mañana»; «Yo estaba sentada en una silla de plástico» se convierte en «Estaba sentada en un diván de cristal hecho a mano»). Sé lo que es querer tanto a alguien que eso no te moleste en absoluto; dejarle soltar esa cantinela bien ensayada y hasta añadir una floritura de apoyo para ayudar con el ritmo de la historia cuando lo necesite.

Sé cómo es un momento de crisis en una relación. Cuando piensas: «O nos enfrentamos a esto e intentamos arreglarlo o cada una se va por su lado». Sé lo que es quedar para verse en un bar del South Bank, empezar la conversación crispadas y acabar tres horas después llorando en los brazos de la otra prometiendo no volver a cometer los mismos errores (la gente solo queda en el South Bank para reconciliarse o para romper; yo he vivido algunas de mis mejores rupturas —en las que yo era la que dejaba y en las que me dejaban— en el bar del National Theatre).

Sé qué es sentir que siempre tienes un faro —o varios— que te guiará de vuelta a tierra firme; sentir la calidez de su haz de luz cuando te aprieta la mano en un funeral de alguien a quien querías; seguir su destello desde la otra punta de una sala llena de gente en una fiesta horrible en la que tu exnovio y su nueva esposa han aparecido inesperadamente, ese destello que te dice «Vamos a por patatas fritas y nos subimos al bus para irnos a casa».

Sé que el amor puede ser escandaloso y alegre. Puede ser bailar en un charco de barro bajo la lluvia en un festival y gritar «¡Eres la puta hostia!» más alto que la música. Es presentarles a tus compañeros de trabajo la persona a la que quieres y regocijarte orgullosa cuando hace reír a la gente y te hace parecer encantadora a ojos de los demás solo por el hecho de quererte. Es reír hasta quedarse sin aliento. Es despertarse en un país en el que ninguna había estado antes. Es bañarse desnudas al amanecer. Es andar por la calle juntas un sábado por la noche y sentir que toda la ciudad es solo nuestra. Es una fuerza de la naturaleza enorme, bella y efervescente.

También sé que el amor es algo bastante tranquilo. Es estar tiradas en el sofá juntas bebiendo café, hablando de dónde iremos esa mañana a beber más café. Es doblar las esquinas de las páginas de los libros que crees que les parecerán interesantes. Es tenderles la ropa cuando se han ido de casa y se han olvidado de sacarla de la lavadora, las muy idiotas. Es decir: «Aquí estás más segura que en un coche. Tienes más probabilidades de morir en una de esas clases de *body pump* del gimnasio que en la hora que vamos a pasar aquí» cuando hiperventilan en un vuelo de EasyJet a Dublín. Son los mensajes: «Espero que te vaya bien el día», «¿Qué tal te ha ido hoy?», «Hoy me estoy acordando de ti» y «He comprado papel higiénico». Sé que el amor se da bajo el brillo de la luna y las estrellas y los fuegos artificiales y las puestas de sol, pero también estando acostadas en un colchón hinchable, en la sala de espera de urgencias, en la cola para hacerse el pasaporte o en un atasco. El amor es un murmullo tranquilo, reconfortante, relajante, lento y nimio, es algo que puedes olvidar fácilmente que está ahí, pero que tiene los brazos tendidos para cogerte si caes.

Había vivido cinco años con ellas cuando dejamos de vivir juntas. Primero Farly me dejó por su novio, luego se fue AJ y, luego, India me llamó un día para decirme que estaba lista para hacer lo mismo y rompió a llorar.

—¿Por qué lloras? —le pregunté—. ¿Es por cómo me porté con Farly cuando conoció a Scott? ¿Tienes miedo de que se me vaya la pinza? ¿Todas pensáis que estoy loca? Eso fue hace como cuatro años, ahora estoy más preparada para lidiar con estas cosas.

—No, no —dijo sorbiendo por la nariz—. Es que voy a echarme de menos.

—Ya —le dije—, y yo a ti, pero este año cumples treinta. Y es genial que estéis listos para dar un paso más en vuestra relación. Es totalmente normal y está bien que los sentimientos cambien. —Me sorprendí a mí misma con la racionalidad con la que estaba llevando el tema y me colgué una medalla en silencio por los servicios a la amistad.

—¿Tú qué vas a hacer? —me preguntó—. Siempre has dicho que te gustaría mucho intentar vivir sola.

—No lo sé. No sé si estoy preparada —le dije—. A lo mejor tendría que quedarme a vivir con Belle hasta que decida irse a vivir con su novio. Eso me da por lo menos seis meses para pensar en qué hacer.

—Dolly... No eres *Los juegos del hambre* —dijo—. Esto no tendría que ser una prueba de resistencia a ver qué amiga aguanta más contigo.

Me di cuenta de que se me había presentado una oportunidad. Podía esperar a que todas y cada una de mis amigas encontraran novio y se fueran a vivir con él. Podía irme a vivir con unos desconocidos que localizara en una web de búsqueda de pisos y que guardaran la espuma de afeitar en la nevera, con la esperanza de encontrar novio yo e irme a vivir con él. O podía empezar de cero por mi cuenta.

Dar con un piso de alquiler de un dormitorio que me pudiera permitir no fue fácil. Me enseñaron unas cuantas casas que tenían la cama al lado del horno y la alcachofa de la ducha haciendo equilibrios encima del váter en baños que eran una ducha en sí mismos. Fui a ver un «espacioso piso para una persona» de veinte metros cuadrados y uno cuya puerta había sido precintada por la policía. India me acompañó a algunas visitas, negociaba con los agentes inmobiliarios, los interrogaba agresivamente y me preguntaba si de verdad pensaba que podía vivir sin armario y guardar toda la ropa en una maleta debajo de la cama.

Al final, encontré un piso que entraba justo en mi presupuesto en el centro de Camden. Era un piso en una planta baja con dormitorio, baño y sala de estar, con suficiente espacio para un armario y con una ducha de verdad. Al fondo, a un nivel más bajo, había una cocina con mucha humedad que no tenía cajones y era tan pequeña que apenas podías darte la vuelta cuando entrabas. La ventana era un ojo de buey y se veía el canal de forma que parecía que estabas en un barco. El piso no era perfecto, pero sería mío.

Todas las que habíamos vivido juntas hicimos una fiesta de despedida yendo de bar en bar por la zona por la que salíamos a los veintipocos. Fuimos vestidas de un elemento que había formado parte de nuestra vida como compañeras de piso a lo largo de los veinte a los treinta años y fue tan

loco como parece. AJ vino de Gordon, nuestro primer propietario, y llevaba una chupa de cuero de las que se compran los hombres en la crisis de los cuarenta, deportivas blancas, una peluca morena y corta y una sonrisa zalamera permanente. Como obsesionada oficial por la limpieza, Farly vino de aspiradora Henry, con un disfraz esférico y un tubo pegado que iba arrastrando más y más por el suelo conforme iba bebiendo. Belle vino de nuestra vecina escandalosa que nos hacía tener pesadillas, con el pintalabios corrido y una peluca a lo Cher. India vino de cubo de basura gigante —ya que vaciarlo o ponerle la bolsa o sacarlo fuera parecía ser el tema más recurrente del tiempo que pasamos juntas—, con los zapatos dentro de bolsas de basura, la tapa como sombrero y paquetes de toallitas desmaquillantes y de Fantasmitos pegados al cuerpo. Yo fui de paquete de tabaco gigante y me arrepentí inmediatamente, porque la gente no paraba de venir a pedirme cigarros gratis pensando que estaba haciendo publicidad de Marlboro Light por las calles de Kentish Town.

Fuimos de bar en bar y terminamos delante de nuestra primera casa de ladrillos amarillos. Hasta pasamos a saludar a Ivan en la tienda de la esquina, pero su compañero nos dijo que «se había marchado al extranjero para arreglar unos asuntos» misteriosamente y había desaparecido «sin dejar rastro».

—Los artistas se han ido —dijo Belle melancólicamente cuando subíamos por la cuesta y el día se convertía en noche. Se le trababa la lengua—. Ahora empezarán a instalarse los banqueros.

Una semana después, puse mis macetas y mis libros de tapa blanda en cajas de cartón y las precinté para mudarme a mi casa nueva. La última noche que vivimos juntas, India, Belle y yo bebimos *prosecco* barato —la bebida de toda una década— y bailamos, borrachas, canciones de Paul Simon por la sala de estar vacía. Mientras esperábamos a nuestros respectivos furgones de mudanza la mañana siguiente, nos sentamos en una esquina de nuestra moqueta manchada de vino con las rodillas bien juntas, apiñadas y sin casi decir nada.

Farly, la persona más eficiente y ordenada que conoceré en la vida, vino el día que me mudé a la casa nueva para ayudarme a empezar a desembalar («¿Seguro que quieres venir?», le escribí. «Por favor... Esto es como la

cocaína para mí», respondió). Pedimos comida vietnamita y nos sentamos en el suelo de la sala de estar sorbiendo la sopa *pho* y mojando rollitos de verano en la salsa de *sriracha* mientras discutíamos sobre dónde deberíamos poner el sofá, las sillas, las lámparas y las estanterías y dónde debería sentarme a escribir todos los días. Estuvimos desembalando por la noche y caímos rendidas en mi colchón, que estaba apoyado en la pared de la habitación, rodeado de cajas de cartón llenas de zapatos, bolsas de ropa y pilas de libros.

Cuando me desperté, Farly ya se había ido a trabajar y había una nota en la almohada escrita con su letra redonda e infantil que no había cambiado desde que me escribía notas con t́pex en los archivadores de anillas en clase de Ciencias de secundaria. «Me encanta tu nueva casa y te quiero mucho», decía.

El sol de la mañana se colaba en mi dormitorio y caía sobre el colchón formando un charquito blanco de luz. Yo me estiré en diagonal en la cama sobre la sábana fría. Estaba completamente sola, pero nunca me había sentido tan segura. Y por lo que más agradecida estaba no era por los ladrillos de la casa ni por haber conseguido alquilar el techo bajo el que vivía; era por la casa que llevaba a cuevas como un caracol, por la sensación de estar, por fin, en manos de alguien responsable y que me quería.

El amor estaba ahí, en mi cama vacía. Estaba amontonado con los discos que Lauren me había comprado cuando éramos adolescentes. Estaba en las tarjetas de recetas de mi madre sucias entre las páginas de los libros culinarios del armario de la cocina. El amor estaba dentro de la botella de ginebra decorada con un lazo que India me había regalado al irnos de la otra casa, en las tiras de fotos manchadas y con las esquinas rizadas que acabarían colgadas en la nevera. Estaba en la nota que había sobre la almohada, a mi lado, la que doblaría y guardaría en la caja de zapatos en la que tenía todas las notas que me había escrito ella hasta ese día.

Me desperté sintiéndome segura en aquel barco gobernado por una sola mujer. Navegaba hacia un nuevo horizonte, flotaba en el océano del amor.

El amor estaba ahí. ¿Quién me lo iba a decir? Había estado ahí desde el principio.

TODO LO QUE SÉ SOBRE EL AMOR A LOS VEINTIOCHO

Cualquier hombre decente se quedaría con una mujer en paz consigo misma antes que con una mujer que no deja de hacer cosas para impresionarlo. No tendrías que esforzarte nunca por mantener la atención de un hombre. Si un hombre necesita que *mantengas su interés* por ti, tiene problemas que no te corresponde solucionar a ti.

Seguramente no serás amiga del novio de tu mejor amiga. Renuncia a ese sueño, dile adiós a esa fantasía. Mientras haga feliz a tu amiga y tú puedas soportar su compañía durante una comida larga, todo va bien.

A los hombres les gustan las mujeres desnudas. El resto de la parafernalia es una pérdida de tiempo muy cara.

Ligar por internet es de valientes. Cada vez es más difícil conocer gente en el mundo real, y los que cogen el toro por los cuernos —los que pagan una tarifa mensual para tener la oportunidad de acercarse un poco más al amor, los que rellenan un perfil vergonzoso diciendo que buscan a alguien especial con quien ir de la mano por el súper— son unos tremendos héroes románticos.

Si quieres hacerte una depilación integral, hazlo. Si no quieres, no lo hagas. Si te gusta la sensación de ir depilada, hazte la cera todo el año. No te la hagas nunca por un hombre. Y no dejes de hacerlo por *la sororidad*, a las demás se la suda. Haz un voluntariado en un refugio para mujeres si quieres ayudar, no te pases horas debatiendo sobre la relevancia política del vello púbico. Y ni se te ocurra hacerte la cera porque crees que no hacerlo es antihigiénico o antiestético; si eso fuera cierto, todos los hombres del mundo que no se hacen la cera serían antihigiénicos. (Si te lo permite tu sueldo, nunca te vuelvas a acercar a la crema depilatoria).

Puede que no seas capaz de escuchar las canciones que te recuerdan a relaciones pasadas durante los primeros años después de la ruptura, pero,

pronto, los discos encontrarán la manera de volver a ti. Todos esos recuerdos de sábados a la orilla del mar y de espaguetis en el sofá las noches de domingo irán desprendiéndose poco a poco de los acordes y elevándose, saldrán flotando, alejándose de las canciones, y desaparecerán. Siempre quedará una leve sensación en lo profundo de tus entrañas que te recordará que, durante una semana, esa canción y aquel hombre fueron el centro de tu universo, pero, en algún momento, el corazón dejará de arderte por eso.

Si te emborrachas y tonteeas con otra gente delante de tu novio igual que cuando no tenías pareja, algo no va bien en vuestra relación o, más probablemente, en tu interior. Plantéate cuanto antes por qué necesitas ese nivel de atención. Ningún hombre en el mundo tiene unas reservas de gratificación instantánea lo suficientemente grandes como para llenar ese vacío que sientes.

A menudo, el amor que te da la gente es un reflejo del amor que te das tú. Si no puedes tratarte con amabilidad, cariño y paciencia, es muy probable que los demás tampoco lo hagan.

Lo delgada o gorda que estés no es un indicador del amor que te mereces o que vas a recibir.

Las rupturas son más duras conforme te haces mayor. Cuando eres joven, pierdes un novio. Cuando eres mayor, pierdes una vida juntos.

No hay cuestión práctica lo suficientemente importante para que sigas con una mala relación. Las vacaciones se pueden cancelar, las bodas se pueden anular y las casas se pueden vender. No escondas tu cobardía detrás de cuestiones prácticas.

Si le pierdes el respeto a alguien, no podrás volver a enamorarte de esa persona.

La integración en la vida del otro tendría que ser completamente equivalente; los dos deberíais esforzaros para relacionaros con los amigos y la familia del otro y para involucraros en sus intereses y su carrera. Si no hay equilibrio, el rencor está a la vuelta de la esquina.

Acuéstate con alguien en la primera cita si tienes ganas. No aceptes consejos de una escuela de autoayuda impertinente que convierte al hombre en un burro y a ti en la zanahoria. No eres un objeto que él tenga que

conseguir, eres un ser humano hecho de carne y hueso y entrañas y tienes sentimientos viscerales. El sexo no es un juego de poder, es una experiencia consensuada, respetuosa, alegre, creativa y colaborativa.

No hay una sensación peor que la de romper con alguien. Que te dejen causa un dolor violentamente intenso que, en algún momento, puedes convertir en nueva energía. La culpa y la tristeza de dejar a alguien no se van a ninguna parte, se quedan en tu interior, y, si las dejas, te darán vueltas por la cabeza durante toda la eternidad. En esto estoy con Auden: «Si el afecto equivalente no puede darse, / deja que sea yo el que más ame^[5]».

Hay muchas razones por las que una persona puede estar soltera a los treinta o a los cuarenta o a los ciento cuarenta, y no por eso no puede aspirar a tener una relación. Todo el mundo tiene su historia. Dedícale tiempo a escuchar las de los demás.

El sexo con un completo desconocido siempre es raro, pero quedarte a dormir en casa de alguien —en su cama, en su habitación— o que alguien se quede en la tuya es aún más raro.

Ser el único proveedor de tu felicidad no es el trabajo de nadie. Lo siento.

El hombre perfecto es bueno, gracioso y generoso. Se agacha para saludar a los perros e instala estanterías. Parecer un pirata judío alto con los ojos de Clive Owen y los bíceps de modelo de David Gandy tendría que ser un extra y no un punto de partida.

Todo el mundo puede gustarle a alguien. Es mil veces mejor que te quieran.

No finjas los orgasmos. No le hace bien absolutamente a nadie. Él está más que preparado para lidiar con la verdad.

Si lo haces por las razones correctas y las dos partes están completamente enteradas de la naturaleza del encuentro, el sexo esporádico puede ser muy bueno. Si lo usas como un remedio sin receta médica para sentirte mejor contigo misma, será una experiencia horrorosamente insatisfactoria.

La parte más emocionante de una relación son los primeros tres meses, cuando no sabes si esa persona se quedará contigo. Una parte muy buena que viene después de eso es que sabes que esa persona se ha quedado

contigo. Lo que viene después es algo que no he vivido nunca. Al parecer, no siempre es emocionante, pero me han dicho que es lo mejor.

A no ser que se muera alguien, si una relación no funciona, de una forma u otra, tú tienes parte de la responsabilidad. Qué liberador y, a la vez, agobiante es saberlo. Los hombres no son malos, las mujeres no son buenas. Las personas somos personas y todas cometemos errores, los permitimos y los hacemos posibles.

El objetivo es la confianza, no la pereza.

Deja que tus amigas te abandonen por una relación una vez. Las buenas siempre van a volver.

Para reducir el ritmo cardiaco y dormirte las noches que parece imposible, sueña con todas las aventuras que te esperan y con las distancias que has recorrido hasta ahora. Abrázate con fuerza y, mientras lo haces, ten este único pensamiento en la cabeza: «Yo te cuido».

TREINTA

No quería ponerme rara por lo de cumplir los treinta. Ponerse rara porque cumples los treinta es un cliché. No es feminista, no mola, no es moderno ni progresista. Es heteronormativo, es de locas, es burgués, es muy de urbanización de las afueras. Es muy predecible. Es muy Rachel Green. Es de princesa, de delicada y completamente patético. Yo no quería ser ninguna de esas cosas.

Estaba hecha un manojo de nervios por cumplir los treinta. Afortunadamente, tuve mucho tiempo para ensayar y prepararme gracias a que todas mis amigas los cumplieron antes que yo. Gozo del enorme lujo de haber nacido el 31 de agosto, la ultimísima tanda de alumnos que entran en un curso académico, lo que significa que siempre he sido la más joven de mi grupo de amigas. Cuando iba al colegio, eso suponía una tragedia: cuando me llegaban los cumpleaños importantes, todo el mundo ya pasaba de eso. Nadie quería venir a la fiesta de disfraces de Barbies y *rockeros* de temática disco de mi decimotercer cumpleaños porque todo el mundo había bailado ya mucho al ritmo de *Saturday Night* de Whigfield. Sin embargo, con lo de llegar a los treinta, me alegraba ser la última.

La noche en que Belle cumplía treinta y uno, tres semanas antes de que yo cumpliera los treinta, estábamos de vacaciones con las chicas en Portugal y se puso a llorar en el baño del chalé.

—Tener treinta y uno me parece más duro que treinta —me dijo. Estábamos sentadas en el borde de la bañera oyendo cómo India y AJ, borrachas, picaban hielo con un bote de Nivea de factor de protección solar 30 en la cocina para preparar caipiriñas—. Siento que hay un montón de cosas que antes me parecían grandes hazañas, pero ahora me parece normal que alguien las haga a los treinta y uno.

—¿Como qué? —le pregunté.

—Como... —Buscó en la memoria—. «Caleb, de treinta y un años, es el fundador de una empresa de *software* que ha salido a bolsa este año». O «Kelly, de treinta y un años, es madre de dos gemelos y de una niña».

—Ya —dije y solté un suspiro acongojado—. Sí, entiendo lo que dices.

—Ya no es raro que hagamos nada. Nada parece un logro extraordinario y precoz. Son solo cosas que se supone que tenemos que estar haciendo ya. —Se inclinó hacia adelante y apoyó la frente en las palmas de las manos y el pelo largo y dorado le cayó delante de la cara—. Treinta y uno —repitió como si fuera una palabra en un idioma extranjero que estaba aprendiendo a pronunciar—. ¿Cómo podemos tener treinta y uno? Nos miro y no lo veo. No veo treintañeras. —Hubo una pausa larga mientras yo le acariciaba la espalda.

—Bueno, si te hace sentir mejor —le dije mientras le recogía el pelo hacia atrás en una coleta—, yo no soy treintañera, en realidad. —Ella levantó la vista para mirarme. Tenía los ojos vidriosos e inexpresivos—. Yo sigo teniendo veintinueve, así que...

—¿Cómo puedes hacerme esto? ¿Y encima esta noche?

Entendí lo que quería decir. Yo apenas me lo creía tampoco.

Celebramos el trigésimo primer cumpleaños de Farly en mi piso una semana después de que yo cumpliera los treinta. Cuando sacaba de la bolsa de la compra los ingredientes para su tarta de cumpleaños, dos grandes velas con forma de número cayeron sobre la encimera. Aterrizaron al revés, formando el número trece. Pensé en la fiesta de su decimotercer cumpleaños, en la sala de fiestas de la iglesia de Bushey. Ella llevaba un vestido rosa con purpurina de Miss Selfridge, me sonrió con su aparato dental cuando llegué y me dio el abrazo especialmente envolvente y aliviado de una cumpleñera nerviosa (esos nervios nunca desaparecen, tengas la edad que tengas). Pensé en nosotras con trece años, tumbadas en posición supina en la moqueta de color crema de mis padres con camisetas a conjunto de Pineapple Dance Studios, comiendo de una bolsa enorme de Doritos, viendo comedias románticas y hablando de qué cualidades tendría nuestro novio de ensueño. Ordené los números formando un treinta y uno

en la encimera de la cocina y me quedé mirándolo, intentando desesperadamente que el paso del tiempo cobrara algún sentido. Entonces volví a formar el trece y las miré un poco más. Aún sentía que estábamos mucho más cercanas a esa cifra, pero aquello había pasado hacía más de la mitad de mi vida.

A menudo oigo a las parejas casadas decir que nunca se dan cuenta de que la otra persona se hace mayor; una especie de magia protectora como salida de una comedia shakespeariana debe de apoderarse de las parejas de larga duración justo cuando empiezan la relación y hace que solo vean la cara de la que se enamoraron. Yo creo que a mí me pasa lo mismo con las amigas. Para mí, todas tenemos exactamente la misma edad que teníamos cuando nos conocimos.

El trigésimo cumpleaños de Lauren fue siete meses antes que el mío. Un día, unas pocas fuimos a su casa por la tarde, pusimos unos tabloncitos con caballetes en el centro de su sala de estar, hinchamos unos globos e hicimos lasaña.

—¿Cómo te sientes, tía? —le pregunté a mitad de la cena mientras me fumaba un cigarro en la ventana de la cocina, lejos de la fiesta.

—Pues la verdad es —dijo ella fumando de un cigarrillo electrónico (ahora la gente fuma así, a todo el mundo se le va la olla con lo de fumar cuando cumplen los treinta por el falso rumor de que, para los médicos de la Seguridad Social, fumar con veinte años *no cuenta*, pero, después, ya es diferente. Lauren frecuenta su tienda más cercana de cigarrillos electrónicos tan a menudo que los trabajadores la saludan como si fuera Humphrey Bogart. Ahora está constantemente rodeada por una nube de vapor que huele a tarta de manzana y canela)— que es una mierda. Me siento como una mierda.

—¿Qué? —le dije indignada—. Todo el mundo dice que es un alivio enorme y que los veintinueve son lo peor y los treinta, geniales.

—No —me dijo—, no, no es así para nada. Es como si los últimos años hubiera estado haciendo turismo por los treinta, casi como si me preparara. He ido entrando y saliendo. He probado una muestra de la experiencia.

—¿Por ejemplo? —le pregunté.

—Pues... No lo sé, ir a pasar unas minivacaciones de fin de semana a los Cotswolds.

—Ya —dije—. O que vengan a limpiarte la casa una vez al mes.

—¡Exacto! O comprarme una plancha o entrar en un club de lectura. Pero me he dado cuenta de que esta noche ya no soy una turista. Ya no puedo tomarme unas vacaciones y hacer turismo por los treinta y luego volver al optimismo desgastado de los veinte. Ahora ya vivo en los treinta.

—Ay, Señor —dije sintiendo caer sobre mí el peso de sus palabras—. Ya no puedes... volver. Eres residente. Es como si la ironía de ser adulta hubiera desaparecido.

—¡Eso es! Cuando teníamos plantas aromáticas en el alféizar de la ventana, la gente pensaba que era algo *kitsch* y mono, pero ahora...

—Simplemente eres una treintañera aburrida —dije terminando su frase asombrada por la epifanía.

—Sí —dijo.

—¿Y qué hacemos ahora? ¿Empezamos a jugar al *bridge*? —propuse—. ¿Contraemos la gota?

—No, no, eso no sería turismo por los cuarenta y tantos, sino por los sesenta y tantos, y solo vamos de vacaciones a la década siguiente. —Las dos nos concentramos durante un largo rato—. Nos hacemos el carné de la Tate —dijo por fin—, eso es turismo por los cuarenta y tantos. Y nos aficionamos a la decoración de interiores minimalista.

—¿Y nos acostamos a las nueve y media? —propuse.

—Sí. Y nos compramos los mismos zapatos de cuero en tres colores diferentes.

Señalo esta conversación en concreto como el principio de la crisis existencial creciente que tuve en lo tocante a hacerme mayor en los meses previos a cumplir los treinta. Después del cumpleaños de Lauren, empecé a buscar pistas por todos lados que me indicaran que las cosas estaban cambiando, que mi ánimo se desvanecía, que mi *joie de vivre* estaba en declive. Me di cuenta, por ejemplo, de que —así, de pronto, sin haber reparado en ello— había perdido la costumbre de hacerle fotos a las señales

de tráfico y los carteles graciosos. Durante mi adolescencia y la década de los veintitantos, me bajaba de un autobús una parada antes para hacerle una foto a La Famosa Taberna del Nabo o cruzaba una calle muy transitada incluso cuando llegaba tarde a algún sitio para conseguir la foto perfecta de Bell End Lane o Minge Street^[6]. Hubo un momento de triste entendimiento mutuo cuando India y yo pasamos por Farly Road juntas y ninguna de las dos se molestó en sacar el móvil.

—¿No crees que es triste? —le pregunté—. Durante años nos hubiéramos tomado una foto con la placa y se la hubiéramos mandado a Farly, y ahora nos da igual.

«¿Qué sentido tiene todo esto?» Esa es la pregunta que aglutina los fragmentos afilados de toda crisis relacionada con la edad. Eso fue lo que le pasó a Hannah, mi amiga que, en la noche de su trigésimo cumpleaños, preguntó: «¿Esto es todo? ¿Esto es todo lo que es la vida? ¿Tottenham Court Road y comprar mierdas en Amazon?». Yo tenía veintiún años cuando presencié esa debacle y me resultó totalmente incomprensible. Ella me dijo que lo entendería cuando tuviera treinta. Y lo entendí. Lo entiendo.

No quería quedarme atrapada en la futilidad de la existencia. No quería ser esa que hace la colada el domingo por la tarde y, mientras pone a secar los calcetines sobre el radiador, se pregunta exactamente cuántas veces pasa por ese ritual a lo largo de su vida y si acaso tiene algún sentido. Lauren y yo siempre hacemos bromas sobre esas personas que ves que «simplemente, pasan por la vida», como si fuera un viaje largo y aburrido y todos los días fueran una noche sosa en un hotel de carretera y no tuvieran ni siquiera ganas de deshacer las maletas; el tipo de gente que nunca se toma el tiempo de personalizar el fondo de pantalla del portátil con una foto, que compra el mismo sándwich en Pret todos los días laborables durante treinta años, que no se preocupa por enmarcar los pósteres y se limita a pegarlos con Blu-Tack en la pared.

«¿Qué sentido tiene todo esto?»

Yo nunca quise sentir que, simplemente, pasaba por la vida, pero temía que eso era inevitable al hacerse mayor e ir acercándose gradualmente al final: iba muriendo el disfrutar de la vida y aumentaba el tolerarla sin más.

—¿Cómo va el TCR y A? —Hannah, que ya tenía treinta y ocho, me escribía con frecuencia los meses antes de que yo cumpliera los treinta; era un código para preguntarme cómo iba mi estupor nihilista—. Te sentirás mucho mejor cuando haya pasado, te lo prometo. —Para mi cumpleaños me regaló, cómo no, un libro de Amazon y una jarra de metal victoriana con las palabras *Tottenham Court Road* grabadas en la base.

Yo apreciaba la comprensión de Hannah como amiga que había pasado por algo parecido en ese momento de su vida. Otras amigas mayores no reaccionaron tan bien a esta ansiedad mía particular, se tomaron mi miedo personal a los treinta como una crítica a su edad y la insinuación de que tendrían que avergonzarse de ella.

—¡Probad a tener setenta y dos y veréis! —vociferó mi padre de pronto cuando mi hermano y yo estábamos en el sofá de casa lamentándonos del inminente final de nuestra década de los veinte.

Lo que me abrumaba no era tanto el concepto de hacerme mayor como, más bien, el paso de lo que yo percibía como una fase definida de la vida a otra. Sí, los veinte habían estado llenos de ansiedad y malas decisiones, pero, cuando se acababan, pude ver que todo había sido reconfortantemente intrascendente. No había ningún requisito concreto para ser veinteañera, por eso me pareció una experiencia tan desconcertante. Nunca supe dónde tenía que estar o qué se suponía que debía hacer, era igual de normal tener veintisiete y estar casada y tener un labradoodle llamado Brie que tener la misma edad y vivir con desconocidos que habías encontrado en una web de búsqueda de pisos en un sótano sin sala de estar. La estructura que la sociedad formulaba para la vida de una persona de treinta parecía mucho más rígida. No sería tan fácil tener, por ejemplo, una sábana tintada a lo *hippie* colgada de la pared o llevar una cachimba fluorescente en la mochila sin que me juzgaran. No es que yo deseara esas cosas particularmente, pero quería que siguieran siendo una opción vital posible.

Tuve la traicionera revelación de que ya no estaba en una etapa de la vida que me garantizara que tuvieran paciencia conmigo, que me prestaran atención, que me consintieran o que fueran empáticos. Durante todo el tiempo que fui veinteañera, mi generación era el hermano pequeño. En todas las reuniones a las que asistía, nosotros éramos el centro de atención,

éramos el objetivo. «Es como una mezcla de *Mr. Bean* y *Se ha escrito un crimen* para milenials», oía en las reuniones en las que presentaban contenidos para la tele. «Tenemos que investigar cómo compran por internet los milenials», decían los editores. Cada vez que abría un periódico serio, los periodistas hablaban de lo preocupados que estaban por nosotros: ¿alguna vez empezaríamos a comprar propiedades inmobiliarias? ¿Alguna vez sentaríamos la cabeza? ¿Estábamos condenados para siempre porque nuestra educación sexual había sido la pornografía? ¿Cómo íbamos a devolver los préstamos de estudios? Fascinábamos, causábamos repulsa, preocupábamos, cautivábamos y formábamos el *zeitgeist*. Yo, en su momento, me quejaba de que era una histeria paternalista, pero no me di cuenta de lo bien que sentaba ser el hijo problemático del país hasta que nos reemplazaron.

La generación Z. No tengo ni la menor idea de cuándo oí a la gente hablar de ellos por primera vez, pero recuerdo que me esforcé por ignorar el nombre. Tenía la esperanza de que, al no registrarlo en la memoria, terminaría por desaparecer, igual que cuando oyes por primera vez el nombre moleestamente musical de la nueva novia de tu ex. La generación Z se convirtió, de pronto, en el grupo por el que más se interesaba la gente. Las personas con diez años menos que yo, que antes solo eran los primos pequeños pesados de mis amigas, ahora tenían un nombre oficial. Y todo el mundo estaba fascinado con ellos: ¿por qué beben menos que los milenials? ¿Cómo expresan de forma diferente el género y la orientación sexual? ¿Qué votarán? *Generación Z* se convirtió en la forma genérica y rápida de hablar de juventud, tendencias, sexo, modernidad, progreso... Y relevancia.

Cuando tenía veintiséis años, trabajé como ayudante de guion de la serie *Fresh Meat* del canal E4. Los guionistas me pasaban todos los capítulos para que hiciera una revisión *de actualidad*, que servía para asegurarse de que el lenguaje que aparecía en el guion era el que usaban los jóvenes, que era auténtico, que no había ni un rastro de mediana edad en el papel. Yo señalaba las menciones al cava y escribía «Beben *prosecco*» al lado. Les indicaba qué textos se leerían en clase de inglés y qué discos podían escuchar. Yo había sido, por defecto, la representante de la juventud allá donde iba a lo largo de mi vida adulta. Sin embargo, a los treinta, te quitan

esa toga sin pedirte permiso y sin ninguna ceremonia oficial. Simplemente, es obvio que ya no es tu papel, ya no somos la autoridad rotunda sobre lo que es relevante. Ahora se habla de la época de mi infancia como de una edad de la historia. *Sexo en Nueva York* es ahora lo que *Fawlty Towers* era para nosotras. Los DVD están casi tan obsoletos como los vinilos. Hace poco escuché a alguien hablar de *Fuera de onda*, la película de adolescentes icónica de los noventa, como un *drama de época*.

Cuando introduzco mi fecha de nacimiento en un formulario por internet, bajar hasta los ochenta empieza a ser una acción larga, ardua y vergonzante. Cada vez que tengo que hacerlo, pienso en el abuelo de una amiga que se unió al grupo de Facebook de la «Universidad de Oxford – Promoción de 1938» y me sentí culpable por lo gracioso que nos había parecido verlo en la página de inicio cuando éramos estudiantes. No me había planteado que «Promoción de 2009» podría ser objeto de bromas un día.

Han desplazado a nuestra generación Y como me imagino que nosotros hicimos con la generación X y del mismo modo que ellos echaron a los *baby boomers*. Los *baby boomers* —jubilados que cantan en coros del pueblo, mujeres con el pelo blanco que llevan zapatos de goma para hacer jardinería y padres que hacen bromas ofensivas— fueron, en su momento, los representantes de la juventud allá donde iban. Y yo lo sabía, ¿no? Había escuchado a mi madre hablar de su época radical y temeraria en los sesenta. Había visto *The Rolling Stones Rock and Roll Circus* por lo menos quince veces. Y, aun así, no había interiorizado del todo que los milenials no podíamos ser los ingenuos, los protegidos, los engreídos, los raveros, los revolucionarios, los jóvenes brillantes, los desastres absolutos y los adolescentes algo crecidos del mundo para siempre.

Preparaos para uno de tantos clichés sobre hacerse mayor, porque todos los clichés son ciertos: nunca pensé que yo me haría mayor.

Mi amiga Pandora fue la primera que se dio cuenta de que mi superpoder inútil era una propensión por la nostalgia innecesaria. Tengo una capacidad infalible para metabolizar el paso del tiempo a una velocidad vertiginosa, de

modo que todo se convierta en un gran momento histórico un año después de haber pasado.

—Hablas de una fiesta en casa de alguien a la que fuiste el mes pasado con la misma melancolía e idealización que si fuera el verano del sesenta y nueve —comentó. Yo no lo negué.

Hace poco, fui hasta el final de mi calle a pie para echar unas cartas al buzón y pasé al lado de un coche aparcado con una mujer, de pelo algo canoso, en el asiento del conductor con las manos en la cara. La chica que lloraba a su lado tendría unos diecisiete años, llevaba uniforme escolar y debía de estar pasando por esa interminable recta final antes de la selectividad. Tenía el pelo castaño y voluminoso y se lo había pasado por detrás de las orejas, en las que llevaba numerosos *piercings*. Gesticulaba desesperadamente al hablar y le vi las uñas muy mordidas pintadas de azul marino. Tenía la cara contraída por la frustración y vi que su respiración se había convertido en un hipo desconsolado entre palabra y palabra. De pronto, me vino a la cabeza lo frecuente que había sido esa escena durante un periodo muy largo de mi vida: yo llorando en el asiento del copiloto de un coche aparcado, la radio con poco volumen y la calefacción fuerte. Pensé en todas las discusiones que habíamos tenido: cuando mi madre me dijo que no podía tener móvil o salir hasta después de las doce o que mi novio podía quedarse, pero en la habitación de invitados. Sin darme cuenta, había dejado de discutir con mi madre dentro del coche y seguramente no volvería a hacerlo nunca más.

Antiguamente, la nostalgia se diagnosticaba como una enfermedad. En el siglo XVII, se acuñó la palabra para describir un dolor físico agudo que experimentaban los soldados suizos en las tierras bajas italianas cuando echaban de menos las vistas alpinas de su país. La nostalgia y sus síntomas (desmayos, mal de altura e indigestión) eran tan mortales que cantar cierta canción suiza de ordeño podía ser castigado con la muerte.

En los meses anteriores a cumplir los treinta, la década de los veintitantos se convirtió en mi tierra suiza soñada. La década de los veintitantos era mi hogar, un lugar que conocía y en el que me sentía cómoda. Mi cerebro racional era totalmente consciente de que la mayor parte de la década había sido difícil —llena de desamor, autoodio y envidia,

errante, sin seguridad y sin dinero—, pero el mal de la nostalgia me superaba. Mis canciones suizas de ordeño eran los vinilos que solíamos escuchar cuando nos acabábamos de mudar a la casa de ladrillos amarillos en 2012. Unas semanas antes de mi trigésimo cumpleaños, volví a casa a pie desde el supermercado Sainsbury que hay en Camden Road y la primera canción del primer disco de Rod Stewart que escuchamos en un bucle infinito apareció en mi lista de reproducción aleatoria. Me senté a la puerta de una casa desconocida y rompí a llorar.

—He empezado a entender de verdad la expresión *el paso del tiempo* — me dijo Hellen el día antes de su trigésimo cumpleaños—. Es como si fuera un pasillo largo por el que voy andando y, cuanto más avanzo, más puertas se cierran y no puedo abrirlas.

Después de que Hellen me planteara esta metáfora, yo veía puertas cerrándose por todos lados: ayudas para escritores jóvenes a las que ya no podía optar, ropa y discotecas que decidí que ya no eran apropiadas para mí... Leí un prospecto de copas menstruales en una sala de espera y me di cuenta de que tenían dos tallas para las menores de treinta años y solo una grande para las de treinta y mayores.

Me obsesioné con descubrir la edad exacta de todas las personas sobre las que leía o que veía en televisión. Me perturbó particularmente saber que el personaje de Meredith Blake, el interés romántico sofisticado e hipócrita de Dennis Quaid en la película de 1998 *Tú a Londres y yo a California*, tenía veintiséis años. Me molestó increíblemente que Ross Geller tuviera veintinueve años durante tres temporadas de *Friends*. Paseé por la exposición del premio PB de retratos en la National Gallery y estaba más interesada por la fecha de nacimiento escrita con letra pequeña debajo de los nombres de los artistas que por las propias pinturas. Busqué en Google los años de todas las ganadoras del Rear of the Year, el premio al mejor trasero del año, y me consoló que Carol Volderman ganara con cincuenta años. Aún me tranquilizó más cuando vi *Cantando bajo la lluvia*, me puse a calcular como una loca y descubrí que Gene Kelly tenía cuarenta años cuando rodó la película. No sé por qué, pero, de repente, me parecía tremendamente importante saber que las puertas a esos lugares remotos aún no se me habían cerrado. Necesitaba asegurarme de que podía tanto tener el

mejor trasero del año como aparecer en un musical sobre Hollywood en los años veinte que incluyera varias coreografías de claqué para las que había que estar muy en forma.

David Foster Wallace entendía el sonoro golpe de las puertas al cerrarse a lo largo del paso del tiempo. A los treinta y tres años escribió:

Cada día tengo que llevar a cabo más elecciones acerca de qué es bueno, importante o divertido, y luego tengo que vivir con la pérdida de todas las demás opciones que esas elecciones descartan. Y empiezo a entender cómo, a medida que el tiempo se acelera, mis opciones disminuyen y las descartadas se multiplican exponencialmente hasta que llego a un punto en la enorme complejidad de ramificaciones de la vida en que me veo finalmente encerrado y atrapado en un camino y el tiempo me empuja a toda velocidad por fases de pasividad, atrofia y decadencia hasta que me hundo por tercera vez, sin que la lucha haya servido para nada, ahogado por el tiempo^[7].

Sylvia Plath también vio el paso del tiempo como un despliegue de ramas sobrecogedoramente complejo. En *La campana de cristal* (publicado cuando tenía veintinueve años) escribió:

Vi mi vida extendiendo sus ramas frente a mí como la higuera verde del cuento. De la punta de cada rama, como si de un grueso higo morado se tratara, pendía un maravilloso futuro, señalado y rutilante. Un higo era un marido y un hogar feliz e hijos, y otro higo era un famoso poeta, y otro higo era un brillante profesor, y otro higo era E Ge, la extraordinaria editora, y otro higo era Europa y África y Sudamérica, y otro higo era Constantino y Sócrates y Atila y un montón de otros amantes con nombres raros y profesiones poco usuales, y otro higo era una campeona de equipo olímpico de atletismo, y más allá y por encima de aquellos higos había muchos más higos que no podía identificar claramente. Me vi a mí misma sentada en la bifurcación de la higuera, muriéndome de hambre solo porque no podía decidir cuál de los higos escoger^[8].

Puertas que se cerraban de golpe, ramas que se rompían, fruta cayendo. Me tranquilizó saber que el miedo de perderte cosas en la vida no era un invento de los milenials, que algunos de mis escritores favoritos veían la transición de una era personal a otra como algo deprimente y no emocionante. En la canción de Pulp que más me gusta, *Stacks*, Jarvis Cocker expresa a la perfección el gran lujo del tiempo que acompaña a la juventud: «*Oh there's stacks to do and there's stacks to see, there's stacks to touch and there's stacks to be, so many ways to spend your time, such a lot that I know that you've got*» («Hay montones de cosas que hacer y que ver,

montones de cosas que tocar y que ser, tantas cosas a las que dedicar tu tiempo, muchas cosas que sé que tienes»). Lo que me provoca la nostalgia, la razón por la que me puse a llorar en la puerta de la casa de alguien en Camden Road rodeada de bolsas del Sainsbury no era la vida o la identidad de veinteañera que dejaba atrás, sino esa sensación de ser millonaria de tiempo, de tener montones y montones de opciones. Siempre lloraré la pérdida de la sensación de ser adolescente y veinteañera y tener a mi disposición infinitos minutos vacíos, días ilimitados por delante. Creo que, tenga la edad que tenga, siempre querré más tiempo.

El nadir de mi crisis existencial tuvo lugar dos días antes de mi cumpleaños en un Zara del centro de Londres. Toda la ropa me parecía demasiado pasada de moda, así que decidí ir a la planta en la que estaba la colección más joven, barata y llamativa para encontrar algo que se adecuara a mi nuevo estilo de treintañera, pero, de nuevo, nada me parecía adecuado. Me acordé de que Farly, que es la mitad de alta y de ancha que yo, a veces se compra cosas de la sección infantil de las tiendas. De hecho, solo una semana antes, la había visto elegante, joven y con estilo con una chaqueta de traje azul marino que me dijo que se había comprado en la sección de niños. Me fui a la planta de ropa infantil y, en efecto, vi una chaqueta bordada que me gustó. Cogí la talla más grande (13-14 años) y me la probé en medio de la tienda. Había logrado pasar un brazo por una manga, pero no conseguía que la otra me pasara del codo. En un momento de pánico claustrofóbico, intenté quitármela contoneándome y oí cómo se le rasgaba el forro. Esto fue como un canto de sirena para los trabajadores y un vendedor vino de prisa hacia mí y me preguntó qué había pasado.

—Creo que el forro se ha rasgado un poquito —dije a la defensiva mientras seguía moviéndome para liberarme—. Obviamente, la pagaré.

—¿Sabe que la sección de mujeres está en otra planta?

—Sí —le dije.

—¿Y por qué se la ha probado?

—Porque pensaba que podía venirme bien.

—Pero esta es la sección infantil —dijo enfatizando las últimas palabras.

—¡Ya le he dicho que la pagaré! —repetí indignada ahorrándole la explicación sobre la crisis neurótica que estaba padeciendo al enfrentarme a mi mortalidad, la cual pensaba que quizás, quizás, podía resolverse instantáneamente comprando y poniéndome una chaqueta para niña.

—A ver, ¿qué te pasa? —me preguntó India en el *pub* esa tarde—. Cuéntame exactamente qué te preocupa tanto.

—Quiero volver a tener veintiuno.

—No, que va, tía —me dijo.

—Que sí, quiero tener veintiuno.

—¿Por qué?

—No quiero el cerebro de mi yo de veintiún años. Ni los impulsos ni el puto... caos interno. Quiero todo lo que tengo ahora, las lecciones que he aprendido y las experiencias que he vivido y saber todo lo que sé, pero quiero volver al estado físico de los veintiuno para siempre, con toda la vida por delante.

—Ya.

—Básicamente, quiero que mi mente y mi alma sigan envejeciendo, pero no quiero que mi cuerpo envejezca y muera nunca —le dije sirviendo lo que quedaba de rosado en las copas—. Creo que deberíamos poder acceder a la juventud con la sabiduría de la edad. —Me bebí el vino de un trago—. ¿Me entiendes? Supongo que todo el mundo se siente así, ¿no?

—No, no, creo que es una idea completamente innovadora —dijo India sin expresar ninguna emoción—. Dices que la juventud se desperdicia dándosela a los jóvenes. Pues me parece que eres la primera persona del mundo que se ha dado cuenta de ello, Dolly.

Unas cuantas alquilamos una casa en la costa de Devon para pasar el fin de semana de mi cumpleaños. El día que llegamos, estábamos descargando los coches y metiendo las maletas en la casa cuando pasó una mujer de sesenta y tantos con el pelo cardado a lo Jilly Cooper, la autora de novela romántica, un pañuelo de seda atado al cuello y tres cocker spaniels.

—¿Habéis venido de despedida de soltera? —gorjeó con una sonrisa tirando de las correas de los alterados perros como si fueran las riendas de un caballo.

—No —dijo Farly, y me señaló con la cabeza—. Esta de aquí cumple treinta.

—¡Ay, Dios! ¡Treinta! ¡El peor cumpleaños de todos! —dijo riendo—. A mí me parecía que la vida se había acabado, ¡como si ya no hubiera motivos para seguir viviendo! Caramba, qué noche tan horrible. No volvería a vivirla por nada del mundo. En fin —dijo, y siguió andando—, ¡hasta la vista! ¡Sírrete una copa bien llena!

Esa noche, mi última como veinteañera, después de una larga cena en un *pub*, unas cuantas nos sentamos en la azotea bajo la luna con aquella superficie accidentada —grande y luminosa como una perla de agua fresca— y bebimos *crémant* (el *prosecco* de los treinta y algo, un poco más bueno y unas cuatro libras más caro).

—Los últimos diez minutos de mi juventud —dije con un suspiro.

—Ya está bien, no te lo tomes tan a pecho —dijo Sophie—. No es para tanto.

—¡Estás entrando en una década nueva, como si fuera un prado virgen! ¿No te parece emocionante? —dijo Lauren.

—Supongo —respondí sin entusiasmo.

—Vale, piénsalo así —dijo exhalando una nube de vapor (de un sabor afrutado de coco llamado *Luquillo Breeze*)—: siempre has querido ser adulta. Eso era lo único que queríamos cuando éramos adolescentes; queríamos vivir muchas experiencias y tener nuestras propias amigas y nuestros propios pisos. ¡Pues mira! ¡Lo tienes! ¡Lo has conseguido! Por fin estás donde tu yo adolescente quería estar. Estás en un momento fantástico.

Lauren y yo a menudo hablamos del desconcertante hecho de que, a los diecisiete años, compramos entradas para ir a ver un espectáculo llamado *The Grumpy Old Women Roadshow* («Las señoras cascarrabias se van de gira»), una secuela del conocido programa de televisión *Grumpy Old Women*, en el que algunas humoristas compartían en tono irónico su sabiduría vital. Éramos las personas más jóvenes del público, con veinticinco años de diferencia. Jenny Eclair hizo bromas sobre cosas que no

entendíamos: multiorgasmos, hipotecas, suelo pélvico y premenopausia. ¡Cómo nos reímos! Deberíais habernos visto: dos vírgenes de mejillas lozanas de las afueras, riéndonos con falsas carcajadas histéricas para poder sentirnos parte de aquel grupo de gente, de aquel grupo de mujeres valientes, graciosas, a quienes se la suda todo, adultas y maravillosas.

Eso era lo que yo siempre había querido. Buen humor y buenas amigas. Sabiduría y humildad. Seguridad en mí misma. Valentía. Un sentido de la identidad natural, sin esfuerzo. ¿Por qué me estaba agobiando tanto cuando, por fin, conseguía que, al menos en parte, mi sueño se volviera realidad? En algún momento de mi vida de joven adulta, unos francotiradores patriarcales habrían *hackeado* la parte más sagrada y mejor custodiada de mi cerebro sin que yo me diera cuenta y habían intentado reprogramarme. Habían intentado hacerme creer que la vida solo tendría sentido —y que yo solo tendría poder— siendo veinteañera.

Sin embargo, siento que tengo más poder que nunca. Y me siento más en paz que nunca. Vivo con más sinceridad que nunca. Puede que no sea el retrato exacto de mujer adulta que mi yo adolescente tenía en mente (sofisticada y delgada, que lleva vestidos negros y bebe martinis y conoce a hombres en presentaciones de libros e inauguraciones de exposiciones). Puede que no tenga exactamente todas las cosas que pensaba que tendría a los treinta o todas las cosas que me han dicho que debería tener, pero estoy satisfecha y agradecida por cada mañana que me levanto con la oportunidad de vivir un día más en este mundo y de hacer cosas buenas y de sentirme bien y de hacer sentir bien a los demás.

Las campanas de la iglesia del barrio indicaron que era medianoche.

—¡Chss! ¿Lo oís? —dijo Lauren. Yo escuché el vaivén de las olas en la playa que teníamos debajo.

—¿Qué pasa?

—Creo que es la parca, que viene en una tabla de *paddle surf* —dijo—. Ha venido a por ti, para llevarte por el estuario hasta el inframundo.

A la mañana siguiente, cuando nos despertamos, el cielo estaba azul, despejado. Después de desayunar las sobras de la tarta de cumpleaños de

color rosa fucsia, rodeadas de globos de Rod Stewart, bajamos a la playa en pijama y entramos en el agua helada gritando como unas histéricas.

Yo me adentré nadando en el agua salada y clara, rodeada de un banco perfecto de sirenas cacofónicas, y sentí que los últimos diez años se desataban como un nudo dentro de mí. Había llegado al número grande y nuevo y, al final, no estaba tan mal. Sentía la misma promesa de una vida sin límites por delante de mí que cuando tenía diecisiete años y, quizás, siempre me sentiría así. Seguía estando llena de admiración, sedienta de experiencias y falta de sabiduría. Iba a cometer errores, a tomar buenas decisiones y a seguir aprendiendo. Sabía que iba a darme permiso para volver a enamorarme y que iba a encontrar el valor para hacerlo.

Me despedí de aquellos últimos años como de una vieja amiga de la que, al final, con la edad, me había distanciado, pero de la que me acordaría siempre. Revoltosa, bulliciosa y ruinoso. Errática, ruidosa y rebelde. Mi década errante, mis felices años veinte.

RECETA: TARTA DE CUMPLEAÑOS EN CRISIS

(para ocho o diez personas)

Para el bizcocho

- 225 g de azúcar extrafino
- 225 g de mantequilla sin sal
- 225 g de harina con levadura
- 1 cucharadita de levadura en polvo
- 4 huevos grandes
- 1 cucharadita de pasta de vainilla natural, de agua de rosas o de ambas
- Una pizca de sal
- Un chorrito de leche, si se necesita

Para el relleno

- 75 g de mantequilla sin sal a temperatura ambiente
- 150 g de azúcar glas
- Unas cuantas gotas de extracto de vainilla, de agua de rosas o de ambos
- Un chorrito de leche, si se necesita
- 3-4 cucharadas de mermelada (es más fácil de extender si no está demasiado espesa)

Para el glaseado

- 110 g de azúcar glas

- 1-2 cucharadas de agua hirviendo
- Unas cuantas gotas de extracto de vainilla, de agua de rosas o de ambos
- Unas cuantas gotas de colorante alimentario rosa (opcional)
- Pétalos de rosa escarchados o fideos de colores (opcional)

Precalienta el horno a 180 °C (160 °C si es de convección), unta con mantequilla el interior de dos moldes desmontables para bizcochos de 20 cm de diámetro y fórralos con papel de hornear.

Para que te salga mejor el bizcocho, pon todos los ingredientes excepto la leche en un cuenco grande y bate con una batidora de mano eléctrica hasta que no queden grumos. Puede que necesites añadir un chorrito de leche a la mezcla si está demasiado espesa, pero no la batas más de la cuenta; la queremos ligera y esponjosa. Divide la mezcla entre los dos moldes que has preparado, nivela las superficies con una espátula y mete los moldes al horno durante 20-25 minutos o hasta que, al pinchar la masa con un palillo, este salga limpio. Deja enfriar los bizcochos en los moldes unos 5-10 minutos y, a continuación, sácalos y déjalos sobre una bandeja de rejilla para que se enfríen del todo.

Para preparar el relleno, pon la mantequilla en un cuenco grande y usa la batidora de mano para batirla hasta que esté muy suave. Añade la mitad del azúcar glas tamizándolo y vuelve a batir para mezclar los dos ingredientes (si lo añades todo a la vez, sale volando). Añade la otra mitad del azúcar tamizándolo y bate hasta que la mezcla esté suave y cremosa. Puede que necesites añadir un chorrito o dos de leche para aligerar un poco la mezcla. Finalmente, bate para incorporar la vainilla y/o el agua de rosas, prueba la mezcla y añade unas gotitas más si le falta sabor.

Coloca uno de los bizcochos en una base para tartas o en una bandeja para postres y esparce el relleno por encima. Pon la mermelada sobre el relleno y extiéndela con una espátula. Coloca el segundo bizcocho encima.

Para la cobertura de glaseado chorreante, pon un colador encima de un cuenco grande y tamiza el azúcar glas. Añade el agua de rosas y/o la vainilla, unas gotitas de colorante alimentario (si quieres) y el agua suficiente para lograr un glaseado denso, pero líquido —de una consistencia

parecida a la de la nata espesa—, y mezcla con una cuchara de madera. Vierte el glaseado por encima de la tarta y alisa la superficie, dejando que una parte del glaseado caiga por los lados. Puedes decorar la parte de arriba con algunos pétalos de rosa escarchados o con fideos de colores.

Queda genial acompañada de histrionismo.

TODO LO QUE SÉ SOBRE EL AMOR A LOS TREINTA

Cuanto más mayor te haces, más bagaje emocional llevas contigo. Cuando sales con alguien a los veinticinco, todo el mundo llega con una maleta de mano ligera. En ella puede que encuentres a un par de exnovias, un leve complejo de Edipo y, quizás, hasta un ligero miedo al compromiso. Cuando sales con alguien a partir de los treinta, prepárate para encontrarte con una mochila de 250 kilos rebosante de historias, complicaciones y exigencias. Habrá divorcios, hijos y casas que compró a medias con su ex; intentos de fecundación *in vitro* y padres que se mueren y años de psicólogo y problemas con adicciones y trabajos que les acaparan todo el tiempo y exparejas a las que tienen que ver una vez a la semana por la batalla por la custodia del perro. Puede ser abrumador, serio, intenso, adulto y no muy divertido.

Cuanto más mayores nos hacemos y más bagaje emocional llevamos, más sinceros, abiertos y vulnerables nos permitimos ser.

En el año en el que escribo (2018), declaro oficialmente casi imposible encontrar pareja en el mundo real. Aceptarlo es crucial para darte cuenta de que no eres inaccesible o indeseable y de que no estás haciendo nada mal.

Puedes admitir tus malos patrones de comportamiento en las relaciones. Puedes analizar cómo se crearon. Puedes trabajar para asegurarte de no volver a comportarte así nunca más. No obstante, eso es lo único que podrás controlar. No puedes predecir cómo va a comportarse la otra persona. Puedes evaluar los riesgos, puedes ir con precaución, puedes tomar decisiones sensatas sobre en quién eliges confiar y a quién decides invitar a entrar en tu vida y en tu corazón, pero no puedes controlar las indómitas variables que tiene otra persona de carne y hueso. Elegir amar es arriesgarse. Siempre. Nadie lleva un mapa del catastro y una brújula cuando se adentra en el terreno del amor.

La gente se encuentra con sufrimientos que ni siquiera sabe que alberga. Hay una razón para que las personas con los mismos demonios o con infancias parecidas o con una ascendencia común acaben juntas. Creo que las huellas emocionales más profundas de la gente se tienden la mano y se tocan a un nivel inconsciente. Eso puede ser bueno y malo. Puede llevarnos a la confianza y la conexión o a la codependencia y al drama.

Uno de los retos más grandes a los que te enfrentas cuando te haces mayor y estás soltera es resistirte al cinismo. Es muy pero que muy difícil no sentirse traicionada y decepcionada por el amor y convertir esos sentimientos en nihilismo, escepticismo o rabia. El cinismo, aunque es divertido y sirve para protegerse, es una salida muy fácil. Encontrar la confianza, mantener la esperanza..., ese es el verdadero arte.

Una de las cosas más difíciles de hacerse mayor y estar enamorada es saber distinguir entre cuando algo es, *simplemente, la realidad*, y cuando es demasiado trabajo. Tienes que agudizar el instinto para identificar qué es la sensación tranquila, alegre, pero a menudo exigente del amor a largo plazo y qué es, en cambio, una relación que se ha convertido en un incordio.

Si tienes fatiga romántica crónica, prueba la abstinencia. Elimina las *apps* para ligar, deja de escribirte con tu ex, deja de tontear con desconocidos, deja el sexo. Prométete a ti misma liberar algo de espacio en tu cabeza y en tu horario y ver cómo es la vida sin sexo. Pruébalo un mes. Pruébalo seis meses. Pruébalo un año.

Tienes que saber que la abstinencia te hará replantearte de forma radical qué significa el sexo. Pensarás en el acto físico y reevaluarás lo extraordinaria, mágica y asquerosamente íntimo que es. Estarás tumbada en la cama por la noche reflexionando sobre ello, intentando recordar exactamente qué se siente al estar tan cerca de alguien, y pensarás: «No me puedo creer que lo hiciera una vez con un tío que llevaba un jersey de un color pastel con las mangas puestas sobre los hombros y atadas en el pecho como hacen los viejos europeos, un tío que trabaja vendiendo seguros y cuyo apellido desconozco».

Tienes que saber que la abstinencia puede hacerte sentir tan en paz que pensar en volver a la tierra de los amantes puede empezar a parecer

imposible. Puede dejarte aterrorizada por miedo a echarlo todo a perder si dejas que alguien se te acerque.

Los intereses comunes son uno de los factores más desacertados para considerar a la hora de encontrar pareja. Decidir que alguien es buena persona o tu alma gemela o que está hecho exactamente igual que tú solo porque a los dos os guste la música de George Harrison es una chorrada. Tener la misma colección de libros de Martin Amis o que os guste pasar las vacaciones en la misma zona rural de Gales no os ayudará a capear los diferentes temporales de la vida juntos.

Un factor muy infravalorado e increíblemente simple para tener en cuenta cuando tienes que escoger pareja es cuánto te gusta su compañía. Desde que mis amigas han empezado a tener hijos y yo he observado las dinámicas con sus parejas, he visto aún más claro que lo más importante en una relación es lo bien que trabajas como equipo. Es un tema tan trillado por algo: los miembros de una pareja tienen que ser muy pero que muy buenos amigos.

Cuando te acercas a los treinta, tus amigas casadas tendrán una especie de amnesia sobre cómo era estar solteras. Se convertirán en tus señoras Bennet personales. Pensarán que todo se reduce a que tú eres demasiado quisquillosa, que eres María Antonieta sentada en un trono de terciopelo rosa pálido y que vas espantando a los hombres uno por uno con un abanico con perlas engastadas.

Por muy equilibrada y sensata que te vuelvas, me temo que seguirás siendo un animal. Creo que nunca somos inmunes a la humillación del atolondrado y universal romance adolescente. La lujuria es una discoteca silenciosa que solo disfrutan los que están inmersos en ella; te permite bailar y perderte en una canción que nadie más puede escuchar. Lo bueno es que, a medida que te haces mayor, se te da mejor saber cuándo es momento de salir de ahí.

No te fíes nunca de alguien que pretende cuidarte todo el tiempo.

No te fíes nunca de alguien que necesita que lo cuiden todo el tiempo.

Si has decidido que lo que quieres de verdad es una relación, es buena idea tomar decisiones para conseguirlo. Hazte cuentas en webs para ligar, pídeles a tus amigas que te emparejen con alguien, ábrete todo lo posible a

conocer a gente nueva. No es algo poco feminista y no significa que no seas capaz de estar sola. Si la búsqueda de una relación se convierte en algo que afecta a todas y cada una de tus decisiones, entrarás en pánico y no serás feliz.

Intenta tanto como puedas no juzgar las relaciones de los demás y su forma de llevarlas. El amor romántico a largo plazo es una hazaña. La gente debería llevarlo a cabo de la forma que más le funcione, aunque para las personas de fuera de la relación no tenga sentido.

A medida que te hagas mayor, el concepto abstracto del amor ya no te parecerá emocionante. Eso es bueno. Antes, los detalles exactos de un novio imaginario hacían que mi mente estuviera atrapada en una rutina de fantasías sin fin. La vida real siempre era decepcionante porque la historia romántica que tenía montada en la cabeza era completamente inalcanzable. El amor tendría que consistir en alinear tu vida con la de otra persona, no en un mundo de fantasía al que puedes escapar y sentirte siempre exultante, ser la estrella del espectáculo y ser adorada incondicionalmente.

Pero me espera la pasión. Y a ti también, si buscas amor. No importa lo mayor o lo joven que seas, no importa lo mucho o lo poco que hayas querido o que hayas perdido, todo el mundo se merece, de vez en cuando, que unos brazos lo rodeen por la cintura mientras remueve la sopa que tiene al fuego. Nunca tendría que parecernos algo que nosotras no podamos tener.

«En nuestro interior, todos tenemos diecisiete años y los labios rojos», leí que había dicho una vez Laurence Olivier. Yo comparto esa opinión con todo mi corazón.

Cuando busques el amor y parezca que nunca vayas a encontrarlo, recuerda que, seguramente, tienes acceso a una abundancia de amor; simplemente, no es del romántico. Puede que, con ese tipo de amor, no te besen bajo la lluvia o te propongan matrimonio, pero te escucharán, te inspirarán y te ayudarán a recuperarte. Te abrazarán cuando llores, celebrarán que estés feliz y cantarán canciones de All Saints contigo cuando estés borracha. Tienes muchísimo que ganar y que aprender de ese tipo de amor. Puedes llevarlo siempre contigo. Mantenlo tan cerca como puedas.

Agradecimientos

Gracias a mi agente Clare Conville, que le dio forma a este libro cuando solo era un conjunto de *post-it* y pedazos de historias y trocitos de ideas. Estoy muy agradecida por que me represente una amiga con tanta bondad como destreza.

Gracias a Juliet Annan, que entendió el libro y a mí a la perfección desde la primera reunión y cuyos instintos me asombraron de principio a fin. No podía haber pedido mejor humor, experiencia ni consejos. No podría haber soñado con una editora mejor.

Gracias a Anna Steadman por su fantástico trabajo en el libro y por animarme continuamente a escribir durante años.

Gracias a Poppy North, Rose Poole y Elke Desanghere, de Penguin, por su energía, entusiasmo y colaboración infinitos. Sois hermanas ilustres de la sororidad.

Gracias a Marian Keyes y a Elizabeth Day por leer el libro en sus inicios y ser tan generosas y tener tan buen corazón a la hora de darme apoyo.

Gracias a Sarah Dillstone, Will Macdonald y David Granger por apostar por una chica de veintidós años con un corte de pelo a lo Billy Idol y darme un trabajo que me cambió la vida (creo que nunca encontraré un trabajo tan divertido).

Gracias a Richard Hurst por ser la primera persona que me animó a escribir, por su apoyo y sus consejos firmes y por enseñarme el *punk rock* cuando tenía dieciséis años.

Gracias a Ed Cripps y a Jack Ford, quienes me hicieron querer ser más divertida solo para hacerlos reír.

Gracias a Jackie Annesley y a Laura Atkinson por darme la columna en el *Sunday Times Style*, por ser mis editoras y guiarme con paciencia y cariño, y por enseñarme tanto sobre cómo contar una historia.

Gracias a las mujeres espectaculares que no solo han vivido todas estas historias de la última década conmigo, sino que me han dejado compartirlas. En especial, gracias a Farly Kleiner, Lauren Bensted, AJ Smith, India Masters, Sarah Spencer Ashworth, Lacey Pond-Jones, Sabrina Bell, Sophie Wilkinson, Helen Nianias, Belle Dudley, Alex King-Lyles, Octavia Bright, Peach Everard, Millie Jones, Emma Percy, Laura Scott, Jess Blunden, Pandora Sykes, Hannah Mackay, Sarah Hicks, Noo Kirby, Jess Wyndham y Victoria Glass.

Gracias a la familia Kleiner por dejarme escribir sobre Florence y dedicarle el libro. Su humildad, integridad y pasión siempre me darán valor y me inspirarán en cada palabra que escriba.

Gracias a mi familia —a mi madre, a mi padre y a Ben—, que siempre me dijeron que todo era posible. Siempre me han animado a contar las cosas con sinceridad y me han hecho sentir segura al saber que nunca me juzgarían. Soy excepcionalmente afortunada de teneros. Os quiero muchísimo.

Y, finalmente, gracias a Farly. Sin sus ánimos y su aliento no hubiera escrito este libro. Eres —y siempre serás— mi historia de amor favorita.



DOLLY ALDERTON, nació el 1 de agosto de 1988. Periodista y escritora británica, es conocida en el panorama literario gracias a su autobiografía *Todo lo que sé sobre el amor*. Traducida a 25 idiomas, gracias a ella Alderton ganó el National Book Award, además de ser nominada a otros premios.

Escribe para las revistas *Grazia*, *Cosmopolitan*, *Marie Claire*, *Red*, *GQ*, *The Sunday Times* y *The Telegraph* y tiene una columna semanal sobre citas en *The Times*. Junto con Pandora Sykes, es la copresentadora y cocreadora del podcast *The High Low*, con un promedio de un millón de descargas al mes.

Fantasmas, su primera incursión en la ficción, se ha convertido en una de las novelas más vendidas del momento.

Notas

[1] Margaret Atwood: *Alias Grace* (trad. María Antonia Menini Pagès), Ediciones B, Barcelona, 1996, p. 331. <<

[2] El *spoken word* es un tipo de *performance* poética que utiliza, además del texto oral, elementos musicales y teatrales. [N. de la T.] <<

[3] Hackney es un barrio de Londres que se ha ido gentrificando en la última década y el nombre de la cerveza significa, literalmente, «La muerte de Hackney». *[N. de la T.]* <<

[4] «Canción de amor», en Ted Hughes: *Cuervo: De la vida y las canciones del cuervo*, (trad. Jordi Doce), Hiperión, Madrid, 1999. <<

[5] «El que más ama» en W. H. Auden, *Poemas* (trad. Margarita Ardanaz Morán), Visor Libros, Madrid, 2011. <<

[6] En inglés, «Carretera del Glande» y «Calle del Coño». [*N. de la T.*] <<

[7] David Foster Wallace: *Algo supuestamente divertido que nunca volveré a hacer* (trad. Javier Calvo Perales), Literatura Random House, Barcelona, 2011. <<

[8] Sylvia Plath: *La campana de cristal* (trad. Elena Rius), Edhasa, Barcelona, 2012. <<